

MADRID

EN LA NOVELA

V

Estudio y selección
Julia Barella Vigal
Francisco Gutiérrez Carbajo

MADRID EN LA LITERATURA





MADRID EN LA NOVELA V



MADRID EN LA NOVELA V

Las novelas recogidas en el presente libro desarrollan su acción en el Madrid de la guerra y de la posguerra. La convulsión de la contienda civil fue experimentada con especial intensidad en Madrid. La imagen trágica de la ciudad aparece reflejada en las narraciones de Ramón J. Sender, Max Aub, Agustín de Foxá, Arturo Barea, que se erigen en testimonios no sólo literarios sino también históricos de primer orden. Los fragmentos seleccionados de Cela y Martín Santos dejan entrever la desolación en que quedó sumida la ciudad en el período posterior a los desastres de la guerra.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura

ISBN 84-4511-093-4



9 788445 110935







MADRID
EN LA
NOVELA
V





MADRID EN LA NOVELA

V

Estudio y selección
Julia Barella Vigal
Francisco Gutiérrez Carbajo



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Príncipe de Asturias, 30-32
28002 Madrid

MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de
Madrid

Ref.: 0586



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Escena de retaguardia en el Metro de Madrid*
Biblioteca Nacional

Contracubierta: *Una farmacia en la Gran Vía*
Biblioteca Nacional

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de la cubierta: María González-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Sección de Publicaciones de la Consejería de
Educación y Cultura

Maquetación y preimpresión: Ilustración 10

- © Herederos de Arturo Barea
- © Herederos de Paulino Masip
- © Herederos de Ramón J. Sender
- © Herederos de Agustín de Foxá
- © Herederos de Max Aub
- © Herederos de Luis Martín Santos
- © Camilo José Cela

© Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1994

© Del estudio y la selección, Julia Barella Vigal
y Francisco Gutiérrez Carbajo

© Del prólogo Francisco Solano

Depósito Legal: M. 35.475-1995

I.S.B.N.: 84-451-1093-4



Presentación

En la literatura y en el arte en general, el espacio es, junto con el tiempo, uno de los elementos configuradores del mundo. El hombre –y especialmente el escritor– da forma a sus preocupaciones vitales y expresa sus sentimientos a través de dimensiones y objetos espaciales.

En la Literatura Española, Madrid es una de las mayores fuentes de inspiración para los artistas y constituye uno de los marcos más recurrentes en los diversos géneros.

Nuestra Comunidad, a través de su colección «Madrid en la Literatura», va recorriendo las modalidades literarias en que aparece representada por los escritores más significativos.

En «Madrid en la novela», «Madrid en la poesía», «Madrid en el teatro» y «Madrid en la prosa de viaje» conviven Miguel de Cervantes y Mateo Alemán, Góngora y Lope de Vega, Pérez Galdós y Palacio Valdés, Baroja y Valle..., la historia de nuestra literatura, que ha encontrado en Madrid uno de sus universos más acogedores.

Los lectores de dentro y de fuera de nuestra Comunidad encontrarán en los textos de esta colección los rasgos de un Madrid que ha sabido combinar, a lo largo del tiempo, lo mejor de la tradición y la renovación.

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS
Consejero de Educación y Cultura





Prólogo

El lector se va encontrar en estas páginas un Madrid escasamente descrito, un Madrid cuyo protagonismo recae, de manera notable, más en las gentes que lo habitan que en las calles, edificios o plazas que lo determinan. El localismo espacial de la novela, según ésta se adentra en el siglo XX, es cada vez más imaginario, lo que supone algo semejante a un acuerdo tácito entre autor y lector. Basta ahora nombrar algún aspecto característico, o simplemente mencionar, de pasada, que la novela transcurre en tal ciudad, para que el lector acepte que la novela se sitúa, en efecto, en dicha ciudad. Por otra parte, a diferencia de otros elementos propios de la novela (la acción, los diálogos o los personajes), el espacio no es una función narrativa que pueda constatararse; no, al menos, de un modo tan evidente como los otros elementos mencionados, puesto que suele estar subordinado, a la manera de telón de fondo, al discurrir temporal de la narración. Su importancia, no obstante, es decisiva, aunque no necesariamente explícita.

Pero sobre esto volveremos más adelante. Lo que importa ahora no es saber cómo se constituye el espacio en la novela, sino la imagen del Madrid histórico que reflejan los fragmentos seleccionados para este tomo V de Madrid en la novela. No cabe duda de que se trata de una ciudad doblemente dramática: primero, porque es una ciudad en guerra, una ciudad asediada y heroica, que terminará exhausta, derrotada (y tal vez traicionada); luego, porque será una ciudad humillada y triste, desprovista de espíritu, sometida por la miseria económica y moral de una postguerra que no tenía trazas de terminarse nunca, una ciudad que sobrevivirá, resignada y sin horizonte, bajo una infame luz de delación y miedo, una luz tan grisácea y leve, que no sólo no ilumina, sino que borra o difumina los contornos de sus habitantes. La primera ciudad proyecta en la mente del lector una imagen de Troya amenazada; la segunda, de necrópolis y desolación. Ambas, qué duda cabe, son la misma ciudad. La imagen de una ciudad asediada nos remite, irremediabilmente, al inicio de la literatura de Occidente, cabe decir de nuestra tradición literaria, que comienza con el sentimiento de cólera, pero cuya razón primordial es el asedio y la destrucción de una ciudad. La consecuencia de esa destrucción es la negación más terrible del esfuerzo común, el mayor desastre imaginable en el ámbito de la colectividad social, porque no existe peor cataclismo cultural que una ciudad destruida.



Es muy probable que el lector de estas líneas considere, no sin perplejidad, que estas comparaciones son exageradas, o acaso demasiado cogidas por los pelos. Pero no debe olvidar que, en cualquier convención literaria que no sea mero reflejo de la realidad (si es que tal cosa es posible), late la aspiración mítica, la ejemplificación de unos sucesos que van más allá de su propia contingencia, hasta convertirse en la representación de un sentido que ilumina, a través de la palabra, la presencia del hombre sobre la tierra, con todas sus esperanzas y fracasos. Y una ciudad, por definición, es cualquier ciudad, en la medida en que no hay obra humana más gloriosa, pues se concentra en ella el máximo de proyectos de que es capaz el hombre.

No obstante, al lector que haya seguido con curiosidad los diversos volúmenes de esta colección, desde aquel volumen inicial, donde Madrid parecía surgir del amontonamiento y el desorden, hasta el Madrid de principios del siglo XX, pleno ya de historia, con numerosos documentos de toda índole (no sólo literarios) que atestiguan su radical presencia, se encontrará, por primera vez, con una ciudad resistente, alzada en armas, convertida en su interior y a la defensa de su misma razón de ser. El hecho es, ciertamente, sobrecogedor, y dota a la ciudad de una magnificencia literaria fuera de toda sospecha. Pero se trata de una magnificencia, por decirlo así, en sordina, puesto que está revestida de ese carácter notarial de los propósitos realistas. Trataré de explicarme.

A estas alturas del siglo XX, Madrid es ya una ciudad con un soporte literario tan fuerte, que es casi imposible separar la urbe real de su imagen escrita, de su representación literaria. Sin embargo, el periodo que abarca este volumen, la guerra civil y la postguerra, son hechos históricos que invaden y desbaratan el Madrid imaginado por la literatura. Ese Madrid, el Madrid de Galdós o de Baroja, por citar dos autores más que notables, no demasiado alejados en el tiempo, desaparecerá ante la embestida brutal de la historia. Sucede, además, que los novelistas que escriben sobre nuestra guerra civil no recelan, por lo común, de manifestar su adscripción ideológica a uno de los dos bandos de la contienda. (Algunos intentos ha habido, es cierto, aunque nunca logrados, de neutralidad política —estoy pensando en una novela de reciente publicación, Guerra en Babia (1993), de María Luz Melcón—; en todo caso, ninguno de los novelistas aquí seleccionados trabaja con asepsia o distanciamiento emocional el tema de la guerra civil). Todos, además, han vivido, con mayor o menor participación e intensidad, los sucesos que narran, y en algún caso, como el de Arturo Barea, la narración se reviste de autobiografía, lo que supone (al margen de las discusiones sobre la modalidad ficticia del género confesional) una declaración de fe de vida, es decir, un texto que puede ser leído, que admite ser leído, como un documento de época.

En la selección de fragmentos que encontrará el lector de las novelas sobre la guerra civil, es bien apreciable que, a excepción de Agustín de Foxá, el resto de los novelistas pertenece al bando de los vencidos, hombres que a la derrota sumaron el exilio y, algunos, las desesperanzas y ve-

jaciones de los campos de concentración. El desequilibrio aparente no ha sido buscado, es irremediable y constata una evidencia sin sombra: la inteligencia, encarnada en los hombres de letras, apostó en ese tablero político por la legalidad constituida, por la República. Los derrotados, por su condición de excluidos necesitan, más que los vencedores, explicarse el conflicto, abordar las razones y las sinrazones de la hecatombe, conocer el error o la causa que les ha desplazado fuera de su tierra, averiguar la urdimbre de la derrota, y seguir luchando, ahora únicamente con palabras, contra el silencio que impone el exilio. Al vencedor, en cambio, le basta su victoria, vive de consignas, no de quimeras, y está enraizado en su propio suelo, empapado de esa vacía retórica del triunfo que es impermeable a la literatura. No obstante, hay que señalar que la novela de Foxá, a diferencia de las restantes, se escribe en pleno enfrentamiento, a pie de cañón, y se publica al año de iniciadas las hostilidades, cuando nadie podía prever cuánto habría de durar el conflicto. A Foxá, en efecto, todo esto le importa poco; su mirada sobre los acontecimientos es la de un señorito a quien le disgusta radicalmente la presencia misma del pueblo; de ahí que no tenga inconveniente en escribir párrafos de esta índole: “La multitud invadía Madrid. Era una masa gris, sucia, gesticulante”. Y más adelante: “Olían las calles a sudor, a vino, polvo y gritos”. La actitud de Foxá, ya desde el propio título de su novela, tiene poco de reflexiva, aunque tampoco lo pretende; es despectiva, encarnizada y belicosa, además de literariamente grosera. Hemos hablado de mirada de señorito; pero tal vez habría que decir que se trata, más bien, de un maníaco de la higiene, alguien que confunde razón o nobleza con indumentaria. Se ha querido ver, en Madrid, de corte a checa, el más importante título novelesco del momento (se publicó, recordemos, en 1938); la afirmación es correcta, e incluso justa, siempre que consideremos que la novelística tenía en ese momento una importancia secundaria, o mejor, terciaria, en todo caso provisional, de inmediatez y olvido. Un olvido que habría de paralizar al mismo Agustín de Foxá, que con esta novela iniciaba el propósito de escribir una serie de “Episodios Nacionales”, episodios que nunca vieron la luz. Es como si, paradójicamente, los años estériles de la guerra civil hubieran fecundado el genio de Foxá; con el final de la guerra, sin embargo, se agostó la flor de su inspiración. Un caso, ciertamente, digno de estudio, que tal vez ya nadie se atreva a emprender.

Del resto de los novelistas, el más concreto, sin duda, es Max Aub. Más concreto, más material, más eficaz y quien tiene un sentido más declaradamente “geográfico” de Madrid. Max Aub es quien nombra más calles, más oficios, quien dota de mayor emoción a las gentes de la ciudad, quien tiene mayor piedad por la condición del hombre, y quien establece una gama más rica del aire asediado de Madrid, de la respiración de la ciudad, de sus silencios y estrépitos. “Había un hecho: Madrid. Una ciudad. Ya no era el campo, ya no era un pueblo: era Madrid la capital. Un hacinamiento enorme de casas. El centro de España. La razón de ser de la República”. A la vez, Max Aub es también quien proyecta en su escri-



tura un propósito de comprensión más crítico y una voluntad dialéctica más rigurosa, sin modificar un ápice su adscripción al bando de los derrotados. En sus páginas, Madrid se transfigura y humaniza, tiene contornos de corazón y entidad de cuerpo sacrificado, más que espacio es presencia, y su simbolismo político adquiere una dimensión mítica, como de fábula atropellada: “Se traiciona una causa, a una mujer –o un hombre–, ¿se puede traicionar a una ciudad? Porque lo que han engañado –dorando las palabras como el atardecer las piedras de allá enfrente– urdiendo una sucia trama, sembrando cizaña no es a éste o al otro, a un partido, a mí, a ti, a quien sea –ni a España siquiera, ya partida– sino a Madrid, a una ciudad de carne y hueso, a hombres de piedra y cemento”. Madrid como un cuerpo agonizante y traicionado, Madrid como una red de venas que son calles, como un poderoso organismo en donde alienta la suerte adversa, el fracaso, la desesperanza, el atropellado sueño de la historia. Max Aub, que escribe con un propósito, no de atribulación, sino de justicia poética, quiere destacar el vasto universo de hombres sacrificados que significó la derrota de la República, y pormenoriza en su pluma nombres de calles, de personas, topónimos, oficios, para enfrentar al olvido la nobleza anónima de los perdedores, su singularidad de hombres corrientes, sobre los que cayó un designio de persecución y destierro. Peluqueros, oficiales de barbería, maestros, fontaneros, hombres y mujeres originarios de Getafe, Escalona, Cartagena, Zaragoza, Segovia, Cadalso de los Vidrios, Alba de Tormes, Utrera, que viven o trabajan en la calle Peligros, en la calle de Fuencarral, en la plaza del Callao, hombres y mujeres de todas las edades –adolescentes, maduros, ancianos–, son nombrados en las páginas de Max Aub con esa reverencia notarial de un acto de fe. La narrativa del exilio, enfrentada al espejo de la historia, desoye los cantos de sirena de las vanguardias que animaron el periodo anterior a la insurrección militar, y es ahora un instrumento de acceso y desvelamiento de una realidad histórica negada por la prepotencia de la victoria. Tal vez sea algo más que curioso –incluso, diría, pertinente– contrastar aquí, de pasada, la mirada de privilegiado social de Agustín de Foxá con los piadosos ojos críticos de Max Aub, especialmente por lo que estas páginas tienen de azar simbólico, pues contrastan dos modos opuestos de reflejar un mismo hecho: me refiero, claro está, a la coincidencia, tan próxima en una selección de textos, de hacer convivir la repugnancia por las manifestaciones del pueblo exaltado y la dignificación de ese mismo pueblo que estremece el aire de las calles en defensa de la legalidad. Son dos miradas, irreconciliables entonces, que vienen de dos mundos diferentes, y que se originan en esa atroz división de las dos Españas que herlará el corazón de los que nacerán después, según los proféticos versos de Antonio Machado.

Fuera ya de las controversias ideológicas, y por tanto de la diferente visión de un mismo mundo, se aprecia en los demás textos elegidos una corriente subterránea que invade a veces la superficie del relato en forma de premonición. Así, en *La forja de un rebelde*: “Todo eran indicaciones de

que cada cosa iba a derrumbarse o a estallar irremediamente. El país iba de cabeza a una catástrofe”; e igualmente en El diario de Hamlet García: “Percibo, quizás porque mis nervios se hayan agudizado, una palpitation extraña en la ciudad, un rumor profundo, sordo y, si cabe la paradoja, silencioso, y de cualquier manera, amenazador”. Incluso en El rey y la reina, la novela de Ramón J. Sender, pese a que su tratamiento narrativo tiene proximidades con el género de la fábula, es perceptible ese vaticinio de una realidad que se derrumba y transforma: “Aquella desnudez ha traído todo este caos –se decía muy convencido–. ¿Cómo? ¿Por qué? Eso yo no lo sabré nunca”. En cualquier caso, Madrid aparece a los ojos del lector como un espacio de incertidumbre, un lugar de tránsito donde la voluntad de resistencia y los gestos heroicos son actos inútiles, un espacio impreciso entre el final de una época y el comienzo de la humillación y la derrota, un tiempo que el lector actual ya conoce, aunque no lo haya vivido, un tiempo que será gris o negro y una prolongación en la postguerra, por otros medios, de la lucha fratricida que tuvo su origen en el verano del 36. Porque ésta será, en efecto, una guerra sin final, o al menos una guerra cuyo definitivo acabamiento no se produjo hasta bien avanzados los años sesenta (o tal vez incluso hasta fechas más cercanas: en España aún se fusilaba, como todo el mundo sabe, en 1975).

¿Pero cómo se configura Madrid como espacio relevante en estas novelas de compromiso histórico, cuyo carácter testimonial es tan primordial que descarga a la novela, en cuanto arte literario, de cualquier otra vocación estética? El lector atento podrá observar que en estas novelas Madrid es, sobre todo, un territorio que tiene impronta de emblema, un espacio en sí mismo significativo que no necesita ningún énfasis expresivo, ninguna visión añadida ni recreación, ningún moldeado, por tanto, que exigiría mostrar aspectos inéditos, forzar, por decirlo así, la mirada de la voz narrativa. Madrid, ya lo hemos dicho, es una ciudad asediada, en guerra, y esta circunstancia, tan decisiva y determinante, despeja cualquier “decoración”, esa otra imagen sobreentendida o visión literaria que de ella quiera hacerse valer. En la escritura de estas novelas, Madrid es un ámbito tan difuso como persistente, una presencia tácita que no quiere ser nombrada; está ahí latente, vívida, con la certeza de una evidencia incuestionable, y “sobreviene” a la mente del lector, se hace “real”, mediante un acuerdo o pacto de reconocimiento, pero no a través de las seducciones de la literatura, sino mediante el régimen impuesto de la Historia. ¿Quiere esto decir que Madrid tiene aquí una función secundaria o subordinada? No, al contrario, sólo que el protagonismo de Madrid no necesita acceder al proscenio, no precisa ninguna iluminación especial, puesto que la ciudad es el cañamazo donde se teje la historia, la piel del cuerpo donde se graba su epopeya y donde se escribe (para la memoria, contra el olvido) el dolor de la derrota. Madrid, en fin, como un lugar estremecido por la esperanza de lo pudo ser y no fue.

Así se fija de Madrid una estampa que se difumina a medida que se aproxima el fin de la guerra. Después, la ciudad asediada y heroica da-

rá paso, vencida ya la legalidad republicana, a la ciudad de los baluartes victoriosos que traerá consigo esa otra época de miseria moral y restricciones, de calamidades e insuficiencias, de esfuerzos por sobrevivir en una ciudad que no recobrará la luz de su perfil hasta los albores de la actual democracia. En esa época interminable de postguerra, todo se descubre de nuevo y todo, según se descubre, parece una creación reciente, como si la ciudad necesitara, otra vez, ser inventada para la memoria. Así, las novelas de interés que se centran en este período —aquí ejemplarizadas por las páginas elegidas de La colmena, de Camilo José Cela y Tiempo de silencio, de Luis Martín Santos—, poseen una vocación que podríamos denominar de génesis, de establecimiento o exploración de la realidad social, pues la tradición literaria, en el interior del país, quedó rota, desmembrada o exiliada, reducida en definitiva a los puros huesos. El panorama, en efecto, es patético, no sólo porque la noción de cultura, en su sentido más noble, está ausente del aire que respira el país, sino porque se precisa un talento añadido para sortear la férrea censura que atena a la inspiración y la libre disposición para crear. Pese a todo, la literatura logrará expresar ese mundo de hombres que deambulan, de almas errantes, de gabardinas encogidas, un mundo carcomido y tenazmente sórdido, un mundo de tribulación y vagabundeo, de humillación, cartillas de racionamiento y tardes de café aguado en que se debaten y viven los habitantes de Madrid.

En el Madrid de la postguerra, todo es de una grisitud insultante, sin personajes memorables. La literatura, al menos, no sabe encontrar, en ese páramo de sobrevivientes, otra cosa que desolación. No es casual, por tanto, que Madrid se erija en personaje colectivo, en espacio de una comunidad de hombres y mujeres para quienes el más trivial de los comportamientos cotidianos comporta casi una epopeya. Este es, tal vez, el logro mayor de Camilo José Cela, componer un memorándum notarial de gestos, de coloquios, de expresiones triviales, de banalidades de uso común, cuya urdimbre comporta un universo que se deshace en el instante mismo en que aparece. Nada hay en las páginas de La colmena, si desatendemos la acumulación de anécdotas o la zafiedad del anónimo parroquiano de café, que merezca ser recordado. Tampoco hay una mirada propiamente literaria, quiero decir, una voluntad de creación artística, sino un registro a pie de obra de múltiples instantáneas, fregonazos de fotografías que revelan el carácter efímero de unos años que sentencian una época histórica de denigración de la condición humana. “No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante”. Pocos comienzos de novela han expresado, con mayor precisión, la necesidad de mantener el equilibrio, la precaria estabilidad de un mundo que exige el esfuerzo de todos para sostenerse. Son más de doscientos personajes, cada uno ocupando su lugar preciso dentro de la trama vulgar de la vida cotidiana, cruzando sus destinos inciertos, reclamando, acaso, esa imposible atención que no merecen y que, sin embargo, todos desean para escapar así del anonimato. Pues, pese a esa técnica de prontuario que utiliza

Camilo José Cela –registro del nombre, profesión, manías, etcétera–, cada uno de sus personajes tiene una aparición igualmente radiante y mezuquina, mitad superflua y otro tanto estentórea. “Flota en el aire como un pesar que se va clavando en los corazones. Los corazones no duelen y pueden sufrir, hora tras hora, hasta toda una vida, sin que nadie sepamos nunca, demasiado a ciencia cierta, qué es lo que pasa”. Lo que pasa es un transcurrir sin objetivo, un presente que es un milagro de supervivencia, un vivir al día, sin futuro, sólo con el proyecto de resistir a la miseria, escorados en un tiempo muerto, cumpliendo el penoso deber de amontonar los días, que se suceden, unos a otros, con monotonía de polvoriento reloj de café, inmisericorde y tenaz, sólo sacudido por las vejaciones de los parroquianos que tienen que buscarse la vida como sea, ir tirando, aunque no sepan adónde, ni para qué.

A diferencia de las novelas sobre la guerra, donde la urgencia del conflicto proscibía a la ciudad a un fondo con cielo de humo y metralla, en el largo período de la postguerra Madrid es una sucesión de calles frías que conducen a portales prostibularios y a pensiones sórdidas. Pero es en el *Café*, sobre todo, donde se regenta la vida pública, donde se mezclan las clases pasivas con la picaresca, el ocio del fumador de puros con la musa enferma del poeta de provincias, la chalanería soez del estraperlista con la infeliz huérfana sentimental que se prostituye para no morir de hambre, el impresor enriquecido con el cerillero, el sanguíneo con el tuberculoso, las señoras de dientes de oro con mujeres maltrechas, participando todos de la misma vaciedad del aire, como en un limbo de confusión. Sin embargo el *Café*, que les reúne a todos, cuando se cierra nada retiene de estos personajes: “El *Café*, antes de media hora, quedará vacío. Igual que un hombre al que se le hubiera borrado de repente la memoria”. El narrador omnisciente de la novela de Camilo José Cela es un observador neutro, que se resigna con deleite (si el oxímoron es admisible) a levantar un acta, o más bien un atestado, de los accidentes cotidianos, para configurar así un mosaico sombrío del alma colectiva. De ahí que los personajes, en no pocas ocasiones, semejen figurantes de un teatro en ruinas, que además estuviera dirigido por un director de escena que no sabe bien qué hacer con tantas vidas, excepto permitirles un instante de concurrencia, pero sin dotarles de un destino o de un proyecto de vida que les redima de la atroz incertidumbre y de las desesperanzas del presente.

Con *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, se produce un cambio radical; ahora el narrador no se conforma con acceder a la realidad con un oído muy afilado para el registro del habla y para los gestos banales o hueros de la vida cotidiana. Ahora, al fin, hay una pretendida voluntad de creación artística, una indignación, rechazo y desplome del presente, aunque se usen los mismos materiales deleznable de que está compuesta la realidad, porque aquí el lenguaje, es decir, el arte literario, no somete su potencial de recursos imaginarios al imperio exclusivo de la observación, sino que pugna por abrirse paso y sobrevolar esa miseria moral, hasta hacer de la invocación al genio literario



la máxima aspiración del consuelo: “Cervantes, Cervantes. ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como ésta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza?”. Con Martín Santos, Madrid se recupera literariamente como espacio mítico, en el sentido más prístino y originario, pues ya no es sólo una ciudad acreditada por la función histórica de símbolo que le tocó vivir, sino que es, otra vez, un entramado moral donde el esfuerzo de vivir, y la dignidad que esto supone, aparece con los rasgos atenuados y febriles de las pesadillas, conformando un trazado –el recorrido de Pedro, de la asepsia del laboratorio a la verificación “científica” de la miseria de las chabolas– que instituye un territorio donde Madrid se erige en una ciudad libre al fin para la imaginación literaria.

El lector que siga, por tanto, esta selección de textos, podrá recorrer, no sólo distintas facetas de un poliedro que se recompone en su integridad después del cataclismo de la guerra civil, sino que vivirá también, desde diversos ángulos, el entramado de una ciudad más luminosa y heroica en la amenaza de extinción que en la derrota. Pero que adquirirá luego, sin embargo, en la interminable postguerra, el sosiego necesario para ser, otra vez, una ciudad habitable, capaz de generar una literatura novelística mucho más imaginativa y misteriosa. Precisamente la novelística de la que se ocupará el volumen siguiente de esta colección, donde ya la presencia de la guerra quedará detrás de los desmontes de la memoria, y dejará al fin paso a la razón literaria, es decir, a la recreación mítica de una ciudad.

FRANCISCO SOLANO

Introducción

La teoría literaria se percató hace ya tiempo de que tan decisivos como los personajes o la acción son las coordenadas espacio-temporales en las que aquéllos se desenvuelven. Así, Wolfgang Kayser, junto a la epopeya de *personaje* y de *acontecimiento* sitúa como tercer punto del trípode la epopeya de *espacio*. Kayser se hace eco de las teorizaciones de Hegel y Vischer sobre la difícil situación en que se encuentra el poeta épico en los tiempos modernos. No puede apoyarse en leyendas o en los mitos creídos; su mundo está «organizado prosaicamente», ha quedado sin héroes y sin milagros, y se ha convertido en una realidad conocida experimentalmente¹. Por esta circunstancia, el espacio se ha constituido, en la novela, en el elemento estructurador del mundo. No podría ser de otra forma, si se tiene en cuenta que así ha sido interpretado por importantes filósofos, desde Parménides, Lucrecio y Platón hasta Kant y Cassirer. El espacio y el tiempo constituyen en todo tipo de manifestación artística las categorías organizadoras de la realidad. Como afirma Le Corbusier, «todo arte tiende a establecer sus límites en el espacio y a controlarlo de un modo u otro, por sus propios medios y estableciendo sus reglas en el entorno»².

Para definir en la novela el complejo espacio-temporal, el eminente filólogo ruso Mijail Bajtin propone el término de *cronopo*, que se ha utilizado en las matemáticas e introducido y fundamentado a través de la teoría de la relatividad³. A favor de esta conexión esencial de las relaciones espacio-temporales se declaró Samuel Alexander en su obra *Time and Deity*, en la que estudia las interrelaciones en la física, la matemática y la metafísica. Tales interconexiones parecen innatas en el espíritu humano, como se deduce del hecho de que ciertos pueblos hayan dispuesto de una sola palabra para designar los conceptos de espacio y de tiempo.

Lo anteriormente expuesto nos confirma en la idea de que este libro, centrado -como los que le han precedido de la misma serie- espacialmente en Madrid, debe ajustarse a unos límites cronológicos precisos, que en este caso no son otros que los de la guerra y postguerra. En un volumen posterior se analizan las novelas de la transición y de la democracia. En el presente seleccionamos algunas de las narraciones más significativas enmarcadas en las coordenadas espacio-temporales indicadas. Para comprender el alcance de las obras centradas en el Madrid de esos años resulta imprescindible, sin embargo, trazar un breve panorama general de la narrativa de la época.



Ya Ángel del Río en 1948 dedica un capítulo en su *Historia de la Literatura española* al tema de la guerra civil y sus consecuencias. Eugenio G. de Nora, por su parte, asegura que, aunque tomando como fecha de referencia para situar una nueva etapa el final de la guerra española (1939) «resulta insoslayable formar un primer grupo con los autores cuya obra se centra de un modo esencial (no sólo por los temas, sino por el espíritu que la anima) en tan grave acontecimiento, en sus variadas vertientes, confrontación política y social de clases y tendencias y, en fin, lucha armada cívico militar»⁴. Así lo han entendido también otros investigadores y ya resulta habitual encontrar en las historias de la narrativa española un capítulo dedicado a la «novela de la guerra civil». Esta contienda adquirió tales dimensiones que trascendió nuestras fronteras ocupando con derecho propio un espacio en la historia y en la literatura universal. Y no sólo por la incorporación a uno u otro bando de contingentes extranjeros o por el posible carácter de ensayo de nuestra guerra civil respecto a la segunda guerra mundial, sino también y muy especialmente por la repercusión que tuvo en el panorama cultural. Intelectuales y novelistas de muchos países, como André Malraux, Ernest Hemingway y John Dos Passos, participan en ella y son cronistas privilegiados de la misma. Tanto los que intervienen de una forma activa, como los que desempeñan el simple papel de espectadores e incluso algunos nacidos una vez finalizado el conflicto se sienten impelidos a legarnos testimonios literarios de este hecho: «“Del dolor de las trincheras, de los sacrificios de la retaguardia ha de surgir algo magnífico” era esperanza generalizada aquellos días y es clave para interpretar el afán de muchos combatientes en recoger literariamente *-perpetuar-* sus inquietudes»⁵.

Y si, como ha explicado Lucien Goldmann, toda obra literaria es una respuesta significativa a una situación particular, «la novela española de postguerra (también la poesía, el ensayo y, en general, todas las manifestaciones culturales y artísticas) se caracteriza fundamentalmente por su voluntad de constituirse en testimonio de la realidad sociopolítica en que se ve inmersa, a menudo hostilizada, y colaborar, en la medida de sus posibilidades en tanto que instrumento cultural integrado en la urdimbre ideológica del país, en la modificación de aquellas zonas de la realidad que estima merecedoras de reestructuración o de rechazo»⁶.

Para agrupar las novelas que tratan de la guerra civil se han ensayado diversas clasificaciones. Antonio Iglesias Laguna establece las siguientes divisiones: a) La constituida por aquellos autores que eran ya conocidos al advenir la guerra civil; es decir, la integrada por los miembros de las generaciones de 1875 y 1900, aproximadamente, que denomina generación de 1877-1907. b) La de los novelistas combatientes, jóvenes en 1936 y nacidos hacia 1915, que constituirían la generación de 1910-1920. c) La formada por la generación que, sin hacer la guerra, hubo de vivirla en la infancia, generación dotada de mayor perspectiva histórica para juzgar desapasionadamente los hechos (generación de 1923-1930)⁷. Antonio Iglesias se refiere evidentemente a grupos generacionales y no a generaciones literarias.

Ponce de León distingue tres grupos, en el primero de los cuales introduce divisiones y subdivisiones: «Los autores españoles que encontraron en la guerra civil el principal tema de sus novelas pueden ser ya clasificados en tres grandes grupos. En el primero se pueden incluir todos los que, generacionalmente, vivieron la contienda como actores, participando en ella ya como soldados en las trincheras o simplemente como individuos activamente comprometidos en la defensa de lo que creyeron sinceramente una causa justa. Este grupo se subdivide en dos: el de los que se marcharon al exilio y el de los que permanecieron en España. Entre los últimos se incluyen los que estaban al lado de los vencedores y aquellos que, sin estarlo, no siguieron a sus compañeros en el camino del exilio. Utilizando un vocabulario odioso, podríamos considerar a estos como «los derrotados que permanecieron en España» (...) y ofrecen como característica común el no haber tomado la guerra como tema de su obra hasta mucho después de 1939. Ejemplo típico de los escritores pertenecientes a este grupo es Ángel María de Lera, cuya novela de guerra *Las últimas banderas* no aparece hasta 1967 (...) El segundo grupo está formado por los que, por haber sido demasiado jóvenes en el período 1936-1939, no participaron en la guerra, aunque sí sufrieron sus consecuencias ya sea por haberse visto obligados a vivir su juventud y madurez en el exilio, a donde siguieron a sus padres, o en la España de la posguerra, en medio de la sociedad que surgió del conflicto. Un tercer grupo reducido en número está formado por los escritores que después de haber pasado su adolescencia y juventud en la España de la posguerra, emigraron durante los últimos años, por razones políticas o de otra índole»⁸.

Nora distingue «dos grandes figuras de escritores (si bien ambos un tanto marginados y “heterodoxos” en cuanto novelistas): Arturo Barea y Max Aub; tres sólidos temperamentos de narradores, cuya obra es ya muy considerable, aunque visiblemente inconclusa (Paulino Masip, José María Gironella y Rafael García Serrano), y aquellos otros autores que, o bien se acercaron ocasional y pasajera a la novela (A. de Foxá y J. M^a Alfaro), o bien pueden considerarse aún, pese a sus ya evidentes méritos, en el umbral de su carrera literaria: Herrera Petere, Mercedes Fómica (...) y otros»⁹. No hay que olvidar que estas afirmaciones están formuladas en 1962. De esos autores se incluyen en nuestra selección Arturo Barea, Max Aub, Paulino Masip y Agustín de Foxá. El resto de las novelas de este grupo o bien no están situadas en Madrid o no nos han parecido significativas.

Gonzalo Sobejano reconoce que, junto a escritores que no supieron dar expresión en sus novelas a los elementos integradores de la sociedad española, destacan otros que se sintieron sensibilizados por los diversos aspectos de nuestro problemático existir. Y entre todos esos problemas fue el de la guerra civil el que les llamó más poderosamente la atención. En la novelística posterior a 1936 -según el citado crítico- la guerra española está casi siempre presente, aunque esta presencia ofrezca diversos grados e intensidad. A veces constituye el tema principal, otras el secundario; en al-

gunas novelas la guerra aparece sólo como fondo de la acción, en otras como motivo y en otras, finalmente, como mera reminiscencia. Sobejano agrupa a los «novelistas preocupados por la guerra como tema»¹⁰ en tres grupos: el de los observadores, el de los militantes y el de los intérpretes. Para los primeros la experiencia bélica era pasiva, de retaguardia. Militantes serían los que intervinieron en la lucha, bien como soldados, bien como portavoces de una determinada política. Entre los novelistas de nuestra selección el ejemplo más claro es Barea. Los intérpretes de la guerra se caracterizarían, según Sobejano, porque, antes de nada, intentaron elucidar su significación. Estos últimos, aunque surgieron pronto en el exilio. «tardaron en aparecer dentro de España por razones fáciles de entender: elusión del tema bélico por la censura expresa o tácita, necesidad del transcurso de los años para hacer otra cosa que propaganda»¹¹. Los novelistas «observadores» se singularizarían por imprimir a sus relatos un carácter de crónica, con el propósito de transmitir a la posteridad su visión personal del conflicto. Así, Concha Espina nos transmitiría en *Retaguardia* (1937) «la visión patética de unos personajes a quienes la revolución atormenta, transparentando en la historia de sus criaturas ficticias la verdad de las persecuciones y temores que la misma novelista había padecido en Santander, su ciudad natal»¹². Los efectos de la contienda son destacados por Wenceslao Fernández Flórez en *Una isla en el mar rojo* (1939), de la misma forma que describen los padecimientos de la contienda en la retaguardia Francisco Camba en *Madridgrado* (1940), Ricardo León en *Cristo en los infiernos* (1943) y Salvador González Anaya en *Luna de plata* (1942) y *Luna de sangre* (1944). Estos escritores, al igual que Concha Espina y Wenceslao Fernández Flórez ya disfrutaban de un reconocimiento bastante general antes de la guerra. Notas comunes a todos son el sentimentalismo y el conservadurismo, bajo cuyo prisma presentan el conflicto bélico. Muy próximos ideológicamente a ellos se encuentran otros de menor edad como Agustín de Foxá y Tomás Borrás. La novela de Agustín de Foxá, *Madrid de corte a checa* (1938) tiene una estimable calidad literaria y es incluida en esta selección.

Por lo que se refiere a los novelistas «militantes» resalta Sobejano lo poco logrado de sus obras, explicables por una visión maniquea y nada distanciada de los fenómenos que inventarían y condensan. Para escribir una buena novela de la guerra es preciso, según este crítico, «haber entendido a fondo el origen y finalidad de esa guerra; y aquellos novelistas soldados se atuvieron casi exclusivamente al cómo, olvidados del por qué y del para qué». Entre los novelistas y títulos de este grupo merecen ser mencionados Rafael García Serrano, con *Eugenio o la proclamación de la primavera* (1938), *La fiel infantería* (1943) y *Plaza del Castillo* (1951); Cecilio Benítez de Castro con *Se ha ocupado el kilómetro 6* (1939); José María Alfaro con *Leoncio Pancorbo* (1942); José Vicente Torrente con *IV Grupo del 75-27* (1944) y Ricardo Fernández de la Reguera con *Cuerpo a tierra* (1954). Los rasgos caracterizadores de todas estas novelas podrían resumirse, según Fernández Cañedo, en los siguientes: autobiografismo.

excesiva inmediatez de las vivencias relatadas, confusión entre lo referido y lo evocado, lenguaje crudo y brutal, visión de la mujer como objeto de codicia sexual y concepción de la guerra como un mal necesario.

Para uno de los autores citados, Rafael García Serrano, la guerra civil aparece en su obra más representativa, *La fiel infantería*, como la más odiosa de todas las guerras porque rompe los vínculos históricos que ligaban a los hombres de una misma comunidad. Estas facetas negativas de la contienda no son reseñadas por Cecilio Benítez de Castro, que «sólo percibe el júbilo de los vencedores y las hazañas heroicas del falangista». En cualquier caso, hay en estas producciones un acercamiento a la realidad histórica del país, aunque la visión que presenten sea parcial y sesgada.

En el grupo de los denominados «intérpretes de la guerra» distingue Sobejano los que desarrollaron su actividad fuera de España y los que la realizaron dentro del país. Los primeros ofrecen a su vez interpretaciones muy distintas que van desde la autobiografía y la epopeya hasta la parábola social o moral y el esperpento. Un rasgo común a todas estas novelas viene determinado por una mayor universalidad o por una más honda ejemplaridad humana. Las obras de los que permanecen en el país giran fundamentalmente sobre el género del documento patriótico o del testimonio crítico. Entre los que marcharon al exilio figuran Arturo Barea con *La forja de un rebelde*, Max Aub con las novelas que integran «El laberinto mágico», Paulino Masip con *El diario de Hamlet García*, Francisco Ayala con *La cabeza del cordero* y Eugenio F. Granell con *La novela del indio Tupinamba*. Junto a ellos habría que mencionar a otros autores como José Herrera Petere, José Ramón Arana, Virgilio Botella Pastor y Romualdo Sánchez Granados.

Los novelistas que permanecieron dentro de España empiezan a interesarse -sobre todo a partir de 1950- por la guerra como tema de algunas de sus obras. Para muchos tiene un valor de documento patriótico como puede ejemplificarse en algunas producciones de José María Gironella, Ignacio Agustí, J. A. Zuzunegui y Ricardo Fernández de la Reguera. Otros imprimen a sus narraciones un valor de testimonio crítico, como José Luis Castillo Puche, Carmen Laforet, Ana María Matute, Juan Goytisolo y Juan Benet.

Un fenómeno singular fue el interés despertado por el conflicto bélico en prestigiosos novelistas extranjeros ya desde los primeros días de la contienda, cuyos ejemplos más singulares serían André Malraux con *L'espoir* (1938) y Ernest Hemingway con *For whom the bell tolls* (1940).

Para José María Fernández Gutiérrez y María Herrera Rodrigo la división más evidente «es la que se establece entre la novela escrita y publicada en España y la escrita y publicada fuera»¹³.

Ha sorprendido a algunos críticos «el contraste entre la abundancia de relatos y novelas inspirados en la guerra y aparecidos en el destierro desde apenas terminado el conflicto, con la pobreza narrativa publicada sobre el mismo tema en el interior de España durante la década de los años cuarenta»¹⁴. Un factor que puede explicar tal desequilibrio estaría moti-

vado por el fenómeno de la censura, aunque como ha explicado Santos Sanz Villanueva, «sería dar una imagen excesivamente monolítica de las fuerzas internas del Régimen el pensar en una censura con criterios unánimes y coherentes. En un medio político en el que parece predominar la Falange, otros poderes le disputan la primacía y entre ellos el de la Iglesia que en una clara postura de compromiso tiene gran fuerza decisoria. Sus puntos de vista no siempre coinciden con los de la censura política y ello ha motivado sucesos paradójicos, contradictorios y casi absurdos»¹⁵.

Los novelistas de estos años no sólo han hecho de la guerra civil tema de sus relatos sino que también han formulado juicios severos sobre las consecuencias de esta tragedia. Uno de los primeros fue Francisco Ayala: «Vino, pues, la Guerra Civil y, para las letras, la dispersión o el aplastamiento; vino la Guerra Civil y sorprendió a mi generación en la treintena de su edad. Los más viejos habían cumplido ya -y ¡cómo!- su obra, ejerciendo mediante ella una descomunal influencia sobre el país, sobre el ámbito mayor de la cultura hispánica y, más allá de ese ámbito, marcando una impronta bien perceptible en otras zonas de Occidente (...) La guerra civil clausuró, para todos ellos, una actuación que, en lo sustancial, estaba completa. Unos han muerto; otros, sobreviven y callan; y los que continúan escribiendo, escriben también como supervivientes. No es que hagan labor inferior, no; pero lo que a la fecha escribe Azorín, lo que Baroja escribe, retrocede, por así decirlo, hasta unirse e incorporarse a su obra pasada (...) En cambio, la generación subsiguiente, la mía, que sólo había alcanzado a manifestarse en su fase juvenil, fue sorprendida ahí por la conflagración, y quedó en suspenso, cortada»¹⁶. Llama la atención de Ayala y de otros narradores el hecho de que a diferencia de países como Inglaterra, Francia e Italia que en seguida supieron digerir sus tremendas peripecias y extraer de ellas una literatura copiosa, en España -con algunas excepciones como las de Foxá- tardara tanto en producirse tal fenómeno, sobre todo en el campo de la narrativa. En el de la poesía, sin embargo, los poemas de León Felipe, Machado, Alberti y Miguel Hernández centrados en dicho asunto adquirieron pronto la categoría de clásicos. Después vino la avalancha y con ella la urgencia de expresar aquellas amargas experiencias. «Yo por mi parte -concluye Ayala- he sentido el apremio de dar expresión artística a aquellas graves experiencias, y me he puesto a hacerlo con una gran seguridad interior, con la misma firme decisión que antes, en tiempos turbios, me hizo eludir la tarea literaria en su aspecto creador»¹⁷. El hecho de que en esta colección se recojan sólo fragmentos de novela y no de relatos cortos nos impide incluir los de Ayala que abordan este asunto.

La crítica de la novela reitera o subraya las opiniones de los creadores: «De un lado y de otro, la guerra civil fue ocasión -se ha dicho y repetido cien veces- para la precipitación de vocaciones literarias como, sin duda y sobre todo, fue fosa común para mil vocaciones y promesas definitivamente rotas, y para una pulverización casi total de valores y escalafones - en la literatura como en todas las profesiones-, con la consiguiente sensa-

ción de unos de vivir una nueva era y para otros de asistir a una zarabanda de confusión»¹⁸. La convulsión que sufrió todo el país la experimentó con una especial intensidad Madrid, un Madrid enloquecido por el que deambulaban, como dice Herrera Petere, poetas y músicos, soldados y capitanes, campesinos y fascistas¹⁹. Todas las narraciones incluidas en esta selección -y otras que por limitaciones de espacio no han podido insertarse- nos ofrecen esta imagen trágica de la ciudad. En las primeras páginas de *El rey y la reina*, de Ramón J. Sender leemos: «A las ocho del día siguiente, Madrid era un campo de batalla. A las diez la lucha parecía concentrarse en el Cuartel de la Montaña, aglomeración de edificios militares que dominaba una colina aislada por parques y avenidas entre la plaza de España y Rosales. Al mediodía, después de varios asaltos que costaron centenares de vidas, el pueblo madrileño consiguió tomar la colina y reducir a los rebeldes»²⁰. En estos primeros días de la contienda, la sublevación y la toma posterior del Cuartel de la Montaña constituye uno de los ejemplos emblemáticos de la guerra en Madrid. El 20 de julio iba a ser un día decisivo en la capital de España: «Al amanecer, el regimiento de artillería de Getafe, sublevado, inició el fuego contra el aeródromo. En aquel momento se hallaban sublevados el cuartel de la Montaña, los de Campamento, el de artillería de Getafe; el gobierno contaba con el regimiento de carros de combate, el parque de Artillería, los aeródromos de Getafe y Cuatro Vientos y, naturalmente, con las fuerzas de Asalto (la guardia civil permanecía a la expectativa) pero el día 20 obedece al gobierno»²¹. Agustín de Foxá, en *Madrid de corte a checa* reproduce un mensaje del gobierno de las República, en el que se anuncia la rendición del general Fanjul y la caída del cuartel de la Montaña: «Cerraron las persianas. Sonaba en el altavoz de la “radio” la voz aguda de la “Pasionaria”. Comparaba a los milicianos con los chisperos del 2 de mayo. Hablaba de la gesta gloriosa del pueblo, pedía venganza para los traidores. El “speaker” de Gobernación afirmaba que las noticias eran cada vez más optimistas. - “Los Generales sublevados se han rendido al conocer el fracaso de Madrid. En Barcelona, se ha hecho prisionero al ex-General Goded. El ex-General Fanjul se había entregado en el Cuartel de la Montaña. Llevaba la cabeza vendada”»²². Foxá presenta a los defensores del gobierno legítimo de la República como unos miserables que se reparten el botín: «Las masas armadas invadían la ciudad. Bramaban los camiones abarrotados, con mujeres vestidas con “monos”, desgredñadas, chillonas, y obreros renegridos, con pantalones azules y alpargatas, despechugados, con guerreras de oficiales, correaes manchados de sangre y cascos. Iban vestidos con los despojos del Cuartel de la Montaña»²³. En una orientación semejante a la descrita por Foxá, aunque sin lograr su eficacia expresiva, Tomás Borrás presenta el Cuartel de la Montaña convertido en una «bomitona de escombros cuesta del Príncipe Pío abajo...»²⁴. Arturo Barea, sin embargo, aborda este asunto con procedimientos propios de la epopeya bélica: «De la dirección del cuartel llegaba un crepitar de disparos de fusil. En la esquina de la plaza de España y la calle de Ferraz un grupo de guardias de

asalto estaba cargando sus carabinas al abrigo de una pared. Entre los árboles y los bancos del jardín había una multitud de gente tumbada o en cuclillas. Surgía de ellos una oleada furiosa de tiros y gritos que se extendían a los lejos (...) Una masa sólida y viva de cuerpos se movió hacia adelante como una catapulta hacia el cuartel, hacia la cuesta de entrada de la calle Ferraz hacia la escalera de piedra en la pared, hacia la pared misma. La multitud era ahora un solo grito. Las ametralladoras funcionaban sin cesar»²⁵. La narración de Barea, que es partícipe activo de la batalla, asume la perspectiva autobiográfica y nos introduce con el resto de los asaltantes en el interior del cuartel: «Me encontraba sumergido en una parte de la masa que me llevaba hacia el cuartel. La explanada estaba sembrada de cuerpos, muchos de ellos retorciéndose y arrastrándose en su propia sangre. Me encontré de pronto en el patio del cuartel»²⁶.

Sin embargo, en *La guerra del general Escobar*, de José Luis Olaizola, el protagonista conoce el acontecimiento de una forma indirecta: «Me dio la noticia, no sé si buena o mala, pero en todo caso entristecedora de que mi hermano Alfredo se hallaba refugiado en la embajada de México. Mandaba un tercio de la Guardia Civil cuando el alzamiento y lo retuvo para no participar en el asalto al cuartel de la Montaña»²⁷.

Luis Romero en *Tres días de julio* quiere ser un observador imparcial y parece atenerse con bastante fidelidad a los hechos históricos. Ello no impide sin embargo que en algunas partes de su narración, y mediante un proceso de actualización del relato, predomine el tono épico: «La pieza del quince y medio que maneja el teniente Vidal está demostrando la eficacia de su calibre. Su formidable estampido enardece a los miles de hombres que acosan el cuartel de la Montaña. Los destrozos en la fachada son muy visibles y cada cañonazo que dispara, impacto seguro. Al capitán Orad de la Torre le han suministrado más munición. Ha vuelto a cambiar de lugar sus piezas; una de ellas la ha emplazado en la calle Luisa Fernanda. La aviación está haciendo migas a los sublevados»²⁸.

Cela, en *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936*, pone en relación los sucesos del Cuartel de la Montaña con el levantamiento en otros cuarteles de Campamento y asegura que el gobierno no mantiene el control de la calle. Para el narrador, que asume la perspectiva de la segunda persona y un tono conversacional, «el pueblo debe asaltar el cuartel de la Montaña pero recuerden ustedes lo que les digo, si el pueblo llega a rendir el cuartel de la Montaña no sabrá lo que hacer con la victoria, en nuestro país todo empieza en heroísmo y termina en cachondeo, es amargo pero también es evidente»²⁹.

Con la misma minuciosidad con que se relata este acontecimiento, otros, como el asesinato de Calvo Sotelo, la toma de Madrid, etc., van apareciendo en las novelas de Sender, Max Aub, Barea, Foxá, Masip, etc., que se convierten, por tanto en testimonios no sólo literarios sino también históricos de primer orden.

Los mismos o parecidos procedimientos, y a veces utilizados por los mismos novelistas, encontramos en las narraciones centradas en los años

de la posguerra. La situación socioeconómica del Madrid de esta época es el resultado de una política autárquica, impuesta justamente en un momento en el que, debido a los destrozos en los campos, el país tenía que importar cinco veces más trigo que en el período comprendido entre 1931 y 1935. Las consecuencias de la guerra y de esta política fueron la escasez de alimentos, circunstancia de la que se hacen eco las novelas que focalizan este período histórico. Se favoreció así un mercado negro, denominado popularmente con el nombre de estraperlo, que conoció una gran actividad en la década de los cuarenta. Novelistas tan poco sospechosos de adversarios al régimen como J. A. Zúñunegui, ponen de manifiesto la práctica del estraperlo, el negocio que algunos llevaban a cabo con las cartillas de racionamiento y el acopio que hacían de las mismas unos pocos privilegiados³⁰. Cela, en *La Colmena* se refiere igualmente al racionamiento con el término de procedencia militar «suministro», muy en boga en los años cuarenta.

La mayoría de las novelas publicadas en las décadas de los cuarenta y cincuenta se inscriben por regla general en la órbita realista. Heredan por una parte ciertos recursos temáticos y expresivos de la novela decimonónica; ajustan en otras ocasiones su código retórico a la estética de los novelistas norteamericanos de la generación perdida; algunos de sus asuntos recuerdan los tratados por el neorrealismo italiano y, ya al final de los cincuenta, acusan la influencia del realismo social, que tenía como referentes fundamentales las tesis formuladas por Sartre en su libro *¿Qué es la literatura?* y las ideas estéticas de G. Lukács. Muchas de las novelas de los cuarenta nos hablan del hambre, la tristeza y la frustración, que constituyen -según hemos apuntado- rasgos singularizadores de esta década. Y si la exaltación triunfalista de los ganadores de la guerra está presente en algunos autores como García Serrano, o la actitud simplemente conformista es patente en otros, como Ignacio Agustí, lo más frecuente son los tonos amargos y desesperanzados. Algunos estudiosos, como Geneviève Champeau, consideran el discurso narrativo de estos años no como el reflejo de una sociedad determinada sino como un mentís implícito a un contexto textual³¹. Para Juan Goytisolo los autores de la novelística inmediatamente posterior a la guerra, «social y moralmente pertenecen a la burguesía y expresan en sus obras un concepto burgués y conformista de la vida española (cuyas premisas no ponen jamás en tela de juicio) si bien alguna vez tratan de asustarla (caso de Cela)»³². Sin embargo, conforme van pasando los años, las novelas se convierten en claros testimonios de la época: «Hace ya bastantes años, al establecer un balance provisional de nuestra praxis literaria, señalé las razones que nos llevaron al cultivo de una novela “realista”, testimonial, fotográfica: “Mientras los novelistas franceses -decía- escriben sus libros independientemente de la panorámica social en que les ha tocado vivir... los novelistas españoles -por el hecho de que su público no dispone de medios de información veraces respecto a los problemas con que se enfrenta el país- responden a esa carencia de sus lectores trazando un cuadro lo más justo y equitativo posible de la realidad



que contemplan. De este modo la novela cumple en España con una función testimonial que en Francia corresponde a la prensa, y el futuro historiador de la sociedad española deberá apelar a ella si quiere reconstruir la vida cotidiana del país a través de la espesa cortina de humo y silencio de nuestros diarios³³. El mecanismo represivo impuesto en el país a consecuencia de la victoria del bando clerical-autoritario ilustra, una vez más, la vieja regla histórica frente a la que se estrellan todas las censuras: la de su precariedad y anacronismo, debidos al hecho de querer aplicar leyes y normas, con pretensiones permanentes y fijas, a una realidad que es por esencia fluida y mudable»³⁴. La novela, por tanto, se convierte en documento notarial de una época, en la que el cultivo de cualquier actividad artística no resultaba fácil. Así lo reconoce Pío Baroja en 1943: «No creo que el ambiente actual sea muy propicio para el desarrollo de la novela. El hecho de la guerra no da a las sociedades una vida segura, que yo considero imprescindible; la situación en el mundo es tan fuerte que los españoles se encuentran psicológicamente en el volcán de Europa»³⁵.

Pero a pesar de que la situación no fuese muy propicia para la novela, ésta siguió cultivándose, y algunas de las publicadas en la inmediata posguerra y en décadas posteriores aparecen como reveladoras de la historia de una época con una fuerza mucho mayor que la de los documentos propiamente históricos. Uno de estos valiosos testimonios lo constituye la novela de Luis Martín Santos, *Tiempo de silencio* (1962), incluida en esta selección. Junto a ella, centrada en el Madrid de la posguerra, aunque publicada a comienzos de los sesenta, conviene citar otras, aparecidas bastantes años antes, como *El empleado* (1949), de Enrique Azcoaga; *Las últimas horas* (1950), de José Suárez Carreño; *Calle de Echegaray* (1950), de Marcial Suárez; *La Colmena* (1951), de Camilo José Cela; *Esta oscura desbandada*, de J. A. Zunuzegui (1952); *Buenas noches, Argüelles* (1956), de Antonio Prieto; *Las calles y los hombres* (1957) de J. M. de Quinto y *Ayer, 27 de octubre* (1958), de Lauro Olmo. En el mismo año que *Tiempo de silencio* se publica *La patria y el pan* (1962), de Ramón Nieto.

En *La colmena*, de Cela, junto a los personajes más destacados como doña Rosa o Martín Marco, nos encontramos con una galería de tipos muy ilustrativos del Madrid de la época: el gitanillo, el limpia, el cerillero, el sablita, el poeta joven y ridículo, el guardia, el prestamista, el médico oscuro, el pedantón, el impresor adinerado, los músicos miserables. Las mujeres -además de las citadas- pertenecen igualmente a los diversos estratos de la sociedad madrileña: las beatas, las prostitutas del más variado nivel, las dueñas de las casas de citas, las criaditas, la alcahueta, la castañera. Como en el caso de los hombres predominan las integrantes de una burguesía media baja y las de las clases humildes.

En *El empleado* -que presenta analogías con el *Miau* galdosiano, y podría ser considerado uno de los precedentes del *Funcionario público*, de Dolores Medio- Enrique Azcoaga relata un día en la vida de Rogelio Alonso de Celis, personaje que se debate entre la mediocridad rutinaria de oficinista ocioso y sus deseos de llegar a ser un prestigioso autor dramático.

Lo retratado ahora no es el Madrid callejero o el de los cafés, sino el Madrid de la casas de vecinos y la oficina, donde pasa su vida el protagonista. Sus escasas salidas al exterior son la excursión mañanera a «Lhardy» y el *cafelito* que toma algunas tardes en la terraza del «Bar Adriano» : «Un cafelito no se lo pierde el hombre que trabaja a esta hora, y es tanta la delectación que tomar un café con leche le produce, que por nadie se cambiaría mientras hace tiempo para cenar»³⁶.

En *Las últimas horas*, de José Suárez Carreño se encuentra el arranque de la nueva narrativa crítica, según la opinión de Juan Benet, Ramón Buckley y Félix Grande. Si el proceso de mostración crítica de la realidad es dificultoso e indeciso a lo largo de los años cuarenta, en esa dirección ha de situarse, como observa Sanz Villanueva, la primera novela de Suárez Carreño. En la trama alternan dos relatos que confluyen al final: el del burgués Ángel Aguado y su amante Carmen y el del golfillo Manolo y su novia Amelia. La coincidencia de estos cuatro personajes en un colmado es el punto de convergencia de ambas historias. En el desarrollo de la trama resaltan ciertos procedimientos costumbristas, patentes tanto en la presentación de los ambientes lujosos, en los que se desenvuelve la pareja Ángel y Carmen, como en los espacios marginales, propios del hampa, en los que transcurre gran parte de la vida de Manolo. A pesar de este pintoresquismo, la descripción que lleva a cabo de los ambientes citados y de ciertas profesiones y clases sociales, como la de los ricos profesionales³⁷, los hampones, las vendedoras de porras, las prostitutas de todo tipo, etc., proporcionan un testimonio, aunque limitado, de la sociedad madrileña de posguerra. Lo mismo sucede en la novela citada de Zunzunegui y en *Las calles y los hombres*, de José María de Quinto, una de las manifestaciones más emblemáticas del realismo social. Aquí se presenta con toda su crudeza el Madrid frío, injusto y opresor de la posguerra, con las chabolas y las tabernas, los desahucios y las miserias, la tristeza y el hambre. No falta tampoco la represión política: «(Esteban) durante la guerra fue persona principal. Jefe de casa y no sé qué del comité de la oficina. Claro que esto no le trajo más que disgustos. Después de la guerra la pagaron con él (...) Y estuvo en la cárcel y padeció persecución»³⁸.

En *Calle de Echegaray*, de Marcial Suárez, el personaje es colectivo, como en *La Colmena*, de Cela. Respecto a los madrileños que aparecen en la novela, escribe el autor en el prólogo: «No ha constituido caso de conciencia para mí dilucidar si los personajes de mi *CALLE DE ECHEGARAY* son o no auténticos personajes de novela. Salvo las excepciones de tres o cuatro que te esperan, lector, en las primeras páginas, y que no te abandonarán hasta las últimas -si tú no les abandonas a ellos antes-, los demás constituyen algo así como una sucesión de hombres a quienes se encuentra en la calle, en el teatro, en el hotel de paso, en el café o en el bar; sólo que a estos míos, en su inmensa mayoría, los encontré en la calle de Echegaray, acaso en condiciones tales, que no podrían encontrarse ni a sí mismos; los he traído a las páginas de mi libro, para que no se pierdan del todo»³⁹. En otro barrio de Madrid se sitúa la acción de *Buenas noches, Argüelles*, de

Antonio Prieto. En ese barrio madrileño se desarrolla la vida de los siguientes personajes: un niño, Trompo; una anciana moribunda, la señora Méndez, y un oficinista, Marcelino Suárez, que intentará al borde de la vez vivir la pasión no vivida. En torno a ellos van apareciendo otros personajes para dejarnos su «momento» de vida y formar un mosaico bien calculado de la sociedad madrileña de la época. En un sentido semejante al expresado por Marcial Suárez, Antonio Prieto manifiesta que sus personajes son gentes normales y que no cree imposible que tengan existencia real: «Puede que la señora Méndez muriera en enero, que Marcelino despertase en domingo, y que Cuéllar esté ahí, en *Paraninfo*, enseñándome libros. No lo sé. Crear personajes creo que es eso. Pero cualquier coincidencia no es alusión a nadie. Tardé casi dos años en construir la novela y me ayudaron todos aquellos que tuvieron voz. Entonces digo: Gracias, Argüelles. Y sigo»⁴⁰. En el barrio de Argüelles, además de los protagonistas, viven también don César, un cliente habitual de la librería *Paraninfo* y doña Matilde, incansable lectora de sucesos. Entre los que trae la prensa del 8 de enero de 1955 a doña Matilde le llama la atención el atropello del taxi M-72581 en el Paseo de Extremadura, el robo a la súbdita Olive Mary Waughjam y, sobre todo, lo de ese tal don Vicente Albert Accituno, de cuarenta y ocho años, viudo y Procurador de los Tribunales del partido judicial de Navalcarnero, que apuñaló a su novia y quiso matarse. En el número ocho de la calle Andrés Mellado vive el matrimonio compuesto por Julita y José Luis, asiduos de la cafetería *Michigan*. A ella acude también el dramaturgo Horacio Ruiz de La Fuente y un joven literato absolutamente desconocido, que se presenta a concursos que no gana.

En el inmueble de un barrio de Madrid -que bien podría ser también el de Argüelles- se desarrolla la acción de la novela *Ayer 27 de octubre*, de Lauro Olmo. En el edificio hay una portería, una fontanería, una pensión y pisos particulares. Sus moradores son Carlos José Federico Romero y Pérez de la Granda, el fontanero, y su hijo; la portera y Paco el viejo; doña Leonor y su criada; Luisa, su mutilado marido y los niños, una familia de payasos, etc. El autor utiliza una técnica actualizadora en la presentación de sus personajes, que no es ajena a los procedimientos del teatro -su género más cultivado-: «Este que sale del cuarto izquierda es Carlos Federico Romero y Pérez de la Granda, el fontanero. Al principio, recién llegado de la montaña, firmaba con todos sus nombres...»⁴¹. La novela pone de manifiesto la existencia anodina de unos seres durante un día en Madrid; pero ese día no constituye una unidad cronológica especial sino que es el espejo del paso de los días, de todos los días, de una existencia con muy limitados horizontes. Por encima de estas pequeñas tragedias de la vida vulgar se vislumbra una mirada un tanto esperanzada y optimista. Un tono bien distinto adopta *La patria y el pan*, de Ramón Nieto, cuya acción se sitúa en un doble escenario: el de un suburbio madrileño y el del pueblo andaluz de Torredonjimeno. El autor parece no querer desarraigar del todo a sus personajes del ámbito rural donde nacieron, aunque su precaria

situación económica los haya obligado a emigrar a la ciudad. Aunque en ambos lugares la vida es igual de miserable, los ambientes y escenarios ofrecen un claro contraste. En el pueblo destacan las casas de tres plantas con las cancelas doradas que cierran los portales; los baldosines espejeantes que se divisan a través de las rejas; los tiesteros con ficus o aspidistras; las mujeres con barreños llenos de ropa camino del arroyo; los peones en bicicleta; los muleros, los niños camino de la escuela, los pavos glugluteando, y, presidiéndolo todo, la iglesia con la inscripción de «Caídos por Dios y por España, ¡presentes!». Muy distinto es el paisaje que el protagonista encuentra en Madrid, «más allá de las casas de Vallecas y de los altos bloques de Doctor Esquerdo»⁴². Aunque la incuria y la miseria nacen de un mismo fondo, Luciano las siente con más intensidad a medida que se va adentrando por los barrios de Palomeras y del Pozo de Tío Raimundo⁴³.

En estos mismos barrios tiene uno de los escenarios *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, quizá la mejor novela de posguerra.

La acción se desenvuelve también en otros espacios, acorde con una narración que se manifiesta polifónica, y que, desde el punto de vista lingüístico, asume una gran variedad de registros. La temática de esta novela, como ha explicado Fernando Morán, «es, en realidad, la de la España de la última etapa del subdesarrollo, la postrera fase de la desarticulación de la postguerra»⁴⁴. Gonzalo Sobejano subraya que la sociedad descrita en *Tiempo de silencio* es la sociedad española en el Madrid de 1949 (los “años del hambre”)⁴⁵. La realidad, por tanto, es la misma que aparecía en las novelas anteriormente analizadas, lo nuevo es el tratamiento y la presentación de esa realidad. El Madrid que retrata en su libro pertenece a ese tipo de ciudades, según Martín Santos, «descabaladas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias (...) tan proyectadas sin pasión pero con concupiscencia hacia el futuro, tan desasidas de una auténtica nobleza, tan pobladas de un pueblo achulapado (...) tan agitadas por tribunales eclesiásticos con relajación al brazo secular...»⁴⁶.

Siguiendo la técnica cervantina, Martín Santos presenta los personajes en *Tiempo de silencio* no de una forma unidimensional sino atendiendo a una multiplicidad de perspectivas. Este procedimiento permite si no una mirada despojada de ambigüedad sí una visión más enriquecedora y comprensiva. De Pedro, el protagonista, se nos aporta una primera perspectiva en los monólogos que abren y cierran el libro y en los que se insertan en los momentos claves de la narración, como los constituidos por sus reflexiones sobre Cervantes y por sus meditaciones cuando está en la cárcel. Para la dueña de la pensión es «un pobre infeliz», un hombre «no corrido», un «San Luis Gonzaga, que no le faltan más que el rosario y los lirios»⁴⁷. Con esta apreciación coincide en parte la idea que nos transmite su ayudante Amador. A veces, a través del protagonista oímos la voz del propio narrador, cuando pasea por las calles de Madrid y contrasta la

mezquindad de la gente con la creencia insobornable en la libertad, la amplitud de miras y la nobleza humana del autor del Quijote. Del resto de los personajes obtenemos también una visión poliédrica. La personalidad de Cartucho la conocemos fundamentalmente a través de sus discursos monologados: su agresividad, su achulapamiento barriobajero y su bravuconería se nos transmiten a través de un registro lingüístico vulgar, del que no están ausentes las voces jergales, las construcciones agramaticales y las frases hechas. Si Cartucho y el Muecas se desenvuelven por el Pozo de Tío Raimundo y sus alrededores, Amador, el ayudante de Pedro en el Instituto de Investigación, vive en el barrio de Tetúan de las Victorias. Con Pedro lo vemos bajando «por la calle Atocha, desde los altos de Antón Martín, más allá de los cuales había ido a buscar a su querido investigador y amo arrancándole a la penumbra acogedora de la casa de huéspedes»⁴⁸. Estos personajes asumen a veces atributos mitológicos, y en otras ocasiones son caracterizados con rasgos metafóricos y simbólicos. Atendiendo a la estratificación social, algunos como Matías y su familia pertenecen a la burguesía adinerada; otros, como Pedro y sus compañeros del Instituto de Investigación son representantes de la clase media, y, finalmente, Cartucho, el Muecas y su familia son integrantes del lumpemproletariado. La clase obrera, protagonista, por ejemplo, de *La tierra y el pan*, está ausente del texto de Luis Martín Santos. Sobejano observa que, «no teniendo representación alguna en esta novela la clase trabajadora, sino sólo por lo que atañe a la parte inferior de la sociedad, el “subproletariado delincuente”, es claro que *Tiempo de silencio* no constituye un testimonio en defensa del pueblo»⁴⁹. En lo mismo insiste Santos Sanz Villanueva; y Ramón Buckley sostiene que «Martín Santos ha seleccionado los personajes que le han parecido más característicos de las tres clases sociales en las que tradicionalmente se viene dividiendo la sociedad (...) escoge los tres *habitats* característicos de la vida matritense de cada una de estas clases (la chabola, la pensión, la mansión suntuosa), como escenarios de la mayor parte de la acción de la novela»⁵⁰.

José Romera Castillo⁵¹ y Pablo Gil Casado⁵² hablan igualmente de tres clases sociales en *Tiempo de silencio*. Romera Castillo distingue en primer lugar la *clase popular* en la que incluye a Cartucho, el Muecas y su familia, pero también encuentra ejemplos de este estrato popular en el prostíbulo de doña Rosa, al que acude Pedro. «En conjunto, se puede afirmar -concluye Romera- que en *Tiempo de silencio* las alusiones a la *clase popular*, los habitantes de las chabolas constituyen el núcleo principal y más representativo de los habitantes del Madrid de aquella época. De la *clase media* encuentra testimonios entre los habitantes de la pensión donde se aloja Pedro así como entre los pertenecientes al estrato intelectual y científico. Finalmente la *clase alta* estaría representada por dos capas claramente diferenciadas: la del dinero y la intelectual.

Alfonso Rey, atendiendo no sólo a los factores económicos sino también a otros de índole profesional y cultural, distingue en la novela de Martín Santos cinco estratos sociales: 1) la alta burguesía, con conexiones en el

mundo intelectual y gubernamental; 2) una clase media de profesiones universitarias, como Pedro, el abogado y algún funcionario de segunda clase (Similiano); 3) una pequeña burguesía venida a menos, que representan las propietarias de la pensión, sus amigos e inquilinos; 4) una legión de empleados y obreros, que forman una especie de proletariado visto de manera anodina («los obreros jóvenes en gabardina -que anteriormente hubieran sido llamados menestrales- así como los representantes del aprendizaje de diversas profesiones liberales»⁵³) y 5) «un subproletariado miserable, ejemplificado en el variopinto mundo de las chabolas y de los miserables que deambulan, intentando subsistir, por las calles»⁵⁴.

En la novela *Tiempo de silencio* no sólo se lleva a cabo una radiografía de la realidad social de Madrid y por extensión del resto de España, sino que se apuntan también las relaciones dialécticas entre estas clases sociales y aparece ostensible la actitud crítica del autor frente a esa sociedad tan jerárquicamente organizada. Pero además, «esta novela, como escribe José Carlos Mainer- fue realmente una sacudida en el debate sobre la función de la novela y -en forma que el tiempo clarificaría- sobre la permanente cuestión de la función del literato y su literatura»⁵⁵. En síntesis, podemos afirmar que tanto los diversos registros lingüísticos empleados al reproducir las expresiones de los estratos sociales, como los variados recursos expresivos y procedimientos narratológicos, no obedecen tanto a motivos estéticos y ornamentales como a razones de índole estructural. Ello se comprueba no sólo en el desarrollo de la acción sino también en la descripción de los ambientes y escenarios. El papel que juegan estos espacios madrileños en las novelas que hemos seleccionado constituye uno de los elementos fundamentales en la estructuración narrativa, tal como se decía al principio de esta introducción. El propio Martín Santos reconoce que el personaje y el espacio -en nuestro caso, la urbe madrileña- se implican y se necesitan mutuamente: «De este modo podemos llegar a comprender que un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre, que un hombre encuentra en su ciudad no sólo su determinación como persona y su razón de ser, sino también los impedimentos múltiples y los obstáculos invencibles que le impiden llegar a ser...»⁵⁶.

FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO
Universidad Nacional de Educación a Distancia



NOTAS

- ¹ KAYSER, W., *Interpretación y análisis de la obra literaria*, Madrid, Gredos, 1961, 3ª ed., pp. 476-477.
- ² «New world of space», en *Horizon*, Londres (1948), nº 106, pág. 97.
- ³ BAJTIN, M.: *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, p. 237.
- ⁴ NORA, E. G. DE.: *La novela española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1979, 3ª ed., vol. III, pág. 11.
- ⁵ FERNÁNDEZ CAÑEDO, J. A.: «La guerra en la novela española (1936-1947)», *Arbor*, vol. XII, nº 35, Madrid, CSIC, pág. 60.
- ⁶ GRANDE, F.: «Tres fichas para una aproximación a la actual narrativas española», en *Occidente, ficciones, yo*, Madrid, Edicusa, 1968, p. 71.
- ⁷ IGLESIAS LAGUNA, A., *Treinta años de novela española (1938-1968)*, Madrid, Prensa Española, 1970, pág. 72.
- ⁸ PONCE DE LEÓN, J. L., *La novela española de la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Ínsula, 1971, p. 40.
- ⁹ NORA, E. de.: *op. cit.* pág. 13.
- ¹⁰ SOBEJANO, G.: *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española, 1975, pág. 54.
- ¹¹ SOBEJANO, G.: *op. cit.*, p. 55.
- ¹² SOBEJANO, G.: *op. cit.*, pág. 55.
- ¹³ FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. M.-HERRERA RODRIGO, M.: *La narrativa de la guerra civil: Arturo Barea*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, pág. 25.
- ¹⁴ CORRALES EGEA, J.: «Presencia de la guerra en la novela española contemporánea», en Marc Hanrec (ed.), *Los escritores y la Guerra de España*, Barcelona, Libros de Monte Ávila, 1977, p. 203.
- ¹⁵ SANZ VILLANUEVA, S.: *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, 1980, 2 vols., vol. I, pág. 203.
- ¹⁶ AYALA, F.: Prólogo a *La cabeza del cordero* (Buenos Aires, 1949), Madrid, Cátedra, 1989, pág. 56.
- ¹⁷ AYALA, F.: *op. cit.*, pág. 57.
- ¹⁸ SOLDEVILA, I.: *La novela desde 1936. Historia de la literatura española actual*, 2, Madrid, Alhambra, 1980, pág. 94.
- ¹⁹ HERRERA PETERE, J.: *Acero de Madrid*, Barcelona, Laia, 1979, p. 157.
- ²⁰ SENDER, R. J.: *El rey y la reina*, Barcelona, Destino, 1972, p. 21.
- ²¹ TUÑÓN DE LARA, M. y GARCÍA NIETO, M. C.: «La guerra civil en España», en *Historia de España*, dirigida por Tuñón de Lara, Barcelona, Labor, 1988, 13 vols., vol. IX, pp. 252-253.
- ²² FOXÁ, A. DE.: *Madrid de corte a checa*, San Sebastián, Librería Internacional, 1938, p. 256.
- ²³ FOXÁ, A. DE.: *op. cit.*, pág. 246.
- ²⁴ BORRÁS, T.: *Chekas de Madrid*, Madrid, Bullón, 1963, 5ª ed., p. 164.
- ²⁵ BAREA, A.: *La llama*, de la trilogía *La forja de un rebelde*, México, D.F., Ediciones Montjuich, 1959, pág. 571.
- ²⁶ BAREA, A.: *op. cit.*, pág. 571.
- ²⁷ OLAIZOLA, J. M.: *La guerra del general escobar*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 89.
- ²⁸ ROMERO, J.: *Tres días de julio*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1973, pág. 271.
- ²⁹ CEJA, C. J.: *Visperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1969, pág. 283.
- ³⁰ ZUNZUNEGUI, J. A.: *Esta oscura desbandada*, Madrid-Barcelona, Noguer, 1952, pp. 63-64.
- ³¹ CHAMPEAU, G.: «Una oposición discursiva al franquismo: la novela "social" y la novela "objetiva" en los años cincuenta», en *La oposición al régimen de Franco. Actas del Congreso Internacional celebrado en la UNED, del 19 al 22 de octubre de 1988*, Madrid, UNED, 1990, pp. 317-329.
- ³² GOYTISOLO, J.: *El furgón de cola*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pág. 47.

- ³⁴ GOYTISOLO, J.: *op. cit.*, pág. 34.
- ³⁵ GOYTISOLO, J.: *Disidencias*, Barcelona, Seix Barral, 1977, pág. 157.
- ³⁶ BAROJA, P.: «Declaraciones al periodista Federico Izquierdo Luque», en *El español*, n.º 10, 2 de enero de 1943 (cit. por Martínez Cachero, en *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*, Madrid, Castalia, 1979, p. 48).
- ³⁷ AZCOAGA, E.: *El empleado*, Madrid, Revista de Occidente, 1949, pág. 15.
- ³⁸ SUÁREZ CARREÑO, J.: *Las últimas horas* (1950), Barcelona, Destino, 1957, 3ª ed., p. 26.
- ³⁹ QUINTO, J. M. DE.: *La s calles y los hombres*, Madrid, Aramo 1957; incluida más tarde en el vol. *Relatos*, Madrid, Ediciones del Centro, 1974, pág. 241.
- ⁴⁰ SUÁREZ, M.: *Calle de Echegaray*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1950, pp. 8-9.
- ⁴¹ PRIETO, A.: *Buenas noches, Argüelles*, Barcelona, Planeta, 1956, introducción.
- ⁴² OLMO, L.: *Ayer, 27 de octubre*, Barcelona, Destino, 1958, pág. 16.
- ⁴³ NIETO, R.: *La patria y el pan*, Barcelona, Seis Barral, 1962, p. 11.
- ⁴⁴ *Ibíd.*, p. 12.
- ⁴⁵ MORÁN, F.: *Novela y semidesarrollo*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 381-382.
- ⁴⁶ SOBEJANO, G.: *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española, 1975, 2ª ed., p. 547.
- ⁴⁷ MARTÍN SANTOS, L.: *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral, 1962, pp. 13-14.
- ⁴⁸ MARTÍN SANTOS, L.: *Tiempo de silencio*, pp. 79 y 81.
- ⁴⁹ *Ibíd.*, pág. 23.
- ⁵⁰ SOBEJANO, G.: *op. cit.*, pág. 146.
- ⁵¹ BUCKLEY, R.: *Problemas formales en la novela española contemporánea*, Barcelona, Península, 1968; 2ª ed. 1973, pp. 195-196.
- ⁵² ROMERA CASTILLO, J.: «Práctica semiótica: análisis de *Tiempo de silencio*», en *El comentario de textos semiológico*, Madrid, SGEL, 1980, pp. 99-106.
- ⁵³ GH. CASADO, P.: *La novela social española (1924-1968)*, Madrid, Seix Barral, 1968.
- ⁵⁴ MARTÍN SANTOS, L.: *op. cit.*, pág. 82.
- ⁵⁵ REY, A.: *Construcción y sentido en «Tiempo de silencio»*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1977, p. 185.
- ⁵⁶ MAINER, J.C.: Prólogo a *Tiempo de destrucción*, de Luis Martín Santos, Barcelona, Seix Barral, 1975, p. 20.
- ⁵⁷ MARTÍN SANTOS, L.: *Tiempo de silencio*, pág. 16.

NOTA TEXTUAL

Las ediciones que hemos utilizado han sido las siguientes:

ARTURO BAREA, *La forja de un rebelde*, México, D.F., Ediciones Montjuich, 1959.

PAULINO MASIP, *El diario de Hamlet García*, Barcelona, Anthropos, 1987.

RAMÓN J. SENDER, *El rey y la reina*, Barcelona, Destino, 1972.

MAX AUB, *Campo abierto (El laberinto mágico, II)*, Madrid, Alfaguara, 1978.

— *Campo del moro (El laberinto mágico, V)*, Madrid, Alfaguara, 1978.

AGUSTÍN DE FOXÁ, *Madrid, de corte a checa*, San Sebastián, Librería Internacional, 1938.

LUIS MARTÍN SANTOS, *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral, 1962.

Todas las ilustraciones proceden de los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Queremos expresar la valiosa colaboración de Nieves Montal, M^a Carmen de Lucas, Manuel Pérez y Ángel Berenguer.

J. B. V. y F.G.C.



Arturo Barea

La biografía de este novelista aparece sintetizada por su esposa Ilsa en el Prefacio a la edición póstuma de *El centro de la pista*: “Arturo Barea nació en Badajoz el 20 de septiembre de 1897, se crió en Madrid, donde permaneció hasta salir de España en febrero de 1938, y murió en un rincón pacífico de la Inglaterra rural el 24 de diciembre de 1957”. Sus padres fueron Leonor Ogazón y Miguel Barea, agente de quintos, que se salvó milagrosamente de morir fusilado cuando el levantamiento popular de 1883. En *La forja*, Barea no proporciona datos de su nacimiento en Badajoz, pero sí de su infancia en Madrid. Se nos habla, así, de su educación en los Escolapios, de sus juegos por el Viaducto, por el Paseo de la Virgen del Puerto y por otros lugares de la ciudad; nos describe las casas y buhardillas donde habita y nos especifica lo que hace durante las vacaciones: “Primero vamos a Brunete, mis tíos y yo, porque ellos han nacido allí. También mi padre era de allí. Estamos quince días o cosas así, y después mis tíos me acompañan a Mérida, de donde es mi madre”. Su vida laboral se desarrolla primero en una tienda de bisutería de la calle del Carmen, “La Mina de Oro” (p. 143), en la que se venden botones, imperdibles, alfileres, gemelos, cintas de seda, velos, adornos de cabeza... (p. 147) y más tarde en el Credit Etranger. Arturo empieza a trabajar en este banco el 1 de agosto de 1911, y aún le faltan tres meses para cumplir catorce años (p. 162). Nueve años más tarde lo vemos convertido en sargento de Ingenieros, en la guerra de Marruecos, según se relata al comienzo de *La ruta*. En 1923 se licencia, y al llegar a Madrid encuentra empleo en unas oficinas en las que ya había trabajado antes. Al final de *La ruta* se alude al desembarco del coronel Franco con sus legionarios en la bahía de Alhucemas. Son los principios del verano de 1925. Díez años más tarde se sitúa el comienzo de *La llama*. En este espacio de tiempo han nacido sus cuatro hijos y ha muerto su madre. Barea empieza a colaborar en defensa de la República y censura los telegramas y las conferencias telefónicas que los corresponsales extranjeros envían a sus periódicos. En estos menesteres le sorprende el sitio de Madrid, la noche del 7 de noviembre de 1936. El gobierno sale para



Valencia, pero Barea permanece en la Corte a las órdenes de la recién creada Junta de Defensa de Madrid. Por estas fechas conoce a Ilsa e inicia los trámites de separación de su primera mujer. Con Ilsa colabora en emisiones radiofónicas y en diversas misiones periodísticas. En noviembre de 1937 parten de Madrid hacia Alicante y desde allí a Barcelona y París. Más tarde marchan a Inglaterra, y a partir de 1940 trabaja como comentarista de la BBC para las emisiones semanales destinadas a América del Sur. El 24 de diciembre de 1957 muere en Farington (Berkshire).

De formación autodidacta, sus primeras creaciones publicadas son unos poemas que aparecen en *El defensor de Ceuta*. Ya en plena guerra civil el *Daily Express* de Londres publica un cuento suyo y, a finales de 1938, aparece su libro de relatos *Valor y miedo*. Este libro es una “excelente gavilla de relatos de guerra” en palabras de Max Aub. El propio autor en el volumen tercero de *La forja de un rebelde* nos informa de la gestación y nacimiento de *Valor y miedo*.

Entre 1941 y 1946 aparece en inglés la trilogía *La forja de un rebelde*, publicada posteriormente (1951) en español en la editorial Losada de Buenos Aires. Hasta 1977 no se edita en España. Sin embargo, en el extranjero, sus libros fueron muy valorados: Sartre incluyó algunos fragmentos de *La forja* en su revista *Les Temps Modernes* y otros escritores como Hemingway y Dos Passos -amigos personales del escritor- supieron estimar en sus justos términos su obras. El primer volumen, *La forja*, narra la infancia y adolescencia del escritor y constituye un testimonio muy significativo de las clases bajas y medias de Madrid de finales del XIX y principios del XX. Como han explicado José María Fernández Gutiérrez y María Herrera Rodrigo, ya desde el principio del libro se presentan los dos tipos de espacios en los que se desarrollará la vida del niño: espacios abiertos (la pradera) y espacios cerrados (la buhardilla). Los habitantes de estos espacios son tipos urbanos, generalmente pobres e incluso miserables.

El segundo volumen de la trilogía, *La ruta*, se centra especialmente en su experiencia en la guerra de Marruecos. Al principio de la novela, Barea critica con dureza los efectos de la colonización española en África y el papel del ejército como sustentador de esa forma de autoritarismo.

Por último, *La llama* nos relata el desarrollo de la guerra civil en Madrid. En el capítulo quinto de la primera parte titulado “El combustible” se pone de manifiesto que la “cosa iba a estallar irremediablemente”, que “el país iba de cabeza a una catástrofe” (p. 536). Los títulos de los capítulos siguientes son por sí solos muy ilustrativos: “La chispa”, “La llama”, “La calle”, “La caza del hombre”, “La amenaza”. El primer capítulo de la segunda parte se titula justamente “Madrid” y se inicia con estas palabras: “El sitio de Madrid comenzó en la noche del 7 de noviembre de 1936; terminó dos años, cuatro meses y tres semanas después, simultáneamente con el fin de la guerra”. Barea relata cómo los nacionales cruzan los tres puentes sobre el Manzanares, el de Segovia, el de Toledo y el del Rey y cómo se pelea cuerpo a cuerpo dentro de las tapias de la Cárcel Modelo. La Puerta del Sol, la calle Mayor, la Gran Vía -con su edificio de la telefóni-

ca donde trabaja nuestro autor- son los escenarios más frecuentes. Al final de la novela, Arturo Barea -como otros muchos españoles- se convierte en un personaje del exilio.

En 1952 aparece en inglés la novela *La raíz rota*, que versa sobre el regreso de un exiliado y la difícil readaptación a su país. En 1955 se publica en español, en la editorial Santiago Rueda de Buenos Aires.

En 1961, ya muerto el escritor, se edita en Madrid una colección de cuentos de Arturo Barea, titulada *El centro de la pista*, preparada y prologada por su esposa Ilsa. En estos relatos se vuelve sobre muchos de los temas de la trilogía, a la vez que se desarrollan nuevos motivos relacionados con su vida de exiliado.

Arturo Barea es también autor de ensayos como *Lorca. El poeta y su pueblo* (1944) y *Unamuno* (1952).





La forja de un rebelde (La Llama)

CAPITULO V

EL COMBUSTIBLE

Había encontrado un piso amplio y barato en la calle del Ave María, una calle que está a medio kilómetro de la Puerta del Sol y que sin embargo pertenece al barrio obrero más viejo de la ciudad. Me gustaba porque estaba cerca del centro y de mi oficina. Pero me atraía además por ser una de las calles que conducen al Lavapiés, el barrio donde había pasado mi niñez. Mi madre había vivido tres calles más abajo. Mi vieja escuela, la Escuela Pía, estaba tan cerca que en la noche oía dar las horas al reloj de su torre que durante años me había marcado la hora de entrar en clase. Cada rincón, cada esquina y cada calle alrededor tenían un recuerdo para mí y allí vivían aún en sus hacinadas casas de vecinos, viejos amigos míos.

A mi mujer no le agradó mucho el sitio. Admitía que el piso tenía la ventaja de su tamaño, muy importante para los cuatro chicos, pero todos los demás vecinos no eran más que obreros y ella consideraba que nosotros pertenecíamos a una categoría social más alta que la de los que nos rodeaban. Tal vez, lo único que yo quería era volver a mis raíces.

En la misma mañana que el camión con nuestros muebles llegó a la nueva casa, nos encontramos Ángel y yo.

Los hombres que habían venido con el camión comenzaron a descargar y a transportar los muebles escaleras arriba. Uno de ellos era distinto de los otros cuatro, todos ellos fuertes y musculosos como verdaderos mozos de carga. Aquél era un hombre en los cuarenta, pequeño y ancho de hombros, con una cara redonda móvil como la de un simio. Trabajaba más intensamente que los otros, sonriéndose todo el tiempo y mostrando unos dientes podridos y negros de tabaco. Guiaba a los otros, colocando cada mueble en su sitio exacto, hacía caras a los chicos y contaba chistes para animar su trabajo, botando incansable de acá para allá como una pelota de caucho.



Cuando terminaron, di al chófer del camión un billete de cinco duros para que se lo repartieran. Cuando el hombrecillo se lanzó a recoger su duro, el chófer se le quedó mirando:

—¿Y por qué tengo yo que darte el duro?

—Anda, ¿por qué va a ser? ¿A ver si no he trabajado tanto como los otros?

—¿Y quién te ha pedido que trabajaras? Si el señor te ha llamado, que te pague él.

—Yo he creído que venía con ustedes —dije.

—¡Ca!, no, señor. Y nosotros hemos creído que eras alguien de la familia.

—Bueno, voy a explicar lo que ha pasado. Pero, ¿hay quien me dé un pitillo? —Le di un cigarrillo, lo encendió parsimonioso y dijo—: Pues, yo soy Ángel. Por aquí todos me llaman Angelillo. No tengo que fumar y no tengo trabajo; y no porque no quiera trabajar, sino porque no lo hay. He visto el camión con los muebles y me he dicho: «Vamos a echar una mano, algo caerá, aunque no sea más que un vaso de vino». Ahora, si vosotros no queréis soltar los cuartos, mala suerte. Y no tengo nada que pedirle a este señor porque a quien me quitado un rato de trabajo ha sido a vosotros y sois vosotros los que me deberíais pagar. Pero si no os da la gana, buen provecho os haga. ¡Salud!

Escuchó en la acera ruidosamente y echó a andar desdeñoso. Le llamé:

—No se marche así, hombre. La verdad es que podía haber preguntado antes, pero, en fin, ya veremos si ha quedado algo.

Se marchó el camión. Tenía ganas de beber algo e invité a Ángel en el bar que había en el piso bajo de la casa. En la puerta me preguntó:

—¿A usted le gusta el vino?

—Sí, me gusta.

—Pues entonces vamos a la taberna del 11, que tienen un vino que es bueno; esto, si a usted le da lo mismo. En el bar le cobran cuarenta céntimos por un vaso de cerveza y por la misma cantidad me bebo yo cuatro vasos de vino que caben lo mismo y que me gusta más. Y además le voy a decir una cosa: tengo ganas de beberme un vaso de vino. No lo he catado hace meses.

Fuimos a la taberna, le di un duro a Ángel, y me contó su historia.

Vivía en una calle inmediata, la calle de Jesús y María, como portero de una mísera casa de vecinos. Estaba casado pero, afortunadamente, no tenía chicos. Había comenzado a trabajar como un chico de recados en una farmacia cuando era casi niño; después había ascendido a ayudante en el laboratorio y por último había terminado como empleado en uno de los grandes almacenes de productos químicos.

—Y así hace dos años tuve unas palabras serias con uno de los jefes porque le dije que yo no tenía intención de ir a misa. Bueno, me dieron la patada. Y desde entonces ha estado sin trabajo.

—¡Caray! ¿Por no ir a misa?

—Esto es lo que le iba a contar. La historia es que, después de lo de As-

turias, metieron en el almacén el Sagrado Corazón en medio de la nave grande. Y nos dijeron que el día de la entronización teníamos que ir todos y tener una vela. Nos echaron a ocho a la calle. Después, cada vez que pedía trabajo en alguna parte y pedían informes, estos cerdos escribían diciendo que me había tenido que despedir porque era uno de los de Asturias.

Lo que pasó es que, cuando la huelga de Asturias el sindicato nos dijo que no fuéramos a trabajar y me quedé en casa dos días. Por quien lo siento más es por la mujer, que las está pasando peor que yo. Ahora la quiero mandar con su familia, que tiene tierras en la provincia de Burgos y están bien. Y yo me voy a coger mi certificado de «los de Asturias» y me va a tener que dar trabajo y pagarme este tiempo.

Era uno de los proyectos del Frente Popular la readmisión de los despedidos durante las represalias de octubre de 1934.

Al día siguiente apareció Ángel en casa:

—He venido porque con la mudanza le va a hacer falta arreglar una porción de cosas en el piso. Le puedo instalar la luz y pintarle las habitaciones, ir a la compra o llevarme los chicos de paseo. Me han sido ustedes simpáticos.

Durante unas pocas semanas Ángel empleó el tiempo arrancando el viejo papel de las paredes, rellenando agujeros con yeso y pintando las habitaciones. Cuando terminó, continuó viniendo: ayudaba a la mujer en la casa y se llevaba los chicos al Retiro. Los niños se habían encariñado con él, a mi me atraía el hombre y él pagaba, prodigando sobre mi el afecto de un ayuda de cámara, viejo en la familia. Era un madrileño clásico, criado en la calle, listo, despreocupado y despierto como un pájaro, siempre contento y siempre alerta. En unas semanas se había hecho un sitio en la peña que cada noche se reunía en el bar de Emiliano.

Yo también me había hecho un sitio allí. No podía invitar amigos a casa en la atmósfera helada de mi «hogar»; tampoco quería quedarme metido allí en un aislamiento irritante o en disputas faltas de sentido; tampoco quería salir cada noche con María. Pero necesitaba estar con gentes que no exigieran cosas de mí, cuando había terminado el trabajo de mi oficina, un trabajo complicado y muchas veces repelente.

Cada noche, después de cenar, Rafael venía a buscarme y bajábamos al bar de Emiliano a tomar café. Allí nos reuníamos con Fuñi-Fuñi. Había sido compañero de colegio de Rafael y yo le conocía desde que era un niño. Le habían puesto el mote en la escuela, porque al respirar hacía un ruido con la nariz —fu-fu—, como un perro cuando olfatea excitado, y a cada segunda palabra que decía repetía el ruidillo; como complemento, cada vez que levantaba la cabeza estornudaba irremediablemente. Su nariz era un pegotito, con dos agujeros frontales en medio de una cara de luna y por aquel embrión de apéndice nasal le era imposible respirar propiamente. Era terriblemente corto de vista y llevaba unos cristales gruesos en los bordes, llenos de circulitos brillantes; el óptico se había visto forzado a idear un puente en sus gafas, ancho y aplastado, que pudieran sostener es-



tos cristales en aquella nariz no existente. Tenía los labios gruesos y carnosos, abultados y sin duda para disimular, al menos, el labio superior, se había dejado crecer un bigote de pelos cortos, gruesos y erizados como púas de erizo. El conjunto de su cara de luna, con aquella nariz, aquellas gafas y la franja de púas enhiestas, le hacía parecer uno de esos pescados grotescos que a veces se mezclan en una caja de pescado y que nadie se atreve a comer, ni aún a dar al gato.

Fuñi-Fuñi vivía cerca de nosotros y venía cada noche al bar, para enredarse en una discusión política con Manolo, el hijo de nuestro portero. Fuñi-Fuñi era un verdadero intelectual, casi un escolar, y un anarquista, imbuido de teoría política y de filosofía abstracta; Manolo era un mecánico con simpatías comunistas, que se tragaba cada libro sobre el marxismo que caía en sus manos y lo digería a su manera. Rafael y yo nos solíamos sentar con ellos y Ángel se arrimaba a nosotros.

Durante muchas noches Ángel había escuchado muy quieto y muy atento la discusión, perdido a veces en el laberinto de nombres y citas que no le decían nada. Algunas veces interrumpía a Fuñi-Fuñi:

—¿Quién es ese tío de quien estás hablando?

Y Fuñi-Fuñi le explicaba paciente quien fue Kant o Engels, o Marx o Bakunin, mientras Ángel le escuchaba haciendo gestos y rumiando palabras. Inesperadamente, una noche, se levantó, golpeó la mesa con la mano abierta y dijo:

—Bueno, ahora me toca hablar a mí. Todo eso que estáis discutiendo un día y otro y todas esas historias que estáis contando, no son más que cuento. Yo soy un socialista. Si, señor, un socialista. Y no he leído en mi vida a ese Marx ni a ese Bakunin, ni me interesan un pito. Yo soy un socialista por la misma razón que tú eres un anarquista y Manolo un comunista: porque estamos hartos hasta la coronilla de esta cochina vida. Un buen día te pare tu madre, sin que tu te enteres de lo que ha pasado. Y cuando te empiezas a enterar de donde estás, de lo primero que te enteras es de que padre está sin trabajo, madre esperando un hermanito y el puchero vacío. Te mandan a la escuela a que los frailes te den de comer de limosna y en cuanto te empinas un poco, antes de que sepas mal leer te dicen que eres ya un hombrecito y te ponen a trabajar. El maestro te da cuatro perras gordas y los oficiales no te dan nada y lo que te enseñan es: «Tú, chaval, tráete un vaso de agua». «Llévate esos cubos». «Te voy a dar una patata...» A veces te la dan. Cuando llegas a hombre, ganas un duro, cinco cochinas pesetas. ¿Y qué pasa? se te sube la torería a la cabeza, te encaprichas de una fulana, te casas, tienes chicos y de la noche a la mañana te quedas sin trabajo. ¿Y qué vas a hacer? La mujer a fregar suelos, los chicos al colegio de frailes por la sopa y tú a dar vueltas por la calle y a blasfemar de la madre que te parió. Pues por todo esto es por lo que soy un socialista, por esta leche agria que durante cuarenta años de su vida se ha tenido que tragar Angelito García, un servidor de Dios y de ustedes. Y ahora os voy a decir una cosa. Callaros ya con Bakunin y Marx y toda esa gentuza. ¡U.H.P.! ¿Sabéis lo que quiere decir?: Unión de Hermanos Pro-

letarios. Igual, igual que aquellos tíos de Fuenteovejuna: todos a una. Esto es lo que cuenta. Lo que contáis vosotros son pamplinas que sólo sirven para revolverle a uno los sesos y darnos patadas en las espinillas unos a otros. Y mientras, los otros nos sacuden de firme.

El fuego retórico de Ángel y sus manoteos habían atraído a otros parroquianos y teníamos un corro alrededor de la mesa. Cuando acabó, le dieron una ovación cerrada y desde aquella noche se convirtió en el orador más popular de todas las tabernas del barrio. Allí se encaraba con la gente y exponía sus planes:

—Los curas, ¿que qué haría yo con los curas? Muy sencillo. Los curas pueden ir y decir su misa y el que quiera que la oiga o que se confiese o que le den la extremaunción. A mí no me importa nada eso, porque allá cada uno con sus creencias, pero ni un céntimo del Estado, y además pagar contribución como los albañiles. Tantas misas, tantas pesetas... ¿Los ricos? Yo no les iba a hacer nada a los ricos. Si alguno se hincha de ganar dinero porque vale para ello, que lo disfrute. Pero cuando se muera, todo el dinero y todas las propiedades al Estado. Nada de eso de las herencias y de los señoritos vagos. Y el ser rico, limitado. Más allá de una cantidad, ni un céntimo, porque lo que hay que arreglar en esta cuestión de los ricos, es el dinero, no los hombres. El que gane dinero con su trabajo que se lo gaste o que lo meta en un cajón, pero nada de eso de vivir cortando el cupón y chupando de los intereses. El Estado a mirar por los negocios y se acabó el chupar del bote. ¿Me entendéis lo que digo? Algo así como lo que tienen en Rusia. Allí le dan a uno de esos stajanobitas, o como se llamen, cien mil rublos de premio, pero tiene que seguir atajanobiando porque allí no hay bonos del Tesoro ni acciones de la Telefónica. Aquí le das a uno cien mil duros, los mete en el Banco, vive de la renta y tira el martillo a la lata de la basura. Esto es lo que hay que arreglar.

Ángel me trataba como si fuera mi escudero y mi nodriza al mismo tiempo.

Lo que nunca supo es cuánto apoyo moral me daba. Sus absurdidades y sus disparates cuando trataba de barrer de golpe todas las complicaciones intelectuales y políticas eran un estímulo, porque detrás de ello estaba su lealtad sólida y su sentido común junto con la creencia de que tarde o temprano todos los trabajadores del mundo se unirían y arreglarían el mundo sólidamente. Daba la impresión de ser, él y esto, inevitable e indestructible.

Muchas tardes, antes de irme a cenar, salía de la oficina con Navarro, nuestro dibujante, y nos íbamos juntos a tomar un aperitivo en la taberna del «Portugués». A veces, veía allí, en un rincón, a mi viejo amigo Pla, ahora ya irremediablemente viejo e irremediablemente chupatintas para lo que le quedara de vida, melancólico y dormilón de vino. Escuchaba a Navarro sus problemas, pensando a la vez en los míos, y a veces me asustaba el futuro mirando a Pla.

Navarro había soñado con ser un artista y se había convertido en un dibujante del Instituto Topográfico. Su paga de empleado del Estado era una miseria y por las tardes se dedicaba a hacer dibujos de propaganda comercial o dibujos mecánicos para nuestras solicitudes de patente. No sabía nada de topografía, de publicidad o de mecánica, pero había aprendido a dibujar correctamente, igual que un aprendiz de zapatero aprende a clavar hileras de clavos en las suelas. Sus dibujos eran perfectos, pero había que confrontarlos pieza a pieza, porque a él no le decía nada una rueda dentada o un tornillo menos.

Estaba casado y tenía dos hijos de dieciséis y veinte años. Su trabajo le permitía mantener su casa en un nivel desahogado y dar a los hijos una carrera. Su mujer regía la casa y a la vez estaba enteramente bajo la influencia de su padre confesor, un jesuita, y de su hermano, un capitán de la Guardia civil. Entre ellos, los tres, manejaban la casa y los hijos, quienes ya desde pequeños se habían dado cuenta de que el padre no pintaba nada y que la familia —su familia—era la madre con un apellido ilustre, el tío con unos bigotes espléndidos y un puesto en el Ministerio de la Gobernación, y la sombra del cura sobre todos. Los dos estudiaban en el colegio jesuita del Paseo de Areneros y era el problema más grave del pobre Navarro.

—No se qué puedo hacer con los chicos, Barea. Su tío los ha metido en Falange y ahora van con sus porras en el bolsillo, armando bronca a los estudiantes de la Universidad. En la escuela los dejan que vayan a la Universidad bajo pretexto de que oigan conferencias, pero de verdad para que se metan en jaleos. Usted, ¿qué haría, Barea?.

—Mira, Juanito —A Navarro podía hablarle con franqueza y hasta brutalmente—, para decirte la verdad, tú no eres capaz de hacer la única cosa que solucionaría tu problema. Y lo peor de todo es que tú eres el que vas a pagar el pato a fin de cuentas.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que yo puedo hacer? Dígame que puedo hacer.

—Mira, coger una estaca y liarle a palos con el capitán, con el padre confesor y con tu mujer y romperles unas costillas. Y después liarle con los niños.

—Eso es una barbaridad que ni usted mismo haría.

—Sí, seguramente soy un bárbaro y tal vez por eso no tengo yo un lío semejante al tuyo. Pero no tiene remedio; eres muy flojo y eso no hay quien lo solucione.

—¡Pero yo no quiero que los chicos se metan en política!

Desde que su tío volvió de Villa Cisneros, a donde le mandaron por meterse en la revuelta de agosto, les ha estado llenando la cabeza de heroicidades. Y un día se van a meter en algo gordo, pero, ¿qué puedo hacer yo, Arturo, dígame?

Su único consuelo era beber un vaso de vino en el Portugués, y ver todas las películas de Walt Disney que se presentaban en Madrid. Como uno de sus pocos amigos íntimos, tal vez el único, iba a menudo a su casa y conocía la atmósfera de insolencia absoluta y fría, en la cual este hombre to-

lerante y sencillo estaba condenado a vivir. Su mujer eternamente citaba a su hermano o al padre confesor: «Pepe me ha dicho...» o «el Padre Luis me ha dicho...» Navarro sufría el martirio de un ansia sin esperanza de un hogar donde pudiera sentarse en su sillón en medio de su familia y envolverse en cariño y alegría.

Una mañana se presentó inesperadamente en la oficina con una cara descompuesta. Precisaba hablarme.

Unos días antes se había desarrollado en la Universidad una verdadera batalla entre los estudiantes de la derecha y de la izquierda. Había comenzado a puñetazos, como siempre, pero había terminado a tiros y un estudiante había muerto. Aparte de eso, había bastantes heridos. Una de las noches siguientes, Navarro había estado trabajando en su casa hasta muy tarde en la noche y se le terminaron las cerillas; buscó una caja en los bolsillos del hijo mayor y encontró allí un matraca, hecha de una bola de plomo, atada con una cuerda a un mango de madera. La bola estaba manchada de sangre seca. En la mañana, poco después de irse el muchacho a la escuela, la policía había venido a buscarle. Ahora estaba refugiado en casa de su tío. Navarro estaba desesperado.

—Naturalmente, la policía le va a encontrar, más tarde o más temprano. Y lo que es peor, los otros le tendrán ya señalado y en cuanto puedan lo matan. Porque cada uno tiene una lista de los más destacado del otro bando.

—¡Bah! No te preocupes; esas son cosas de muchachos —le dije sin convicción—.

—¿Cosas de muchachos? ¡Tonterías! Cosas de hombres ya maduros. Gentes como su tío y los sotanas que incitan a los muchachos y los convierten en carne de cañón, para que se maten unos a otros y les hagan el caldo gordo a ellos, y sabe Dios si hasta meterán al pequeño en jaleo. Si las derechas ganan un día, ya le han prometido a Luis que le van a hacer no sé qué, para que tenga una manera de vivir. Claro, al capitán le harán comandante y al padre Luis, canónigo, supongo. Y el que se traga los disgustos soy yo. Su madre está encantada de las hazañas del niño; el tío dice que es un héroe y su hermanito me ha traído una carta de los Reverendos Padres, diciendo que lamentan mucho lo que ha pasado —yo no sé todavía lo que ha pasado—, pero que debemos tener paciencia, porque todo es en servicio de Dios y de España. ¡Y aquí estoy yo, su padre, hecho un cornudo!

Estaba pensando que Navarro era incapaz de cambiar el curso de su vida porque su propio carácter y las circunstancias le tenían atado de pies y manos, y me daba una lástima casi desdeñosa. De pronto me encontré preguntándome a mí mismo si yo no me hallaba en el mismo caso. ¿Es que se resolvía algo en la vida si se dejaba uno llevar por las cosas tal como vinieren? ¿No era tal vez mejor rebelarse de una vez y al menos saber que si uno se estrellaba era por su propia falta?

Todo eran indicaciones de que cada cosa iba a derrumbarse o a estallar irremediablemente. El país iba de cabeza a una catástrofe. Aunque las

derechas habían perdido puesto en el Parlamento, habían ganado en el sentido de que todos sus partidarios estaban ahora dispuestos a batallar contra la República en todos los terrenos posibles. Y estaban en buena posición para hacerlo: las derechas podían contar con la mayor parte del ejército, el clero, el capital interno y extranjero y el soporte desvergonzado de Alemania. Era una cuestión de tiempo.

Mientras tanto, los partidos republicanos estaban sujetos a la presión del país que exigía se llevaran a la práctica las reformas prometidas en la campaña electoral, y cada partido explotaba esta exigencia para atacar a los otros, acusándolos de obstrucción. Alcalá Zamora había sido destituido como Presidente de la República y Azaña había sido nombrado en su sustitución. Esto había privado a la República de uno de sus cerebros más constructivos. El País Vasco y Cataluña dificultaban aún más la situación por sus exigencias particulares. Los trabajadores desconfiaban de un Gobierno en el que no había ni aún socialistas de los más moderados, y que se mantenía contemporizando con unos y con otros. Los debates de las Cortes no eran más que discusiones interminables de la situación, discusiones que las derechas utilizaban hábilmente. Gil Robles, doblemente derrotado, por sus pretensiones disparatadas de la jefatura y por el fracaso de su estrategia electoral, había sido eliminado como jefe de las derechas y cedido el puesto a Calvo Sotelo.

Tan pronto como el Gobierno abrió el debate sobre el Estatuto del País Vasco, Galicia, Valencia, Castilla la Vieja y hasta León, solicitaron en turno su autonomía. Cuando llegó el momento de reintegrar en sus puestos de trabajo a los obreros y empleados que fueron destituidos durante el movimiento de Asturias, unas de las firmas afectadas simplemente cerraron y otras se negaron terminantemente a readmitir a los despedidos. Ángel había pedido su readmisión, pero aún seguía sin trabajo. Las huelgas se producían incesantes en todo el país y circulaban los rumores más fantásticos. Todo el mundo esperaba un levantamiento de las derechas y los obreros se preparaban para una contrarreacción violenta.

Entre las altas esferas de la administración y de la justicia la obstrucción era abiertamente cínica. Un falangista de veintitrés años que disparó contra el diputado socialista Jiménez de Asúa fue absuelto, aunque había matado al agente de policía que escoltaba al diputado. La absolución se dictó por el tribunal, fundándose en que era un deficiente mental que padecía infantilidad, nada más que un chiquillo a quien su padre, un alto oficial del ejército acostumbraba a dar munición de pistola «para que fundiera las balas e hiciera soldaditos de plomo con ellas, una cosa que le mantenía entretenido y quieto» .

Día tras día, en mi contacto con el Ministerio de Trabajo y con nuestros clientes iba trepando con indicaciones claras de lo que se preparaba.

Cuando yo era niño, la Puerta de Atocha era el límite Este de Madrid. Más allá no había más que los muelles del ferrocarril en los cerros bajos

que eran el límite del Parque del Retiro. Algunas veces, cuando mi madre quería escapar en verano del calor tórrido de la buhardilla, preparaba una cena fría y nos íbamos, calle de Atocha abajo, a aquellos descampados, a sentarnos en la hierba seca de las cuestas y cenar allí, bajo el frescor de los árboles del Retiro. Era un sitio de placer de gente pobre: docenas de familias de trabajadores acampaban como nosotros cada noche.

En aquella época, la Basílica de Atocha –nunca terminada– y el Ministerio de Obras Públicas estaban en vías de construcción. Los lecheros de Madrid mandaban allí sus rebaños de cabras a ramonear entre los montones de materiales de construcción. Mi imaginación infantil estaba hondamente impresionada por las excavaciones inmensas, los cimientos de piedra y cemento y los enormes pilares tirados en el campo que iban a convertirse en el Nuevo Ministerio. Las esculturas de Querol que rematarían el frontispicio, yacían en piezas por las laderas, medio envueltas en arpillera: patas de caballo o cuerpos de mujer gigantes, serrados en trozos como víctimas de un crimen monstruoso.

No puede adjudicarse un gran mérito artístico al edificio. Fue proyectado hacia 1900 y es un amontonamiento enorme de elementos dóricos, romanos y egipcios, todos mezclados tratando de construir un monumento y consiguiendo sólo un caserón desproporcionado. Pero, a mis ojos de niño, era una obra ciclópea que duraría siglos.

En los sótanos de este edificio he pasado una gran parte de mi vida. Y un día vería las columnas gigantes de la entrada, que habían llenado mis ojos infantiles, saltar en astillas, heridas por una bomba.

Cuando el enorme edificio se convirtió en Ministerio de Trabajo, la oficina de patentes se instaló en el sótano. Por quince años, casi diariamente, estuve yendo a aquellos claustros enlosados y oficinas de techo de cristal. Los campos en los que había cenado y corrido a mis anchas, treinta años antes, se habían convertido en calles con pretensiones de ser modernas. Un poco más allá, bloques de piedra blanca reposaban aún en la tierra, ya medio enterrados por su propio peso, al pie de la fea torre blanca y roja de la basílica, todavía en construcción; y alrededor, mujeres fatigadas de trabajo, como mi madre lo fue, se sentaban en las tardes en los bancos del jardín polvoriento.

El cargo de director general de la oficina de patentes era un puesto político, que cambiaba con cada gobierno. El trabajo descansaba sobre tres jefes de sección cuyo puesto era fijo y con los cuales tenía que resolver todos los asuntos de nuestra oficina, en las breves horas en que recibían.

Don Alejandro, jefe del departamento, era flaco, reseco, con ojos azules brillantes, nariz y labios flacos. Su dignidad impecable escondía una astucia inteligente y activa que siempre estaba dispuesta a jugar a cualquier una mala faena, si en ello no había peligro.

Don Fernando, jefe de la sección de patentes, era un hombre gordo y alegre con una panza bamboleante, siempre muy ocupado, siempre con mucha prisa y siempre demasiado tarde: tenía cara de luna y un apetito salvaje que flatulencia y acidez, ahogadas en bicarbonato, amargaban



constantemente. Su favor no era cosa que se comprara, pero una caja de botellas de champán le ablandaban y una carta de un diputado que le llamara «mi querido amigo» le derretía. De joven había sido un empleado temporero, en la época en la que los políticos nombraban y dejaban cesantes a los empleados, cuando cada cambio de gobierno representaba cientos de cesantes y una batalla para los pretendientes a las vacantes dejadas. Desde entonces había vivido en un santo temor y asombro de los políticos y aún le perduraba.

Don Pedro, jefe de la oficina de marcas de comercio, era un hombrecillo frágil y delgado, con una cabeza pequeña, cuyo pelo estaba cortado al rape, salvo un tupé, parecido al flequillo revuelto de un chico travieso. Tenía una vocecilla suave y aguda a la vez, completamente femenina. Procedía de una familia rica y era profundamente religioso, sin vicio grande o chico, metódico, meticoloso en los más ínfimos detalles, la única persona en toda la oficina, y posiblemente en todo el Ministerio, que llegaba a la oficina a la hora de entrada y no la abandonaba hasta algo después de la hora de salida. Era incorruptible e insensible a la presión política. Únicamente un sacerdote podía hacerle cambiar una decisión, porque un sacerdote era para él un ser infalible.

Entre estos tres hombres tenía que conducir y manejar los intereses de un millar de clientes. Tenía que recordar que don Alejandro admiraba a los alemanes hasta el punto de tener sus hijos educándose en el colegio alemán, que don Fernando cedía a los halagos de un diputado, y que don Pedro obedecía ciegamente a la Iglesia. Podía obtener resultados asombrosos, utilizando hábilmente unos cuantos billetes de Banco para los empleados, una carta amable de un personaje alemán, de un político o de un prominente Padre. Y sabía por experiencia directa que la oficina de patentes era sólo un ejemplo, y no de los peores, de la administración española.

Había tenido, por ejemplo, el caso del representante de una firma extranjera que había venido especialmente a Madrid por avión desde su país para hacer efectivo el pago de motores suministrados por su firma a la aviación española. La cuenta ascendía a cien mil pesetas y estaba aprobada por el Ministerio de Hacienda. Nuestro cliente creía que sólo tenía que presentarse para recibir dinero. Le tuve que explicar minuciosamente todos los trámites que había que seguir y fórmulas que llenar, para que le marcaran la fecha de pago, y explicarle que aún había veteranos de la guerra de Cuba que no habían cobrado sus haberes, porque no les había llegado el turno. Y ante su urgencia y desesperación le tuve que explicar que, seguramente, todo se arreglaría con una buena comisión. Nuestro cliente se marchó en el siguiente avión de pasajeros con su dinero disminuido en cinco mil pesetas, precio de la comisión dada a un director general.

Algunas veces mientras esperaba en las salas del Ministerio pensaba las razones que existían para este estado de cosas y las consecuencias que resultaban. La mayoría de los empleados del Estado procedían de la clase media modesta y se estancaban en esta clase, tratando de llegar a un ideal



Transportando un cañón hacia el Cuartel de la Montaña
Colección de la Biblioteca Nacional

de independencia y desahogo que nunca alcanzaban, viviendo para ello una vida de apariencias que no bastaba a cubrir sus escasos ingresos. Habían experimentado el peso de las influencias y habían encontrado que era mucho más fácil y más conveniente ceder a la presión que resistir, aceptar una propina que rechazarla indignado, porque la resistencia y la indignación sólo servían para arriesgar el traslado a algún rincón olvidado de las provincias. Si eran independientes, como en el caso de don Pedro, estaban encadenados tal vez aún más por su educación y su clase, doblemente sumisos a las reglas morales de sus consejeros espirituales en medio de esta corrupción general.

¿Cómo podían estos administradores ser otra cosa que enemigos abiertos de la República que amenazaba a sus bienhechores y consejeros y aun su propia situación precaria en la maquinaria del Estado?

Al otro lado estaban los clientes.

Estaba, por ejemplo, don Federico Martínez Arias. Era el gerente de una fábrica de artículos de goma en Bilbao. Era un viejo cliente nuestro que había hecho conmigo gran amistad. El mismo, de origen humilde, había logrado escalar una posición segura en la sociedad de Bilbao; era el cónsul de dos o tres repúblicas hispanoamericanas. En España se había hecho rico, en Norteamérica se hubiera hecho millonario. Acostumbraba tener conmigo discusiones interminables sobre problemas sociales y económicos. Estaba muy influido por las ideas de Taylor y Ford y mezclaba estas ideas con una buena dosis de feudalismo paternal muy español.

—Yo soy de los que creen y dicen siempre que un obrero debe estar bien pagado. En nuestra factoría pagamos los mejores jornales que se pagan en Bilbao.

Pero, detrás de la paga, quería organizar y vigilar a los trabajadores; darles casas decentes, ciudades decentes, comodidades, escuelas, cultura, recreo, pero todo ello bajo las leyes y el control de la fábrica.

—Los obreros son incapaces de regirse por sí mismos, no tienen las cualidades necesarias para ello. Son como niños que hay que llevar de la mano para que no tropiecen... El trabajador no necesita más que una casa decente, buena comida, un poco de diversión y la seguridad de que tiene la vida segura.

—Pero en su opinión, don Federico, debe aceptar esto como se lo den y no empezar a discutir y a pensar.

—Pero si es que tampoco quiere. Mire usted lo que Ford hizo con sus miles de trabajadores. ¿Qué sindicato les ha dado nunca tanto como Ford? No, el trabajo debería estar organizado por el Estado y el obrero ser una parte del mecanismo de la nación.

—¿Por Dios, don Federico, se ha vuelto usted nazi?

—No, pero admiro a los alemanes. Es una maravilla lo que ese hombre, Hitler, ha realizado. Un hombre así es lo que nos hace falta en España.

Pero no era ni un fanático político, ni un fanático religioso. Creía en la misión divina del líder como cabeza de la familia nacional, un concepto muy católico y muy español. Creía también en la sumisión de los siervos:

«Aun si el jefe se equivoca, ¿qué pasaría a un ejército si los soldados comenzaran a discutir?»

–Si los soldados comenzaran a discutir, podría pasar que no tuviéramos guerras, don Federico –le decía yo.

–Admitido. ¿Y a qué conduciría eso? La vida es lucha; hasta las briznas de hierba agujerean la piedra para poder crecer. Lea usted a Nietzsche, amigo Barea.

–Pero usted mismo se llama un cristiano.

–Si, ya sé. Pacifismo y todas esas zarandajas. «Paz en la tierra» ; si, pero acuérdesse de lo que sigue: «a los hombres de buena voluntad». ¿No va usted a decirme, creo, que esos socialistas y comunistas que predicán la revolución roja son hombres de buena voluntad?

Un día don Federico vino a la oficina y después de hablar sobre sus registros en trámite, me dijo:

–He vuelto, más que nada, a llevármele conmigo a Bilbao.

–Pues, ¿qué pasa? –No me chocó lo dicho, porque nuestros negocios me obligaban a veces a marcharme sin pérdida de momento al otro extremo del país.

–No pasa nada. Es que quiero que se venga usted a trabajar conmigo. Aquí nunca llegará usted a nada. Le ofrezco un puesto de apoderado en nuestra fábrica; mil pesetas al mes, para empezar, y comisión.

La oferta era tentadora. El salario era alto en relación a como los salarios se pagaban en España, y el porvenir que presentaba el puesto muchísimo mejor que el que ofrecía mi oficina. Significaban, verdaderamente, salvar la última barrera entre mi nivel de vida y la clase alta. Apoderado de la Ibérica de Bilbao, podía significar el ser aceptado en la sociedad bilbaína, uno de los grupos más poderosos de España. Podía significar un futuro próspero. Significaba, también, el renunciar, de una vez para siempre, a todo lo demás, es decir, a todo sobre lo cual aún tenía sueños utópicos, pero, ¿no me había prometido a mí mismo convertirme en un buen burgués y dejarme de tonterías?

No conocía entonces, como después iba a saber, que este incidente fue uno de los momentos más críticos de mi vida. En realidad, fue únicamente la voz de mi instinto lo que me impidió aceptar.

–Don Federico, me temo que no puedo aceptar su proposición. ¿Sabe usted que yo soy casi un comunista?

Don Federico abrió la boca asombrado.

–De todas las cosas absurdas que ha oído en mi vida, ésta es la más grande. ¿Usted una especie de comunista? No diga tonterías. Haga la maleta y véngase a Bilbao conmigo. Bueno, ya sé que no puede usted venir mañana. Dígale a su jefe que busque otro para su puesto, le dejo tres meses para ello. Y le pago a usted el sueldo desde hoy para que pueda arreglar confortablemente la mudanza. No me conteste nada ahora. Tan pronto como vuelva a Bilbao le voy a escribir una carta oficial y entonces me contesta.

Vino la carta, una carta formal de negocios, y yo la contesté en mi mejor estilo comercial. No acepté.

Unos pocos días más tarde, unos de los amigos íntimos de don Federico, don Rafael Soroza, propietario de un importante depósito de dolomía, vino a la oficina. Me golpeó el hombro:

—Así que, ¿se viene usted con nosotros a Bilbao?

—No, señor. Me quedo aquí.

—Pero, hombre mi querido amigo, usted es un idiota, y no trato de ofenderle. Precisamente en estos días...

—¿Qué pasa con estos días?

—En estos días necesitamos hombres como usted.

Se lanzó en una disertación sobre política y economía. Mientras le escuchaba, estaba recordando a don Alberto de Fonseca y Ontivares, el boticario de Novés. El hombre que tenía delante de mí me parecía un caso paralelo, con un final distinto.

Soroza estaba en el final de los cincuenta, grandote de cuerpo, expansivo y alegre; pero en la última mitad de su vida, los negocios habían venido a poner su nota discordante. Procedía de una familia patriarcal de las montañas de Asturias. Aunque su padre le había obligado a estudiar leyes, y seguir la carrera de abogado, a la muerte de su padre se había encerrado en su aldea y se había dedicado a labrar sus tierras. Un día los prospectores alemanes llegaron a ellas.

Poca gente conoce con qué meticulosidad organizada han investigado el suelo español los agentes de Alemania durante veinte años. Y pocos conocen que existen docenas de sociedades, aparentemente de constitución genuinamente española, que sirven de pantalla para los más poderosos «concerns» alemanes, algunas veces no tanto para hacer negocios como para impedir que otros los hagan.

Los alemanes encontraron dolomía en una de las propiedades de don Rafael Soroza y trataron de hacer con él el mismo truco que con tanto éxito habían hecho con el boticario de Novés. Pero, por pura casualidad, aquella tierra estaba denunciada como coto minero, porque dentro de ella había una mina de carbón abandonada y los derechos eran propiedad de la familia Soroza. Los alemanes establecieron una compañía limitada, nombraron a don Rafael director gerente, y don Rafael comenzó a ganar dinero, sin saber cómo. Alemania consumía cargamentos enteros de dolomía.

—Usted no puede imaginar la cantidad de magnesia que se consume en el mundo. Hay millones que sufren indigestión. Los alemanes compran toda la magnesia que pueden sacar y ahora me piden aún mayores cantidades. Es, además, un aislante perfecto y lo van a usar para refrigeradores y para proteger las tuberías en las fábricas de hielo. Es mejor que el amianto. Tenemos que sacar una patente.

Don Rafael registraba patentes inocuas que protegían, o pretendían proteger, el derecho al uso de la magnesia como un aislante térmico. La Rheinische Stahwelke, la I.G. Farbenindustrie y la Schering-Kahlbaum nos enviaban, desde Alemania, sus patentes para la extracción de magnesio de la dolomía y el uso de este metal para fines mecánicos. Las más im-

portantes firmas alemanas trabajaban intensamente en la aplicación del magnesio y sus aleaciones en los motores de explosión para aeroplanos. La materia prima venía de España y la barrera de patentes impedía su explotación industrial. Sin los alemanes, don Rafael no hubiera tenido comprador para su magnesia.

Cuando don Rafael terminó su discurso sobre economía y política, le dije:

—Total, que se ha vuelto usted falangista.

—¡Ah, no, Barea! Más mucho más. Soy un miembro del partido Nacionalsocialista alemán. Sabe usted, mis socios son alemanes y se me ha autorizado a ser un miembro, aun siendo extranjero. ¿Qué le parece, Barea?

—Que se ha metido usted en un buen lío, don Rafael.

—No diga tonterías, hombre. La causa está haciendo progresos a pasos de gigante. En uno o dos años tenemos el fascismo aquí y entonces seremos una nación como debe ser. Tal como van las cosas, esto no dura un año más, acuérdesse de lo que digo... Y ahora, cuénteme, ¿cuándo se marcha usted con don Federico? Porque usted tiene que ser de los nuestros.

—La verdad es que me quedo en Madrid. El clima de Bilbao no es bueno para mí y al fin y al cabo tengo una buena posición aquí...

—Eso sí que lo siento, pero, en fin, usted sabe mejor que nadie lo que le conviene.

No me atrevía a decirle que yo era un socialista como había hecho con don Federico. Se hubiera desmayado. Pero, ¿qué diablos tenía él que hacer con el Partido nazi alemán? En el caso de Rodríguez, que se había pasado toda su vida en la embajada alemana, podía entenderlo, pero en el suyo, ¡un labrador asturiano!

El mismo me proporcionó la respuesta cuando me llamó a su oficina en Madrid, para resolver algunos asuntos pendientes.

—Me marcho mañana y quería dejar esto resuelto antes. —Y con alegría infantil agregó—: Tengo huéspedes en casa, ¿sabe?

—¿Van ustedes a cazar osos?

En las montañas donde vivía don Rafael se encuentran osos aún.

—¡Nada de eso, hombre! Me han mandado unos cuantos muchachos alemanes que están estudiando geología, minas, topografía, esas cosas, y vienen con ellos también algunos ingenieros que tiene interés en ver si hay un sitio para un aeródromo. Es una lástima que tengamos la República, porque créame, con la ayuda de los alemanes y con lo que nosotros tenemos, éste podía ser un gran país.

—Usted no ha salido muy mal con ellos.

—No, no me quejo. Pero así son las cosas en España. Estamos andando sobre millones y no nos enteramos. España es el país más rico del mundo.

—¡Hum! Sí, y mire usted cómo anda la gente y cómo vive.

—Pero, ¿por qué, dígame, Barea? La falta es de un puñado de sinvergüenzas que se han hecho los amos del país. Acuérdesse de lo que hicieron

con el pobre Primo de Rivera y cómo no le dejaron hacer lo que él quería. Pero esto no va a durar mucho. Vamos a terminar con todos estos masones, comunistas y judíos de un plumazo, don Arturo, de un plumazo. Ya verá.

—Me parece que no va usted a encontrar judíos en España ni para un plumazo, como no los invente, don Rafael.

—¡Ah! Ya los encontraremos, Barea.

* * *

CAPÍTULO VI

LA CHISPA

Don Manuel Ayala nos había telegrafiado para que fuéramos a buscarle al aeródromo de Barajas. Le estábamos esperando mi jefe y yo.

Un Douglas de los utilizados en las líneas de París y de Barcelona estaba en el campo, destacándose de los viejos Fokkers que le rodeaban. Me fui hacia él y me puse a estudiar los detalles de su fuselaje. Pero había algo en el fondo de mi mente que me impedía disfrutar de mi examen y me hacía sentirme molesto. No acertaba la causa de aquel nerviosismo, porque la aviación ha sido uno de mis mayores entusiasmos. Para encontrarla tuve que hacer un esfuerzo.

Todo lo que yo conocía de la teoría de aerodinámica, lo debía a mi trabajo en el pleito de Junkers contra Ford en el cual había intervenido por nuestro cliente Junkers. Hacía ya tiempo que habían pasado por mis manos las patentes de Junkers y Heinkel. ¿Tras de qué andaría ahora esta gente?

Cuando el capitán don Antonio Barberán me había llevado con él en una vieja «chocolatera», como llamaban a los aviones remendados que había en Marruecos, y cuando me había explicado, entusiasta, sus planes para un vuelo transatlántico, aún la aviación era maravillosa.

Me acordaba del primer aeroplano que había visto volar en mi vida y de mi entusiasmo, como un chiquillo que era entonces. Primero, había sido la larga caminata, hirviendo en excitación, hasta los llanos de Getafe, para esperar la llegada de Vedrines, el primer hombre que voló de París a Madrid. Después las tres tardes en que me escapé a través de los campos hasta el velódromo de la Ciudad Lineal, hasta que en la última el tiempo, quieto y lleno de sol, permitió a Domenjoz demostrarnos lo que era un «loping-the-loop».

Me hubiera gustado volar en aquel Douglas a Barcelona por encima de la costa brava de Cataluña y de sus aguas transparentes y contemplar des-



de lo alto la luz del sol temblando y escondiéndose tras las cimas de las lejanas montañas, encapuchados por una cabalgata de nubes.

Se me paró la fantasía y se enfocaron mis memorias borrosas:

Pasó en los veinte, cuando Junkers construyó un aeroplano cuatrimotor para realizar con él la vuelta al mundo y a la vez obtener contratos de las compañías aéreas que, justamente entonces, se estaba planeando en varios países del mundo. Junkers era nuestro cliente y los alemanes trataban de obtener la concesión de una base aérea comercial en Sevilla, donde se había construido la torre para el anclaje de los zepelines. España podía ser un punto clave en la red de comunicaciones con América. Se habían realizado muchas intrigas y muchas jugadas complicadas por la industria de varios países y una de ellas había sido el pleito que Junkers había planteado a Ford por las patentes que protegían la colocación de las alas bajo el fuselaje.

Mi antiguo jefe y yo habíamos tenido que ir al aeródromo de Getafe a la llegada del cuatrimotor Junker a Madrid en su viaje de propaganda. Se había preparado una recepción oficial con asistencia del rey. Cuando aterrizó el monstruo, un poquito más tarde del tiempo señalado, el rey y su séquito militar inspeccionaron el aparato detalladamente; el rey insistió en volar en un vuelo de prueba y hubo que desarrollar un defecto mecánico y –y diplomático– para evitarlo. Después, mientras las formalidades oficiales y el vino de honor seguían su curso, un ingeniero alemán tomó en sus manos explicar las características del aparato a los oficiales que formaban la comisión de compras en el caso de llegar a formularse un contrato, y mi jefe y yo los acompañamos, en nuestra calidad de representantes de las patentes.

El hombre tenía el título de «doktor», pero su nombre no se quedó en mi memoria. Era pequeño y delgadito, con pelo de arena, de puro rubio, y afeitado, con gruesos cristales de miope cabalgando en el puente de una nariz colgante. Sus manos eran enormes. Recordaba haber pensado al verlas que parecían las manos depiladas de un gorila; cuando movía los dedos huesudos, las articulaciones parecían saltar fuera de su asiento y adquirir formas contorsionadas y extrañas.

Primero, escondió estas manos suyas debajo de los faldones de su levita y así nos llevó a través de la cabina donde estaban alineados los lujosos sillones para los pasajeros. Después nos llevó a través de pasillos como túneles que terminaban en las cabinas de los motores, y por último nos llevó a la cabina de los pilotos, separada de la de los pasajeros por una doble puerta corredera.

La cabina de los pilotos tenía la forma de una semiesfera alargada, formando la parte curva de la proa del avión. La pared exterior estaba construida de una armadura de duraluminio y paneles de cristal. Los asientos de los pilotos se elevaban en el centro de esta cúpula tumbada, como suspendidos en el aire, y suministraban una vista completa en todas direcciones. Aquí el «doktor» hizo reaparecer sus manos y comenzó a explicar en español:

—Ahora que ya han visto ustedes el aparato —cortó las alabanzas con dos manotones—, les voy a mostrar algo que es mucho más interesante. —Con agilidad sorprendente saltó entre la armadura del suelo encristalado y comenzó a destornillar algunos remaches cilíndricos colocados en el cruce de las barras de aluminio. Debajo aparecieron huecos roscados brillantes de aceite: —Como ven ustedes, basta destornillar los falsos remaches para descubrir estos zócalos roscados, en los cuales se pueden atornillar en unos segundos las patas de una ametralladora: éste y éste, son para el asiento del ametrallador. Se quita este panel de cristal y el cañón de la ametralladora sale por la abertura. Aquí y aquí, en los dos lados, pueden colocarse otras dos ametralladoras de manera que el aeroplano puede atacar y defenderse de otros aviones. Y ahora, señores vengan conmigo. Hay más—. Echó a correr delante de nosotros, brincando con pasitos cortos y se detuvo en medio de la cabina de pasajeros. Aquí nos enseñó cómo las patas de los sillones estaban atornilladas al piso:— Se les puede quitar todos en dos minutos y dejar esto vacío. En su lugar se atornilla todo el equipo para transportar tropas o, si es necesario, para almacenar bombas y los instrumentos para lanzarlas. Aquí, esto son las compuertas para lanzarlas... Ahora les voy a enseñar dónde se colocan las grandes bombas. Aquí, ¿ven ustedes? aquí—. Debajo de las alas gigantes, volvió a desatornillar los soportes para las bombas. Brincaba en las puntas de los pies y hacía castañetear los dedos huesudos, mientras repetía entusiasmado el procedimiento:— ¡Eh! ¿Qué les parece? En una sola hora podemos transformar los aviones de una línea comercial en cualquier aeropuerto de Alemania, pongamos en Berlín, y venir a bombardear Madrid. Diez horas después de una declaración de guerra podemos bombardear la capital enemiga. Y si somos nosotros los que declaramos la guerra, cinco minutos después de la declaración. ¡Ja, ja! ¡Esto es Versalles!

El viejo y famoso piloto de globos que estaba con nosotros y que yo conocía muy bien, se volvió a mí y murmuró:

—Este tío es tan repugnante como una araña. Dan ganas de espachurrarlo de un pisotón.

Me alegró mucho entonces que el contrato del ejército español no fuera a parar a manos de Junkers, a pesar de la convincente demostración que el macabro doctor había dado a los oficiales del Estado Mayor.

Había conseguido dar por olvidado el incidente, pero había cambiado mis ideas sobre el futuro de la aviación y había envenenado el placer que sentía cuando volaba. Ahora mismo me molestaba. Después había venido la guerra de Abisinia, y en Alemania hoy estaba Hitler. Era tan fácil lanzar bombas sobre ciudades indefensas: se desatornillan unos falsos remaches y se atornillan las patas de las ametralladoras o las perchas para las bombas...

Yo mismo me tuve que decir que me estaba volviendo mórbido. Aquel Douglas con su sobrio confort inglés no era más que un vehículo de lujo, hecho para convertir el volar en un placer.

El aeroplano de Sevilla trazó un círculo sobre el campo y aterrizó. Fuimos al encuentro de nuestro cliente. No venía solo y en el primer momento no reconocí a su acompañante. Hacían una pareja cómica los dos zaqueando a través del campo.

Don Manuel Ayala era corto y cuadrado, en la mitad de los sesenta, tostado y disecado por el sol, con una nariz de punta afilada en una cara llena de surcos y arrugas, ojos brillantes de ratón tras unos lentes de oro de vieja forma, colgantes de un cordón de seda al ojal de la solapa, y un bigote blanco, teñido de tabaco, pesado y tosco. Me parecía enorme, hasta que comprobé que sólo sus extremidades eran grandes: manos y pies fuera de proporción, que resultaban deformes y una cabeza pesada bamboleando entre dos hombros anchísimos. La cara era una cara áspera, de campesino, afeitada, pero azuleante de las raíces de la barba. Lo que hacía irresistiblemente cómico era el traje. Era como si un gigante hubiera estado gravemente enfermo en un hospital, hubiera perdido sus carnes y saliera ahora a la calle por primera vez en sus viejas ropas. Colgaban perdidas alrededor de él, como en la cruz de palos de un espantapájaros. Pero andaba con pasos firmes, seguros y enérgicos.

Le reconocí de pronto. Nunca le había visto en mi vida fuera de sus ropas talares. Era el hermano de nuestro cliente, el jesuita padre Ayala.

Cada vez que don Manuel Ayala venía a Madrid me pedía que fuera su acompañante. Había vivido sesenta años de su vida encerrada en un pequeño pueblo de la provincia de Huelva y nunca había ido más lejos de Sevilla en excursiones cortas y tímidas. Administraba todas las tierras heredadas de su padre y vendía sus productos, pero aparte de eso hacía la vida de un recluso. Criaba vinos exquisitos que cuidaba con sumo cuidado, y a su vejez, de repente, decidió lanzarlos al mercado. Alguien le dio una introducción para nosotros y nosotros nos encargamos de crearle una serie de marcas, etiquetas y modelos de envases para sus vinos y sus coñacs. Era alegre y locuaz, bonachón y un poco cínico hacia sí mismo. Consideraba su defecto de convertirse en un cosechero famoso como un capricho repentino de la vejez, y estaba resuelto a salirse con la suya, lo mismo que le empujó a tomar el avión de Sevilla la primera vez que vino a Madrid.

—A mi edad, ya no se tiene miedo de nada. ¿Por qué no probar a volar y quedarme con las ganas? Lo único que siento es que me estoy haciendo viejo, ahora que comienzan estas cosas tan interesantes.

Sentía admiración y orgullo por su hermano, el jesuita, que era tan sagrado y tan importante que nada podía decirse de él. En 1930, el año antes de proclamarse la República, me había llevado con él, por primera vez, a ver a su hermano en la Residencia de los Padres, en la calle de Cedaceros. Me había sido repulsivo el padre Ayala. Era sucio y grasiento, el hábito pringoso, sus zapatones enormes, con gruesas suelas, sucios de siempre, las uñas de sus dedos planos ribeteadas de negro. No podía ver dentro de su mente, pero conocía la fuerza del hombre: en aquella época, era él quien manejaba los hilos que iban a terminar en el Palacio Real, en las Cortes, en los salones de la aristocracia y en los cuartos de banderas de las guarnicio-

nes más importantes. Pero él nunca aparecía en público. Sabía que estaba viviendo, ahora que se había disuelto la Compañía, en una casa de vecinos de Sevilla, en compañía de otros dos padres, todos vistiendo de paisano. ¿Por qué este hombre, inesperadamente, se metía en el avión con su hermano y le acompañaba a Madrid? ¿Qué nueva tela de araña estaba tejiendo?

Cuando llegamos a la puerta de la oficina, el padre Ayala nos abandonó y don Manuel hizo sus excusas:

–El pobre hombre está muy preocupado con lo que va a pasar. –Siguió explicando mientras el ascensor nos elevaba al piso–: Saben ustedes, cuando la República disolvió la Orden, mi hermano se fue a Sevilla y tomó un cuartito con otros dos hermanos. Todavía viven allí haciendo vida comunal. Hay cientos como ellos en España. Al principio, naturalmente, la mayoría de ellos dejaron el país, pero han ido volviendo poco a poco. Ahora las cosas van a cambiar y su sitio es aquí, ¿no les parece?

Cuando hubimos terminado nuestra charla de negocios, don Manuel me invitó a comer con él, «porque mi hermano me ha abandonado y usted conoce los buenos rincones» .

El viejo era profundamente religioso, vivía una vida de celibato, y dudó mucho que jamás hubiera tenido contacto con mujeres; pero tenía una debilidad por un buen plato y buen vino. Cuando nos habíamos instalado en uno de esos «rincones» que a él le gustaban, don Manuel me preguntó:

–¿Y qué? ¿Cómo van en Madrid las cosas de la política?

–Por lo que a mí me parece, confieso que soy muy pesimista. Los grupos de la izquierda no hacen más que pelearse unos con otros y las derechas están dispuestas a destruir la República. Ahora, a algún idiota se le ha ocurrido la idea de nombrar a Azaña presidente e inmovilizar así a un hombre, tal vez el único, que podía haber gobernado el país en esta situación.

–Sí, es verdad, sí. Y una gran ventaja para nosotros. Créame, Largo Caballero y Prieto y todos esos, no tienen importancia. El único hombre peligroso es Azaña. Azaña tiene odio a la Iglesia y es el hombre que más daño nos ha hecho. Ahora le hemos sacado los dientes. De otra manera, hubiera sido preciso eliminarle antes de hacer nada.

–Caramba, don Manuel, ése es un lado suyo que no conocía, que se le pasara por la cabeza que hubiera que matar a alguien.

–No yo, claro, no. Yo soy incapaz de matar una mosca. Pero tengo que admitir que ciertas cosas pueden ser necesarias. Ese hombre es la ruina de España.

–La ruina de su España, querrá usted decir.

–¡Hombre de Dios! Y de la suya también. Porque no me irá usted a decir que está del lado de esa canalla comunista.

–Tal vez no, pero tampoco lo estoy al lado de los falangistas. Mire, don Manuel, yo no creo en la monarquía. Estoy por la República con toda mi alma.

–¡Psch! A mí no me da frío ni calor, república o monarquía. Ahí tiene usted a Portugal con una república ideal. Un hombre inteligente a la ca-

beza, y la Iglesia respetada y en el sitio que le corresponde. Eso es lo que yo quiero.

–Habla usted como si fuera su hermano.

–¡Ah, si pudiera usted oír a mi hermano! Y yo estoy de acuerdo con él. ¡Comunismo! ¿Usted no sabe que la Compañía de Jesús resolvió la cuestión social hace ya siglos? Lea usted la historia, amiguito, léala. Allí verá usted lo que las misiones en América hicieron, particularmente en el Paraguay. La Compañía administró el país y no había ni un solo hambriento. Ni uno, entérese. Los indios nunca han sido tan felices como entonces. Cuando uno de ellos necesitaba una manta se le daba, dada, no vendida. Los Padres hasta les buscaban mujer si querían casarse. No les hacía falta dinero, no. Aquello era un paraíso y una administración modelo.

–Y una mina de oro para los santos padres, supongo.

–No sea usted un demagogo. Usted sabe que los padres hacen voto de pobreza y la Compañía no tiene nada.

–No va usted a negar que tienen influencia, aún hoy.

–Yo no voy a negar nada. Pero tampoco va usted a negar que la Compañía tiene muchos enemigos y que las pobres gentes tienen que defenderse. –Se calló y se quedó un momento pensativo–. Si sólo le hubieran hecho caso a mi hermano, cuando se lo dijo a tiempo... pero nadie le quería escuchar. Cuando don Alfonso dijo que se marchaba y que dejaba el sitio a la República, mi hermano aconsejó en contra de ellos. con unos pocos regimientos todo se hubiera arreglado en un par de días. Bueno, pues, usted vio lo que pasó.

–Ya sé que su hermano tiene buenos contactos.

–¡Oh, no, no! Mi hermano nunca dejó la residencia, más que para dar un paseo. Pero los padres le consultaban, porque –aunque yo, que soy su hermano no debía decirlo– es un gran talento. Pero siempre un hombre simple. Usted lo conoce. ¿No cree que tengo razón?

Era verdad. El padre Ayala nunca cambió. Otros hombres de la Compañía podían lanzarse en el mundo, él no. Presentaba su fachada basta y su gesto desdeñoso y conservaba su poder oscuro. Le contesté a don Manuel que sí, que estaba de acuerdo con él. Se expansionó en el placer de la digestión.

–Los buenos tiempos están detrás de la esquina, amigo Barea. Más cerca de lo que usted se cree. Ahora tenemos los medios y tenemos el líder. Este Calvo Sotelo es un gran hombre. Es el hombre de la España del futuro, de un futuro muy próximo.

–¿Usted no cree que tendremos otro alzamiento militar como en 1932?

–¿Y por qué no? Es un deber patriótico. Antes de tener el comunismo hay que ir a las barricadas. Pero no será necesario. La nación en pleno está con nosotros y toda la basura se barrerá de un simple escobazo. Tal vez ni aun eso hará falta. Calvo Sotelo será el Salazar de España.

–Sí, mucha gente está convencida de que esto va a explotar de la noche a la mañana. Pero, si la derecha se echa a la calle, me parece que van a quedar pocos para contarlos. El país no está con ellos, don Manuel.

—Si usted llama a toda esa canalla el país, no. Pero tenemos el ejército y la clase media, las dos fuerzas vivas del país. Y Azaña no se va a deshacer de ellos con una sonrisa, como hizo en agosto de 1932.

—Entonces, de acuerdo con usted, don Manuel, vamos a tener un gobierno paternal, al estilo paraguayo o portugués, para agosto de 1936.

—Si Dios lo quiere, Barea. Y lo querrá.

Acabamos la comida, bromeando amablemente, porque ninguno de los dos queríamos ir más allá en mostrar nuestros pensamientos al otro. Nunca he vuelto a ver a los dos hermanos.

El lunes mandé a mi hija mayor a pasar unas vacaciones a las montañas en compañía de Lucila, la mujer de Ángel, que iba a pasar una temporada con su familia cerca de Burgos, mientras Ángel estaba sin trabajo. Era el 13 de julio de 1936. Cuando los despedí, en el autobús, me marché directamente, con mi cartera de papeles, al Ministerio.

Los despachos de la oficina de patentes estaban vacíos. Un grupo numeroso se amontonaba a la puerta del despacho de don Pedro. Don Pedro estaba gesticulando y vociferando detrás de su mesa, los ojos llenos de lágrimas. Pregunté a uno de los empleados:

—¿Qué diablos pasa aquí?

—¡Dios mío! ¿No te has enterado? Han matado a Calvo Sotelo.

Muchos de los empleados pertenecían a la derecha, particularmente cuatro o cinco mecanógrafas, hijas de «buenas familias», y un grupo más numeroso aún de similares hijos de buena familia, algunos de los cuales eran miembros de la Falange. Todos estaban ahora alrededor de don Pedro, haciendo coro a sus lamentaciones por el asesinato del líder político.

—¡Es un crimen contra Dios! Un hombre tan inteligente, tan bueno, un cristiano semejante, un caballero, muerto como un perro rabioso...

—Ya les vamos a arreglar las cuentas. Les va a quedar poco tiempo para alegrarse. Lo único que queda que hacer es echarse a la calle —contestaba el coro.

—¡No, no, por Dios! No más sangre, no es cristiano. Pero Dios castigará a los asesinos.

—Sí, Dios los va a castigar, pero nosotros le vamos a echar una mano —replicó un muchacho muy joven.

Me marché a la calle. Aquel día no había nada que hacer en la oficina de patentes.

La nuevas me habían cogido de sorpresa, como habían cogido a toda la ciudad. Sin embargo, era obvio que el asesinato de Calvo Sotelo era la respuesta al asesinato del teniente Castillo de los guardias de asalto. La única cuestión era si aquello iba a convertirse en la mecha que incendiaría el barril de pólvora. ¡Y mi hija en el autobús camino de Burgos! Si lo hubiera sabido a tiempo, hubiera impedido el viaje. Aunque tal vez estaría mejor en un pueblecito pequeño y perdido que en Madrid, si las cosas comenzaban a ponerse graves. ¿Un pueblecito pequeño? Ya había visto lo que podía pasar en Novés. Y la única cosa que conocía acerca de la fami-

lia de Lucila era que estaban en buena posición y considerados como gente importante en su pueblo, lo cual no era exactamente una garantía, si se levantaban las gentes del campo. Me fui hacia la Glorieta de Atocha sin saber lo qué hacer.

La ancha plaza estaba convertida en un hormiguero. No por el asesinato de Calvo Sotelo, sino por las preparaciones para la verbena de San Juan. Los materiales para las cien y una diversiones de la verbena estaban tirados sobre los adoquines. Había las simples armazones de tabla para los puestos de chucherías o el círculo de raíces de acero para el tiiovivo. Una hilera de hombres agarrados a un cable levantaban lentamente un mástil del que colgaba, como la tela de un paraguas sin varillas, una lona circular. Dos mecánicos chorreando grasa, ajustaban y martilleaban una vieja máquina de vapor. Los hombres estaban en camiseta, con los brazos desnudos, sudando a chorros bajo el sol de julio. Los caballos de madera pintarrajeados de colorines crudos, en piezas, mostrando sus tornillos y sus rotos, se amontonaban revueltos entre tablas y vigas. Los carricoches de los feriantes dejaban escapar un hilito de humo de sus chimeneas raquílicas, y la alambrista zascandileaba en chambra con los pechos caídos, atendiendo la comida y ayudando a los artistas convertidos ahora en carpinteros. De los carretones y de camionetas surgían, sin descanso, cajas y cajas o piezas de mecanismos misteriosos. Una muchedumbre de chiquillos y mirones contemplaba el montaje de las barracas, estáticos y molestos como moscas.

Madrid se estaba preparando para su diversión. ¿Quién pensaba en Calvo Sotelo?

Me equivocaba. A nadie se le ocultó lo que su muerte significaba. El pueblo de Madrid sentía el miedo que sienten los soldados en vísperas de salir para el frente. Nadie sabía dónde o cuándo comenzaría el ataque, pero todo el mundo sabía que había llegado la hora. Mientras los feriantes montaban los caballitos del tiiovivo, el gobierno había decretado el estado de alerta. Los obreros de la construcción afiliados a la C.N.T. se declararon espontáneamente en huelga y algunos miembros de la U.G.T. que pretendieron seguir trabajando fueron agredidos. El Gobierno cerró todos los locales de los grupos de derecha sin distinción, y arrestó a cientos de personas pertenecientes a ellos. Cerró también los ateneos libertarios y arrestó asimismo a cientos de sus miembros. Era claro que trataba de evitar un conflicto.

En la calle de Atocha me encontré a mi amigo comunista, Antonio, con otros cuatro.

—¿Dónde vais?

—Estamos de vigilancia.

—No seáis estúpidos, lo único que vais a hacer es conseguir que os lleven a la comisaría. Ese compañero tuyo no puede ir mostrando más claramente que lleva una pistola, como no se la ponga en la mano.

—Pero tenemos que estar en la calle para ver lo que pasa. Tenemos que proteger el «radio». —El «radio» era el domicilio social del partido en

el barrio y Antonio era su secretario general -. Y ni aun sabemos si la policía lo va a cerrar o no. Desde luego, no hemos dejado a nadie allí.

-Lo que tenéis que hacer es poner un puesto en la verbena.

Antonio abrió la boca asombrado:

-¡Oye, esto no es una broma! ¿Sabes?

-Lo que yo te digo tampoco, no seas idiota. Es muy sencillo. Comprad unos cuantos juguetes baratos en un almacén, unas cuantas cajas para armar un tenderete, poner una manta encima y los juguetes, e instalaros en la verbena. Yo conozco un tabernero allí que os dejará usar el teléfono toda la noche, porque no cierra mientras dure la verbena. Y así podéis estar en la calle y tener todas las informaciones y todos los contactos que os dé la gana, sin llamar la atención a nadie.

Aceptaron mi plan y yo mismo les ayudé a realizarlo. Aquella misma tarde Antonio instalaba un puesto de juguetes baratos al lado de la verja del Jardín Botánico. Los miembros del «radio», venían, se paraban a manosear los juguetes y pasaban las noticias. La primera noticia sensacional llegó a mitad de la tarde: el partido Socialista, todos los sindicatos pertenecientes a la U.G.T. y el partido Comunista habían concluido un pacto de asistencia mutua y se habían comprometido a soportar al Gobierno de la República. Antonio estaba lleno de entusiasmo y de impaciencia detrás de sus juguetes:

-¿Por qué no ingresas en el partido?

-Porque no sirvo para aguantar disciplinas, ya lo sabes.

-Pero ahora necesitamos gente.

-Ya lo pensaré. Primero vamos a ver qué pasa.

Ninguno dudaba que las derechas llevarían a cabo un alzamiento. Mi hermano Rafael y yo nos fuimos a la verbena aquella noche, arrancamos a Antonio del lado de sus juguetes y nos sentamos en los veladores que había puesto en el paseo mi amigo el tabernero. La verbena no estaba aún en pleno apogeo y había poca gente en ella, aunque sí una gran abundancia de grupos de policía, de guardias de asalto y de obreros. El público, el verdadero público de verbena, se veía claramente que tenía miedo de aglomeraciones.

-El problema más grande -dijo Antonio- son los anarquistas de la C.N.T. Son capaces de hacer causa común con la derecha o al menos abstenerse.

-No digas estupideces.

-No las digo. Pero dime tú a mi quién puede entender que se declaren en huelga hoy mismo y la emprendan a tiros con la gente de la U.G.T. Ya hemos tenido que proteger a algunos compañeros para que pudieran volver a casa esta tarde; y en la Ciudad Universitaria es peor. Particularmente desde que el Gobierno ha sido lo bastante idiota para cerrar sus ateneos. No es que a mí me gusten los anarquistas -me agradaría suprimirlos a todos-, pero de todas formas, no nos podemos permitir el lujo de que se pasen a los fascistas.

-No tengas miedo. ¿Lo hicieron cuando Asturias? Cuando llegue la hora de los golpes, si es que llega, estarán con nosotros.

—Tú eres un optimista y, además, me temo que tienes una debilidad por los anarquistas.

Yo me mantuve firme en mi esperanza.

Aquella semana se fue pasando en una tensión increíble. El funeral de Calvo Sotelo se convirtió en una demostración de la derecha y terminó en un tiroteo entre ellos y los guardias de asalto. En las cortes, Gil Robles hizo un discurso a la memoria de Calvo Sotelo que fue descrito oficialmente como una declaración de guerra. Prieto pidió a Casares Quiroga armar a los obreros y el ministro se negó. Las detenciones y las agresiones se multiplicaban en todos los barrios de Madrid. Los obreros de la construcción pertenecientes a la U.G.T. siguieron trabajando en la Ciudad Universitaria, bajo la protección de la policía porque la C.N.T. seguía sus agresiones contra ellos. Lujosos automóviles, con sus equipajes cubiertos cuidadosamente para no llamar la atención, abandonaban la ciudad en gran número por las carreteras que conducían al norte. La gente rica comenzaba a marcharse de Madrid y de España.

El jueves se desataron los rumores. Circulaban las historias más fantásticas y los periódicos de la noche les daban más fuerza. Oficialmente nada pasaba en España. No era cierto que se hubiera sublevado el ejército en Marruecos, ni que hubiera habido ningún levantamiento militar en el Sur de España. La frase que se usaba para calmar a las gentes era tan equívoca como los rumores en sí: «El gobierno tiene la situación dominada». Para aumentar aún el efecto, la radio comenzó a repetir la misma cantilena. Y el efecto, naturalmente, fue contrario. Si nada pasaba, ¿Por qué tanto nerviosismo?

Exteriormente, Madrid parecía estar disfrutando su veraneo: en el calor asfixiante, las gentes vivían más en la calle, durante la noche, que en sus casas caldeadas como hornos. Las terrazas de los cafés, las puertas de bares y tabernas, los portales de las casas de vecinos, las plazas públicas, todo estaba abarrotado de público que hablaba, comentaba, disputaba y se pasaba de unos a otros los rumores o las noticias. Aun, a pesar de toda la tensión, sobrevivía una subcorriente de optimismo vago.

En la noche del viernes —el 17 de julio—, nuestra peña en el bar de mi casa estaba concurridísima. A las once de la noche, la calle del Ave María parecía estar desbordada. Los balcones de las casas estaban abiertos de par en par y las voces de los aparatos de radio surgían de ellos en tumulto. Cada bar tenía su altavoz al máximo. Las gentes, sentadas en los veladores, sostenían sus conversaciones a gritos. En los portales había grupos de vecinas charlando y los chiquillos jugaban en bandadas en medio de la calle. Pasaban taxímetros llevando obreros de las milicias de vigilancia y sus frenos chirriaban cada vez que se detenían a la puerta de un bar, para cambiar más noticias y refrescarse con un vaso de algo.

Los altavoces comenzaron a vocear las noticias y la calle se sumergió en silencio, escuchando.

—El Gobierno tiene la situación en sus manos.

Era un efecto extraño el oír la frase proclamada en un coro desafinado a lo largo de la calle y a diferentes alturas. No había dos voces que fueran la misma y que hablaran al unísono. Llegaban al oído entrechocándose y repitiéndose unas a otras. Un altavoz en un piso cuarto, allá al fondo de la calle, se quedó solo y último, gritando en silencio la palabra, «manos»

–En las nuestras tenía que dejarlo –gruñó Fuñi-Fuñi.

–Para que nos pudierais fusilar a gusto, ¿no? –saltó Manolo.

–Nosotros, los anarquistas, somos tan antifascistas como lo seáis vosotros, o mejores. Nosotros llevamos luchando por la revolución en España cerca de un siglo y vosotros habéis empezado ayer. Y ahora, cuando las cosas están así, seguís mandando a trabajar a los albañiles como un rebaño de corderos y permitís que el Gobierno os niegue armas. ¿Qué es lo que habéis creído? ¿Que los fascistas os van a subir el jornal en la Ciudad Universitaria porque habéis sido unos buenos chicos? ¡Ya estáis frescos! Los albañiles a trabajar y...

–Nosotros lo que tenemos es disciplina. ¿Qué quieres, que les demos a los otros un pretexto para que puedan decir que somos nosotros los que se han echado a la calle? Deja a los fascistas que lo hagan, y ya verás lo que pasa.

–Sí, sí déjasele a ellos y ya verás lo que pasa cuando se te hayan metido en casa, mientras que tú estás conduciendo el camión cargado de cemento para sus trabajos públicos.

–Claro, mientras, si vosotros seguís pegando tiros a los nuestros, los fascistas no se van a meter en casa, supongo. ¡Vaya una lógica la tuya!

–Lo único lógico sobre todo esto es que vosotros aún no os habéis enterado que ha llegado la hora de hacer la revolución.

–Naturalmente que no nos hemos enterado. Lo que ha llegado es la hora de defendernos cuando nos ataquen. Después que los hayamos deshecho por habernos atacado, entonces podemos hacer la revolución.

–No estoy de acuerdo.

–Muy bien. Seguir matando albañiles.

Al día siguiente, el sábado 18 de julio, el Gobierno anunció abiertamente que había habido insurrecciones en muchas de las provincias, aunque reafirmando «tener en la mano la situación». Noticias y rumores en una mezcla indescrutable, se sucedían uno a otros: Marruecos estaban en las manos de Franco; los moros y la legión extranjera estaban desembarcando en Sevilla; en Barcelona se batallaba en las calles; en provincias se había declarado la huelga general; la marina estaba en manos de los rebeldes –no, estaba en manos de los marinos que habían tirado al mar a los oficiales–. En la Ciudad Lineal unos pocos falangistas habían intentado apoderarse de la estación de radio de la marina, o, según otros rumores, se habían apoderado de los estudios de cinematografía en la Ciudad Lineal y tenían allí su cuartel general.

Bajo esta avalancha de informes contradictorios, el pueblo reaccionó a su manera:

—Dicen que... pero yo no lo creo. ¿Qué pueden hacer cuatro generales? En cuanto saquen las tropas a la calle, los mismos soldados los fusilan.

—Bien, a mí me han contado que... pero, me pasa lo que a ti, no lo creo. Todo son cuentos de viejas. A lo mejor unos cuantos señoritos se han emborrachado y se han sublevado en Villa Cisneros.

Villa Cisneros era donde el Gobierno republicano había deportado a los promotores del levantamiento militar de agosto de 1932; una base militar en la costa oeste de Africa.

A la caída de la tarde, ya no era un rumor, sino un hecho concreto y admitido que se habían sublevado varias guarniciones en las provincias y que se luchaba en las calles de Barcelona. Pero el Gobierno «tenía la situación en su mano» .

Mi hermano y yo bajamos al bar de Emiliano para tomar café rápidamente. Nuestros amigos estaban reunidos.

—Sentaos aquí —gritó Manolo.

—No. Nos vamos a la Casa del Pueblo a ver qué se dice allí.

Estábamos a punto de marcharnos, cuando la radio interrumpió la música y la voz que ya conocíamos bien dijo bruscamente:

—Se ordena a todos los miembros de los sindicatos y grupos políticos que se darán a continuación que se presenten inmediatamente en el domicilio de su asociación. —El «speaker» comenzó a detallar sindicatos y partidos políticos. Enumeró todos los grupos de izquierdas. El bar estaba en tumulto. Unos pocos sacaron pistolas de sus bolsillos.

—¡Ahora sí va de verdad! Y a mí no me pillan descuidado.

Después de dos minutos el bar estaba vacío. Rafael y yo regresamos a casa, a decir a las mujeres que seguramente no apareceríamos en toda la noche, y volvimos a la calle. Fuimos al domicilio de la Unión de Empleados. Allí no hacían más que anotar los nombres de los que se presentaban y decirnos que esperáramos. Decidimos marcharnos a la Casa del Pueblo después de dar nuestro nombre.

Cuando volvimos a encontrarnos en la calle se me hizo un nudo en la garganta.

Muchos miles de trabajadores se encontraban en aquel momento en camino para presentarse en sus sindicatos, y la mayoría de sus organizaciones tenían el domicilio en la Casa del Pueblo. Desde los distritos más lejanos de la capital las casas vomitaban hombres, todos marchando en la misma dirección. En el tejado de la Casa del Pueblo lucía una bombilla roja que era visible desde todas las buhardillas de Madrid.

Pero La Casa del Pueblo estaba en una calle estrecha y corta, perdida en un laberinto de calles también cortas y estrechas, y a medida que la multitud se espesaba se hacía más y más difícil llegar al edificio. Al principio, muchachos de la juventud socialista exigían el carnet a la puerta, después en las dos esquinas de la calle. Hacía las diez de la noche estos centinelas guardaban las entradas de las bocacalles a doscientos metros del edificio y dentro de este radio se apiñaban miles de personas. Todos los balcones abiertos y cientos de aparatos de radio voceaban las noticias:

Las derechas estaban en abierta insurrección.

El Gobierno se tambaleaba.

Rafael y yo nos sumergimos sin parar en la masa viva de la muchedumbre. Queríamos llegar hasta el cuartito donde la ejecutiva del partido socialista tenía la oficina. Las escaleras y los pasillos estrechos de la casa estaban bloqueados. Parecía imposible avanzar o retroceder un paso. Pero los obreros, con sus trajes de trabajo, al ver nuestras ropas, preguntaban:

—¿Dónde quieres ir, compañero?

—A la ejecutiva.

Se aplastaban contra la pared y nos deslizábamos trabajosamente entre ellos, cuando nos ensordeció un grito tremendo, un rugido:

—¡Armas! ¡Armas!

El grito era recogido y repetido en oleadas. A veces se oía la palabra completa, la mayoría una cacofonía de «aes». De repente la multitud soltó el grito en un solo ritmo y comenzó a repetir acompasadamente:

—¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

Después del tercer grito hacía una pausa y recomenzaba. El triple grito rebotaba a lo largo de corredores y escaleras y se ensanchaba en la calle. Los techos vibrantes dejaban caer una finísima lluvia de polvo. A través de las ventanas abiertas, con un impacto macizo, llegaba el grito de cien mil gargantas:

—¡Armas!

[...]



Paulino Masip

Paulino Masip nace en Granadella (Lérida) el 11 de marzo de 1899. Cuando cumple seis años, su familia se traslada a Logroño, ciudad en la que cursa los estudios primarios y secundarios y, más tarde, la carrera de Magisterio. En 1924 funda y dirige el periódico republicano *El Heraldo de la Rioja*, semanario que, contra viento y marea de la dictadura de Primo de Rivera, se mantiene cuatro años. Tras la desaparición de esta publicación, Paulino Masip se traslada a Madrid con su mujer y sus dos hijas. En esta ciudad trabaja en la revista *Estampa* en la que publica una entrevista (1919) con Valle-Inclán muy comentada. Se relaciona con escritores representativos de este momento como Manuel Azaña, Juan José Domenchina y Cipriano Rivas Cherif. En 1930, al fundarse el diario *Ahora*, es nombrado redactor-jefe, y al año siguiente estrena en el Ateneo de Madrid la comedia en un acto *Dúo*, dirigida e interpretada por Rivas Cherif, que había fundado la compañía «El Caracol». Un año después estrena en el teatro Cervantes de Madrid la comedia en tres actos *La frontera*. En 1933 es nombrado director del diario *La Voz*, de Madrid, y en 1935 pasa a ocupar el mismo puesto en *El Sol*. Aquí publica, entre otros artículos, uno sobre *El problema de la juventud*, muy elogiado por Miguel de Unamuno. En 1936 estrena en el teatro de la Zarzuela de Madrid *El báculo y el paraguas*. Cuando en 1937 el gobierno de la República sale de Madrid y se instala en Valencia, Paulino Masip se reúne con él en la capital levantina, y de allí marcha a Barcelona con las autoridades republicanas. Continúa su actividad periodística y es nombrado director de *La Vanguardia* de Barcelona. En 1938 es designado Agregado de Prensa en la Embajada de España en París, y el mes de mayo del año siguiente se traslada a México con un grupo de intelectuales en el que figuran, entre otros, José Bergamín, Antonio Rodríguez Luna, José Herrera Petere, Emilio Prados, Antonio Sacristán, José Renau y Ricardo Viñas. En México trabaja en la SERE, dirige el *Boletín del Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles* y colabora en la revista *Mañana*. En 1939 publica *Cartas a un emigrado español* y en 1941 escribe el guión de la película *El barbero pro-*



digioso, realizada por Fernando Soler. En 1942 estrena la obra *El hombre que hizo un milagro* en un ciclo de Teatro Internacional organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes de México y en 1943 publica el libro de relatos *Historias de amor*. El año 1944 es muy importante en su producción literaria: se editan en México la novela *El diario de Hamlet García* y la citada comedia *El hombre que hizo un milagro*, a la vez que Films Mundiales adquiere los derechos de filmación de esta última obra, cuyo guión fue escrito por el propio Masip y realizado por Fernando Soler. A partir de este momento se dedica intensamente al cine mexicano —escribe guiones originales y adaptaciones, hasta contabilizar setenta películas— sin abandonar por ello su labor literaria. Publica en estos años el libro de cuentos *De quince llevo una* (1949), la novela *La aventura de Marta Abril* (1953), los cuentos de *La trampa* (1954) y la comedia *El emplazado* (1955).

En 1963 muere en México D.F., a los 64 años de edad.

La afición literaria de Masip se muestra muy tempranamente, y, como suele ser habitual, despunta en el campo de la poesía. Publica así a sus dieciocho años *Remansos líricos* (1917), poemas cargados de una fuerte sentimentalidad, con acusada influencia de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

De su producción teatral, su primera comedia *Dúo* trata de la decisión de un marido de desvincularse de su esposa y su posterior renuncia a la ruptura que se propone. *La frontera*, como explica Pablo Corbalán, muestra el conflicto de dos mujeres ante dos hombres a cuyo amor no ceden en las condiciones en que éstos se lo ofrecen. *El báculo y el paraguas*, por su parte, plantea la íntima rehabilitación de un escritor, sumido en un complejo de inferioridad, al encontrar el amor de una mujer. De las comedias de la etapa mexicana, *El hombre que hizo un milagro* pone en escena las tendencias milagreras populares, que convierten a un barbero en santo, mientras que *El emplazado* —plantada de manera farsesca como la anterior— trata sobre las desdichas de un hombre de negocios que, al abandonar éstos, encuentra el amor que durante años le fue negado.

De la obra narrativa de Masip, los relatos que integran el volumen *De quince me llevo veinte* desarrollan todos una situación amorosa casi siempre desenfadada, narrada con una prosa limpia e ingeniosa. Los mismos rasgos caracterizan las *Historias de amor*. Más variedad de asuntos hay en las cuatro novelas cortas reunidas en el volumen *La trampa*. Lo teatral, rayando casi en lo vodevilesco, domina en *La aventura de Marta Abril*, centrada en la historia de una farmacéutica y de un potentado director gerente. Su obra más importante es, sin embargo, *El diario de Hamlet García*, publicada en México en 1944 y no reeditada en España hasta 1987. El tono irónico aparece ya en el título del libro, pero pronto lo poético supera la ironía, para más tarde ser a su vez sustituido por un tono trágico conforme avanza la tragedia bélica española. El libro se inicia el 1 de enero de 1935 y concluye el 30 de octubre del año siguiente, unos días antes de que empiece el cerco y la batalla de Madrid. Comienza ésta para él cuando se le revelan las «dos Españas». Una de ellas aparece represen-

tada por un capitán del ejército, primo de su mujer, que le anunciará la sublevación militar para «salvar a España». Su estribillo es que «sobran muchas cabezas». La otra la encarna su joven alumno que se declara miembro de un partido de izquierda y «servidor del pueblo». Hamlet no entiende o hace no entender a ninguno de los representantes de las «dos Españas». Las circunstancias le harán ver más tarde que él también se encuentra en guerra, y, ante trance tan decisivo se pregunta: «¿Dónde está el sitio de un metafísico?» Si en otras novelas que abordan el tema bélico, se ponen claramente de manifiesto los preparativos de la campaña, en *El diario de Hamlet García* la revolución y la guerra se presentan de forma repentina. En la parte del diario correspondiente al 17 de julio de 1936 sólo se escribe: «Hoy ha hecho mucho calor». En la parte correspondiente al día 18 nos informa de que la noticia de la sublevación se la ha traído Cloti. Él, sin embargo, la considera una habladuría de barrio. La mujer insiste: «Es un secreto a voces. Lo traen los periódicos, lo sabe todo el mundo, no se habla de otra cosa. Los militares se han sublevado en Marruecos y, aunque el gobierno dice que no, se sabe que en muchas provincias se han sublevado también». Hamlet García no podrá sustraerse a la evidencia de la guerra y aunque la violencia y sus consecuencias le lleguen tamizadas, no dejarán de provocarle una desazón íntima. Santos Sanz Villanueva ha señalado que en la novela de Masip puede subyacer una crítica de la inhibición de ciertos intelectuales ante el sangriento conflicto del 36, aunque reconoce que el libro remonta tal posibilidad para mostrarse como el análisis de una existencia azotada por unos hechos históricos inexplicables. Es verdad que Hamlet no participa como otros intelectuales en la defensa de un ideal, sino que, acorde con su conducta, manifiesta su disconformidad y su repulsa de una forma sencilla a la conculcación de la legalidad establecida. Pero a pesar de su indolencia y de una oposición tan poco decidida, no podrá escapar a los desastres de la contienda. Al final del diario, una nota del editor nos informa de que una ambulancia lo recogió, malherido, en el Parque del Oeste y de que lo llevaron a un hospital: «Tardó mucho tiempo en sanar. Pero no murió. Por ahí anda...» Así acaba la novela.



El diario de Hamlet García

SEGUNDA PARTE

La Guerra

18 de julio. La primera noticia me la ha traído la Cloti, al mediodía, con el plato de la sopa

–Lo que yo le decía, señorito... ¡Ya está!

–¿Qué es lo que está? –he preguntado entre dos cucharadas.

–¡Redemonio, pero...! ¡Ah!, es verdad que usted no lee periódicos, no se ha movido de casa. Que también eso de que aquí no entre ni un mal periódico para que una sepa lo que pasa por el mundo tiene mucho, mucho que ver... Bueno, a lo que iba. ¿Sabe usted lo que pasa?

–No.

–¿Recuerda lo que le dije el otro día, que olía a jarana de la gorda? ¿Recuerda?

–Sí.

–Pues ya se ha armado.

–¿Quién se lo ha dicho?

La Cloti con timidez que, en parte, le agradezco y, en parte me ofende.

–Mi... mi novio.

Me encojo de hombros.

–Habladorías de barrio, Cloti.

Ella se encrespa un poco y endurece la voz.

–Mi novio es muy serio y muy formal.

Me sonrío y ella prosigue:

–Además, es un secreto a voces. Lo traen los periódicos, lo sabe todo el mundo, no se habla de otra cosa. Los militares se han sublevado en Marruecos y, aunque el gobierno dice que no, se sabe que en muchas provincias se han sublevado también. ¡Qué feliz es usted, señorito! Yo creo que es usted el único español que a estas horas se come su sopa tan tranquilo.

–Conmigo no va nada, Cloti.



—¡Que se cree usted eso, señorito! Esta vez va con todos.

Ya lo verá. Va a ser un fregao de órdago a la grande.

—Tráigame lo que sigue, mujer, y no se preocupe tanto.

Ella va y vuelve montada en un relámpago, deja caer el plato de cocido frente a mí y continúa:

—Lo que es esta vez el pueblo no se aguanta. Todo el mundo está preparado para echarse a la calle. Los obreros tienen hasta cañones.

—¿Los ha visto usted?

La Cloti vacila la centésima parte de un segundo:

—¡Los he visto!...

La Interrumpo en broma:

—...¡con estos ojos que han de comer la tierra!

—Sí, señor, así como usted lo dice.

No sé por qué siento una comezón irreprimible, extravagante, y, además, insólita en mis hábitos mentales y sociales, de burlarme un poco de mi criada.

—Esos cañones que usted jura que ha visto, apuntan y se disparan solos. ¿verdad?

La Cloti, un poco cortada.

—No, señor.

—Entonces, ¿quién los maneja? ¿El gremio de albañiles o el de las Artes Blancas?

Como los cañones son producto de una hipérbole, la Cloti se desase de ellos.

—¡Yo qué sé! Usted, señorito, lo toma a chuffa, pero ya verá. Con cañones o sin cañones, a tiros o a pedradas, le digo que esta vez los militares no se salen con la suya. Y las van a pagar todas juntas. Ellos y sus amigos, curas y burgueses, que entre todos anda el juego.

—Yo también soy burgués, y no tengo la culpa de nada —digo fingiendo humilde pesadumbre.

La Cloti me lanza una mirada, que juzgo mitad tierna, mitad commiserativa, y dice alegremente:

—¡Usted que ha de ser burgués, hombre de Dios! ¡Burgués! ¡También son ganas de presumir!

—Los hombres como yo, burgueses como yo, hicieron la Gran Revolución francesa.

La Cloti se ríe, riendo se acerca a mí, me aprieta los hombros con sus manos y logra decir:

—Perdóneme, señorito, pero los hombres como usted no han hecho en su vida nada que valga la pena.

—Me siento herido en una fibra extraña de mi vanidad. Balbuceo:

—Está usted equivocada. Los enciclopedistas eran hombres como yo y fueron ellos...

Me detengo. Advierto que me he cogido los dedos en mi propia trampa. Quise burlarme y soy el burlado. Tengo la impresión de que en este terreno mi criada es, dialécticamente más fuerte que yo. Este convencimiento

no me produce ninguna amargura, pero archivo el dato corroborador de otros recogidos en días pasados y no vuelvo a hablar una palabra.

* * *

Descanso un rato después de comer y a la caída de la tarde salgo a la calle. Hay en el ambiente un ardor de rescoldo. Las últimas llamaradas rojizas del sol sobre las azoteas y los miradores altos y los grises de las primeras sombras a ras de suelo contribuyen a darle a la ciudad este aspecto de hoguera que se va extinguiendo. Las calles que recorro están abarrotadas de gentes sentadas en los umbrales de las puertas, o en sillas adosadas a la pared, o en los bordillos de las aceras o junto a los inestables veladores de los aguaduchos o en las terrazas de bares y cafés.

Quiero percibir el hálito de intranquilidad, que yo, a pesar de todo, llevo dentro de mí y no lo encuentro por parte alguna. Mis conciudadanos están abrumados de calor y aburridos de modorra. Me río de mí mismo por haberme dejado incauto, impresionar por la Cloti. Pienso: ¡qué tremendo efecto produce una persona convencida, aunque su convencimiento sea un disparate, y el oyente esté prevenido en contra! Ahora comprendo los éxitos de los oradores. Si la Cloti me ha perturbado a mí, ¿qué no hubiera ocurrido con un público más ingenuo y además predispuesto a creer cuanto le digan? Arma peligrosa.

Sigo andando. Se iluminan los primeros faroles. Súbitamente aparecen vocingleros y raudos, los vendedores de periódicos.

Me recuerdan una gavilla de monos desparramada por un gran susto. Su presencia ejerce sobre paseantes, consumidores de cerveza y sencillos vecinos que esperan la primera brisa crepuscular, efecto de una sacudida eléctrica que los galvaniza. Un instante después la calle está llena de periódicos.

Yo me contagio y compro uno. Me detengo junto a un escaparate. Curioseo los títulos. Es verdad. Tenemos rebelión militar. Una más en la historia de España. De pronto la sombra de una cabeza se proyecta sobre mi periódico. Busco con la vista al propietario y mi asombro es grande cuando encuentro a Sebastián, el militar, primo de mi mujer.

—Soy yo —me dice con voz cavernosa—. No hagas gestos. Cógeme del brazo y vamos andando.

Le obedezco. Damos unos pasos. Observo que Sebastián vuelve de vez en vez la vista hacia atrás con disimulo, a decir verdad, bastante mal fingido.

—Estoy seguro de que me siguen y no me conviene ir solo. Acompáñame un rato. Te dejaré en seguida, no te preocupes. Ya sé que no eres hombre para estos trotes y por eso no te pido que me escondas en tu casa. Aunque podría exigírtelo porque tú eres de los nuestros quieras o no quieras.

Otra racha de miradas furtivas y el militar prosigue:

—Te lo anuncié el día que estuve a veros. Por cierto, ¿dónde están Ofe-
lia y los chicos?



Frente de Madrid. Visita del presidente Azaña a los frentes.
Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid.

—En Ávila.

—Me alegro. Allí no pasará nada. Aquí será duro. Cuenta conmigo. Teníamos que sublevarnos y ya nos hemos sublevado. ¡No sabe el país el sacrificio que vamos a hacer por él! Mañana estaremos en el poder y esto se enderezará. Ya era hora, ¿no te parece? Todos saldremos ganando y más que nadie los obreros que ahora se nos oponen.

Le oigo hablar como a un fantasma de pesadilla dislocada. Su aparición, sus palabras, todo me es tan ajeno que no se me ocurre ni contradecirle, ni apoyarle. Sólo sé que me pesan su presencia y su contacto. Mi repulsión se hace intolerable, pero tampoco toma formas prácticas cuando me espeta esta pregunta:

—¿Tenéis todavía la misma criada?

Toma mi silencio por respuesta afirmativa y prosigue:

—¡Qué suerte tienes, barbián! ¿Y a lo mejor te has quedado solo con ella? Es un aliciente más para irme a tu casa, pero a la vez un peligro, porque por celos serías capaz de denunciarme. No voy, no tengas miedo, sultano.

Mi cabeza se resiste a creer tanta insensatez. Está loco —pienso—; pero en ese instante me abraza y acerca tanto su boca a mi cara que su aliento me da la clave. ¡Está simplemente, borracho! Andando, andando, hemos llegado a la plaza de la Independencia esquina a la calle de Serrano. No puedo más y quiero desasirme. No me deja. Forcejeamos.

—¡O te vas o grito! —le amenazo.

Palidece. Su rostro se descompone e inicia las muecas del llanto. Sus dedos se agarrotan, convulsos, sobre mi brazo.

—¡No me abandones, Hamlet, por lo que más quieras! ¡Ay, tú no sabes lo que son estos compromisos de honor! Estoy citado con otros sublevados en el cuartel de la Montaña y no sé cómo ir sin despertar sospechas. Tengo miedo de que me cojan en la puerta y me maten. ¡Qué sacrificios exige la patria! Los que vestís el honroso uniforme no sabéis a cuánto obliga. Ya sé que mañana todo habrá cambiado y será la gloria, pero hoy es terrible. Las piernas se niegan a sostenerme. Te debo la vida, Hamlet. Si no te encuentro a tiempo no sé lo que hubiera hecho. Estaba a punto de ponerme a gritar: «¡Yo también soy un sublevado!» ¡Cómo pesa esta responsabilidad! ¡Tú eres mi sostén, Hamlet, no me dejes! Te lo pido por favor. ¿No te llenas de orgullo? ¡Un militar que pide auxilio a un paisano! He dejado en casa a mi mujer y a mis chicos. ¡Pobrecillos! No saben nada. Mañana sabrán que tienen un padre digno de la historia. Me ha dado mucha pena la despedida. ¿Y si no los vuelvo a ver, Hamlet? No lo quiero pensar. También sería mala pata con lo bien dispuesto que está todo. Yo creo que no sonará ni un tiro. En cuanto este gobierno de mangantes se entere de que todas las fuerzas armadas de mar, tierra y aire están, como yo estoy ahora (*sin querer sonríe*), sublevadas y archisublevadas, apretarán a correr como conejos. Y si resisten, peor para ellos, ¡los fusilaremos! (*En voz muy baja*). Y si no resisten, pero no escapan a tiempo, también los fusilaremos. Está firmado. Yo he puesto mi firma, debajo del documento. Se-

bastián García del Portal, con todas las letras. ¿Tú crees que se atreverán a resistir? Son muy capaces porque aquello del diez de agosto lo tiene muy envalentonados. Óyelo bien, Hamlet: entonces serán reos de un crimen de lesa patria. ¿Has oído tú algo? Están asustaditos, ¿verdad? A veces me dan lástima... Si me matan, ¿qué harán mis hijitos? A ti te los encomiendo, Hamlet. Edúcalos en las leyes del honor y en la memoria de su padre, que murió por la patria en cumplimiento de un deber sacrosanto... ¡Quiérellos mucho, Hamlet, quiérellos! ¡Pobres hijitos míos!

El borracho rompe a llorar sobre mi hombro, con hipos profundos. Yo lo soporto mitad conmovido, mitad irritado. No sé qué hacer. Tirarlo en mitad de la calle me parece crueldad excesiva, aunque bien ganada. Urge, sin embargo, tomar una decisión porque la escena es insostenible. Un taxi que pasa me da la salida. Lo detengo, abro la portezuela, empujo al sublevado, lo empujo enérgicamente porque intenta resistir con la inercia de los ebrios, entro yo tras él, cierro y ordeno:

—A la plaza de España.

El taxi arranca. El militar solloza, acurrucado en un rincón.

—¿Qué haces conmigo, Hamlet, qué haces conmigo?

No estoy dispuesto a contestarle. No me conozco. Siento dentro de mí una fuerza y una pasión insospechadas. El espectáculo me ha sacado de quicio y me hallo dispuesto a cualquier disparate. Diría que el primo de mi mujer me ha contagiado su borrachera. No sé si es mi estado de ánimo que me hace ver todas las cosas desorbitadas, pero a medida que el coche sube por la calle de Alcalá y recorre la Gran Vía creo notar como una efervescencia una inquietud en las gentes que no me parecen normales. Percibo, quizás porque mis nervios se hayan agudizado, una palpitación extraña en la ciudad, un rumor profundo, sordo y, si cabe la paradoja, silencioso, y de cualquier manera, amenazador. Reconozco que mi ánimo no esté en condiciones de juzgar objetivamente porque lo que a mí me pasa en este momento, es la aventura más novelesca de mi vida. ¡Yo, en un taxi, acontecimiento de carácter trivial, bien lo comprendo, pero que en mí es insólito, conduciendo a un militar sublevado, en principio, al lugar donde podrá sublevarse de hecho, y además, en un estado de embriaguez sentimental y bravucona que acaba de descoyuntar las líneas habitualmente serenas de mi paisaje mental!

A la altura de la plaza del Callao estoy mil veces arrepentido de mi intromisión en el juego del destino y me entran sudores mortales. Como es mi costumbre, dialogo conmigo mismo.

—¿Quién te manda a ti, metafísico desocupado, convertirte en agente de las fuerzas oscuras que rigen los rumbos humanos?

¿Por qué te empeñas en que este pobre imbécil haga lo que por sí solo sería incapaz de hacer? ¿Qué plana tienes tú que enmendar, ni por qué has de crearte para toda la vida una fuente de remordimientos? ¿No piensas que, ocurra lo que ocurra, tendrás de aquí en adelante una responsabilidad que corroerá la tranquilidad de tu espíritu? ¿Has calculado bien las consecuencias del impulsivo e imprudente acto que realizas? Quizás por él

triunfe la sublevación. porque un hombre, aunque sea tan estúpido como éste y, a pesar, o acaso gracias a su misma embriaguez, es decisivo en estos trances. ¿Te parece bonito y satisfactorio contribuir a que triunfe una sublevación? Puede suceder también que por tu culpa la sublevación fracase, porque la presencia de un jefe desmoralizado y ebrio favorezca la desmoralización latente en los demás y la ebriedad, acaso no tan latente, de muchos comprometidos. ¿Serías capaz, si estuviera en tu mano, de condenar al fracaso un movimiento, cargando con la responsabilidad de sus infinitas, remotas consecuencias?

¿Y si mañana, este hombre, que tienes aquí al lado y en cuyo destino tan atropelladamente intervienes, está muerto? ¿No será por tu culpa? ¿Y no será culpa tuya también si no muere y triunfa y asciende y enloquece de vanidad y esto le lleva a cometer tales insensateces en su vida privada que abandona a su mujer y a sus hijos...?

En este momento el coche se detiene en una de las paradas que impone la ordenación del tráfico. Mi soliloquio, manantial de angustia, me ha colmado el corazón. No puedo más. Automáticamente sus aguas desbordadas mueven las palancas de mi voluntad y de pronto abro la puerta del coche, salto, cierro de golpe y zigzagueando entre los coches detenidos, atravieso la Gran Vía y huyo, huyo...

Con el cansancio físico recobro la calma. He devuelto al César lo que es del César y al destino lo que es suyo. La imagen de Pilatos lavándose las manos acude a mi presencia y la aparto con repugnancia. No es adecuada. Pilatos había aceptado previamente la obligación de intervenir. Yo no. Estoy tranquilo. Estoy tranquilo.

En mi huida he llegado a la Glorieta de San Bernardo. Tomo un tranvía. Va completamente vacío. El conductor y el cobrador cuchichean con gestos reconcentrados. Si yo fuera aprensivo diría que hablan de mí porque, de cuando en cuando, y por turno, me clavan fugaces miradas recelosas. El coche, lanzado a toda velocidad, de unos bandazos tremendos y yo siento frío en la nuca. Suben otros pasajeros. Aunque es absurdo, esto me tranquiliza en parte. El tranvía corre de la misma desahogada manera, pero ya sé que no va contra mí. Cuando lo abandono sano y salvo en la esquina de Goya y Torrijos, soy feliz. Confieso que he pasado miedo. Confieso también que esta zona de miedo ha ejercido sobre mi espíritu una influencia reparadora. Durante ella se me olvidó completamente la existencia del militar borracho, primo de Ofelia, que iba empujado por mí, camino de la rebeldía y ahora que su recuerdo ha vuelto, advierto que Sebastián y el problema moral que me había creado se han quedado allí, al otro lado de este río letal, y apenas son más que fantasmas vaporosos.

Ando el camino de Goya hasta mi casa metido en la campana neumática de mis pensamientos, dueño otra vez de mi recinto interior, paseando por su avenidas solitarias, ajeno, aislado, exento. Cierro todas las puertas, atranco todas las ventanas, pongo gruesos burletes en las juntas, corro las cortinas y la lámpara de mi espíritu, empalidecida por el viento y la luz de la calle, brilla de nuevo como solía.

Mientras subo la escalera hago firme propósito de que no volveré a dejar ningún postigo de mi alma abierto, de que no consentiré jamás intromisiones perturbadoras de mi paz, de que mantendré, como fuere y a costa de los sacrificios que fueren la distancia, el desnivel, que hubo siempre entre los otros y yo. ¡Nunca más debilidades, Hamlet!

La Cloti abre y me asalta en el mismo umbral.

—¿Qué sabe usted? ¿Trae noticias? ¿A quién ha visto? ¿Qué hay por la calle? ¡Ahora sí que se ha armado del todo!

Las corazas de que me he recubierto resisten, impávidas, el asalto.

—¡Sírvame la cena y déjeme en paz! No sé nada y no quiero saber nada —contesto enfurruñado.

Dejo el sombrero y voy rápido hacia el comedor. Mientras la Cloti pone la mesa me asomo a la ventana, que se abre sobre un patio largo y estrecho. En lo alto se ve un trocito de cielo por el que pasa una nubecilla tenue. Los vecinos de al lado tienen también la ventana abierta. No tengo ninguna relación con ello, pero a fuerza de verlos por la escalera conozco a toda la familia. El padre es obrero especializado, una especie de capataz de una fábrica de lámparas eléctricas. Su mujer es una señora regordeta, vivaracha que llega siempre a casa cargada de paquetes, y tienen tres hijos pequeños. Adivino sus sombras que van y vienen en la estancia diminuta y agobiada de calor. Mis vecinos disfrutaban de un aparato de radio que es, con demasiada frecuencia, martirio de mi pobre cabeza. Ahora lo tienen puesto también. Oigo su voz gangosa. Alguien habla, quizás comunique noticias, pero percibo mal las palabras. A pesar mío siento dentro de mí una gran curiosidad por saber qué cuenta aquella voz anónima, irreal, venida de no sé dónde y que, por eso mismo tiene hoy un prestigio extraordinario. Un grito de la Cloti —ella dirá lo que quiera, pero ha sido un grito— me arranca de la ventana violentamente. La mesa está puesta y la sopa en ella. Me siento y comienzo a comer. La Cloti no me dirige la palabra. Nunca la he visto con ceño tan hosco. Considero que el ex abrupto que la he dirigido al llegar a casa era absolutamente desproporcionado. Me duele, pero no veo manera de arreglarlo. Presentarle mis excusas sería excesivo. Mientras yo como, la Cloti se asoma, a su vez a la ventana. Me parece que la voz de la radio se oye ahora más distinta y clara. Además debe de ser otra. Creo percibir en ella unos trémolos patéticos que antes no tenía. Sin duda desde la ventana se entiende lo que dice. De cuando en cuando la Cloti se vuelve hacia mí para vigilar la marcha de mi comida, me atiende en el momento oportuno, y acude de nuevo a su puesto de escucha. Al servirme el postre —un melocotón— me abandona por completo.

La veo de espalda tan curvada hacia el exterior que me dan ganas de advertirle que corre peligro de caer. Por otra parte, la curva que ha imprimido a su cuerpo atraída por la radio, me da, como en un diagrama la medida de su interés y me contagia.

Otros pensamientos menos adecuados me acometen entreverándose en aquéllos. La Cloti va vestida con una bata limpia y corta. Con el violento escorzo se le ha quedado aún más corta y veo sus dos piernas desnudas.

das, iguales, fuertes, no mal proporcionadas, hasta el arranque de los muslos. Por la misma razón la bata se le ha pegado al cuerpo y acusa sus líneas, altas y redondas, con la fidelidad de los paños húmedos que cubren las estatuas.

Huyo la vista, avergonzado de su insólita complacencia y la dirijo, forzada, hacia espectáculos más ascéticos –y descarnados diría si la expresión no tuviera un doble sentido que puede hacerme aparecer, falsamente, aficionado a juegos de palabras salaces–. No encuentro a mano nada más ascético que las paredes blancas y desnudas, como está desnudo un esqueleto, de mi comedor y sumo mi mirada en ellas. Pero bien sabido es que las desoladas superficies uniformes –arenas de los desiertos tropicales, nieves de los polos– son más propicias a espejismos y fantasías perturbadoras que los países verdes, de colinas y árboles. Donde no existe nada que la atraiga y la saque de sí, la imaginación se exaspera y multiplica en el sentido de su afán. Si tiene sed inventa ríos; si hambre, montañas de panes; si deseos de mujer, paraísos islámicos. Las tentaciones que sufrían los santos eremitas en los yermos atribúyanse más al yermo mismo que al demonio.

Con esto quiero decir que las lisas paredes de mi cuarto en vez de libramme de la obsesión que tan inesperadamente me ha acometido se han prestado celestinescas a servirme de pantalla, al modo de la cinematográfica, para reflejar, con circunstancias y pormenores lascivos –es el vocablo exacto y lo escribo–, el espectáculo del cual había huido y más peligroso, para mi salud moral, por ser imaginado. Me veo presa de unas tenazas lúbricas que me oprimen las sienas. Necesito romper el hechizo, escapar de su mordedura. ¿Qué sería de mi decoro? Me debato, durante unos instantes, con la angustia de buscar la salida. Sufro los efectos de una especie de encantamiento. No se puede calificar de otra manera arrebatado tan súbito y tan desproporcionado a su causa real. Mi cultura en este orden es escasa e ignoro qué hay que hacer para deshechizar a una persona. Me acuden a la memoria fórmulas literarias «entró y se quebró el encanto» «se movió y el encanto se deshizo» y otras parecidas. Hará algo –pienso–. Puedo marcharme a otra habitación, sustraerme, evadiéndome, al magnetismo erótico de que se ha cargado el comedor. Pero esta solución me desagrada como cuando, en invierno, estoy en este mismo cuarto, bien cerrado todo, metido medio cuerpo bajo la camilla y tengo que salir al pasillo. Pensar en la diferencia de temperatura me estremece y, aunque el temor parezca absurdo, creo que si me marchara cogería un catarro, algo así como un catarro, quiero decir.

De pronto, una sequedad especial de la garganta me hace caer en la cuenta de que no he tomado mi habitual taza de manzanilla.

–Cloti... Cloti... –he de repetir el nombre varias veces, y en voz alta, hasta que logro arrancarla del imán que se la lleva por la ventana–. Tráigame la manzanilla, haga el favor.

La Cloti desaparece de muy mala gana y la atmósfera se despeja instantáneamente. Yo, repuesto, devuelto a mi ser, ocupo el lugar que la muchacha ha abandonado.



Llena ahora el patio una voz poderosa, dramática que sale de la radio. Al principio no entiendo bien las palabras, pero luego mi oído se acostumbra y las percibo con toda claridad. A lo que juzgo debe de ser un jefe obrero que se dirige a sus compañeros para que se apresten a la lucha contra los sublevados. Hay una angustia, una aspereza, una desesperación en el texto de su discurso y en el tono de su voz que me producen gran sorpresa. En el primer momento me hace sonreír. Después, a pesar mío, me contagia un poco de su gravedad. La disminuye el recuerdo de Sebastián, ebrio y acurrucado en un taxi, camino de la rebeldía. Calla el que yo reputo jefe obrero y un instante después entra a borbotones en el patio, oscuro, estrecho y sucio, otro chorro de voz, juraría que ésta pertenece a una mujer, aunque es tan viril, enérgica e implacable como la otra. Dice las mismas cosas con un acento más patético. Reclama armas para los obreros y los emplaza para que derramen hasta su última gota de sangre en defensa de las libertadas amenazadas.

La Cloti reaparece. Veo su sombra reflejada en la pared frontera del patio donde está también la mía metida en el marco de luz de la ventana. La Cloti me empuja para que le deje sitio y se aprieta junto a mí. Al mismo tiempo me dice:

—Ahí tiene usted la manzanilla.

No me muevo. La infusión ha cumplido ya su fin y el espectáculo a que estoy asistiendo me atrae.

La voz de la mujer que habla por radio se desgarrar en gritos hondos, alaridos casi. Tiene emoción indudable. A mí mismo que, con la razón, estimo todo aquello desorbitado, excesivo y falso, me conmueve. En el teatro —pienso— se conmueve uno también con personajes y desventuras arbitrarios. Es el poder del arte. Esta mujer habla con arte.

La Cloti y yo cabemos en la ventana muy justos. No me extraña, pues, percibir, de cuando en cuando, en el costado la presión de su brazo, ni en mi hombro la de su hombro. Pero sí me sorprende sentir varias veces el punzonazo de un codo en mis costillas. Me vuelvo para protestar y no por falta de respeto, aunque la haya, sino porque casi me hace daño, y encuentro a mi criada limpiándose los ojos con el pañuelo. Está llorando. Al ver mi gesto se da un restregón rápido, esconde el pañuelo, sonrío y dice:

—¡Qué bien habla!, ¿verdad?

Le contesto encogiéndome de hombros. Las lágrimas de mi criada me han hecho reaccionar en contra de su agente. Sería grotesco que yo me dejara conmovir con artilugios sentimentaloides buenos para excitar las fibras cordiales de una muchacha de servicio. Pero si es así, ¿por qué sigo en la ventana, prendido de esa voz sin nombre, que no habla para mí, a quien nada de cuanto dice afecta? No soy amigo, ni enemigo suyo. No voy a formar el cuadro con ella y sus partidarios y menos voy a combatirlos. Lo único que pido es que me dejen en paz unos y otros, que me molesten lo menos posible.

Pero hay un acento de sinceridad apasionada y dolorosa —he de reconocerlo— en las palabras de la oradora que, a pesar mío, me conturba.

Habla el pueblo por su boca; el pueblo, una entidad multitudinaria y heterogénea, difícil de definir. monstruosa como un mar cuyas olas no fueran de agua sino de rocas y barro, y árboles y estrellas, y carne de hombres y excrementos, y trozos de cielo azul y cuernos de diablos y alas de querubines y sangre, sangre, sangre viva, roja, fecunda, fermento para todas las transformaciones, caldo de cultivo de plantas y animales insospechados. que deshace cuanto cae en su caldera y crea y recrea sin orden, ni método, ni sentido, ni lógica.

He huido siempre de su contacto. Me ha dado miedo que las densas vararadas de sus calderas hirvientes deshicieran el frágil castillo interior que tanto trabajo me ha costado montar. Su poderosa fuerza corrosiva no deja nada en pie. Lava de volcanes mata y engrendra, al buen tuntún, sin respeto a las falsillas que los filósofos hemos fabricado, sin conciencia de que todo ese tumulto es inane y disparatado, tejer y destejer que hace sonreír a los dioses.

Detrás de esa voz que resuena lastimeramente en las paredes del patio, presiento el mar. ¿Me alcanzarán las salpicaduras de su oleaje? Espero que no. Yo cuidaré de ponerme a salvo. Calla la mujer y a poco la sustituye en el aparato, un hombre. Sigue el mismo llamamiento desesperado a los obreros con una enumeración de los males que, si la rebeldía triunfa, caerán sobre sus cabezas. Me canso. Termina irritándome tanta literatura patética, sobre todo por el efecto que produce en la Cloti. No se está quieta, murmura palabras ininteligibles, agita los brazos, aplaude y en los párrafos que más la conmueven, me empuja con todo su cuerpo. En el mío no queda ni recuerdo de la excitación erótica pasada. Me canso. De pronto todo aquello me parece soberanamente estúpido y me voy a dormir.

19 de Julio. He dormido con sueño tan profundo y letárgico que si cupiera la sospecha, sospecharía que he sido víctima de un narcótico. ¡Cómo no ejerciera de tal la serie de discursos que escuché anoche! Sonríe al recordarlos. Aquí, en la suave penumbra de la alcoba, fresca y grata, en este recinto familiar, envoltura habitual de mi ser, donde nada ajeno a mi persona existe y todo es tan viejo y usado como yo, a solas en silencio, el mundo exterior y su vocerío rompen lejos de mí y yo gozo con delicia de la continuidad monótona de mi existencia.

Hoy igual que ayer y mañana igual que hoy, engarzados unos en otros los días con el hilo sutil de mis pensamientos que apenas pretenden sino poner orden en ellos mismos. Diré, sin embargo, que no me asustan las novedades ideológicas. Mentiría si dijera que las apetezco. Por el contrario, mi mente tiene cierta inclinación a buscar en toda idea que aparece, o se las da de nueva, sus raicillas viejas, los ecos que oculta entre sus pliegues, las huellas que en su cuerpo dejaron los dedos maestros y remotos que contribuyeron a encauzarla. Creo poco en las innovaciones, pero no me repugnan, como les sucede a otros hombres de mi estirpe. Me horripilan, en cambio, las novedades físicas, las alteraciones en el ritmo de mi vida, incluso las más insignificantes. Viajar, mudarme de casa, adquirir un mue-

ble nuevo son, para mí, sucesos trascendentales y, en principio, desagradables. Soy hombre estático y contemplativo. Necesito quietud. Mi espíritu es como un estanque que sólo muestra las piedrecillas del fondo cuando sus aguas están tranquilas. Si las agita el viento o la mano del hombre, las aguas se enturbian, el fondo desaparece y el estanque pasa a ser una charca cualquiera.

He decidido no salir en todo el día de casa. Afortunadamente estoy solo y me quedaré más solo cuando la Cloti, después de comer, se marche. Es domingo. No tengo visitas anunciadas y no espero ninguna sin anunciar. No quiero saber nada. Para gaceta me sobra con mi chica, y trabajo me costará acallarla.

La cual debe de andar, ahora, por la cocina. Me gustaría que me trajera el desayuno a la cama. No suelo pedirlo, quizás porque no siento nunca apetito a estas horas, pero hoy lo tengo y a la vez, ninguna gana de levantarme.

Pruebo a llamarla, primero en voz alta, luego a gritos. No contesta. Silencio. Repito varias veces los gritos, inútilmente. Como anoche la traté mal, pienso si no querrá venir. Es posible también que no esté en casa. Acepto esta segunda hipótesis y callo.

Era la acertada porque, pasados unos minutos, oigo el rechinar de la llave en la puerta del piso y a continuación los pasos enérgicos de la Cloti sobre la tarima del vestíbulo. Vuelvo a llamarla y entra. Le expongo mis deseos y me pide un poco de paciencia para atenderlos. Hago, en previsión, acopio de ella y no me sobra nada. Cuando reaparece con la taza de café y leche y el panecillo barboto malhumorado:

—Creí que no vendría nunca.

Ella, lo veo clarísimo, al oír mis palabras, hace ademán de volverse atrás con desayuno y todo, pero se arrepiente y va a depositarlo sobre la mesilla de noche.

Desembarazada, se pone en jarras, me mira, juraría que con cierta sorna, y dice:

—¡También usted, señorito, tiene unas ocurrencias! ¡Toda la vida molestando casi de puro bueno y fino y en tal día como hoy va y saca las uñas...! Si tengo yo dicho que el talento de usted sirve para todo menos para andar por el mundo. ¡Están buenas las cosas para que los señoritos, se pongan tontos en un día como hoy!

No tengo ánimos para réplicas y mientras ella habla me incorporo, tomo la bandeja del desayuno —la Cloti en cuanto me ve la intención viene en mi ayuda— y voy comiendo. Entre dos sorbos, y con absurda imprudencia, hija de esa bondad y esa finura que la Cloti elogia y censura al mismo tiempo, abro un postigo para que se cuele en la alcoba el aire de la calle, operación que realizo con esta sencilla pregunta:

—¿Hay algo nuevo?

¡Válgame Dios! El viento, tan temido por mí, entra a borbotones.

La Cloti lo sabe todo. Precisamente viene ahora mismo de informarse por lo menudo. Está excitadísima y a medida que habla se va excitando

más y más. Yo la contemplo con cierto susto y apenas oigo lo que dice. Su perorata es un acarreo de noticias vagas y truculentas, producto típico de mercado, mezcladas con trozos oratorios demagógicos. ¡Pronto el Manzanares llevará sangre en voz de agua! —repite varias veces—. Yo le replico que aunque el agua es poca, para sangre quizás sea demasiada. Ella no capta la broma e insiste en la expresión que, sin duda, le parece un hallazgo. Quienes han de verter su sangre en el cauce del río madrileño son los burgueses, los curas, los aristócratas y los militares, instrumentos unos, otros agentes directos y otros propulsores de la rebelión que, por cierto, ha fracasado en casi todas partes. En Madrid ni siquiera ha llegado a estallar porque las organizaciones obreras lo han impedido, y quien tiene Madrid tiene España entera. En cosa de dos o tres días los militares serán aplastados. Pero luego habrá que hacer un escarmiento serio para que el país pueda respirar tranquilamente y organizar su vida sin temores de que se la corten en flor.

Esto es, en síntesis escueta y sin pintoresquismos de lenguaje, la versión que ha trazado la Cloti. Me pregunta:

—¿Quiere usted ver los periódicos?

Asiento, sale y vuelve con tres o cuatro diarios. Los curioseo por encima. No vale la pena de leerlos. Dicen lo mismo que mi criada. No sé si ésta lo ha tomado de los periódicos o los periódicos reproducen la versión de la Cloti. La duda parece una broma y no lo es. Aludo a la versión de los medios sociales que han convertido a la Cloti, ignoro por qué azares, y para mi uso particular, en su símbolo circunstancial.

Hablan en el mismo tono melodramático que ella y sus vaticinios y pronósticos son parejos.

Estoy solo otra vez, pero ahora presa de una infinita desgana. A fuerza de vivir en las nubes he conseguido sentir alguna simpatía por los hombres. Desde arriba el espectáculo de la humanidad es tolerable. Pero cada vez que las necesidades de la vida me obligan a meterme entre ellos, a enterarme de las cosas que hacen, salgo rebotado como pelota elástica que golpea contra una pared.

Estas reflexiones son de una puerilidad absoluta que a nada conducen, ni nada aclaran. Después de decretar que la humanidad es una manada innumerable de imbéciles, que ha sido siempre así desde el principio de su existencia y que, según todas las trazas, lo será por los siglos de los siglos, todo sigue como estaba, porque no hay otra para cambiarlo por ella. Un sombrero es feo porque hay otro más bonito; la unidad no es ni buena, ni mala. Es, simplemente, y con ser, le basta. Esto es cierto, pero lo es también que yo, hombre, no estoy conforme con que sea como es. De esta imposibilidad de cambiarla y de los deseos individuales, tal el mío, de que sea distinta, nacen los filósofos y los misántropos. Entre las estupideces de que la humanidad es muestra, la que más me irrita es aquella en que mis compatriotas prevalecen: la política. Que los hombres no hayan logrado establecer un sistema de gobierno razonable y que tengan que reñir violentamente, cada quince días o cada quince años, es igual, para imponer

uno que parece mejor pero que luego se ve que tampoco lo es, da la medida de su incapacidad. Y yo disculpo todavía a nuestros antepasados remotos. Entonces la experiencia era corta y cabía imaginar un sistema panacea universal. Para creer en él después de miles de años de revoluciones, y cambios inútiles hace falta una dosis de inconsciencia que no cabe en la cuenta del Atlántico.

La Cloti vuelve a mí.

–Señorito, ¿no se va a levantar usted hoy? ¡Cuando le digo que es usted el demonio de oportuno! Si quiere usted seguir en la cama la dejaré sin hacer... (*una pausa*) hasta la noche.

–No, mujer, ya voy. ¿Es muy tarde?

–Pasadas las doce.

Obedezco. Salgo de la alcoba, entro en el baño y me dedico al aseo meticuloso de mi persona. ¡Mi cuerpo! ¡Mi cuerpo! ¡Mi cuerpo! Voy a la mesa, cuando me avisa, en pijama y bata.

–¿No va a salir?

–No.

–Quizás que haga usted bien –dice la Cloti sibilina y enigmática.

No pregunto y ella no insiste.

Una hora después estoy solo en la casa. Paso la tarde leyendo y escribiendo. Un escozor en los ojos me advierte que me he quedado a oscuras. Entonces levanto la vista. Es casi de noche. El trozo de cielo que el balcón me descubre, allá hacia Poniente, está surcado de nubes rojas que no dan luz. Me pongo de pie. Tengo las piernas doloridas como si volviese de un gran viaje. Titubeante me acerco al balcón. La ciudad me envía una bocanada de aliento espeso y ardiente y el pozo largo y estrecho de la calle se abre a mis pies como una abismo insospechado lleno de ruidos y de figuras fantásticas que gesticulan entre las primeras sombras de la noche. El aliento de la ciudad me da náuseas y el abismo de la calle me produce vértigo. Mis piernas tienen razón. Vuelvo de un larguísimo viaje por un país de pinos y cipreses, gris, señorial, silencioso y aséptico. El contraste entre lo que dejo y lo que hallo es tan súbito y violento que en el choque mi razón flaquea.

¿Qué es sueño y qué es realidad? Tenía frío y ahora siento calor. Lentamente, como sube un líquido por los poros de un terrón de azúcar, mi conciencia se va saturando de jugos, olores, gritos y nociones. Esa expresión «la sangre le vuelve a las venas» en mí es cierta. Soy protagonista de un proceso de reincorporación a la actualidad madrileña a la manera de un cataléptico. No he interrogado nunca a ninguno de éstos, pero es posible que el regreso a la vida les haga tan poca gracia como a mí el que ahora padezco. ¡Vivir para siempre como he vivido las cinco horas de esta tarde! Si en la otra ribera hubiera un paraíso semejante, remedo del Olimpo que los griegos inventaron, la inmortalidad me parecería una meta codiciable.

Devuelto al ritmo de la vida corriente, mis sentidos abren sus ventanas. La primera voz que escucho parte del lugar más inesperado. Viene del

estómago y me anuncia que tengo hambre, sensación rarísima en mí. Me sorprende mucho y la desdono.

Abajo, en la calle, pasan y repasan raudos y estrepitosos, camiones abarrotados de hombres, en mangas de camisa la mayoría, armados de fusiles. En frente de mi casa, hay un colegio de religiosos, más a la derecha un convento de monjas. A lo que me parece, ambos tienen ahora a la puerta, guardias de obreros con fusiles. Como ha cerrado la noche desde aquí arriba no distingo bien. El cielo se ha despintado los labios y ha descorrido el manto azul sembrado de estrellas que le sirve de cobijo para su sueño. Pero hay una desproporción evidente, semejante a la que yo he padecido hace un rato, entre la serenidad de las alturas y el revuelo que queda en la tierra.

De cuando en cuando llega hasta mí el eco de unos disparos lejanos. Una vez suenan más cerca y un temblor febril recorre toda la calle. Ventanas y balcones se cierran rápidamente; cuantos tienen un fusil lo disponen para apuntar contra un enemigo que a lo que parece por lo indeciso y turbado de su actitud, puede caer de las nubes o surgir del fondo de la tierra. Un camión que venía lanzado frena con alarido de todas sus coyunturas. La mitad de sus ocupantes desciende y toma posiciones en las aceras; los que quedan se parapetan de rodillas detrás de los tableros que forman la caja del vehículo. La escena tiene un no sé qué de descoyuntado y grotesco que me recuerda los dramas de las sombras chinescas. El enemigo no aparece por ninguna parte y el cuadro se va desintegrando. Los viandantes pacíficos que se habían recluso en los portales de las casas reaparecen y siguen su camino pegados a las fachadas y en ángulo oblicuo con ellas y poco después el camión, recuperados todos sus pasajeros, arranca con la misma furia que traía. Las demás figuras de la escena vuelven a donde estaban.

Yo no he sentido ni siento inquietud alguna. Apenas me atrevo a confesarlo, pero, en el fondo, me ha defraudado el desenlace. Creo que me hubiera divertido, un tiroteo entre dos bandos aguerridos. Estos pensamientos son tan monstruosos e insólitos en mí, que me apresuro a analizarlos. Es inútil. No les encuentro justificación posible. ¿Provendrá, acaso, la indiferencia que hemos atribuido a la Divinidad, sencillamente, de que hemos situado su domicilio en alturas remotas e inaccesibles? Por circunstancias bien ajenas a mi voluntad, puesto que aborrezco y me es penoso subir y bajar escaleras, y con ayuda de las sombras que alejan, yo desde mi balcón de un quinto piso, soy un pequeño dios que planea su mirada indiferente sobre los acontecimientos humanos. La diferencia de carácter que se observa entre Jehová y Jesucristo nace, sin duda, de este hecho: Jehová es duro, cruel, vengativo, implacable, porque si creó a los hombres, no anduvo nunca entre ellos. Jesús, su hijo, es dulce, bueno, generoso, porque fue hombre y las plantas de sus pies se quemaron y resquebrajaron al contacto con la tierra.

Al mismo tiempo que lo voy elaborando reconozco que esto es puro juego literario, y que, acaso, un examen más profundo me llevaría a la conclu-



sión contraria; pero, juego o no, la realidad es que soy víctima de mí mismo, porque el descubrimiento de mi crueldad pseudo-divina me ha desazonado. Me he puesto de mal humor y además tengo hambre. Son las diez menos cuarto de la noche. Tardísimo para las costumbres de la Cloti. ¿Y si le hubiera ocurrido algo? Evidentemente tengo mucha hambre. El estómago grita su necesidad con una urgencia desconocida y que se me hace intolerable. Voy a la cocina. Curioseo las anaqueleras, rebusco en los cajones, miro la fresquera. No veo nada aprovechable. Cierto que yo no entiendo nada de esto, pero me entra la sospecha de que, aunque viniese la criada, tampoco podríamos cenar dada la escasez de elementos advertida. Esta sospecha arrastra otra. ¿Tendría ya dispuesta la Cloti no regresar a casa? La rechazo por injuriosa. Seguro que me habría avisado. Sin embargo, desde hace dos días esta muchacha no es la misma y, además, anda disgustada conmigo porque no le he llevada el aire de su pasión revolucionaria. ¡No, no es posible! Por fuerza ha sido víctima de qué sé yo. Las diez y media. Ya no viene. ¿Que hago? Dos deberes me impulsan: uno cenar; otro averiguar, si es posible, qué ha sido de mi criada. Otro día cualquiera podría echarle la culpa a una fantasía de índole erótica, pero hoy no. Hoy la ha cogido en medio el remolino de la revuelta y lo mismo puede estar presa que herida o muerta. ¡Qué tonterías piensas, Hamlet! Y ¿por qué te sobresaltas? ¿Dónde está tu indiferencia divina de hace un rato? Pero de cualquier modo tienes la obligación de averiguar qué ha sido de ella. Está a tu cuidado y bajo tu protección. Pertenece a tu hogar. Es un miembro más de tu familia. ¿Podrías dormir con el peso de dos intranquilidades? Lo mejor es que te vistas y salgas. Deja tu mirador etéreo y desciende entre los hombres. Has sido un tiempo Jehová; sé, ahora, Jesús, puesto que te mueven los altos ejemplos. Ya sé que la noche te asusta y esta noche, singularmente, pero tienes hambre, estás preocupado por la suerte de tu fámula y te pincha una comezón de curiosidad temerosa por lo que ocurre en la calle. Ninguna de estas tres cosas sueltas sería suficiente para empujarte a correr la aventura, pero las tres juntas, ¿por qué no?

Cuando termino de dirigirme esta exhortación estoy ya vestido. Poco después, en la calle. Echo a andar. Esperar un tranvía, si los hay a estas horas, me parece vano. La primera impresión que me asalta es que he cambiado de piel. No soy el que era. Es decir, sí lo soy, pero como seguirían siendo ángeles los que llegaron en forma de hombres a casa de Lot. No habían perdido su esencial naturaleza angélica, como yo no he perdido la mía de metafísico trashumante y lunático, pero la pesantez de su flamante envoltura humana les haría, por fuerza no en la misma medida claro está, porque ni siquiera en lo externo he cambiado nada. Probablemente la sensación de cambio que observo en mí viene impuesta desde fuera. Parece otro porque el que soy y habitualmente no se ha encontrado jamás a estas horas de la noche, andando solo por las calles de una ciudad en revuelta.

Sea cual fuere la causa, evidente es que se ha apoderado de mí un estado de ánimo singularísimo que me provoca unas reacciones fisiológicas

asaz singulares también. Una de ellas, traducida al lenguaje vulgar, dice así: esta noche engañaría a mi mujer con mucho gusto. El recuerdo de la Cloti acodada a la ventana vuelve y ya no me produce ni vergüenza, ni temor, sino placer. Otra novedad es la ligereza de mis piernas. Cualquiera día me hubiera asustado la distancia que he de recorrer; ahora me parece que tengo alas en ellas. Otra más es que no tengo miedo físico. No me asustan estos grupos de jóvenes que llevan fusiles al hombro o cogidos con las dos manos en posición de alerta y que, al parecer, me miran recelosamente, ni los tiros sueltos que oigo, ni los coches que van y vienen a velocidad de vértigo haciendo girar el faro piloto, como un ojo escudriñador sobre los transeúntes, poquísimos, y sobre las fachadas de las casas. No me asustan. Me parece irrazonable mi tranquilidad, pero no me asustan y anoto el detalle. No sé más por el momento.

Al cabo de un rato de camino estoy inundado de sudor. Me desabrocho el chaleco, muevo a guisa de abanico los dos faldones de mi americana y ahueco el círculo del sombrero que se me ha pegado a la frente como grapa de hierro. Para todas estas operaciones me he detenido un instante. Bajo mis pies la tierra se estremece. La sacudida se transmite a mi cuerpo y el sudor se me seca instantáneamente. ¡Qué sé yo lo que mi sensibilidad ha presentido! Las letras rojas de una estación de «Metro» me dan la clave. Sonrío. La línea subterránea va por aquí –Alcalá, cercanías del Retiro–, a flor de tierra y, sin duda, acaba de pasar un tren. Vuelvo a mi andar. ¡Qué cosa es el miedo! El zarpazo que acaba de darme me lo sugiere como un felino habitante perpetuo en los corredores de mi cuerpo. Ser extraordinario, puede pasear dentro de las venas; caminar por los alambres de los nervios; acomodarse en los alvéolos pulmonares; dormir, acurrucado, en el estómago; entretenerse saltando de los aurículas a los ventrículos y de éstos a aquéllas, al ritmo del corazón; bañarse en el torrente sanguíneo de la aorta; divertirse arañando, por dentro, la piel del cuero cabelludo; subir, afirmándose en los escalones de las vértebras, la escalera de la espina dorsal; deslizarse, patinando, por el esternón abajo; soplar en las pupilas para que se agranden; tocar el arpa de las cuerdas vocales; sorber, como un aspirador, todas las humedades de la boca; agarrotar las piernas; trabar los pies; desencadenar el intestino. Puede hacer estas cosas y muchas más, y las hace cuando le viene en gana, de una manera autónoma, inesperada, y atrabiliaria. Surge cuando menos cuentas con él y, si lo esperas, se hace el dormido o el muerto.

En tanto he llegado al arranque de la Gran Vía. La avenida está semi-desierta. Nunca me había parecido tan ancha, ni tan pendiente. Siguen los grupos armados y el furioso correr de los coches. ¿A dónde voy? Es hora ya de que lo determine. La obediencia ciega a dos impulsos instintivos –el cumplimiento del deber es en ciertas personas, yo entre ellas, un instinto– tiene un límite y estoy en él. Ahora tengo que canalizarla. Establezcamos el orden necesario. Creo que lo primero es averiguar el paradero de la Cloti. Y ¿qué he de hacer para ello? Sólo veo un camino: la Dirección General de Seguridad. Bueno o malo todo debe de pasar por ahí.

Por azar sé donde cae ese organismo y la suerte me favorece. Estoy cerca. Tomo la calle de Gómez de Baquero y subo. A medida que me acerco mi andar se hace penoso. La calzada está abarrotada de coches que logran difícilmente abrirse camino, y las aceras de gentes, de variadísimos pelajes. Sorteando unos y otras avanzo unos metros. La «moto» de un guardia está a punto de derribarme. La muchedumbre —es ya muchedumbre delante de la puerta de la Dirección General de Seguridad— es una masa enardecida y gesticulante. De pronto la multitud coincide en un grito que resuena en la estrecha calle bárbaramente.

—¡Armas! ¡Queremos armas! ¡Armas!

Y repiten el estribillo una vez y otra.

Ya no mando en mí. Me llevan en volandas, de aquí para allá, estrujado, prensado, molido. En uno de estos vaivenes me dejan pegado a la pared frontera de la Dirección. Un poco más arriba está el hueco de un portal. Con gran esfuerzo logro llegar a él. Trepo sobre el umbral y me agazapo pegado al quicio. Así consigo defenderme del oleaje que es más encrespado cada vez. Reacompongo un poco mi atuendo y hago balance. Es inútil que intente salvar la distancia que hay entre mi cobijo —que ya comparte con cuatro personas más— y la puerta de la dirección. Tanto daría atravesar el Atlántico con una barquichuela de remos. Si entro otra vez en la marea, nadie sabe a dónde iré a parar. Pero acepto —mi rigor lógico exige que lo acepte—, que pueda llegar con algunas averías hasta los guardias que sirven de criba en la puerta, conteniendo a los más y dejando pasar a los menos. Ya estoy allí. ¿Y qué? Poco conocimiento tengo de lo que es o no hacedero en circunstancias semejantes, pero una voz discreta y amable, me advierte que si yo les pregunto a esos mozancones vestidos de azul, sudorosos y ajetreados, como no suelen estarlo, por el paradero de una criada que no ha ido a cenar a casa esta noche, no me chocaría nada que la respuesta fuera una inconveniencia sin réplica posible. No. Dejémoslo estar. He hecho cuanto he podido. Tampoco dejaría de tener gracia —y no es un disparate suponerlo— que la Cloti estuviese a estas horas durmiendo tranquilamente en su cama, después de haber averiguado que yo no estoy en la mía y supuesto que sé yo qué disparates a mi costa.

Desde mi atalaya, difícilmente mantenida porque la resaca tira de mí, respiro con todo mi cuerpo el aire dramático que llena la calle como una especie de humo salido de hogueras mal encendidas. Me pican los párpados y una vez busco las estrellas y no las encuentro. He pretendido desgajarme de la masa humana que hace unos momentos me oprimía y observo que ahora me tiene más envuelto y sujeto que antes. Y es que entonces era una gota de agua más, una hoja más, una partícula de polvo más, sin conciencia del mar, del árbol o del viento, y ahora estoy en un islote clavado en el mar, agarrado a una rama del árbol, tundido por el viento, es decir, estoy, pero no soy.

Esto que veo es una metáfora puesta en acción. Cuando leía, u oía decir «el pueblo se echará a la calle», mi imaginación no se esforzaba por traducirla en imágenes concretas como no se ha esforzado nunca, al leer

«sus ojos eran dos lagos azules» por representarse un rostro femenino con dos lagos efectivos en las cuencas oculares. Y esto que veo es, realmente, el pueblo que se ha echado a la calle. Vuelvo a sentir miedo, pero éste es un miedo intelectual como el que da pensar en la fuerza tremenda de un volcán cuando se está lejos de él. La comparación parece absurda porque no estoy lejos sino cerca, junto al mismo cráter, asomado a su abismo, viendo el fondo, los visajes, las carátulas extrañas que la lava en su hervir desahogado presenta y de los cuales podría hacer una caracterización precisa porque todos tienen un rasgo común: la decisión de desbordar hacia afuera, de irrumpir en las calles y convertirlas en ríos que al final se harán uno solo como el mar. Sin embargo, mi miedo sigue siendo intelectual. Los gritos que oigo, las blasfemias, las jetas enrojecidas, los bosques de puños en alto moviéndose amenazadores, el ardor brutal de esta masa humana enloquecida por la pasión, no alteran mi pulso. Tengo una rara sensación de invulnerabilidad, de raíz intelectualista asimismo, probablemente. Como yo no juego, ni gano ni pierdo. Soy un espectador desinteresado a quien por el momento atrae el espectáculo. ¿A mí qué me importan ni sus fines, ni sus consecuencias?

Hamlet, Hamlet, ¿acaso no exageras? Dices esto y me parece que tratas de convencerte a ti mismo de que debes pensar así porque corresponde a la línea mental que has seguido desde que tienes uso de razón. Si tu solidaridad es nula, ¿qué haces aquí? Frente a un espectáculo de esta índole no puedes tomar una actitud de esteta entre otras razones porque tú, Hamlet, no lo has sido nunca. Es verdad que no sabes lo que estos hombres piden y que te importa poco, porque la Sociología no ha entrado jamás en tu mundo, pero, ¿me negarás que ese chiquillo morenucho, sucio, greñudo, harapiento, que intenta abrirse paso entre las piernas de los mayores y lo va logrando a costa de muchísimos pisotones y de algunas patadas, tiene prendida tu mirada y que cuando consigue ponerse en primera fila junto a los guardias y lo ves hablando con ellos, sientes una pequeña satisfacción como si llevaras una parte en su hazaña? ¿Te es indiferente ese viejo, viejecito, de aspecto tan seco y frágil que te recuerda a una caña, con sus párpados enrojecidos y su rostro congestionado. acaso el que más vehementemente pide que le den un arma, y no lo sabes por su voz, puesto que no se oye, sino por el aura apasionada que exhala su personilla, y por los gestos expresivos de sus manos? No te es indiferente, Hamlet, yo lo sé. Es muy singular lo que te sucede y todavía lo tienes mal definido. Grave cosa para ti, hombre de definiciones. Anota para el día de mañana este detalle. Estás mezclado, aprisionado en medio de una muchedumbre. ruidosa, enardecida, descompuesta, que ha sido siempre lo que más horror te ha producido y no sientes ningún malestar. ¡Ah!, y se me olvidaba: ya no tienes hambre.

De pronto, en la puerta de la Dirección se origina un tumulto. Unos mandan callar, otros gritan más fuerte, al fin habla uno solo y aunque le oyen únicamente los que están más cerca, cuando poco después aquél echa a andar seguido de un pequeño grupo, los demás le abren paso primero.

y luego marchan tras él calle arriba. Mis compañeros de umbral se marchan también y yo les sigo sin pensar. Por la calle del Clavel llegamos a la Gran Vía. Van muy de prisa, corriendo casi y yo me voy quedando rezagado. Antes de llegar a la Red de San Luis el último está a bastantes metros delante de mí. Siento como si me hubiera despegado de un globo, o mejor, como si hubiera descendido de un vehículo a toda marcha. Durante unos minutos, mis pies tantean el suelo, resbalan, se equivocan, sufro un ligero vértigo hasta que poco a poco recobro el equilibrio y la autonomía de mi ser. No he llegado a la esquina de la Montera cuando mi hambre, olvidada, reaparece ahora con urgencia más imperiosa. Doy unos pasos más y encuentro un café con los cierras a medio echar. Entro, agachándome, y con la duda de si me querrán atender. Un poco azorado me siento en la primera mesa que encuentro. El café está vacío. Hay un solo camarero, acodado sobre el mostrador ajeno a mi presencia. Espero; evidentemente no parece dispuesto a hacerme ningún caso. Me azoro aún más. Mi timidez fundamental reaparece íntegra y me paraliza. No sé qué hacer. De la calle llegan a intervalos, fuertes rumores de pisadas que tienen un extraño acento marcial, y constantemente esos chasquidos prolongados de los coches cuando patinan a consecuencia de un frenazo.

Intento llamar la atención del camarero. No lo consigo. El hombre está tan metido en sí mismo que lo presumo evadido del mundo exterior. Mi situación es un poco ridícula y con una gran esfuerzo de voluntad me levanto y me acerco a él.

Cuando aparezco a su lado –tengo la impresión de que le he parecido un fantasma surgido bruscamente de la tierra –se incorpora con un sobresalto nervioso. Sus ojos le bailan en las cuencas, empavorecidos. Con voz alterada, me dice:

–¡Qué! ¿Qué desea usted?

–Quisiera tomar algo, si puede ser –le respondo.

Mi aspecto le tranquiliza, sin duda. Sus ojos dejan de ser peonzas locas. La rigidez de su cuerpo desaparece. Entonces ocurre un fenómeno curioso. A medida que el camarero, encargado, dueño, o lo que sea, del café pierde el terror que mi aparición le ha producido; a medida que comprueba que yo soy un ser pacífico, inofensivo, incapaz de hacerle mal y que no exijo sino pido, humildemente, se va llenando de ira furiosa que pronto se desborda en palabrotas injuriosas contra mí.

–¡Aquí no hay nada que tomar! –vocifera con grandes manotazos sobre el mostrador–. ¡Váyase con mil pares de demonios! ¿Por qué viene a molestarme? ¿Es que no me van a dejar nunca en paz? ¡Miserables, miserables, miserables!

Y a este tenor habla y habla. Yo estoy tan atónito que ni me muevo, ni contesto. No me indigno tampoco. Me parece escuchar las incoherencias de un demente. De pronto el hombre vuelve a quedarse rígido, su rostro cambia de color y, si sus labios siguen moviéndose como si hablaran, yo no oigo ni una palabra. La mirada de sus ojos, otra vez abiertos por el espanto, ha huído de mí, mejor dicho, salta por encima de mí en busca de no sé

qué. Sus manos aferradas al borde del mostrador se han puesto blancas. Tentado por la curiosidad me vuelvo para conocer la causa del cambio súbito de mi interlocutor y me veo rodeado por un grupo de diez o doce muchachos –la edad del mayor de todos ellos no autoriza para darles otro apelativo, aunque el menor bien podría llamársele niño, pues no tendrá más de catorce años– armados de variadísimas armas que esgrimen con una desenvoltura, entre tímida y audaz, peligrosísima. Uno lleva un fusil, otro un revólver de tambor, otro una pistola, otro una carabina, y, otros, armas que mi incultura balística me impide denominar con justeza.

Se desparrraman a lo largo del mostrador y los que llevan armas cortas las desparitan sobre él. Es un grupo abigarrado de estudiantes, oficinistas, obrerillos distinguidos y mozalbetes de la calle, limpiabotas o algo así. Les da unidad la expresión febril y recelosa de los ojos, la misma en todos, y un gesto de cansancio, que no es simple cansancio físico, sino rotura de nervios por el peso de una responsabilidad abrumadora. Me sorprende su silencio. Todos, unos tras otro, han pedido coñac que el del café les ha servido prestamente y lo beben encerrados en sí mismos, como si estuvieran solos. Yo pienso: sin duda hay responsabilidades que no disminuyen porque están compartidas. El hombre que toma un arma, voluntariamente, para morir o matar se queda solo frente a su destino por muchos que sean quienes repitan ese mismo gesto.

De pronto uno de ellos que, bebida su copa, se ha quedado con la atención suelta, se encara conmigo.

–No había reparado. ¿Usted qué hace aquí? ¿Es de la casa?

–No, soy un cliente –le contesto.

Siento sobre mí las miradas sucesivas de todos los muchachos.

–A ver. La documentación. Sepamos quién es usted.

–Yo soy Hamlet García, profesor de Metafísica.

–Venga el carnet sindical.

No le entiendo y, como debo de poner la cara adecuada, él insiste.

–Sí, hombre, el carnet sindical. ¿No lo tiene usted?

–No.

–Mal asunto para andar esta noche por la calle.

Poco a poco los compañeros de mi interrogador, después de recoger sus armas los que las dejaron, me han hecho corro y me miran inquisidores. Percibo en ellos una ansiedad morbosa.

–En fin –insiste aquél– saque otros documentos que acrediten su personalidad a ver si nos sirven.

–Ya les he dicho que me llamo Hamlet García y que soy profesor de Metafísica.

–Pero, ¿es que no lleva encima ningún documento? –me pregunta con asombro que advierto sincero.

–No. Yo no he tenido nunca cédula.

El asombro de mi interlocutor se ha contagiado a los rostros de todos sus compañeros.

–Entonces, ¿cómo vamos a saber que usted nos dice la verdad?

—¿Para qué voy a mentir?

Mi respuesta produce una carcajada general y exclamaciones variadas.

—¡Tiene gracia!

—¡Es un tío!

—¡De esto no había habido!

El jefe —supongo que el que me habla es el jefe— impone silencio.

—¡Callarse! Vamos a ver por dónde sale. ¿A qué partido pertenece usted? Si, hombre, ¿a qué partido político?

—A ninguno. Ya les he dicho que soy filósofo.

—¡Pues sí que es una razón! —exclama un mozalbete desaharrapado y que me encañona con un pistolón que tiembla y se agita en su mano—. ¡Usted es del partido de los filósofos! —agrega muy convencido.

—Y ése ¿qué partido es? —le interrumpe otro, zumbón.

—Yo no sé, pero a mí me huele a reaccionario de lo peor.

Los demás se ríen y lo apartan rudamente. El círculo se aprieta más a mi alrededor. No sé por qué me viene a la memoria el recuerdo de mis primeros exámenes y siento la misma desgana y el mismo deseo de marcharme para siempre dando un portazo. Cierto que, aunque quisiera no podría realizarlo, de tal modo me han cerrado en doble valla de cuerpos y de armas.

Un muchachillo de aspecto fino interviene ahora:

—Yo creo que si hay un hombre que merezca confianza es el que anda esta noche por la calle como este compañero, sin ningún papel ni coartada posible. Los que tienen algo que temer van atiborrados de documentos.

—No está mal pensado —responde el que hace las veces de jefe—, y quizás tengas razón, pero de todas maneras conviene que se explique.

Dirigiéndose a mí agrega:

—Díganos ¿por qué anda usted a estas horas por la calle y qué es lo que busca?

Murmullos de aprobación en el grupo, rostros tensos y, sobre mí, una lluvia de miradas ávidas como si estuviera en el centro de un surtidor circular. Empiezo mi historia. Cuanto sencillamente lo que me ha ocurrido desde las primeras horas de la tarde. A medida que hablo voy sintiendo miedo, y la voz me sale trabajosamente. En mí se hace verdad el aforismo de que la función crea el órgano. Adquiero conciencia de acusado, que no tenía, porque lo que digo es, en cierto modo, una defensa de mi persona. Podría haber sentido el miedo antes, pero lo siento ahora porque mis palabras, consideradas como alegato defensivo me parecen desprovistas de sentido. Sometida a la prueba de un examen superficial mi conducta resulta perfectamente absurda. Yo no creo que lo haya sido, pero si advierto que sus profundísimas y sutiles razones escapan a la traducción en vocablos corrientes que de ellas hago y que es imposible que nadie las acepte. Como mis temores crecen me esfuerzo por dar la máxima veracidad a mi relato, desmenuzando hasta los resortes mínimos de mi aparato psicológico. Percibo que la tensión de la

mayoría de mis interlocutores cede. Se aburren. Sacan cigarrillos. Fuman. Cuchichean. Sus miradas me abandonan, perdida su primera avidez. Ahora brilla en ellas, cuando las sorprendo, una luz de desencanto y de desdén. Estoy seguro de que algunos me creen tonto o loco. Noto entre ellos y yo esa zona de frío moral que producen a su alrededor las personas desequilibradas. Naturalmente puesto que yo la engendro, sólo conozco su existencia por sus efectos en mis contrarios. Al final únicamente dos, el jefe y el muchacho que justificó mi falta de documentos me escuchan sin pestañear. Acabo al fin, casi sin aliento, pegada la lengua a las paredes de su caja, y con una dolorosa sensación de náuseas. Como el relato ha sido cronológicamente lógico, mis últimas palabras justifican mi presencia en el café y, como un detalle más, agrego la mala fortuna que me ha impedido satisfacer mi hambre. Este vocablo, lanzado así al azar, tiene la virtud de avivar la curiosidad de todos hacia mí.

—¿Hambre? —me dice el jefe—. Pero ¿tiene usted hambre?

Pone tal interés apasionado y noble en la pregunta que no me atrevo a desilusionarlo diciéndole, como es verdad, que aunque no he comido nada ya no la siento. Opto por responderle afirmativamente. Entonces él rubrica con el fusil esta sentencia infantil y conmovedora:

—Desde hoy la palabra hambre ha desaparecido del diccionario. En España, de aquí en adelante, nadie pasará hambre.

Después se abalanza sobre el hombre del café, que ha asistido a toda la escena medio acurrucado detrás del mostrador, y le grita:

—¿Por qué te has negado a darle de comer a un compañero que tiene hambre? ¿Por qué?

El hombre, al verse interpelado con esta violencia, palidece profundamente. Otra vez el terror se expresa en sus manos, en los ojos y en las guías desarticuladas de su bigote. Busca algo que decir y no lo encuentra.

El jefe insiste más enérgico y amenazador.

—¿Imaginas acaso que vas a seguir explotando las necesidades del pueblo, miserable?

Yo, temeroso por la suerte de aquel desdichado, intento rectificar. Ya es tarde. Le amenazan todas las armas, algunas de las cuales apoyan las bocas en su cuerpo. Oigo insultos, amenazas terribles, imprecaciones violentas. El jefe se impone.

—¡Silencio!

Cuando le obedecen, añade:

—Ahora mismo, alimentos de todas clases para este compañero. ¡Pronto y sin rechistar!

La recomendación me hace sonreír por lo ociosa. El hombre desaparece y vuelve al poco con pancillos, jamón, chorizos, huevos, latas de conserva que bailotean sobre la bandeja al ritmo de sus manos temblorosas. El jefe a él, conminatorio:

—Prepara bocadillos

Y a mí:

—¿Quiere usted que le hagan un par de huevos fritos o algo así?

–No, no, muchas gracias. Si es que ya no tengo hambre –murmuro como una excusa.

–Usted come y calla; las personas como usted tienen la culpa de que estos sinvergüenzas abusen.

Al del café:

–¡Vamos! ¡Bocadillos de todas clases! ¡Listo!

A mí:

–¿Qué quiere usted beber? ¿Cerveza? ¿Vino?

–¿Yo? Nada, nada.

–Lo mejor será una botellita de vino. ¡A ver! Una botella del mejor vino...

Uno de sus camaradas termina a su manera la frase del jefe:

–... para un parroquiano que no piensa pagar.

La ocurrencia se celebra con grandes risotadas.

Yo inicio una protesta. El jefe se revuelve contra mí.

–¡De ninguna manera! Usted no paga.

Al del café:

–Todo el gasto a mi cuenta. Ya lo sabes.

Nuevas y más sonoras risas.

Uno:

–¡Ya era hora de que alguna vez se hiciera un poco de justicia!

Mientras tanto el camarero ha puesto los bocadillos –diez o doce– en sendos platos sobre el mostrador y descendido y abierto la botella.

El jefe a mí:

–¿Dónde quiere usted comer?

Me encojo de hombros.

Busca el lugar con la mirada, lo elige y señala con la mano:

–Allí estará usted muy bien. ¡Llévaselo!

Es una mesa que está en un rincón.

Sin tiempo para darme cuenta del traslado me encuentro delante de un rímero de platos que cada uno ostenta y sustenta un panecillo abierto en «sandwich».

Vuelvo a estar rodeado del grupo entero. Soy, con mucho, el más viejo de todos, pero ellos, incluso el mozalbete que apenas tendrá catorce años, me miran y remiran como si fuese un niño pequeño. La simpatía que me demuestran en atenciones y risas francas nace, presumo, de su agradecimiento. En el fondo están muy agradecidos a mi debilidad porque les permite demostrar su fortaleza. Ellos han salido esta noche a deshacer entuertos a la manera quijotesca y están tan contentos por darme de comer como lo estuvo el Caballero cuando libertó a Andresillo, el zagal, del árbol donde su amo lo azotaba.

El jefe me ha servido un vaso de vino y me dice:

–Bébaselo a nuestra salud y a la de la República.

Obedezco y mojo apenas mis labios.

Gran algazara. Voces múltiples:

–¡No! ¡No! ¡Todo de un trago, todo! ¡Valiente!

Obedezco de nuevo, y en dos intentonas deajo el vaso limpio. Aplauden y lo llenan otra vez hasta los bordes.

–Elija ahora y coma –me dicen.

Tomo un bocadillo al azar y doy un mordisco. Más aplausos. Es la confirmación de su victoria, pienso. Su regocijo, aunque pueril, está justificado desde su punto de vista.

Me creo en el deber de advertir:

–Yo no me podré comer jamás todos estos bocadillos.

Con uno tengo bastante.

Protestan, chillan y me obligan a que les prometa que comeré dos por lo menos.

Decidido este punto, el jefe pregunta:

–¿Quién de vosotros tiene hambre?

Todos levantan la mano.

Se echa a reír.

–¡Rediez! ¿Es que no habéis cenado?

Le contesta un coro:

–¡¡¡No!!!

–Es verdad. No me acordaba de que yo tampoco he cenado. Procedamos al reparto.

Separados los dos míos recogen los panecillos restantes. No alcanzan para todos, a uno por cabeza o por estómago, y el jefe pide voluntarios para el sacrificio de la mitad en favor de un compañero. La respuesta es unánime también. Ejercida justicia distributiva con el mayor rigor posible, el jefe dispone la marcha.

Uno a uno me van dando la mano.

–¡Buen provecho!

–¡Salud!

–¡Salud!

–¡Salud!

El jefe llega el último a mí:

–En cuanto termine de comer váyase despacito a casa.

Esta noche los indocumentados pueden pasarlo mal. ¡Salud!

–¡Salud! –contesto yo, como un eco.

Solo otra vez. El café está más vacío que cuando entré en él y su desolación me estremece. Bebo. No tengo gana de comer.

En el silencio reaparecen los ruidos de la calle: frenazos de los coches, tiros lejanos, bocanadas intermitentes de voces y gritos. De cuando en cuando la calle queda muda también como si contuviera la respiración víctima de un susto muy grande.

El hombre del café ha permanecido un buen rato de bruces sobre el mostrador con la cabeza clavada entre las manos. Lentamente se incorpora y me mira. Me da vergüenza y aparto los ojos. Por hacer algo, vacío mi vaso y vuelvo a llenarlo. Ahora soy Andresillo, el libertador. sería ridículo decir que tengo miedo; no, no lo tengo, pero estoy terriblemente azorado.

Bebo. El hombre abandona su parapeto arrastrando los pies encorvado, con gesto de cansancio infinito en todos sus miembros, abrumado por una carga invisible. Se deja caer junto a mí. No pronuncia una palabra; mi azoramiento crece y enroscado en él un sentimiento profundo de piedad. Me gustaría ofrecerle mis excusas por el mal, que sin querer, le he hecho, pero no encuentro la manera hábil de expresarme para que no resulte grotesco. Que yo me coma uno o dos bocadillos, ni aunque cargue con los que se llevaron los otros, y me beba –que, poco a poco me la estoy bebiendo–, una botella de vino, no pasa de una broma inocente junto a la tragedia que en él presiento. Es un tipo de una vulgaridad absoluta, ni gordo ni flaco, calvo vergonzante, tez de pipa aculatada, ojos blandos sumidos en bolsas, barbilla grasienta y bigote hispido, todo resuelto por los dedos atropellados de un escultor irresponsable. Parece la envoltura menos propicia para encerrar tragedias y sin embargo, lo veo claramente, esta noche, el azar lo ha hecho protagonista.

Para disimular la turbación que me produce su contacto como y bebo. Me voy encontrando mejor. El equilibrio vuelve a mí y la serenidad y la paz interior. Me recuesto en el respaldo del diván, la cabeza echada hacia atrás. Hay demasiado luz quizás en el café, y, en esta postura, la de las lámparas de un aparato me molesta en los ojos. Los cierro. ¡Qué beatitud! Sueño... tengo sueño...

[...]

20 de Julio. Estupor. Sobresalto de todos mis miembros. Gritos, llantos, ayes. Repiqueteo de pasos nerviosos. ¿Salgo de un sueño o sigo en él? Unas rendijas de luz me sitúan un poco. Una cama, una habitación. Siento una opresión sobre todo mi cuerpo como si estuviera maniatado o metido en un saco. Me palpo. Estoy vestido. Lentamente la memoria vuelve a mí y el estupor cede. Ya sé. Adela. Miro a mi derecha, extendiendo mis manos. El lugar de Adela está vacío. Penosamente me incorporo y me dejo caer en el suelo, sobre mis pies. He dormido con los zapatos puestos y tengo los pies hinchados. Aunque la luz que entra por el balcón es escasa se advierte que es pleno día allá afuera, pero prefiero no descorrer las cortinas. Enciendo la lámpara de la mesilla. Adela no está. Me acerco al biombo. Nadie. Tampoco se ven sus ropas. Es raro que se haya ido tan temprano –no sé por qué imagino que debe de ser temprano– y sin decirme nada. Voy desentumeciéndome mis miembros y mis neuronas si son neuronas las ruedecillas de mi maquinaria cerebral. Dentro de la casa continúan las voces, los chillidos y el ajetreado ir y venir de algunas personas. Se oye también un sollozo de mujer largo y sostenido. Me entra en el cuerpo un susto muy grande. En lugares como éste donde yo he caído buscando la salida de un laberinto, guiado por una Ariadna pecadora, suelen ocurrir crímenes espantosos que llenan las páginas de los diarios. Periodistas y polizontes preguntan, inquietan, rebuscan, husmean y cuantos se hallaron en las inmediaciones del suceso son víctimas de su curiosidad. El azar ha querido que yo sea uno de ellos. Tropezco con mi imagen en la luna del armario y crece mi susto al

verme. Con mis malos pelos revueltos, mi barba de dos días –ayer tampoco me afeité– el cansancio de la noche pasada, la palidez del insomnio y del propio susto, el desorden de mis ropas –veo mi corbata de través, los pantalones más caídos que suelo, un faldón de la camisa desbordando por encima del pantalón, el chaleco recogido hacia arriba y las mangas de la chaqueta con arrugas en todas direcciones– poca imaginación se necesita para calificarme autor del crimen.

Frente al espejo compongo un poco mi atuendo. Aliso mis cabellos y de buena gana me lavaré la cara, pero pensar en ese jabón y en esas toallas, aunque algunas tienen aspecto de limpias, me inhibe completamente. Ya estoy todo lo compuesto que puedo estar –incluso he quitado con el pañuelo el polvo de mis zapatos que no se quedó en la colcha de la cama –y ya no hay más sino salir de aquí. ¿Cómo? ¿Por dónde? Las preguntas son pueriles, pero como lo son casi todas las interrogaciones esencialmente dramáticas en las que no se busca respuesta, bien porque no existe quien pueda darla –«¿dónde está Dios?» – bien porque sea la evidencia misma –«pero, ¿has muerto de veras, hijo mío?»

Mientras mi pensamiento se bifurca en el doble juego que acostumbra, voy y vengo de la puerta a la pared frontera. Varias veces he intentado abrir aquélla. Mi mano se niega a oprimir suficientemente el pomo del pasador y me falta el ánimo para mandárselo. Sin embargo, la hipótesis del crimen va perdiendo solidez dentro de mí a medida que transcurre el tiempo. Los gritos han cesado y los ruidos que ahora se oyen pueden perfectamente ser los habituales en una casa como ésta, especie entre hotel y lupanar, cuyas costumbres desconozco. Pero aunque no haya crimen me sería muy desagradable encontrar en el trayecto hasta la calle tantas personas como los rumores que escucho me sugieren. ¡Y es forzoso salir, huir, volver a mi mundo! Tengo la sensación de estar secuestrado en una cueva por unos poderes malignos que han trastocado los valores de la vida y su rosa de los vientos.

Cuando salga a la calle encontraré que todo está en su sitio como antes y yo sabré cosas sencillas que ahora ignoro, conoceré mi derecha y mi izquierda y el sentido de las palabras arriba y abajo.

¡Ah, la pregunta implacable vuelve!: ¿Cómo saldrás, Hamlet? La idea de abrir esa puerta y recibir una haz de miradas curiosas y burlonas me paraliza hasta la angustia.... Tengo yo la culpa. Lo primero que debo hacer es ponerme en contacto con el mundo exterior. La fuerza que no hallo en mí, seco como estoy, me vendrá de fuera. Voy al balcón y con dos gestos rápidos y enérgicos descorro las cortinas. ¡Ah, esto es otra cosa! La alcoba ya no es cueva, ni antro, aunque siga siendo lugar asqueroso y vil no tanto porque lo sea sino porque lo representa a lo simbólico. Separo levemente un visillo y por el hueco miro la calle. Hace sol fuerte y claro que da sobre las casas de enfrente, y su reflejo en ellas me obliga a entornar los párpados. Es un sol de todos los días, antiguo conocido y su presencia tranquiliza aún más mis nervios. Me esfuerzo por ver en los transeúntes signos de inquietud y no los descubro. Aparece en un balcón una criada y

el recuerdo de la Cloti viene a mi encuentro desde lejanías remotas. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Habrá vuelto a casa? Si ha vuelto ¿qué pensará de mí? ¿Querrá creer que todo cuanto me ocurre es culpa suya? Me digo en voz baja que no tengo que darle cuenta a mi criada de mis andanzas, pero la verdad es que me sonroja por anticipado. Preferiría no encontrarla... La decisión se impone. Otra voz junto a la puerta y otra vez me detienen voces y taconeos. No puedo... Al fin la idea más razonable. Llamaré al timbre, alguien me explicará y me facilitará la salida. Llamo y poco después suenan unos nudillos sobre la puerta. Abro y entra la mujer gorda de las peinetillas no más vestida que anoche. Ella se me anticipa:

—¿Se va usted ya? ¿Le han despertao los gritos y los cañonazos? La Adela se marchó muy temprano, apenas se hizo de día, y nos dijo que a usted le dejáramos dormir tranquilo. Es muy buena chica, muy cariñosa, pero anoche andaba con los nervios fuera de sitio. Es como la Trini. Con eso de que el Lorenzo se está batiendo en el cuartel de la Montaña, en cuanto se han oído los primeros tiros le ha dao una pataleta... A todos nos tiene esto de la revolución que parecemos locos... Bueno, usted se puede marchar cuando quiera porque la Adela nos ha dejado dicho que todo corre de su cuenta, que usted no era un cliente sino un amigo de ella, como de familia que se lo trajo aquí para que no le pasara nada... Así, señor, que ya sabe... ésta es su casa. Aquí vienen chicas muy guapas... Por lo visto usted es un señor formal, pero, en fin, el saber no ocupa lugar y algún día podría ocurrir... Nadie puede decir de esta agua no beberé... ¿verdad que no? Un día le da a uno una ventolera ¡qué demonio! Y para eso le digo a usted que no hay edades. ¡Viene aquí cada carcamal que tenemos que ayudarle a subir la escalera! Porque esta casa aquí donde usted la ve, es muy seria y tiene un público muy distinguido. Señores y nada más que señores. Las chicas saben elegir y la dueña sabe elegir a las chicas. Jamás una bronca, ni un robo. Ya ve, yo podría haberme callao lo que me ha dicho la Adela al respecto de usted y cobrarle el gasto. Pero no, no. Cuando ello lo ha hecho por algo será.

Hace una pausa que presiento brevísima y me apresuro a meter mi cuña:

—Yo quisiera salir —murmuro— tengo prisa.

—¡No faltaba más! Venga, venga, yo le acompaño.

Expreso con un gesto el temor de encontrarme con personas extrañas y la gorda lo caza al vuelo.

—No hay nadie. Son todos de confianza. ¿Ha oído usted los gritos, verdad? Con los cañonazos las palomitas andaban asustadas. Venga.

Por el pasillo encuentro dos muchachas que me saludan respetuosas con una inclinación de cabeza. La de las peinetillas me despidе en la puerta del piso:

—Vaya usted con Dios, señor. Y que salga con bien de este barullo... Cinco velas le hemos encendido esta noche al Cristo del Gran Poder para que todo termine pronto, y ganen los que tienen que ganar, los nuestros, los de usted y los míos... Dispense si es usted su amigo, pero la Adela, aunque es muy buena chica, no tiene principios...

Me despidió con un sombrero y echo escaleras abajo. Tengo tiempo de oír el siguiente comentario:

—Me parece a mí que tampoco tú tienes principios.

Algo en su entonación me indica que me va dirigido y me sorprende y, por un momento, vacilo, en busca del motivo que yo he podido dar, pero el atractivo del cielo abierto y el aire libre tira de mí y me arrastra.

¡La calle al fin! No he andado unos pasos cuando mi satisfacción se convierte en pesadumbre. Hace un calor espantoso y estoy terriblemente cansado. Además, desde el balcón había recibido una falsa sensación de normalidad. Reaparecen los coches llenos de hombres armados y los grupos con fusiles y los retenes en ciertos edificios. En la esquina de Hortaleza me detengo a esperar un tranvía que me deja cerca de mi casa. No puedo dar un paso más. Recostado en la pared veo pasar tres o cuatro corrientes humanas contrarias. De buena gana cerrarí los ojos. ¡Qué trabajo me cuesta mantenerlos abiertos! El ir y venir de tanta gente me mare.

Una voz conocida me estremece.

—¡Maestro! ¿Que hace usted aquí, maestro?

Miro, pero no acierto de dónde me llaman. Nuevas voces me guían. Es desde un coche que se ha detenido, sin yo advertirlo, delante de mí. Por la ventanilla veo, además, la cara juvenil de Daniel, mi discípulo. Me hace señas de que me acerque. Cuando llego a él la portezuela está abierta.

—¿Qué hace usted? —me repite.

—Espero un tranvía para ir a mi casa.

—Suba, suba corriendo. Le llevamos.

Daniel no está solo. Hay dos muchachos con él. Para dejarme sitio uno de éstos se sienta en el suelo del coche. No tengo ánimos para iniciar la protesta cortés que se me ocurre. Daniel me presenta a sus compañeros.

—Mi profesor de Metafísica. Un sabio y un hombre bueno, de los buenos.

Los dos muchachos levantan el brazo con el puño apretado. Daniel se inclina hacia adelante para dar órdenes al chófer que va acompañado de otros dos jóvenes. El coche arranca. Advierto que todos van en mangas de camisa y con pistolas al cinto. Los del baquet llevan, además, fusiles.

Daniel me aclara:

—Todos son como yo, estudiantes. No hemos dormido en toda la noche. Se nos nota, ¿verdad?

Digo que sí y él añade:

—Pues usted, maestro, no parece que lo haya pasado mucho mejor. También tiene usted cara de no haber dormido o de haber dormido muy mal.

Yo esbozo un gesto, preludio de no sé qué palabras porque ignoro a cuál versión inocua me acogeré, pero afortunadamente mi discípulo le encuentra interpretación plausible.

—Es natural, maestro. Ya sé que a usted casi le da rubor reconocerlo, pero, por muy filósofo y metafísico que se sea, no hay manera de dormir tranquilo cuando la patria se pone a gemir como esta noche... ¡Y las que

nos esperan, porque esto no será largo, pero nos van a dar que hacer...! ¡Ya tenemos el cuartel de la Montaña, ¿se ha enterado usted? En el fondo son unos cobardes. No sé para qué se encerraron allí tantos hombres si luego no habían de atravesarse a combatir. Se han dejado cazar como conejos. Algunos se han suicidado. El valor es una cosa muy extraña. Han preferido matarse a morir matando.

El muchacho que está sentado en el suelo interviene:

—Para matar hay que tener la conciencia tranquila y ellos no la tienen. Por el hecho de sublevarse ya han cometido un delito y en estado de delito es difícil tener arrestos para matar inocentes.

Estas palabras me parecen juiciosas, pero...

—El crimen engendra el crimen —sentencia el tercero—. Sobran ejemplos de asesinos acosados que exterminan familias enteras. Digo esto para que no nos fiemos. Si fuera cierto lo que tú dices, llevaríamos ganado el cincuenta por ciento y no estoy seguro.

Interviene Daniel:

—¿Cómo te explicas tú, entonces, esos suicidios?

—Los casos aislados no son regla general y mucho menos en los movimientos colectivos como éste. Yo creo que se han matado por vergüenza de su falta de decisión para salir a la calle que era, sin duda, su plan, porque es lo único que tiene sentido. Desde allí dentro no podían imponerse. La vergüenza de verse cogidos como conejos complicada con la casi seguridad de morir en el momento de la lucha o más tarde después de la sentencia del Tribunal les hizo matarse. ¿Qué das por la vida de los que están presos?

Daniel replica, enérgico:

—Lo que se merecen. Nada. Ya es hora de que el pueblo castigue sin misericordia. Esta tiene que ser la última sublevación militar.

—El destino de España lo exige —murmura con entonación solemne el que está sentado a nuestros pies.

Yo les oigo como si hablaran por radio, así de fantasmales me llegan sus voces.

En sus miradas advierto solicitudes para que intervenga en el diálogo, pero aunque tuviera opinión no podría darla porque ninguna persona de buen sentido intenta, desde su casa, entablar diálogo con los personajes misteriosos que hablan por radio. Y además no la tengo. ¿Qué he de tener? Creo que siguen hablando, pero ya no los escucho. Árboles, calles y casas pasan junto a mí, ¡ras! ¡ras! ¡ras!... Estoy en una rueda que girará eternamente.

—Maestro, hemos llegado. Está usted en su casa.

Un poco azorado por el golpe de la parada brusca —¿dónde andaba yo, señor?— intento salir por la portezuela contraria.

—Perdone, que no le acompañe más, pero tenemos mucha prisa. Sólo en honor de usted he retrasado un servicio. Salud. Salud.

Los compañeros de Daniel vuelven a levantar el puño y me gritan a coro:

—¡Salud.

El coche arranca de un salto. Me quedo viéndolo marchar. La oficiosidad de Leocadio, el portero, corre en mi auxilio o contra mí:

—Pero, don Hamlet, ¡qué bien acompañado viene usted! Juventud socialista, buena gente. Mucho se ha madrugado hoy. No ha querido usted perderse la fiesta, ¿eh? Ha hecho usted bien. Estas cosas no se ven todos los días. Yo de buena gana, pero no me he atrevido a dejar la portería.

—¡Ah!, la Cloti no ha vuelto. ¿Ha salido con usted quizás? (Deniego). Pues ha debido de marcharse tempranísimo también porque yo no la he visto. El caso es que no ha vuelto y como no había nadie en casa les he tomado yo la leche y el pan. Luego se los subiré, o si quiere los guardo para cuando venga ella, que ya no tardará.

—No, démelos, yo los subo.

Un pequeño forcejeo de cortesía, pero me impongo.

—Como usted quiera, don Hamlet. Usted manda.

Ya con la botella de leche y los panecillos en mis manos voy al ascensor.

—Esta es una mala noticia, don Hamlet. No funciona.

La leche y el pan están a punto de caérseme de las manos.

—¿No?

—No. Esta mañana no ha querido echar a andar. Demasiada suerte habíamos tenido. Era el único que funcionaba en toda la manzana. Ya se puede usted despedir. Si era poco la huelga, ahora con esto, ¡calcule usted!

Esta sí es la tragedia. ¡Cinco pisos con ciento no sé cuantos escalones y mi torpeza muscular de siempre agravada con mi infinito cansancio! Quizás esto que me ocurre sea un castigo. He pasado toda la noche entre gentes alucinadas, enajenadas, enloquecidas por ideas de muerte y venganza, de catástrofe. He pasado entre ellas como la salamandra mitológica entre las llamas sin que se chamuscara un pelo de la ropa de mis espíritus. En ocasiones la emoción ajena ha conseguido estremecer el vello de mi piel, pero mi serenidad interior ha permanecido, ahora lo veo, intacta. Las formas de la tragedia son personales e intrasferibles y las de ellos no me iban. La mía me esperaba, ¡ay! bajo la forma más vulgar e insólita: un ascensor roto y ciento quince o ciento veinte peldaños que subir.

No es cosa de llorar ni de hacer aspavientos. Soy estoico por naturaleza y por devoción. Acepto resignado el proceso catártico que el destino, implacable, impone a una criatura que se había considerado exenta.

Leocadio, que toma por pereza vulgar mis vacilaciones, trata de consolarme con palabras irritantes y se ofrece a acompañarme. Me niego y comienzo la ascensión. Llego a su término, lo diré de la manera más expresiva, reventado. Completamente reventado. Entro en mi casa, voy directo a la alcoba, me arranco los zapatos, ayudo a que caigan al suelo las prendas que me visten y estorban, abro la cama y me estiro sobre ella. Las sábanas están limpias y frescas; la almohada tiene el grosor que me acomoda; la penumbra de la alcoba está en el punto que mejor ayuda a la llegada dulce de mi sueño; el silencio es delicioso: si pudiera corporeizarlo diría que es una manta de nieve tibia...

[...]



Ramón J. Sender

Ramón J. Sender nació en Chalamera, Huesca, el año 1901. Cursa estudios de Filosofía y Letras, y de 1922 a 1924 toma parte en la campaña de Marruecos –de la que dejará testimonio en su novela *Imán*–, y a su regreso colabora en diversas publicaciones periodísticas como *El Sol*, *La Libertad*, *Solidaridad Obrera* y dirige la revista *Tensor*. En su actividad política, participa en un primer momento en el movimiento anarquista, y más tarde, atraído por la ideología comunista, visita Rusia; pero durante la guerra civil, en la que lucha activamente y en la que pierde a su mujer, se enfrenta a la política del partido. En 1938 se exilia en Francia y un año más tarde se embarca hacia México. En 1942 marcha a Estados Unidos y allí se establece definitivamente, aunque a partir de 1976 pasa algunas temporadas en España. En 1982 muere en San Diego, California.

Su producción literaria de temática y fortuna muy diversas comprende, como ha explicado Sanz Villanueva, desde un primer momento realista en el que predomina la denuncia política o social –*Imán*, *Siete domingos rojos*– hasta fabulaciones de tipo simbólico-alegórico –*El rey y la reina*, *El verdugo afable*– pasando por argumentos de corte histórico más o menos imaginativos o documentales –*Bizancio*, *Jubileo en el zócalo*, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. Escribe otras obras difícilmente clasificables, con tratamientos tan distintos como el de un realismo mágico –*Epitalamio de Prieto Trinidad*– o el de un declarado autobiografismo –*Crónica del alba*–, además de libros de relatos, ensayos, etc.

Marcelino C. Peñuelas, en *Conversaciones con Ramón J. Sender* (1970), ha clasificado su producción en los siguientes tipos: 1. Narraciones realistas con implicaciones sociales: *Imán* (1930), *Siete domingos rojos* (1932) *Viaje a la aldea del crimen* (1934), *El lugar de un hombre* (1939) y *Réquiem por un campesino español* (1960); 2. Alegóricas, de intención satírica, filosófica o poética: *La noche de las cien cabezas* (1934), *La esfera* (1947) y *Los laureles de Anselmo* (1958). 3. Alegórico-realistas, con fusión de elementos de los dos grupos anteriores: *O. P. (Orden Público)* (1931), *Epitalamio de Prieto Trinidad* (1942), *El rey y la reina* (1942). *El verdu-*



go afable (1952) y *Los cinco libros de Ariadna* (1957). 4. Históricas: *Mr. Witt en el cantón* (1935), *Bizancio* (1956), *Carolus Rex* (1937), *Los tontos de la Concepción* (1935), *Jubileo en el zócalo* (1964), *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964), *Tres novelas teresianas* (1967) y *Las criaturas saturnianas* (1967). 5. Autobiográficas: *Crónica del alba* (1942 y 1966), serie integrada, en su versión definitiva, por nueve novelas, agrupadas en tres volúmenes: I. *Crónica del alba*, *Hipogrifo violento*, *La «Quinta Julieta»*. II. *El mancebo y los héroes*, *La onza de oro*, *Los niveles del existir*. III. *Los términos del presagio*, *La orilla donde los locos sonríen*, *La vida comienza ahora*. 6. Cuentos: *Mexicayotl* (1961), *Cabrerizas Altas* (1966), *Las gallinas de Cervantes y otras narraciones parabólicas* (1967), *El señor Photynos y otras narraciones americanas* (1968). 7. Narraciones misceláneas: *Contraataque* (1938), *La tesis de Nancy* (1962), *Nancy, doctora en gitanería* (1974), *Nancy y el Bato loco* (1974), *La luna de los perros* (1962) y *El bandido adolescente* (1965).

Imán trata sobre la guerra de Marruecos, en la que –como se ha señalado anteriormente– participa el propio autor. *O.P. (Orden Público)* es una denuncia del sistema policiaco, mientras que *La noche de las cien cabezas* constituye una alegoría de la burguesía, con un entronque quevediano y goyesco. En *Siete domingos rojos* se presenta el fracaso de una huelga general revolucionaria, mientras que *Contraataque* versa ya sobre la guerra civil. *Mr. Witt en el Cantón* –la más importante de esta primera etapa– cuenta la historia de la insurrección cantonal en Cartagena durante 1973. La pasividad del ingeniero inglés Mr. Witt y el temperamento romántico de su mujer, Milagritos, suponen una segunda trama en torno a la que se desarrolla la defensa heroica del Cantón.

Uno de los temas recurrentes en la novelística de Sender es el de la existencia humana, con un enfoque en que se combinan lo filosófico y lo alegórico. Así se apunta ya en *El lugar del hombre*, se desarrolla en *La esfera* –un libro con clara intencionalidad existencialista– y constituye el tema fundamental de *El rey y la reina*, aunque aquí se combina con los aspectos político y simbólico. En *El verdugo afable* se trasciende también lo puramente anecdótico para indagar en otros aspectos como el de la violencia. El realismo y la alegoría se combinan también en la sátira antididictatorial *Los cinco libros de Ariadna* mientras que el suicidio constituye el tema básico de *Nocturno de los catorce*.

Un apartado especial merecen los libros de tipo histórico-imaginativo. En *Bizancio* junto a la trama fundamental –la conquista de los almogávares– se desarrolla una interesante aventura amorosa. Entre los de tema americano, *Jubileo en el zócalo* constituye un juicio a Hernán Cortés en forma de farsa teatral y *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* relata la expedición de este personaje a la vez que recrea el ambiente de la conquista y presenta una galería de tipos muy diversos. *Epitalamio de Prieto Trinidad* es la historia de una rebelión en una isla-presidio del Caribe, envuelta en una atmósfera de misterio, sensualidad y exotismo. Otras novelas de carácter histórico se centran en la realidad española, como *Ca-*

rolus Rex y *Tres novelas teresianas* e incluso en la rusa como *Las criaturas saturnianas*.

Su obra mayor es la serie *Crónica del alba* –integrada por nueve novelas– en la que ya el nombre del protagonista, José Garcés (segundo nombre y segundo apellido del autor) delata su carácter autobiográfico. De ella se viene considerando el primer volumen, en el que se cuentan las experiencias infantiles, como el libro más logrado. De la misma forma, su novelita corta *Réquiem por un campesino español* es reputada como su obra más conseguida. El libro, publicado primero con el título de *Mosén Millán* (1953), narra, a través de la evocación de un sacerdote que no ha logrado evitar la ejecución de uno de sus feligreses, los sucesos ocurridos en un pueblo al comienzo de la guerra civil.

En su producción teatral hay que destacar *El secreto* (1935), *Hernán Cortés* (1940), *Don Juan en la mancebía* (1968) y *Los antofagastas* (1969). Ha publicado también el libro de poemas *Las imágenes migratorias* (1960) y ensayos como *Teatro de masas* (1932), *Madrid-Moscú* (1934), *Proclamación de la sonrisa* (1934), *Examen de ingenio. Los noventayochos* (1961) y *Tres ejemplos de amor y una teoría* (1969).

Para esta antología hemos seleccionado unos textos de *El rey y la reina*, en los que tanto el escenario madrileño como la historia de la guerra civil se presentan con un carácter político simbólico. Más que la trama de la contienda parece interesar la historia de la duquesa y el criado para indagar una vez más en los entresijos de la naturaleza humana.



El rey y la reina

I

A cada lado del arranque de la escalera había una silla de mano del siglo XVI de madera plateada y seda azul con relieves renacentistas en las portezuelas. Bordado en la tapicería interior se veía el escudo –tres cabezas de jabalí en campo de gules– con la divisa, que decía en menudas letras góticas: «Más por la empresa que por la presa». Esos detalles y otros parecidos daban a una parte del palacio un cierto aspecto de museo que la duquesa encontraba afectado.

El palacio tenía tres pisos y una torre monástica que se elevaba dos más sobre el ala norte. Lo envolvía por tres de sus frentes un parque cuyos árboles asomaban por encima de los muros sobre una callejuela silenciosa. En los años 1928 y 29 los duques habían dado en aquella casa las fiestas más suntuosas de la corte. Los reyes asistieron a ellas. En esas noches de gala el edificio y el parque estaban discretamente iluminados. Reflectores ocultos entre las molduras enviaban una luz difusa sobre los parteres y de los macizos de boj partían claridades vagas que envolvían el palacio en una aura irreal. Rómulo, el portero y jefe del parque, miraba con orgullo la gran alfombra azul cubriendo las escaleras exteriores y extendiéndose sobre la arena amarilla, bajo la marquesina. Y todavía sobre la alfombra había una encintado de felpudo blanco que iba desde la puerta –con la anchura de la puerta misma– hasta el lugar donde el coche real se detenía. Rómulo había visto varias veces al rey, por cuya presencia física no tenía respeto alguno. Le parecía un maniquí, un muñeco mecánico con largas piernas de madera terminadas en los mejores zapatos del mundo. Las fiestas duraban casi toda la noche, pero los reyes se retiraban pronto y cuando se habían ido, Rómulo el jardinero iba a pedir al mayordomo que le permitiera apagar las luces del parque porque «aquellas luces molestaban por la noche a los árboles, a las plantas y sobre todo a las flores» .

La familia de los Arlanza era la de la duquesa. El marido era duque de Alcanadre, pero por el hecho de habitar el palacio de los Arlanza todos se-



guían llamándolos por este nombre, lo que a la duquesa le gustaba como un reconocimiento de la mayor solidez social de su familia, y al marido le era indiferente. El viejo duque propietario del título había regalado la casa a su hija y a su yerno y esto suponía una cesión de varios millones. No es que el duque fuera un hombre generoso, sino que a medida que envejecía se le hacía más penoso vivir allí. Tenía miedo, por razones largas de explicar, a las habitaciones donde murió su esposa. Por otra parte creía que no tenía derecho a vender el solar de los abuelos.

La sala de armas estaba en los sótanos y en ella había una piscina cubierta. Aquella piscina representaba –lo mismo que el ascensor instalado al pie de la torre– una innovación atrevida en la tradición del palacio y allí iba la duquesa casi diariamente a nadar durante media hora, completamente desnuda. Una de las puertas de la sala de armas daba al parque y la otra a una especie de claustro que cercaba un patio interior. Sobre el agua caliente de la piscina las altas ventanas proyectaban en las mañanas soleadas lunares amarillos y sombras de ramaje verde. La duquesa se divertía en la piscina como una niña. Sus gritos sonaban bajo la bóveda entre las piedras grises que modelaban el eco dándole una sonoridad de castillo o monasterio. A veces, después de desnudarse decía: «Qué rara esta facilidad con la que una se queda en cueros». Lo solía decir mirando un maniquí que se usaba para las clases de florete y que parecía montar la guardia al lado de los armeros. No era extraño que la duquesa pidiera a la doncella que levantara por una esquina el repostero que cubría una parte del muro. La doncella lo hacía y casi siempre salía volando una minúscula mariposa blanca. La duquesa se tranquilizaba viendo que entre el repostero y el muro no había nadie.

Frente al pequeño trampolín desde donde la duquesa saltaba había al otro lado de la piscina un espejo que la reflejaba entera y, viéndose con esa mirada recelosa con que las mujeres se contemplan, recordaba: «De niña me decían que si me miraba al espejo desnuda vería al demonio». Desde entonces se había contemplado muchas veces sin verlo y llegó a la conclusión de que el demonio podía estar en la complacencia con que ella misma se miraba. Pero al diablo no le había tenido nunca miedo –«quizá, se decía, porque es masculino»–. Ni en sus años de infancia dejó de percibir que el demonio era una especie de buen mozo donjuanesco de la Iglesia. A su confesor le había dicho un día, en los tiempos en que leía mucho y tenía «la manía interpretativa» :

–Al diablo yo lo imagino como un joven galán, sabio y hermoso. Es para mí algo parecido algo que debía ser Apolo para los gentiles.

Su confesor reía y la amonestaba.

La duquesa era una joven dama de costumbres regulares. A pesar de su belleza no había dado que hablar –cosa rara– ni de soltera ni de casada. Esto no quiere decir que hiciera una vida monacal. Como era huérfana de madre y su padre andaba distraído con sus amantes y sus caballos, quedaba en una gustosa libertad que aprovechaba viajando y cultivando algunos deportes. Poco a poco los deportes los dejó porque le hacían «de-

masiados músculos» —ésa era por lo menos la excusa oficial ante sí misma—, pero en realidad porque, fuera de España, la «libertad deportiva» era entendida en la práctica con un sentido doble y la duquesa odiaba los equívocos. Generalmente se hacía acompañar de su tía la baronesa de Alcor, que tenía la manía de los viajes. Fue en uno de ellos —en Suiza— donde conoció a Esteban R., marqués de R. Tenía en Madrid una fama de mujeriego terrible y se parecía a la imagen que de niña se había hecho la duquesa del diablo. Por ambas razones lo encontró interesante y durante algún tiempo anduvieron juntos por todas partes. Pero Esteban —se decía ella— no era tan terrible como parecía. Cuando se dio cuenta de que la trataba a ella «de otro modo» porque se había hecho la idea de casarse con ella, se llevó una gran decepción sin saber por qué, volvió a Madrid y en pocas semanas se casó con el duque de Alcanadre, hombre amable, serio y cuidadoso de las conveniencias sociales. Lo dominaba la duquesa de tal modo que engañarlo le hubiera parecido un inútil abuso de autoridad. La duquesa no era, por otra parte, una mujer de fuerte temperamento.

El duque hallaba en el carácter de su mujer una armonía no permanente, sino cambiante y llena de pequeñas o grandes sorpresas. Cuando éstas llegaban dulcemente, como las de los colores y las formas bajo la luz natural, siempre igual y siempre diferente, se sentía encantado. Pero a veces la duquesa tenía genialidades desconcertantes y esos cambios súbitos alarmaban al marido, que estaba enamorado de ella hasta el extremo que puede estarlo un hombre incapaz de pasiones. Un día le había dicho él que era un monstruo, pero que la quería como era.

La duquesa se puso muy seria:

—Un monstruo al que podemos amar ya no es un monstruo sino un prodigio.

Se llevaban bien porque nunca trataba de entrar ninguno de los dos en el fondo de los sentimientos del otro. La duquesa solía decir: «Somos un matrimonio ideal porque no estamos enamorados» .

Esa mañana de julio de 1936 seguía la duquesa nadando en la piscina y pensando que la tardanza en salir aquel verano de Madrid comenzaba a llamar la atención de sus parientes y amigos. Nadaba completamente desnuda y entre los planos de mármol de la piscina su cuerpo resbalaba con movimientos suaves. Flotaba inmóvil en la superficie cuando Rómulo llamó a la puerta que daba al jardín. Era un hombre de media edad. Tenía una cabeza romana, de campesino cordobés. Hablaba poco y sus ideas sobre las cosas y las personas eran muy sólidas. Como todos los campesinos se había hecho su filosofía y le gustaba generalizar. De la vida decía que era «un lío de viceversa» y Rómulo trataba de poner orden en aquel lío siendo uno de los mejores jardineros de la corte. Llamó por segunda vez y la doncella fue a abrir. Como la puerta estaba desviada de la piscina —la sala de armas era enorme y formaba un ángulo—, la doncella abrió. La duquesa los oyó discutir. La voz de tiple de la sirvienta y la de bajo del jardinero hacían un curioso contraste. Rómulo insistía en que la duquesa le había dado órdenes especiales. La duquesa intervino de pronto diciendo:

–Rómulo, pasa.

La doncella se adelantó:

–Señora, es un hombre.

La duquesa arqueaba las cejas:

–¿Rómulo un hombre?

Y reía con un breve gorjeo de pájaro. Rómulo estaba allí y ella reía todavía. La doncella trataba de plegar una toalla, pero le temblaban las manos. La voz de Rómulo dando los buenos días temblaba también. La duquesa seguía flotando boca arriba, moviendo ligeramente las manos y los pies. Rómulo, que había oído la frase de la duquesa y el gorjeo con el que consagraba y sellaba su desdén –«¿Rómulo un hombre?»–, pensaba que si desviaba la mirada del cuerpo de su señora hacía una denuncia de lo inconveniente de la situación y seguía mirando sin pestañear y también –fuerza es decirlo– sin ver. Por el hecho de tener delante a la duquesa desnuda se sentía otro y la necesidad de comprender a «aquel otro» – que representaba una brutal sorpresa – le impedía darse cuenta de lo que estaba viendo. La duquesa tomó el sobre que el alargaba Rómulo, lo abrió, leyó algo en un papel, volvió a guardar este papel en el sobre, lo dio a la doncella y se quedó mirando a Rómulo:

–¿El que trajo la carta era un chófer de los señores de M.?

–Sí, señora.

–¿Está esperando?

–Sí, señora.

–Dile que llamaré yo al mediodía.

Rómulo no podía moverse. Afortunadamente, la doncella se interpuso y extendiendo toallas al borde de la piscina, rompiendo la rigidez del aire en aquel espacio donde la luz parecía haberse cristalizado hizo posible que el jardinero moviera un pie, tratara de marcharse y se fuera, por fin. Cuando salió al parque la cabeza le daba vueltas. Volvió a la portería despacio, mirando sus propios pies, a los que iba ligada la sombra de su cuerpo. No comprendía nada. Ni la sombra, ni sus pies, ni sus propios ojos deslumbrados. Cuando llegó se había olvidado de los que llevaron la carta y al ver el coche ante la verja pareció despertar.

Entretanto la doncella, asustada, mostraba su espanto en cada gesto, en cada mirada, en cada silencio. Y pensaba: «¡Al lado de la señora pasan cosas como en los sueños!». La duquesa se dio cuenta y dijo:

–¡Un jardinero no es un hombre!

Se volvió de lado y comenzó a nadar a grandes brazadas. Salió luego del agua, volvió a tomar el sobre, sacó de su interior un telegrama, lo leyó de nuevo y lo quemó después en un hornillo eléctrico que había en el tocador. No hablaba. El silencio tenía entre aquellos muros de mármol y piedra castellana como un aura dorada. En el parque se oyó frenar un coche y poco después la voz del duque sonaba al otro lado de la puerta pidiendo permiso para entrar.

–Espera –contestó la duquesa, reclamando el albornoz en el que se envolvió.



Escenas de retaguardia en el Metro de Madrid.
Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Cuando el duque pudo entrar, la doncella salió discretamente. El duque, con una expresión sombría, daba nerviosos paseos entre el tocador y la piscina:

–No he encontrado a nadie en su casa. Yo creo que han salido ya todos y que están en sus lugares de destino.

La duquesa lo escuchaba de espaldas, atenta al espejo. Se miraba a sí misma con la mirada aguda y sagaz con que se mira a un rival:

–Ya te había dicho que no te molestaras – dijo –, porque las noticias nos llegarían aquí.

Señalaba el papel quemado encima del mármol y decía:

–Mañana a las siete.

El duque jugaba una carta peligrosa y era la primera vez que los Arlanza o los de Alcanadre arriesgaban tanto desde hacía siglos. La duquesa miraba a su marido con una curiosidad discreta e iba viendo en su porte tan pronto una decisión firme como una sombra de desaliento. Sus nervios la irritaban aunque sabía que eran «los nervios de la víspera» -. En cuanto al acontecimiento –fuera propicio o adverso– se produjera, el duque recobraría su calma habitual.

–¿Qué va a pasar? –preguntaba él.

–Siempre has creído que el triunfo era seguro y fácil.

–A medida que se acerca el momento se ven mejor las dificultades. ¿Tú que crees?

–Que hay una manera de triunfar siempre.

–¿Cómo?

–Basta con saber perder.

El duque repetía que no podía seguir en Madrid y que el día le estaba pareciendo desesperadamente largo. No hallando un programa mejor decidieron irse a Segovia, donde pasaba el verano el padre de la duquesa. Comerían con él y volverían a última hora de la tarde. Ella quería asegurarse antes de que no estaba su padre con «la bruja». La duquesa hubiera tolerado a aquella mujer, que no conocía, si se tratara sólo de una antigua amiga de su padre. Pero muchos años atrás –recién nacida ella– aquella mujer apareció mezclada en el escándalo de la muerte de la duquesa madre (una venenosa sucesión de comadrerías) y el nombre del duque fue a veces traído y llevado con demasiada ligereza. Se hablaba de suicidio y oficialmente en eso quedó el asunto, pero la gente seguía hablando y en la conciencia de la duquesa había quedado la sombra de una duda, lo que bastaba para que no pudiera ya pensar en aquella mujer sin repugnancia. No culpaba, en cambio, a su padre y cuando analizaba la benignidad de su propio fallo en aquel difícil asunto se decía: «No lo acuso quizá por comodidad» .

Cuando la duquesa estuvo lista salieron para Segovia. Quedó el palacio con las puertas cerradas y Rómulo sentado en el umbral de la casa de ladrillo rojo que se disimulaba entre los árboles a un lado de la verja. Allí vivía desde hacía quince años. Miraba por encima del periódico a su esposa Balbina, que iba y venía atareada. Dentro de su imagina-

ción nacía, fructificaba, quería crecer y extenderse aquel Rómulo que había entrevistado en la piscina y que seguía sin comprender. No era completamente nuevo. Lo había conocido, a aquel Rómulo, cuando tenía diecinueve o veinte años. Pero poco tiempo después la imagen fue perdiendo gallardía y acabó por perder también las líneas y las formas. Poco antes de cumplir Rómulo treinta años se desvaneció. Era aquél un Rómulo más seguro de la vida, de sí mismo, pero de pronto recordaba las palabras de la duquesa –«¿Rómulo un hombre?»– y se sentía vacilar. Recordaba la risa que siguió a estas palabras y se sentía en ridículo. Preguntó a su mujer:

–¿Qué dirías tú, Balbina, si yo te preguntara lo que es un hombre?

La mujer lo miraba queriendo averiguar lo que sucedía dentro de aquella cabeza. Por fin dijo:

–¿No sabes tú mejor que yo lo que es un hombre?

Pero Rómulo preparaba otra pregunta más difícil.

Tan difícil que no se atrevía a hacerla. Por fin dijo:

–¿Tu te dejarías ver desnuda por el señor duque?

Sintiéndose halagada, Balbina contestó:

–¡Qué ocurrencia! ¡De ningún modo!

–¿Por qué?

–El señor duque es un hombre.

¡Ah, Rómulo no lo era! –la duquesa lo había dicho–. La duquesa se rió –«¿Rómulo un hombre?»– porque la sola idea la hacía reír. Rómulo se pasaba la mano por la frente sin comprender. Al mediodía, Rómulo, no pudiendo más, fue en busca de la doncella de la duquesa y la encontró sentada a la mesa en el comedor de criados. Rómulo le dijo en voz baja:

–¿Has visto lo que ha sucedido esta mañana?

–¿Que entregaste una carta a la señora?

–Sí, pero hubo algo extraordinario y fuera de lo corriente.

–¿Qué?

–Algo increíble.

La doncella le ofrecía una silla:

–Es verdad, según el orden del servicio tenía que ser un criado de estrados quien entregara la carta y no tú.

–No es eso, mujer. Tú me entiendes.

La doncella sonreía:

–Rómulo, después de afeitarte te queda una sombra azul en la cara que te va muy bien.

–Déjate de simplezas. ¿Tu oíste aquello?

–¿El qué?

–Lo que dijo la señora.

Ella lo miraba extrañada:

–La señora dijo que iba a Segovia.

Rómulo comenzaba a darse cuenta de que su insistencia delante de la doncella indiferente era también ridículo.

–Bien, está bien –dijo.

Y fue saliendo. Volvió a su casa con lentos andares. Consideraba más humillante el incidente después de ir a buscar en vano la explicación de la doncella.

A media tarde, estando Rómulo en el cuarto cuya ventana daba a la calle, oyó tocar en el cristal con un bastón. Rómulo se acercó y no vio a nadie: «¿Por qué no tocan el timbre?». Balbina, su mujer, decía: «Debe ser *Elena*». Rómulo salió de mal humor al parque.

Junto a la entrada de coches había otra puerta mucho más pequeña. Al otro lado estaba *Elena*. A pesar de su nombre no era una mujer sino un hombre de unos cuarenta años, tan pequeño que apenas llegaría a las rodillas de Rómulo. Como contracción de *el enano* la gente lo llamaba *Elena*. Iba cuidadosamente vestido y tenía en su enorme cabeza una expresión muy dura. Solía decir de sí mismo con orgullo: «Pequeño, pero cenceño». Trabajaba en una cerería del barrio y había intentado en vano, años atrás, entrar en el servicio del palacio. Al ver a Rómulo en mangas de camisa, dijo:

—¿No están sus excelencias?

—No.

—Lo siento. Venía a comunicarles algo sensacional. Usted puede decirselo, señor Rómulo.

—¿Yo? ¿El qué?

—Han asesinado a Calvo Sotelo.

A Rómulo aquel nombre no le decía nada. *Elena* añadía, haciendo una pequeña flexión de piernas:

—Usted vive en el limbo.

Después, como si no valiera la pena iniciar a Rómulo en las cuestiones políticas:

—Dígales eso a sus señores.

Se dio cuenta de que Rómulo no pensaba decirselo y añadió, para hacer ver que el orden del servicio no le era desconocido:

—Dígalo al mayordomo, él se lo dirá al administrador y éste al secretario de su excelencia.

Luego se fue sobre sus cortas piernas, contoneándose. Rómulo lo vio acercarse a un portal, al otro lado de la calle, mirar cuidadosamente abajo y arriba y, al ver que no había nadie, pintar con tiza una svástica en la puerta. Rómulo volvió a la portería y dijo a su mujer: «No puedo con ese tío. Me revuelve el estómago». Balbina exclamó: «¡Pobre desgraciado de Dios!». Rómulo protestaba: «No veo por qué lo compadesces. Es la criatura más satisfecha de sí misma que ha visto en mi vida». Pero Rómulo seguía inquieto recordando el incidente de la piscina. No podía acostarse mientras no volvieran los señores y era ya muy tarde cuando oyó el coche. Abrió la puerta deslumbrado por los faros. Aquella luz parecía proceder de la duquesa, de la misma duquesa a la que imaginaba, sin poderlo evitar, desnuda en el coche igual que en la piscina. No pudo ver quién más iba dentro, aunque reconoció al chófer, que contestó a sus buenas noches. Rómulo, después de cerrar, se acostó y

cundo llevaba una hora en la cama sonó a su lado el timbre del teléfono. Le hablaba el mayordomo diciendo que el señor iba a salir otra vez. Rómulo se visitó apresuradamente y salió a abrir y a cerrar la verja. Cuando volvía vio luz en el ala del palacio donde estaba las habitaciones de la duquesa. Era muy tarde. Oyó una radio lejana dando noticias. Rómulo, sintiendo que había novedades en las costumbres de la casa volvió a su dormitorio.

–Pasa algo –dijo a su mujer.

–Sí, yo también veo que hay demasiado movimiento, como si en la familia estuviera naciendo un niño o muriéndose un viejo.

Esto hizo gracia a Rómulo, quien trataba en vano de dormir. En el palacio seguía la agitación. Los teléfonos sonaban con frecuencia. Balbina le dijo que debía levantarse y estar vestido por si le llamaban, pero Rómulo no le contestó. Al fin las luces fueron apagándose y los rumores se extinguieron. Rómulo se durmió.

A las ocho del día siguiente, Madrid era un campo de batalla. A las diez la lucha parecía concentrarse en el Cuartel de la Montaña, aglomeración de edificios militares que dominaba una colina aislada por parques y avenidas entre la plaza de España y Rosales. Al mediodía, después de varios asaltos que constaron centenares de vidas, el pueblo madrileño consiguió tomar la colina y reducir a los rebeldes. En pocas horas el aspecto de la ciudad había cambiado. Sucedieron de la manera más natural y simple las cosas más extrañas. El aire de Madrid, que era un aire de día de labor, sacudido por los cañonazos parecía de fiesta. En el patio del Cuartel de la Montaña encontraron después de la batalla más de cincuenta oficiales y jefes muertos. En los bolsillos de uno de ellos aparecieron los documentos del duque de Alcanadre.

A media tarde se presentó delante de la verja del palacio el coche Hispano en el que el duque había salido la noche anterior. Tenía dos balazos en el parabrisas. Iba lleno de gente joven con fusiles y brazaletes republicanos. Rómulo estuvo mirándolos sin comprender. Nada de aquello le parecía serio. «Parece –pensó– que están haciendo una película» .

–¿No es el coche del señor –preguntó ingenuamente.

–El señor no existe –dijo uno de los milicianos, subrayando «el señor» –, y el coche ha sido requisado por las milicias republicanas.

Diciendo esto señalaba un papel pegado al parabrisas con un sello. Rómulo les pidió que esperaran y fue al interior del palacio. La duquesa estaba en el vestíbulo mirando a través de los cristales. Rómulo iba repitiéndose por el camino aquella palabra –requisado– que oía por vez primera en su vida. A la expresión «el señor no existe» no sabía qué sentido darle. Ante la duquesa, que lo miraba en silencio, comenzaba a sentirse de nuevo «el otro Rómulo». Repitió las palabras de los milicianos y la duquesa, un poco pálida, dijo:

–No se puede resistir. Ábreles.

El viejo mayordomo intervino:

–Antes de abrir lo mejor será que la señora se retire.

Ella fue despacio hacia el ascensor cuyas puertas de corredera ajustadas entre dos columnas lo disimulaban perfectamente. Rómulo salió, abrió la verja y el coche entró y frenó violentamente frente a la puerta principal. Los milicianos descendieron y entraron. Dos se quedaron fuera con el fusil al brazo. Todos tenían los ojos fatigados, el rostro quemado del sol. Había cierta peligrosidad en sus movimientos, pero su manera de escuchar estaba llena de calma y de responsabilidad. El mayordomo aseguraba que ninguna de las personas de la familia de los duques estaba en la casa. Los milicianos lo creyeron y el que parecía jefe de la patrulla dijo: «Es natural, no iban a estar esperándonos». Detrás de una gran puerta de cristales se iban convocando, sin atreverse a salir, los sirvientes. Los milicianos preguntaron al mayordomo:

—¿Hay entre ustedes alguno que pertenezca a algún partido republicano?

El mayordomo hizo un gesto negativo. Un miliciano ordenó a los sirvientes que salieran, y cuando estuvieron todos formados en un extenso semicírculo, dijo:

—¿Entre el personal de cocinas o del parque no hay por lo menos algún afiliado a un sindicato?

Rómulo miraba el coche Hispano, en cuyo parabrisas había pintadas tres iniciales blancas. Recordó que tenía unos papeles y un carnet encabezados con aquellas mismas letras. Meses atrás alguien le insistió para que se afiliara y Rómulo lo hizo por complacerle, pensando que aquello carecía de importancia. Avanzó y dijo:

—Yo. Yo estoy en un sindicato que tiene esas mismas iniciales.

—Bien —dijo el miliciano—. Todos los demás van a salir de la casa. Tú quedarás con las llaves y nos responderás de que nadie entre ni salga sin tu conocimiento. ¿Tienes armas?

—No.

Le iban a dar una pistola, pero antes le exigieron que mostrara el carnet sindical y Rómulo fue a buscarlo. Cuando volvió, el miliciano le entregó el arma y dijo a los otros:

—Tienen ustedes dos horas para abandonar el edificio, que desde este momento pertenece a la República, es decir, al pueblo.

El registro de la casa se hizo sumariamente. Las sirvientas iban y venían llorando y haciendo sus equipajes. Comenzaron los milicianos a registrar entre los papeles privados del duque, pero era una tarea fatigosa y sin resultado. Uno dijo que estaban perdiendo el tiempo y que no quería descender a aquella ocupación de policías. En cuanto a la duquesa, nadie preguntó por ella. Descendieron los milicianos a la sala de armas y sacaron de allí cinturones, tahalíes, otras correas y tres pares de botas de montar. Rómulo, que los acompañaba, viéndose ante la piscina reconstruía en su memoria la escena del día anterior. Por las altas ventanas no entraba ya el sol, pero se veían las ramas de los árboles de un verde jugoso y fresco. Rómulo atendía a las preguntas de los milicianos y contestaba con un acento veraz y simple. Aquellos hombres vestidos de civil como cualquier otro y

con armas al hombro y brazaletes en la manga no le producían impresión alguna de autoridad. La noticia del duque muerto le parecía increíble y su falta de verosimilitud daba a las demás cosas un acento también irreal. Pero cuando salían de la sala de armas y un miliciano que llevaba un florete en la mano lo clavó contra el peto de protección del maniquí, pensó Rómulo que el gesto de aquel miliciano tenía un dominio y una soltura sorprendentes y que podría haber algo de verdad en todo aquello. Cuando el miliciano que parecía el jefe le dio a su vez un brazalete republicano que tenía un sello azul estampado sobre la franja amarilla de los colores nacionales y le dijo: «Tu sueldo corre de cuenta de la Junta Nacional de Incautaciones», aceptó que, en determinadas condiciones, la casa de los duques de Arlanza podía quizás acabarse. Rómulo recibió del mayordomo las llaves, todas las llaves, y no acababa de encontrarse con ellas en la mano y con el derecho a abrir y cerrar y disponer de las cosas sin rendir cuentas a nadie. La casa ducal sólo existía de momento en la persona de la duquesa, que seguía escondida y que estaba a merced de él. Si se detenía a pensar en esto volvía a verse a sí mismo como a otra persona —como el Rómulo de su juventud— y el cambio sin transición era tan rápido que no le dejaba tiempo para pensar. Era como si la vida misma, ofreciéndole aquella imagen, ya desvanecida, de Rómulo, perdiera todas las leyes secretas que la habían hecho grave y temible y se convirtiera en una broma.

Los milicianos se habían marchado y Rómulo volvió a su vivienda ya avanzada la tarde. Dejó sobre la mesa el llavero —más de cincuenta llaves con sus cartelitos y sus números— y la pistola. Estuvo largo rato contemplándolos y tratando de ordenar sus ideas. Casi todas las cosas que había hecho le parecían encerrar un sentido confusamente peligroso:

«Vi salir a todos los criados sin decir una palabra» .

«Registré sus baúles como un policía y en el del cocinero hallé objetos de valor que, no constando que fueran de su propiedad, retiré, a petición de los milicianos» .

«Permití que los milicianos se quedaran con el Hispano» .

«No podía hacer nada para evitarlo, pero me hice responsable en cierto modo enseñándoles también el Buick y el Chevrolet que había en el garaje y que enviarán a buscar mañana» .

«Acepté el brazalete republicano y la pistola» .

Al llegar aquí preguntó a su mujer por el brazalete y ella dijo que lo había echado al fuego y que para compromisos, bastantes tenían ya. Rómulo se calló. Salió otra vez al parque. Se oían en la lejanía, a través de un aire más fresco y como perfumado por el crepúsculo, disparos sueltos. El atardecer era también un atardecer de fiesta. Rómulo recordaba a la duquesa desnuda. «Aquella desnudez ha traído todo este caos —se decía muy convencido—. ¿Cómo? ¿Por qué? Eso yo no lo sabré nunca». Rómulo veía el parque silencioso, tranquilo, con los macizos de boj que al oscurecer parecían negros y los álamos que eran, en cambio, de un verde luminoso. Recordaba las noches de gala, en las grandes fiestas. El parque y la casa y el cielo mismo en lo alto parecían entonces de cristal. Y miraba ahora el

parque desierto y las piedras labradas de las columnas que sostenían la verja y se decía: «Yo no sé lo que puede pasar aún, después de haber visto a la señora como la vi ayer, pero todo el mundo está de fiesta». Llevaba las llaves en la mano y las contemplaba abstraído. «Esto es la guerra, pero ¿qué guerra? ¿Qué clase de guerra? ¿Y qué va a pasar todavía esta noche o mañana?». Miraba Rómulo la avenida de cipreses solitaria. Habían matado al duque. En las ramas altas los pájaros alborotaban como todas las noches antes de acostarse. Rómulo se preguntaba inquieto si lo que había hecho —o lo que no había hecho— estaba bien. Pasaba su mano dura por la mandíbula produciendo un rumor áspero como si su piel fuera de cartón. «Todos se han marchado, cada cual a lo suyo. ¿Y yo?». Regresó a su casa. Poco después volvió a oír tocar con un bastón en el cristal. Balbina dijo: «Es *Elena*». Rómulo, a quien aquella manera de llamar irritaba, murmuró: «¿Por qué no ha de tocar el timbre?». Balbina le recordó que no alcanzaba al botón con la mano. Rómulo salió. *Elena* parecía en las sombras, con su sombrero claro, un hongo que hubiera crecido entre las losas de la acera. Enseñó a Rómulo una pistola que llevaba metida en el cinto:

—Diga a sus excelencias que no tienen más que mandar.

Sin esperar respuesta se marchó calle abajo, pero de pronto volvió y dijo:

—Sus excelencias deben acordarse de un *jockey* que tuvieron hace seis años. Se llamaba Froilán. Dígales que soy primo segundo de él por línea materna.

Volvió a mostrar la culata de la pistola, escupió de medio lado y dijo:

—«Los rojos» me buscan. Si siguen buscándome, me van a encontrar.

Se marchó. Rómulo no comprendía. «Los rojos». Y también, «Calvo Sotelo». Las cruces svásticas en las puertas. El enano perseguido. ¿Quién podía seriamente perseguir a un enano? Pero el enano, además, «protegía a sus excelencias». Cada vez comprendía menos. Se sentó en el umbral de su vivienda. La duquesa estaba en el último piso del torreón. La imaginaba desnuda. No podía pensar aquel día en ella sin verla así. El torreón tenía cinco apartamentos de invitados que no se usaban hacía tiempo. Es decir, cuatro, porque el de la planta baja estaba cerrado desde que murió la duquesa madre. Rómulo miraba al torreón. Quería hacer algo por la duquesa, pero no podía hacer nada más que aguardar sus órdenes. Era ya de noche cuando sonó el teléfono de la portería. Era ella que lo llamaba. Parecía tan tranquila como siempre y pedía a Rómulo que encendiera los hornos de la antigua instalación que ya no se usaban, para dar agua caliente al torreón, y que le llevara un aparato de radio. Seguía hablando ligeramente, con un ánimo perfectamente calmo —nadie diría que su marido acababa de morir— y terminó diciendo que tuviera cuidado con sus actos porque quizás un día tendría que explicarlos. Aunque lo dijo como una amistosa advertencia, Rómulo salió al parque preocupado y sin poder comprender por qué esas palabras le habían sonado como una amenaza.

Cuando llegó arriba con el aparato de radio, vio que la duquesa iba y venía mirándolo todo con el despegado interés de una persona que acaba-

ba de cambiar de vivienda. Rómulo hizo una frase de circunstancias «acompañando a la señora en su dolor». La duquesa lo miraba como si fuera la primera vez que lo veía:

—¿Por qué mientes, Rómulo? —dijo, sonriendo—. Tu no sientes la muerte del duque y es natural. Entonces, no es necesario decir nada.

La duquesa iba y venía tratando de familiarizarse con la atmósfera de aquellas habitaciones en las que no había vivido nunca. Eran espaciosas y cómodas. Tenían arañas de cristal, cornucopias antiguas, y la tapicería era clara. El dormitorio, junto a la terraza, tenía todos los atractivos de una alcoba de príncipes. La duquesa no se encontraba mal allí, pero había oído contar viejas historias en relación con el torreón, y a medida que avanzaba la tarde miraba con recelo a un lado y a otro, como si temiera ver materializarse en el aire las imágenes de los abuelos muertos. Cuando apareció Rómulo se sintió más tranquila. Rómulo seguía en pie delante de ella, pero evitaba mirarla porque detrás de la duquesa, en el muro, había una inmensa marina con cielo azul y las olas rompiendo sobre una costa baja. El rostro de la duquesa estaba justamente delante de las aguas, como en una playa. O como en la piscina. Rómulo sentía que la duquesa le preguntaba algo. Los lugares largo tiempo deshabitados tienen una sonoridad diferente y Rómulo tardó en darse cuenta. La duquesa le preguntaba si los milicianos le habían dicho cuándo pondrían una guardia permanente. Rómulo contestó que al día siguiente, pero trató de tranquilizarla diciendo que el palacio era muy grande y que él cuidaría día y noche de su seguridad.

—¿«Los rojos» habrán saqueado la casa? —preguntó ella.

—No, señora. No han tocado nada.

La duquesa lo miraba fríamente:

—Buenos muchachos, ¿eh?

Rómulo iba a decir que sí, pero se contuvo, y en lugar de afirmar con la cabeza inclinó ésta sobre un hombro y abrió un poco los brazos. Su situación le parecía tan arrogante que no sabía qué decir. Iba por fin a hablar cuando ella le dijo con un amistoso acento de reproche:

—No quiero que haya situaciones falsas en mi casa. Rómulo, puedes disponer de ti, márchate como los otros, si quieres.

Rómulo balbuceó:

—Prefiero seguir al servicio de la señora.

La duquesa se creyó obligada a advertir que aquella situación podía durar meses.

—Señora, aunque sean años, ésa es mi palabra.

La duquesa callaba y lo miraba:

—Pero hay algo que no comprendo. ¿Cómo es que te dieron las llaves a ti y no a otro?

Rómulo se dijo: «Ah, la señora hubiera preferido que se las dieran a otro, al mayordomo, quizá». Pero contestó explicando minuciosamente lo ocurrido. Aunque en la servidumbre del palacio estaba prohibido afiliarse a sindicatos, Rómulo hablaba de su carnet con una facilidad y una ino-

cencia que desarmaban a la duquesa. Ella le dejaba hablar. Se oían tiros aún, unos lejanos y otros más próximos. La duquesa parecía poner en ellos la misma atención mecánica y despreocupada. Preguntó:

—¿Hay más sorpresas, Rómulo?

Lo miraba otra vez con un «desinterés» que humillaba a Rómulo. «No se mira así a un ser humano —se decía—, sino a un animal o a un mueble». La duquesa hablaba:

—¿Tienes ahí la pistola que te dieron «los rojos»?

—Sí, señora.

La duquesa alargaba la mano. Rómulo se la dio y la duquesa la dejó sobre el brazo del sillón:

—Gracias.

Después de un largo espacio de silencio ella volvió a tomarla y se la ofreció:

—Quédate con ella y piensa contra quién debes usarla si alguna vez tienes que disparar.

La duquesa, muy sonriente —«¡y su marido muerto!»—, pensaba Rómulo—, tomó de la juntura de los cojines con el respaldo del diván otra pistola y la mostró en la palma de la mano. Era muy pequeña, con guardas de oro y nácar. Rómulo, viendo aquel arma en manos de la duquesa, se sentía en una situación falsa. Parecían dos enemigos. Nunca pudo imaginar a la duquesa con un arma en las manos. Rómulo veía detrás y encima de la duquesa la enorme marina colgada del muro y llena de azules fluidos como la tapicería del diván, como los pequeños iris de los cristaltos de las cornucopias.

—Quizás he hecho una tontería, pero yo no entiendo sino de cuidar del parque. ¿La señora cree que no es bueno pertenecer a un sindicato? —dijo con firmeza.

—Bueno o malo, estaba expresamente prohibido en la casa.

Rómulo la miraba confuso:

—Perdone la señora, pero el padre Lucas, que venía a la misa de servicio, nos habló de la conveniencia de pertenecer a un sindicato.

La duquesa se daba cuenta de que Rómulo no había escuchado al padre Lucas o lo había escuchado sólo a medias, como solía hacer ella misma:

—Pero el padre Lucas os hablaba del sindicato católico.

—Perdone la señora, yo recuerdo bien que era el Sindicato Libre.

—Claro, claro.

El hecho de que a los sindicatos católicos les llamaran sindicatos libres no se lo podía explicar Rómulo. La duquesa se levantaba diciendo:

—Bien, no importa. Gracias por tu lealtad, Rómulo.

Rómulo veía las lámparas encendidas y una de las ventanas abiertas. Desde el parque se podía ver la luz y si los milicianos regresaban preguntarían quién vivía allí y habría que dar explicaciones difíciles. Rómulo le advirtió:

—Es ya de noche, señora, y las luces pueden dar el aviso a los que miran de fuera.

–Bien, cierra la ventana y márchate. Yo te llamaré si te necesito.

El jardinero cerró no sólo ésa sino todas las demás ventanas, se inclinó y entró en el ascensor.

Cuando estuvo sola, la duquesa se acercó a un escritorio, tomó un pequeño libro encuadernado en cuero blanco y comenzó a escribir sosegadamente:

«El duque vive, según me han dicho por teléfono. Ese pobre Rómulo, viéndome tan sonriente, debe pensar que soy una mujer sin entrañas.

» No me inquieta la suerte de papá. Ayer quedamos en que si el triunfo de los nuestros no era inmediato iría a refugiarse a una embajada. Además, lo que me han dicho por teléfono, vago y todo, era bastante para tranquilizarme. La voz del que me habló era la del barón de C..., que, naturalmente, no dijo su nombre. Sabe nadar y guardar la ropa. Yo he cometido la imprudencia de preguntarle con demasiado interés por Esteban, el marqués de R., el hermoso Satán. Son amigos y no tardará en averiguar Esteban que me inquieto por su suerte. Ese sí que es...» ; pero no quiso escribir demasiado por si aquellas notas caían algún día en manos de alguien.

«Yo no estoy en peligro. Esta gente del pueblo cree realmente que el respeto por la mujer es un sentimiento noble y estoy segura de que si me descubrieran no me harían daño. Además, al pueblo le desarma la hermosura –dicho sea sin modestia–. Me escondo únicamente para evitar dificultades –detenciones, interrogatorios– y porque antes de una semana o habrán triunfado los nuestros o estaremos perdidos para siempre. Los míos son los monárquicos, no quiero promiscuidades con cierta gente. No sé en realidad cómo van a traerme aquí a Alfonso XIII, pero quizá cabalgará en una nube y descenderá suavemente sobre el trono a los acordes de la marcha real.

» El que cree que estoy en peligro es Rómulo, o quizá no lo cree y está especulando para hacerse el importante después de la escena de la piscina. Comprendo que fue una locura. Lo comprendo ahora al ver cómo la providencia –mi confesor me regañaría por decir la providencia y no Dios– me ha castigado poniéndome a merced de ese jardinero a quien quizás humillé demasiado. A veces pienso que en la vida hay un juego fatal de compensaciones dirigido realmente por un ser indiferente y justiciero.

» Tengo que confirmar los indicios sobre la situación de papá.»

Entretanto el ascensor llegó abajo y se detuvo con un golpe blando. Rómulo salió, cruzó el parque, sintió cierta tristeza en aquella soledad poblada de sombras que siempre fueron amistosas y que ahora eran inquietantes y entró en su casa. Su mujer lloraba. Después de cenar se acostaron. Rómulo, recordando la entrevista con la duquesa, creía haberse conducido bien. Ella quería que le hablara y quizás él no le había hablado bastante, pero al mismo tiempo la duquesa parecía obligarle al silencio con su indiferencia, su sonrisa despreocupada. En todo caso era difícil hablarle delante de aquel cuadro que había en el muro y que estaba lleno –no sabía por qué– de alusiones a la desnudez femenina. A pesar de todo,

Rómulo sonreía. Su sonrisa desaparecía poco a poco. Balbina seguía sollozando y repitiendo: «Pobre señora duquesa, tan joven y tan hermosa, habiéndolo perdido todo en la vida». Rómulo no podía tolerar el placer y la voluptuosidad que había detrás de aquellas palabras. Se levantó y salió a la puerta. Fue a revisar los hornos para proveer de agua caliente el torreón, echó más carbón y volvió a su casa. Los hornos estaban en un lugar apartado del parque, detrás de los lavaderos mecánicos. El parque volvía a parecerle abandonado y silencioso. No había encendido las luces –¿para qué?–. Las puertas del garaje estaba abiertas y dejaban ver el lugar del Hispano vacío, como una acusación.

Cuando volvía a su casa oyó en el torreón del palacio el timbre del teléfono. «Si regresan esos milicianos –pensaba– y oyen ese timbre va a ser difícil explicarlo». Pero poco después en el torreón no se oía nada. No podía dormir. Hacia medianoche, después de grandes dudas, decidió desconectar el teléfono. Salió en camiseta y zapatillas –una libertad que nunca se hubiera permitido estando uno de los señores en la casa– y mientras lo hacía se decía a sí mismo: «Esto aísla a la señora, esto la encierra más y la priva del consuelo de hablar con personas amigas o quizá con algún pariente, pero yo no tengo más remedio que hacerlo si he de velar por su vida». Una vez hecho, regresó y la idea de que la duquesa estaba incomunicada le halagaba. Seguían oyéndose disparos lejanos. «La guerra es la guerra». Balbina tampoco dormía y se dedicaba a recordar los episodios más notables de la vida del duque. Tuvo Rómulo que soportar sus plañidos. Cuando él iba abandonándose al sueño ella se daba cuenta y lloraba más fuerte para despertarle. Al fin Rómulo renunció a dormir y se dedicó a comprobar de vez en cuando que en el torreón no había luz. Pensaba en la duquesa: «Quizá cuando se queda a solas llora igual que mi mujer, pero delante de mí sonrío porque yo no debo entrar en el mundo de sus sentimientos». Esto le producía cierta ternura doblada de cierta decepción. Se levantó, se sentó al lado de la puerta y se quedó allí largas horas.

Pero la duquesa no lloraba. Estaba en su cama, desvelada, hojeando un libro. Era el tercero que había tomado de un estante y después de leer dos páginas lo cerró y fue a buscar otro.

No podría leer. Recordaba la escena con Rómulo en la piscina. Sin los hechos recientes, la sublevación, la derrota, no hubiera vuelto nunca a recordar el incidente. Viéndose obligada ahora a ver a Rómulo con frecuencia y a agradecerle una lealtad que seguía pareciéndole dudosa y que antes era segura y completa, se iba perdiendo en consideraciones morales y de pronto decía entre dientes, sin darse cuenta de que estaba hablando: «Fue una imprudencia» .

Para distraerse volvió a leer. Pero el sueño no tardó en llegar. Despertó en medio de la noche creyendo haber oído algo. La pequeña lámpara de la cabecera de la cama, no más luminosa que una luciérnaga, seguía encendida, pero no le permitía ver más lejos de la linde del lecho. Alrededor de ella las sombras parecían aglomerarse y bloquearla. Súbitamente decidida saltó de la cama y salió al cuarto inmediato. En el diván había un

hombre sentado de espaldas. Dio ella un grito y el hombre se volvió. El duque, su marido.

–Hijo, qué susto me has dado.

El se levantó y la besó.

–Perdona –dijo–. No quería despertarte.

Ella le encontraba los ojos febriles y como fatigados por la intemperie de aquel día de julio. Había en él una ignorancia de sí mismo que a la duquesa le parecía no haber visto antes. Lo encontraba súbitamente endurecido, más adulto. Pero un poco fantasmal. Sus palabras tenían un eco interior, como si los espacios de donde salían fueran inmensos y estuvieran deshabitados.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Hasta ahora sí.

El duque hablaba de lo sucedido en el Cuartel de la Montaña, pero la duquesa parecía no escucharle. Buscaba en su expresión, en el acento de su voz las cosas que no decía, que no podía decir aunque quisiera, porque en la tensión producida por los acontecimientos no había podido pensarlas aún. «Está vacío –se dijo– y el aire de ese vacío está helado». Se sentaron cerca de la puerta de la terraza. Ella preguntó, afirmando:

–No hay esperanzas, ¿verdad?

El duque lo creía también, pero no podía tolerar oírlo en otra persona:

–No se puede hablar así. Tú comprendes, hay demasiadas cosas detrás de nosotros. En último extremo no podemos perder. Pero es duro, claro. La gente cae.

Ella, oyéndolo hablar, se decía: «El frío de su vacío interior tiene pequeñas luces fatuas, como en los viejos cementerios». El duque iba diciendo nombres. Tres parientes de ella y dos de él habían muerto. La duquesa nunca hubiera creído capaces a aquellas personas de morir heroicamente. El duque seguía hablando. El marqués de R., Esteban, había logrado escapar, lo mismo que él, poco antes de ser tomado el Cuartel de la Montaña por los republicanos. Al hablar de Esteban el duque parecía más firme y la duquesa más atenta a sus palabras. Esteban había tenido la idea de cambiar su chaqueta por la de un muerto civil, y él había hecho lo mismo con un militar, porque iba de uniforme. En los bolsillos había papeles de identidad. Después, en casa de Esteban..., es decir, en un «picadero» que tenía... La duquesa no comprendía esta palabra y su marido le dijo que era un lugar más o menos clandestino para aventuras donjuanescas. La duquesa sonrió. Allí le dio Esteban un traje civil, pero el duque conservaba la documentación del oficial muerto, que era el teniente Martínez Hungría. Con su nueva personalidad parecía estar a salvo de momento, porque no era de suponer que los milicianos conocieran a aquel oficial, pero había un peligro...

La duquesa le interrumpía:

–¿Tú vives allí?

–¿Dónde?

–¿En el... «picadero»?

«¡Ah –pensó el duque–. La idea del picadero le ha quedado en la imaginación». Y añadió en voz alta.

–Sí, por ahora. Es un piso tomado con nombre falso. Nadie sabe en la casa que Esteban es el marqués de R.

–¿Qué dice Esteban?

–Su caso es muy diferente. Está lleno de responsabilidades.

La duquesa no comprendía. Veía las luces fatuas temblar en los silencios nerviosos del duque. ¿No tenían las mismas responsabilidades todos? ¿O quizá su marido no se había batido?

–Precisamente –decía él–. Yo me he batido. Soy un soldado. Pero no soy más que un soldado. Es decir, que fuera de la acción militar soy incapaz de matar a nadie. En cambio Esteban... Pero, ¿para qué hablar? Hemos perdido en Madrid aunque al final el movimiento triunfe. De momento hemos perdido aquí y habría que entregarlo y entregarse.

La duquesa veía que entre los ojos y las palabras de su marido había calmas extrañas, luces que no se correspondían. Cierta incongruencia.

–¿Entregarse? ¿No es peligroso?

–Cada hora que pasa es peor. Por culpa de Esteban y de otros como él. En este momento –añadió pensativo– quizá tienes razón, quizás es el suicidio.

Callaban. El duque añadió:

–Esteban, ahí donde lo ves, mató a sangre fría a varios hombres. Fueron los primeros tiros que se dispararon en Madrid. Esos hombres se habían negado a secundar la sublevación y el capitán de su compañía los desarmó y los envió al calabozo. Cuando llegó Esteban los hizo salir y los fue matando de un tiro en el pecho. Ha hecho cien barbaridades más. Yo no soy un sentimental, pero todo eso era innecesario y nos incapacita ahora para reclamar el fuero de guerra como prisioneros.

Ella le preguntaba qué era lo que él había hecho en el Cuartel de la Montaña. El duque era oficial de complemento de Artillería y decía, un poco extrañado de su propia voz:

–Mandé una batería que hizo unos cien disparos. Los aviones me desmontaron tres piezas en la primera media hora. Hice lo que puede. Volvería a hacerlo porque creo que es mi deber. Pero a Esteban lo entiendo. Dice que el pueblo tiene razón, pero que hay que quitarle la razón del cuerpo a balazos. Está loco.

–¿Dónde está Esteban?

–Abajo, guardándome la espalda.

–¿No es peligroso para los dos andar juntos?

Después de una pausa el duque se encogió de hombros. La duquesa miraba sin comprender:

–Por lo menos cuando vengas a verme, ven solo. Si vienes con él, un día caeremos los tres.

El duque hablaba como un autómatas:

–Mi nueva identidad no me servirá mucho tiempo, porque el Gobierno ha llamado por radio a todos los oficiales de la guarnición de Madrid.

Yo soy el teniente Martínez Hungría. Si me presento, alguien puede reconocerme, y si no me presento soy un desertor.

–Te fusilarán, si te reconocen.

El duque encendía el segundo cigarrillo y agitaba la mano en el aire para apagar la cerilla. Hacía todo esto con cierta arrogancia.

–Probablemente.

Veía que los ojos de su mujer habían perdido aquella opacidad desmayada que le daba una expresión de piedad. Dijo que estaba fatigado, se acercó a la cama y se dejó caer. Respiró hondo y al devolver el aire fue diciendo en un tono descendente:

–¡Han pasado años desde ayer!

Había atrapado un libro debajo, lo sacó y leyó el título: *Simbolismo religioso de los colores en la Edad Media*. Lo arrojó a un lado y dijo:

–Hace siglos se podían hacer ciertas cosas, pero hoy es imposible verlas sin protestar.

Ella no contestaba. El duque añadió:

–Matar como se mata hoy es una estupidez. Y hemos comenzado nosotros. La chusma está aprendiendo la lección. Si la aprende demasiado bien, ¿cómo vamos a extrañarnos?

La duquesa seguía sin hablar y él le preguntó:

–¿No tienes nada de comer?

Ella también tenía hambre, pero no había nada en el torreón. El duque fue a la despensa y a la bodega. Volvió con aceitunas, caviar y un enorme trozo de rosbif. Llevaba también una botella de champaña atemperada al fresco de la bodega. El duque abría la botella ahogando el taponazo y preguntaba por Rómulo. Ella le explicó lo sucedido. Contra lo que esperaban, el duque habló bien del jardinero. La duquesa se decía: «Hablará bien de todos. Tiene miedo a sus propios sentimientos. La sangre y los odios lo fatigan». Los dos callaban. Llenando un vaso el duque dijo:

–Háblame, querida. El silencio me pone nervioso.

–En estos momentos –dijo ella–, no debes tener en tu imaginación más que una idea fija: eludir el peligro y salvarte. Quizá si podemos aguantar unos meses...

El duque arqueaba las cejas:

–Unas semanas, digo yo –y temblaba el cristal entre sus dedos.

Bebía otro sorbo y añadía:

–Esteban dice unos días.

Ella se atrevió a bromear con la angustia de los tres:

–Yo creo que en los cálculos de cada cual intervienen las condiciones de seguridad en las que creemos estar.

El duque le quitó la idea de los labios:

–Lo he pensado también. Tú piensas que la victoria tardará en llegar unos meses porque te crees en el caso de poder esperar unos meses escondida aquí. Yo, que sólo puedo aguantar unas semanas, espero la victoria más pronto. Y Esteban dice que unos días. Es un optimista. Yo en su caso diría unas horas.

El duque rió y aquella risa fue lo primero que le gustó a la duquesa en él. Encendió el duque otro cigarrillo, fumó más de la mitad en silencio y volvió a hablar lentamente arrojando el humo entre las palabras:

–Si hubiéramos ganado seríamos héroes de la patria, de la cristianidad, etcétera, etcétera. Felices los que han hecho lo mismo en Valladolid. Pero en Madrid no hemos ganado, y ¿qué somos? ¿Qué somos diez horas después?

–No bebas más –le dijo la duquesa.

–¿Por qué? ¿Crees que estoy borracho?

–Si has de salir de aquí antes del amanecer es mejor que no bebas mucho.

Ella tenía miedo al miedo de su marido. El duque se sentó en el diván con una repentina susceptibilidad. «No quiere que beba demasiado –pensaba– porque no podría salir de aquí y la perspectiva de que me quede le molesta» .

–No te preocupes. Pienso marcharme en cuanto fume este cigarrillo.

Cuando él esperaba que la duquesa se pusiera tierna e hiciera protestas de amor le oyó decir:

–Harás bien. Y la próxima vez, si quieres quedarte aquí más tiempo, no vengas con Esteban.

–Es verdad –dijo él, convencido–. Siempre tienes razón en las cosas prácticas.

Se le acercó, la besó en el cuello y dijo:

–Somos reos. Su excelencia el reo de Alcanadre. Su excelencia el marqués de R. Reos a quienes va siguiendo el verdugo de esquina en esquina. Yo tengo a veces la impresión de verlo y hasta de oírle decir cada vez que me detengo y miro atrás: «Hola» .

Le vibraban las aletas de la nariz:

–¿Qué perfume llevas?

–Ninguno.

Se acercó más al duque y le dijo confidencialmente:

–¿Sabes qué me ha dicho el cerdo de Esteban?

–¿Qué?

Que si me quedo aquí demasiado se le pondrán los dientes largos.

La duquesa pensó: «El hermoso Satán va demasiado lejos en su desenvoltura con él». El duque la abrazó. La duquesa se ciñó también a él dulcemente, desde las rodillas a los hombros. Ella alzó la cabeza para besarle, pero en aquel momento el duque miraba por encima del hombro de ella con un gesto distraído y contrariado la hora en el reloj pulsera y ella vio ese gesto en un espejo. Sintiénolo completamente fuera de «situación» se desprendió un poco ofendida. Fue saliendo a la otra habitación y el marido la siguió. Ella se sentó en el diván. Había tomado al paso el libro que estaba en la cama y lo abrió al azar. La mirada cayó sobre unos renglones que hablaban de la «locura del color verde, que podía ser locura mística o carnal». El duque preguntaba:

–¿Te has ofendido por lo que dije de Esteban?

Ella negaba con la cabeza y se levantó:

–Es tarde.

No sabía en realidad la hora que era y lo decía con un acento tan neutro que el duque podía percibir, si lo quería, algo parecido a la complacencia. Ella se alegraba de que fuera tarde. El duque se dejó caer en un sillón:

–¿No sabes que esta visita puede ser la última? –dijo usando un argumento que hubiera querido evitar.

–Sí. Lo sé.

Los dos callaban otra vez. En el vacío interior del duque había algo como aves rapaces que volaban blandamente.

–¿Es que te he ofendido?

La duquesa negaba con la cabeza sin convicción y sin querer convencerle a él. Como no hablaba, el duque se encerró también en su silencio. Después se levantó y dijo que quería tomar un baño. «El agua no saldrá limpia en toda la noche», dijo ella recordando que las tuberías de aquella parte del palacio no se habían usado hacía tiempo. El duque insistía. «Es una estratagema –pensó la duquesa– ya conocida. El duque tiene una confianza un poco cómica en su cuerpo desnudo». Añadió: «Si quieres esperar...». El duque callaba y cuando parecía dispuesto a marcharse ella fue al baño y dijo desde la puerta:

–Quizá puede arreglarse.

El agua caliente que salía sucia iba, sin embargo, poco a poco bajando de color. Al ver que en cinco minutos estaría resuelto, el duque asoció la reciente advertencia de la duquesa –«en toda la noche no saldrá agua limpia»– con la anterior en relación con la hora y volvió a encerrarse en su reserva. Ella quería echarlo. La duquesa se irguió con una especie de digna lamentación y fue a su alcoba. Se quedó mirando un cuadro. Era un grabado francés del siglo pasado que no podía contemplar sin estremecerse. Representaba la salida de un baile, y entre chisteras, gabanes de pieles, sonrisas y prendidos de lores una macabra invitada (un esqueleto vestido de mujer) se inclinaba con un escorzo coqueto en su cintura y parecía estar oyendo por los agujeros de su cráneo algún madrigal. La duquesa probó a descolgar aquel cuadro, pero el marco era pesado y además estaba colgado de un hilo de metal que subía hasta el friso.

Cuando el duque salió del baño con una toalla arrollada a la cintura, ella se apresuró a pedirle que sacara aquel cuadro de allí «antes de marcharse». El duque la miró sin saber qué pensar, se acercó al cuadro y vio al pie de la estampa una frase impresa en grandes caracteres: *Les charmes de l'horreur n'enivrent que les forts*. Ella se dijo: «Embriagan a los fuertes como Esteban». Trataba el duque de descolgarlo subido en una silla. La duquesa lo miraba casi desnudo y repetía para sí: «Tiene como siempre una confianza infantil en su cuerpo». Pero si aquellas exhibiciones atléticas eran un elemento de facilitación, a la duquesa no se lo parecían nunca y en esa falta de acuerdo había un espacio que resultaba desairado. Ella explicaba acostándose:

—Me irrita y asusta la idea de que ese esqueleto tiene un atractivo de juventud. ¿Cómo es posible?

El duque salía con el cuadro a la antesala y lo dejaba de espaldas apoyado en el muro. La duquesa suplicaba:

—No lo dejes ahí. Eso es peor.

Salió el duque con él por la sombría escalera y lo llevó al piso inferior del torreón, al piso cuarto. Poco más tarde regresaba, pero la duquesa no estaba satisfecha:

—Tengo ahora frente a la cama el hueco de ese cuadro en el muro. ¿No podrías cubrirlo con algo?

El duque se impacientaba un poco pálido:

—Tú dirás.

—Pon ahí otro cuadro, pero no lo saques de la antesala. Tráelo de la biblioteca.

El protestó:

—Me obligas a vestirme y a salir por ahí encendiendo luces y llamando la atención.

La duquesa lo vio acercarse al lecho, alzar la sábana. Era un enorme lecho de matrimonio, pero ella hizo un gesto de contrariedad.

—Si te molesto... —vaciló él.

—No, pero hace demasiado calor.

Fue a un armario y sacó una sábana nueva que se reservó para sí, dejándole la otra entera a él. Explicaba que con dos sábanas y evitando los contactos estarían bastante frescos los dos, pero el duque la derribó y la venció por la fuerza. Ella había sido la esclava pasiva, sin participar del festín. El duque, con los nervios flojos, respiraba profunda y pausadamente. Tuvo un comentario entre deprimido y sarcástico:

—Espero que no me obligues a disculparme.

Ella callaba, por venganza. Pero estaba vencida moralmente también. El duque, viendo que no contestaba, comenzó a monologar. La duquesa veía que los espacios vacíos y helados de donde salían aquellas palabras iban poblándose poco a poco de formas vivas y de brisas calientes:

—No son muchos años treinta y dos, ¿eh? Te tengo aquí a mi lado y es todo lo que tengo. (La duquesa se decía: «Necesita, como siempre, las confidencias después del amor».) He pasado todo el día bajo un sol abrasador al lado de un loco. (La duquesa preguntó: «¿Esteban?».) Sí, al lado de un loco que pone en sus actos una disparatada congruencia. ¿Qué hacer con él? Aunque lo maten, yo creo que eso para él es una broma más. ¿Tú lo concibes? Tengo la impresión de que le gusta eso. No creas que hablo por hablar. Lo que voy a decirte no lo creerás, como no lo creería yo mismo si no lo hubiera visto. Hablaba Esteban con un obrero de una patrulla armada y le estaba hablando mal de sí mismo en tercera persona. Le hablaba de la necesidad de colgar al marqués de R. y decía que ese marqués era uno de los grandes culpables. ¿No es eso estúpido y loco? Afortunadamente el obrero ni conocía ese nombre ni creo que se le haya quedado en la memoria ligado a la cara idiota de Esteban, pero ¿tú lo concibes? Hacía esas

cosas terriblemente tranquilo. (La duquesa pensaba: «Admira a Esteban. Le admira y quizá le tiene miedo» .) A mí tampoco me importa morir... ¿tú comprendes? Un día u otro tiene que ser y se ven las cosas demasiado cerca para detenerse a pensar en ellas. No debe ser tan terrible. En definitiva, antes de morir uno vive todavía. Lo mismo que ahora. Y después de morir, ¿qué más da?

Se incorporó, se sentó en la cama. Miró a su mujer, tratando de leer en su expresión. La vio tranquila y amistosa, diciendo: «No debemos hablar de esas cosas. ¿Para qué? En algún lugar la muerte está hablando de ti y de mí –ella pensaban en la estampa francesa–. Dejémosla que hable y que haga lo suyo cuándo y cómo y dónde deba hacerlo. Es su asunto y no el nuestro». Y después de una pausa le preguntó por qué no había cubierto el hueco del cuadro que descolgó con otro del mismo tamaño. El duque, disgustado, se levantó con una pereza impertinente y desapareció por la escalera del torreón. Cuando volvió y colgó el cuadro nuevo ella le mostró una gratitud infantil. La noche tomó un acento idílico en el cual lo amenazador de las circunstancias no fue sino un aliciente más. Se cambiaban perezosamente palabras cuyo sonido andaba por esos reversos de la realidad por donde anda el eco.

El amanecer llegaba lentamente. Antes de las primeras luces el duque se acordó repentinamente de Esteban.

–Nos hemos olvidado de que está esperando abajo.

–Que espere –dijo ella.

–No. Tú no sabes quién es él. Sería capaz de subir.

Hablando de Esteban se despidieron en la escalera. El nombre del «diablo» fue de los labios de él a los de ella con una misma simpatía. El duque, antes de marcharse, le recomendó que tratara afectuosamente a Rómulo. [...]

V

[...]Rómulo subió las escaleras del torreón en busca del zapato del capitán, que podía ser un indicio si la policía llegaba y hacía un registro. Cuando lo encontró se vio tan cerca de las habitaciones de la duquesa, que no pudo resistir a la tentación de entrar. El enano, que a veces se sentía en peligro lejos de Rómulo, se le pegaba y lo seguía a todas partes como un perro. El vestíbulo estaba desierto y los cristobillas caídos en la alfombra. Por las ventanas sin cristales entraban el viento y la lluvia. Había allí un silencio y un frío desoladores. Los cuadros del muro eran más luminosos que antes y el silencio le hería cada vez más profundamente. Vio papeles en la mesita donde la duquesa solía escribir. Se acercó a ver si había alguno para él, pero no encontró nada. El enano iba y venía y metía las narices en todo con una refitolera facilidad. En un libro que seguía abierto y cuyas páginas estaban a medio escribir por la duquesa, Rómulo leyó: «El *diablo* no vuelve. Quizá lo han matado». ¿Quién sería «el diablo» ?



Rómulo sospechaba que era su amante. Fue volviendo al ascensor con el zapato en la mano, pero con un gesto de indiferencia lo volvió a arrojar sobre el diván y se marchó. El enano veía esas maniobras sin comprender y sin preguntar.

Rómulo no dormía y el insomnio lo hizo enflaquecer. Los milicianos le habían preguntado varias veces qué le pasaba. «Nada – decía Rómulo –, las heridas, que no acaban de cerrar». Esto era verdad. El médico le extrajo sangre para un análisis más, pero Rómulo se decía que no podía curarse porque la angustia mantenía su carne febril y sus nervios estaban en una tensión constante. El médico le dio unas capsulitas para dormir. Rómulo durmió bien dos noches y vio que sus heridas cerraban por fin. Abandonó los bastones. Se sentía acostumbrado a su dolor y la angustia desapareció para dejar paso a una depresión más ligera, pero constante. Aquellos días, los bombardeos sobre Madrid arreciaron y las bombas destruyeron, entre otros lugares, una escuela en la que murieron más de doscientos niños. Se hicieron muchas fotografías de los pequeños cuerpos rotos, que tenían una fuerza expresiva salvaje, y se divulgaron como propaganda. Cuando llegaron a manos de los milicianos, éstos hicieron comentarios de indignación y *Elena* miraba las fotos y se limitaba a decir:

–Subieron al cielo. Los angelitos subieron al cielo.

Rómulo iba y venía por el parque sin hablar con nadie. Había dado las llaves de la bodega a un nuevo oficial, que iba sacando las botellas por docenas para enviarlas al frente o a los hospitales. Todo se hacía sin contar con él y Rómulo no quería tampoco saber nada.

La policía había llegado bajo las denuncias de Cartucho y se limitó a levantar una acta de las acusaciones y pasarla a la dirección de los Servicios Especiales». La declaración de Rómulo no tuvo más importancia que las de los soldados de la guardia.

Eran frecuentes las bromas con el enano. López le preguntaba:

–Se hará justicia estricta. No venganza, sino justicia.

Cartucho no podía tragar al enano y no disimulaba su aversión. *Elena* se dio cuenta y se mostraba con él más servicial que con los otros. Refiriéndose a Cartucho solía decir lo mismo que decía de Rómulo, que era un caballero, aunque a sus espaldas lo decía en diminutivo: un caballerito. Antes de acostarse, por la noche, el enano cerraba cuidadosamente las brechas que en la puerta del garaje habían dejado las explosiones la noche del bombardeo.

Ya completamente restablecido, Rómulo esperaba el pasaporte militar que había solicitado. Pensaba en la duquesa como en una promesa grandiosa a plazo fijo. Entretanto, trabajaba en la tierra ayudando a los milicianos. El parque estaba bastante estropeado en la parte más próxima a su antigua vivienda. Los milicianos acarreaban la tierra en carretillas cuyos ejes gemían lastimeramente. Rómulo contaba las horas que faltaban, según sus cálculos, para recibir el pasaporte. Tenía en relación con él sentimientos confusos y contrarios y los atribuía a aquel cielo gris que un día y otro cubría la ciudad. Desde que se fue la duquesa no había vuelto a

salir el sol. Se sentía flojo y desorientado. A última hora de la tarde estaba tan sensitivo que no podía tolerar el gemido de la rueda de la carretilla y fue a engrasarla. Como sus heridas de la pierna, las del jardín habían quedado reparadas.

Rómulo se iba de vez en cuando a su cuarto, se sentaba en la cama y se quedaba mirando el muro. «Ella me espera en alguna parte», se decía. Necesitaba mantener aquella ilusión aunque supiera que no había en ella una promesa concreta.

El enano salía poco del palacio, pero cuando se asomaba a la calle no faltaba algún rapazuelo que llevara su curiosidad a extremos impertinentes. El enano lo sabía y estaba siempre en guardia. Dos pilluelos de once años le cantaban al verlo:

*Me casé con un enano
por tener con qué reír;
le puse la cama en alto
y no se podía subir.*

La picardía de la canción y la inocencia con que la cantaban hacían un curioso contraste. El enano respondía:

—¿Por qué no vais a la escuela? Las escuelas se van poniendo ahora muy interesantes.

Y reía con una corta risa gutural.

Un día el enano le dijo a Rómulo: «¿No sabe que el Barreno me busca por la noche? Como maté a su hembra, ahora me busca el bulto». Mostró un cuchillo que llevaba en el cinto como precaución. Rómulo se marchaba sin contestarle. El deseo de venganza de una rata le parecía una locura estúpida y, sin embargo, el miedo a esa venganza era una realidad y la tenía todo el día al lado. Pensando a veces que el enano podía estar loco tenía miedo de sus imprudencias, sobre todo de la posibilidad de que hablara un día de la duquesa.

Llegaba la cocina ambulante y los soldados se preparaban a comer. Rómulo no tenía hambre y se fue, poco a poco, hasta un banco de la avenida principal, donde se sentó. En el extremo de la avenida había un papel abandonado en el suelo, que con la brisa se levantaba por un lado y volvía a caer. Este hecho daba a Rómulo una sensación de alejamiento angustiosa. Rómulo pensaba: «Ella no me reprochó nunca verdaderamente el que yo me sintiera enemigo de los suyos». Poco después añadía: «Tampoco se ofendía cuando le hablaba bien de los milicianos. En ese plano que ella y yo conocemos, esas cosas no son importantes». Seguía esperando el pasaporte. Los fríos llegaron pronto y la hierba iba secándose. Quemándose. ¿Por qué ha de quemar el frío? «El frío del invierno le da fiebre a la hierba. ¿Es así cómo el frío quema? ¿Produciéndole a la hierba un fuego de la raíz y de la entraña, como pasa con las personas? Hay un frío que quema». Lo sentía Rómulo y se decía que, con la desaparición de la duquesa, aquel frío había llegado al parque, al palacio y también a sus huesos de

campesino acostumbrado, sin embargo, al frío. Pero él iría detrás de la duquesa. El pasaporte podía llegar en cualquier momento. Rómulo pensaba en estas cosas sin dejar de regar el parque. A media tarde oyó la voz destemplada de Ortiz:

—Deja esa manga, Rómulo, si no quieres que nos volvamos ranas.

Cerró la llave del agua Rómulo y dejando la manga por el césped, como una serpiente muerta, se fue hacia el palacio sin decir nada. Llamó por teléfono a la comisaría de Evacuación y preguntó por su pasaporte. Le contestaron que estando en edad militar no podía salir de Madrid. Rómulo colgó el teléfono decepcionado. «Me iré sin pasaporte», pensó. Fue a las habitaciones bajas del torreón. Al entrar recordaba las apariciones de las que le había hablado Balbina. Pensaba en aquella llama delgada y azul que se movía en el centro de la habitación y recordaban, sobre todo, aquella voz que decían haber oído las doncellas: «Tengo sed». Aquella expresión —«tengo sed»— le parecía a Rómulo muy natural. Comprendía que después de muerta la duquesa madre podría tener sed por aquello del «frío que quema». Rómulo estuvo toda la primera parte de la noche en aquella alcoba y, con el deseo de respirar el mismo aire que había respirado la duquesa, subió después por la escalera interior del segundo piso. La antesala, en sombras, le recibió, como otras veces, con su aire frío que también tenía una entraña calenturienta. En el suelo seguían los cristobillas diseminados, con expresiones enormemente vivas. Rómulo fue tanteando en las sombras y encendió una lámpara en un rincón. La puerta del fondo estaba abierta y las sombras del dormitorio parecían heladas.

La Reina Hipotenusa estaba en el diván, caída boca abajo y asomada al borde, como si quisiera ver lo que hacían en la alfombra los otros muñecos. Rómulo, de espaldas a la puerta del dormitorio, creyó oír rumor de pasos descalzos. Al mismo tiempo, el susurro de una voz humana que decía, igual que el fantasma de la duquesa madre:

—Tengo sed.

Rómulo se volvió y vio a la duquesa en una larga camisa blanca. Rómulo acertó a preguntar:

—¿Qué dice?

Aquella figura se detuvo entre la puerta del dormitorio y el baño y dijo en voz baja:

—Tengo sed.

La duquesa abría y cerraba la boca, que se advertía seca y cálida. Rómulo fue al baño —la duquesa parecía no acertar con la puerta—, llenó un vaso y volvió a salir. La duquesa no estaba ya. Se quedó Rómulo con el vaso en la mano, mirando hacia el dormitorio, donde parecía agitarse aquella misma figura blanca. Rómulo entró y encendió una luz. El desorden del cuarto era impresionante y reveló de pronto a Rómulo que aquella sombra era la duquesa misma, que no se había marchado a Valencia y llevaba varias semanas allí, enferma y abandonada. La ropa de la cama había caído por el suelo. El gabán de pieles, hecho una bola oscura a los pies de la cama, parecía un oso encogido e inmóvil. El cuarto estaba helado y un vien-

to no muy fuerte gemía en el cristal roto. Sin saber lo que hacía, la duquesa se quitaba por un hombre la camisa y mostraba un seno desnudo. Parecía imposible que, en medio de tantas miserias, aquel seno siguiera siendo joven y fragante. Y aquel impudor no era el desprecio, como otras veces, sino la fiebre, el frío que quemaba. Era el delirio, y en él estaba también Rómulo, con su cara muda y pálida. La miraba sin acercarse, inmobilizado por el respeto a aquellos movimientos inconscientes, a aquella lejanía no sólo de él, sino de la vida misma. Veía su labio superior, un poco inflamado aún, con la pequeña herida cerrada, en un rostro que parecía de cera o de vidrio tallado y opaco. Rómulo le acercó el vaso con la mano temblorosa y ella lo tomó torpemente y, al beber, derramó más de la mitad sobre el pecho. No parecía percibir el frío de la camisa mojada y pegado al otro seno. Después de beber parecía buscar la cama a tientas, diciendo entre dientes palabras confusas. Cuando la encontró dejó en ella el vaso, que rodó y fue a caer sin ruido en la alfombra. Se acostó, arrastró sobre sí el pico de una sábana, dejando las piernas descubiertas, y cerró los ojos diciendo:

–Mi cabello...

Con los ojos cerrados seguía hablando: «Yo no tengo hambre». Rómulo cubría su cuerpo piadosamente. Todo estaba frío, las sábanas, las mantas, el gabán de pieles. Todos menos su cuerpo, que ardía. Rómulo rozó dos veces su muslo desnudo y ella dijo:

–Sí, Esteban. Estoy muy bien, Esteban.

Rómulo aguzó el oído, pero ella no dijo nada más. La veía Rómulo sin defensa, sin resistencia, e iba naciendo en él una inmensa confusión. Parecía haber olvidado la situación de la duquesa y se acercaba para no perder las palabras que parecía musitar entre dientes. Pensaba: «En su delirio no dice el nombre del duque, sino otro nombre. Quizás el de su amante». Se apartó un poco y dijo:

–Señora...

Volvía a llamarla, suplicante. Su voz estaba tan llena de ternura, que la duquesa lo percibió y dijo casi sonriendo:

–No creas que voy a morirme. Estoy muy bien.

Después, dijo otra vez el nombre de Esteban, y Rómulo fue a un rincón del cuarto y se sentó en una butaca. La miraba desde allí, sin pensar en nada. Veía la cabecera de la cama, de metal níquelado, con barras perpendiculares que parecían de cristal. Y oía, regularmente repetido, un ruidito seco –como un choque persistente de dos pequeños objetos de metal– que procedía de allí, de la cabecera. Se levantó y se acercó. Vio que el brocal de una bolsa de agua chocaba contra los barrotes casi imperceptiblemente, una y otra vez. Rómulo no sabía a qué atribuirlo, pero comprendió que los latidos del corazón de la enferma repercutían en la cama y producían aquel ligero choque repetido. Vio que la bolsa estaba fría. Fue al baño, calentó agua, renovó la de la bolsa y con ella caliente volvió a su lado. Había encontrado en el cuarto de baño un frasco con tabletas de aspirina y le dio a la duquesa dos, con un vaso de agua caliente. Poco des-

pués la respiración de la duquesa parecía más tranquila. Rómulo no sabía, sin embargo, si ella dormía o agonizaba. Al arreglarle la ropa descubrió sus pies, y tomándolos juntos con las dos manos los besó largamente. Estaban fríos y estuvo calentándolos con su aliento. «No me engañó», se repetía obsesionado. «no fue a Valencia. Ella no quería ir. No quiso escapar». Volvió a sentarse en el sillón y siguió mirándola en silencio. «Quizá duerme, quizás está durmiendo y despertará con su razón normal cuando haya descansado». Pasaron así dos o tres horas. Cuando Rómulo pensó en buscar un médico, se dio cuenta de que era más de medianoche y que no sería fácil hallarlo. Además, ¿qué mejor podía hacer ella que dormir? Y Rómulo recordaba: «Comenzó a estar enferma aquel día que yo hice hablar a las marionetas». Recordando aquel diálogo improvisado, Rómulo miraba al techo, a las paredes. Oyó después de medianoche arreciar el bombardeo. Le gustaba aquella rabia del fuego y las explosiones, aquella desesperación de las sombras en las que parecía que la vida del universo iba a acabarse. Rómulo se acercó a la cama y se sentó otra vez en ella. Algunas granadas estallaron cerca de las ventanas. Las explosiones despertaron a la duquesa, que abrió los ojos y los puso en Rómulo. Parecía mirarlo desde un país lejano:

—Rómulo, ¿por qué te has marchado?

Se incorporaba:

—Dame un espejo, Rómulo.

Rómulo miraba con estúpida atención uno de los dibujos de nácar incrustado en las maderas de la mesilla, que representaba un rey y una reina con una leyenda gótica al pie. Se levantó y le llevó un espejo, pero ella ya no lo quería.

—Escúchame, Rómulo.

Poco después, repetía lo mismo: «Escúchame, Rómulo...» y no decía nada. Se incorporó más. Apoyó la cabeza en el pecho de él y dijo con una fatiga creciente:

—Rómulo, tú... Tú eres el primer hombre que he conocido en mi vida.

Rómulo cría oír a los muñecos, a los títeres, alborotando en la puerta, y cuando la duquesa dijo: «Por qué gritan tanto?», se asustó Rómulo de la coincidencia. La duquesa besaba la mano de Rómulo y decía:

—Perdóname.

Tenía Rómulo la sensación de que ella se había ido. Y era verdad. La besó en la boca y le dijo después «¿Por qué ahora? Cuando aquella noche fue a sacar el puñal me miraste lo mismo que ahora. ¿Por qué entonces? ¿Por qué ahora? ¿Tiene que ser así? ¿Y sólo así te tengo yo? ¿Cuando ya no te sientes tú misma? ¿Por qué? ¿Es la ley? ¿La antigua ley?». Volvió a besarla, su boca estaba tibia aún. Hablaba para sí, pero con la esperanza de que ella pudiera oírlo aún, alzaba la voz:

—¿Que ley es ésa? ¿Es que las leyes de Dios sólo las entienden los muertos?

Nadie le contestaba. Vio al enano en la puerta. El enano miraba la habitación, la cama, con un expresión de terror:

–¿Es su excelencia la señora duquesa?

Rómulo no contestaba y el enano entró de puntillas:

–¿Ha fallecido?

Se levantó Rómulo y le dijo:

–No has visto nada, ¿eh? Si dices una palabra de esto te arrancaré la lengua.

Elena tuvo la impresión de que Rómulo había matado a la duquesa y por eso le amenazaba. Rómulo se dio cuenta:

–Ha muerto, pero nadie debe saber que ella está aquí.

El enano no se resignaba a una actitud pasiva:

–¿Qué haremos con el cuerpo?

Como otras veces, Rómulo no le contestaba y el enano se daba la respuesta a sí mismo:

–Y me quedaré de guardia en la puerta.

Un momento creyó Rómulo oír a los muñequitos gritar otra vez en el cuarto de al lado. No gritaban como seres humanos, ni como muñecos, ni como pollos o conejos –y ni siquiera como ratas–, sino como duendecillos traviosos.

La Tía Miserias cantaba:

–A la rueda, rueda de pan y canela y a la sangre antigua y a la sangre nueva. Y a la ley del mundo que corre y no llega.

El Tío Babú repetía:

–Al rescate todos de la juventud, desde el nacimiento hasta el ataúd.

Soltaba a reír escandalosamente. La Reina Hipotenusa parecía mirar aquel mismo motivo de un rey y una reina de nácar incrustados en la parte baja de una cómoda y añadía:

–Y desde las sombras hasta la gran luz.

Rómulo no sabía si había oído «la gran luz, o la gran cruz, o el arcaduz, o el testuz, o el carnuz, o quizás el capuz...»

–Yo me quedaré aquí haciendo la guardia.

Era el enano. Rómulo lo miraba sin comprender, y él añadía:

–Las ratas subirán. Seguro que subirán. Pero yo respondo del cuerpo de la duquesa.

Rómulo miraba aquel cuerpo. ¡Qué pureza en el misterio de su boca entreabierta! En la puerta veía otro muñeco y ahora no era la Reina Hipotenusa, sino el juez Don Requerimientos, que parecía rescatar también su juventud gritando:

–*Acta est fabula!*



Agustín de Foxá

Nacido en Madrid en 1906 y muerto en 1959 en la misma ciudad, Agustín, conde de Foxá, ingresa en la carrera diplomática en 1930 y en la Real Academia Española en 1956, poco antes de morir. Su profesión le hizo viajar por todo el mundo y residir en distintos países. Era un hombre muy culto y un estupendo conversador que animó a lo largo de su vida muchas tertulias. En el prólogo de la primera edición de sus póstumas *Obras completas* (Madrid, Prensa Española, 1963), Gonzalo Fernández de la Mora recoge este curioso autorretrato: «Gordo; con mucha niñez aún palpitante en el recuerdo. Poético, pero glotón. Con el corazón en el pasado y la cabeza en el futuro. Bastante simpático, viajero, desaliñado en el vestir, partidario del amor, taurófilo, madrileño, con sangre catalana». «Mi virtud, la imaginación; mi defecto, la pereza», solía decir de sí mismo.

Además de un escritor, Foxá fue, como tantos otros autores españoles de la primera mitad del siglo, un auténtico personaje. Conocerlo, charlar con él, era tan importante como leerlo. Estaba «cargado de anécdotas y de gestos memorables», en palabras del citado Fernández de la Mora, pero su espectacularidad personal tenía poco de exhibicionismo y aún menos de narcisismo. Era una especie de eterno adolescente, todo corazón y todo agudeza. Su «escritura» fue, ante todo, oral, desplegando su ingenio y su ironía en la efímera conversación más que en el papel o en el cuadernillo de notas. Pese a ello, su obra, literaria y periodística, es muy numerosa.

Como poeta neopopularista, publicó *La niña del caracol* en 1933. *El almendro y la espada* (1940) reúne, junto a poemas de corte intimista, otros de exaltación de la guerra civil, en la que militó de forma muy activa en el bando nacionalista. *El gallo y la muerte* (1943) es su tercer libro de versos más significativo. Como dramaturgo, es autor de *Cui Ping Sing* (1940), una deliciosa comedia en verso libre de resonancias nerudianas, ambientada en la antigua China, de *Baile en Capitanía* (1944), evocación con tintes valleinclanescos de la segunda guerra carlista, y de *El beso a la bella durmiente* (1948). Como prosista, publicó en 1938 su obra tal vez



más importante, la novela *Madrid, de Corte a checa*, recreación de los últimos tiempos de la monarquía y de los años de la República y de la guerra.

«Zambra y revuelo en la cacharrería del Ateneo. Llegaba don Ramón con sus barbas de padre Tajo, sucio, traslúcido y mordaz. Hablaba a voces contra el general Primo de Rivera». Así comienza la novela que hoy antologamos, con la clara presencia de Valle-Inclán, al que imita en el estilo y hace protagonista de las primeras páginas. Pero serán muy distintas las voces que nos vayan narrando la transformación de la ciudad de Corte en checa.

Mientras se encienden los faroles en la calle de Alcalá, en la *Granja el Henar* alborota Valle-Inclán, comentando el último estreno de Marquina, juegan al póquer los humoristas del *Gutiérrez*, ríen en una mesa al fondo Jardiel, Tono y Mihura rodeando a K-Hito, unos hablan del cine de Hollywood, de las últimas películas de Douglas Fairbanks y Mary Pickford, otros de la tensa situación política. Las tertulias hierven en cada cafetín madrileño.

Aquel verano todos parecen presentir que algo importante ocurrirá en la ciudad. Cuando Madrid amanece invadido por una muchedumbre que desborda las aceras del Paseo de la Castellana, al grito de ¡Viva la República!, Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma contemplan el espectáculo desde el balcón de la calle Eduardo Dato. Ese día Madrid se había quedado sin rey.

La Gran Vía tiene ya sus luces de colores verdes y rojos ordenando el tráfico. Van llegando a la casa de don Niceto los primeros vencedores, de ahí a la casa de Miguel Maura en Príncipe de Vergara: Largo Caballero, Rivas Cherif, Álvarez Vayo, Arconada, Bagaría, Sender, Luis de Tapia y toda «una nube de parásitos y rencorosos, republicanos de «toda la vida», que unas horas antes habían pordioseado en Gobernación un acta de concejal monárquico, masones durmientes..., estudiantes gafudos y pedantes de la FUE, catedráticos krausistas... taciturnos escritores del 98 y toda una turba de grandes fracasados... periodistas de *La Voz* y del *Heraldo*».

A los ojos de Agustín de Foxá el Madrid de Azaña «se hacía más chabacano y vanidoso», con más bares, más taxis, más salones de baile. Los teatros han cambiado sus nombres, en los quioscos se exhibían las revistas picantes «Muchas Gracias» y «El Frailazo». La Glorieta de Cuatro Caminos se convertía «en una especie de plaza de Cibeles proletaria».

Poco después veremos a la *Juventud Monárquica*, formada por poetas que leían al amanecer sus poemas a Felipe II, el *Romance del conde Arnaldos* o las crónicas de *Pero Niño*, y jóvenes estudiantes que hablaban del *Amadís* y *Don Quijote*, evocaban monasterios de monjes miniadores en un Madrid salpicado por el ruido de las bocinas y los gritos. Allí estaría también el joven José Antonio Primo de Rivera, escribiendo en su despacho de la calle de Serrano.

Los aristócratas en Biarritz, Bayona o San Juan de Luz. Todos prolongan su verano, sintiéndose un poco desterrados, perezosos, sin ganas de



volver al Madrid revuelto de Azaña. Meses después los intelectuales y las damas de izquierda hacen cola para ver la última cinta de Buñuel en el cine de la Prensa, en los descansos se habla de Freud y Picasso. Allí están Rafael Alberti, Neruda, Bergamín y María Zambrano, Rivas Cherif, Margarita Xirgu y García Lorca.

Nuestro joven protagonista ingresa en la Falange. José Antonio Primo de Rivera, junto con Dionisio Ridruejo, Rafael Sánchez Mazas, el propio Agustín de Foxá y José María Haro se disponen a escribir un himno «para que lo canten los muchachos». José Antonio traza el plan, todos participan, Agustín de Foxá resuelve la estrofa de los caídos: «Si caigo aquí entre otros compañeros / que montan ya la guardia en los luceros, / impasible el ademán». José Antonio añadió tres versos: «Si te dicen que caí / me fui / al puesto que tengo allí» .

El Gobierno inquieto, Maura se niega al ofrecimiento de Azaña de formar gobierno. Hay que armar al pueblo.

En todas partes se cuentan escalofrantes casos de injusticias, en uno y otro bando. Los paseos en coche hacia la muerte, los registros, la cárcel. Se fusilaba en todo Madrid, desde el barrio de la China a la colonia del Viso. Nadie se fía de nadie, las criadas «de toda la vida» se transforman en vengativas delatadoras de los señoritos, los chóferes, los vendedores, todos delatan. En la Zarzuela se dan funciones benéficas a favor de los hospitales, actúan puño en alto la Argentinita, Pastora, Pompof y Thedy; triunfa *Nuestra Natacha y Morena Clara*. En el cine Calatravas se proyecta *El pueblo en armas*.

El camarada Rosenberg, embajador de la URSS, llega a Madrid, que luce las banderas del *Komintern*, en su maleta *El acorazado Potemkin*, *La línea general* y *Los marinos de Kronstadt*. Azaña le recibe en el salón Gasparini.

Las últimas páginas de la novela las dedica Foxá a relatar los acontecimientos en el Alcázar de Toledo. El Alcázar acaba convirtiéndose en una obsesión: «Edificio silencioso, desmochadas las agudas torres de pizarra. Parecía muerto. Daba la sensación de que dentro sólo había cadáveres».

Meses después vibraba la muchedumbre en Burgos, brazo en alto, oyendo el Oriamendi, el Canto de la Legión y el de la Falange. Los escaparates de las librerías de Salamanca están ocupados por: *La defensa del Alcázar*, *La gesta heroica de España* y *El Sur de España en la conquista de Madrid*.

Agustín de Foxá fecha la obra en «Salamanca, septiembre de 1937, II año triunfal».





Madrid, de Corte a checa

[...]

Parpadeaba la Gran Vía con las luces verdes y rojas de los cruces. Se oían timbres, gritos, bocinas y frenazos. Autos charolados que volvían con el perfume de los tomillos de El Pardo, arrimaban lentamente en la acera de Pidoux, flanqueada de floristas, botones y vendedoras de lotería.

–El que toca, señorito.

Salían muchachos «bien», vestidos por Cid, con claveles blancos en el ojal y un aliento de whisky de barril.

–Sube, Pepita. Vosotros, en el «Ahí te pudras».

Pepita metía sus finos dedos con las uñas sangrientas de esmalte en los rizos platinados.

–Vamos a la Cuesta de las Perdices.

Pedro les miró con superioridad.

Ella subía del metro limpia y alegre.

–¿Te he hecho esperar?

Se fueron a cenar a la calle de la Cruzada. Atravesaron la silenciosa y provinciana callejuela de Santa Clara con la lápida en mármol, junto al balcón de la casa donde murió Larra.

Campaneaba solemne, como en Ávila o en Segovia, la iglesia de Santiago con el bajorrelieve del santo acuchillando infieles.

–Aquí cenaba de tapadillo Alfonso XII.

Así prestigiaba Pedro la modestia del lugar.

–¿Qué va a ser?

–Merluza rebozada y callos a la madrileña.

Les trajeron un vinillo áspero.

Estaban en un reservado pintado de azul. El mozo, con el delantal verde cruzado de rayas negras, colocaba los lavafrutas sobre la estufa apagada. Se besaban a hurtadillas.

–¿De postre?

–Carne de membrillo.

Salieron. Daba la luna en los solares puntiagudos de vallas malolien-



tes, donde se leía con letras negras: «Se prohíbe fijar carteles.» Allí mismo colgaban viejos –ya papel de aleluya– los anuncios de una antigua corrida. Había unos luceros claros y el cielo fosforescía fabuloso.

–Qué mal huele ahí abajo.

–Es un gato muerto.

Subían hacia la plaza de Oriente. Un farol de gas iluminaba un balcón falso, pintado con ingenuidad de visillo y palma de ramos, en la fachada ciega de una casa.

Dormía el Palacio vigilado por soldados de infantería de pantalones colorados. Sobre los dos estanques colmados, y el césped rodeado de las fantasmales estatuas de los reyes de piedra, se entibiaba en la noche el caballo encabritado de Felipe IV.

* * *

–Señor marqués de Robledo.

Voceaba el criado de la Real Casa. Se adelantó con su traje gris claro, los zapatos blancos de verano y la corbata de punto a rayas rojas y negras.

Se redoblaron las apuestas en el chalé de Tiro de Pichón.

–Diez libras contra una.

–Van.

Unos apostaban por el pájaro y otros por la escopeta.

–Siete a cuatro.

Negreaban sobre la pradera verde, regada, los cinco cajones que fingían la sorpresa de la caza en el campo.

–¿De cuál saldrá?

Pepe Robledo levantaba la escopeta, la encaraba. En el óvalo de la marca inglesa unos patos burilados.

Estaban tensos los cartuchos, granizados de brillantes perdigones de acero, cargados de una pólvora viva y seca.

La otoñal duquesa de Anaya fijaba en él sus impertinentes de oro.

–¡Qué bien conservado está Pepe!

Se oyó un solo tiro; se desarmó el pájaro en el aire como una pequeña sombrilla que se cierra. Cayó como un pañuelo.

–Bravo, Pepe.

–No ha hecho ningún cero.

Venía el guarda con la banderola de cuero por la pared de yeso encendida por las enredaderas. Un tejadillo rústico bajo los árboles. A un lado y a otro, los campos verdes del polo con sus límites de madera negra. Un *jockey* de paisano, bajito, recogía una bola blanca. Los operarios curaban la pradera de las huellas de negra tierra en forma de herradura. Se llevaban los caballos de patas de punzón con vendas blancas y la manta de franela amarilla con los vivos rojos, donde lucía la corona del duque de Toledo.

Mesas cerca de la pradera, entre las rosas salvajes, de púas, enroscadas en los hierros de la balaustrada. Sobre los manteles a cuadros naranja, los criados, con sus chaquetillas blancas, servían la merienda.

Muchachas «bien» de Madrid con trajes claros de primavera, labios en forma de corazón, los ojos sombreados de azul y el rimel brillante de las pestañas bajo las cejas depiladas como una línea de lápiz. Los «pollos», de azul o de gris, calcetines y camisa de seda con coronas bordadas y relojes de pulsera con los números inflamados de fósforo para la hora nocturna de la mesilla.

–Qué buenos pájaros ha hecho Fausto.

–Luis, en cambio, ha fallado mucho esta tarde.

Les gustaba llamar así «Luis, Fausto», familiarmente, por su nombres, a los Grandes de España.

–Tráenos más tortilla.

Merendaban chorizo y tortilla de patatas, porque estaban de vuelta de todo y lo que hubiera escandalizado a las niñas cursis de Molinero, les era permitido a ellos que se codeaban con los infantes. Voceó el ujier:

–Su Majestad el Rey.

Callaron las conversaciones y se redoblaron aduladoras las apuestas, casi todas, naturalmente, a favor de la real escopeta.

–Concede mucho hándicap.

Iba vestido de azul oscuro con tenues rayas blancas. Sobre el cuello blando, atravesado por un alfiler de oro, y la corbata alegre, su cara antigua pintada por Velázquez.

–Cuidado, Señor.

Se había cerrado de pronto la puerta en forma de valla puntiaguda, rozándole el rostro.

–A poco me quedo como los de la plaza de Oriente.

Celebraron el chiste. Era magnífico aquello de poder compararse con las desnarigadas estatuas, gesticulantes con las sombras de los castaños.

Trina Villaura untaba con mermelada de fresa el pan tostado, derretido de mantequilla.

–Si no falla el Rey, gano un alfiler.

Porque repartía premios a las señoras.

–Pájaro –gritó la voz que disolvía el Parlamento. Hizo un guiño el pichón tocado en el aire y, ya en la altura, recibió el segundo tiro, que levantó un puñado de plumas blancas.

–No cae dentro del campo.

Volaba torpe, goteando sangre caliente sobre el tejadillo del chalé. Todos miraban a aquel pichón irrespetuoso que no se rendía a la escopeta de S.M. Se perdía por el cielo rosa, hacia la Casa de Vacas, con un aleteo angustioso, posándose en las copas de los árboles ya con sol último.

–¿Quieres bailar, Conchita?

Ella aceptó; los músicos de la orquesta, con sus rojas chaquetillas, modulaban un tanto entre las enredaderas. Bailaban las muchachas entre los últimos tiros, ya a la luz difícil del crepúsculo.

El guarda Federico preparaba los resortes de las jaulas y mandaba al perro a recoger los pichones aleteando en la pradera.

—Hala, Richmond.

El *pointer*, blanco con manchas canela, volvía con el pájaro palpitando. Plumillas pegadas con sangre en su morro de goma. Federico, salpicado de viruelas, les apretaba dulcemente el corazón hasta que quedaba colgando la cabecilla irisada.

La hermosa duquesa Adelaida mandó traer el «mahyon» de los blancos cojines de su Hispano. Colocaron las murallas. Jugaban con ella Rosario Yáñez, la mujer de un banquero bilbaíno, el jefe de la Escolta Real y Perico Castro—Nuño. Le interrogaban:

—Me han dicho que eres de la CNT.

—¡Por Dios, Rosario, no exageres! —lo decía Perico sin gran asombro, y los demás sonreían comprensivos.

Porque era Castro—Nuño gran amigo de los republicanos.

—Esta noche, como con Felipe —se refería a Sánchez Román—, tiene mucho talento.

Y añadía:

—Desengáñate, Rosario; esto se va.

Lo decía a la sombra misma de la Monarquía. Movían fichas de marfil —vientos, bambúes, honores—, juego aristocrático de mandarines en el borde de mus y órdago a la grande de la revolución republicano—socialista.

—El dragón blanco.

Sonaban los tiros. Entre las cañiguerras venenosas y las florecillas del campo —amapolas y las hojas dentadas de las encinas — palpitan los motores caros bajo los radiadores níquelados, con bañistas desnudas y cigüeñas estilizadas sobre el tapón con gotas de agua caliente.

El crepúsculo incendiaba los miradores de Madrid, turbio con una neblina azul de lejanía. A través de los árboles eran un fuego vivo los cristales del Real Palacio, flanqueado de blancas terrazas y con la verdura triste del Campo del Moro. Se veían la Telefónica y la torre bermeja de Santa Cruz.

Y el Rey miró con tristeza su capital hostil. Sabía que allí lejos, en cafés, bares, ateneos y tertulias, se conspiraba contra él. Pero no imaginaba que allí mismo, entre sus amigos, algunos simpatizaban ya con la revolución.

—¿Cuál es el viento de moda?

—Cierra la muralla para que no entren los malos espíritus.

Mariposeaba de mesa en mesa Gil de Escalante, tejiendo su crónica para *ABC*. Le saludaban las muchachas adulatoras:

—Hola, Juanito. Oye, no te olvides de poner que ha venido también mi madre.

Juntábanse amorosos Gerardo Sierraclara y Luisita Fuentepalma en el tango último, ya con la luna sobre el campo. Y se acercó a las mesas Miguel Solís con el vaso de whisky, dorándole la mano.

–¿Qué hay, Rosario?

–¿Qué dices, Perico?

–Me han dicho que te casas en septiembre.

–Eso dicen.

–Menuda mujer te llevas. Pilar Ribera es la chica más guapa de Madrid.

–Lo malo son los suegros. Carlos es un pelmazo.

–Hace tiempo que no la veo.

–Están en la dehesa.

–Ayer me ha escrito.

Y exhibía una carta breve, seguramente dictada por doña Rosa, con la letra picuda de las Esclavas.

Atardecía. Empezaban a encender las luces de Madrid.

Al otro lado de la tapia, entre los restos fríos del crepúsculo, unos golfos –harapos y colillas amarillentas en la boca– acechaban los pichones moribundos. Corría el muro de yeso saltado y polvo de ladrillos, entre matorrales de espinos y ortigas y rendijas por donde asomaban los lagartos.

–Oye, pichi; éste es mío.

–«Amos» anda; a ver si nos vamos a quedar sin cenar.

Los remataban bárbaramente con un palo. Más abajo, el Manzanares, los puentes de Churiguera, la ermita de San Antonio y el tranvía chirriante de la verbena.

* * *

MADRID SE VACIABA EN VERANO. Habían acabado los exámenes. De pie, sobre un banco, el bedel Soria voceaba las papeletas:

–López y Artigas (don Manuel) Aprobado.

–Esteban y González Blanco (don Juan). Notable.

Le rodeaban ansiosos los estudiantes. Porque aquella mano humilde, con su galón descolorido, agitaba la carrera, la boda y el regalo de los padres o la perspectiva triste de los apuntes a máquina en las playas y montañas del veraneo. Monotonía de hipotecas y bienes parafernales entre las gotas de resina o la espuma de la ola.

El bedel era un hombre piadoso.

–Vélez–Aparicio (don Juan Antonio) –y hacía una pausa y entregaba la papeleta sin cantar la calificación.

– Menudo «cate» .

–No hay derecho, me las pagará don Adolfo.

Y el señor Vélez–Aparicio subía cabizbajo por San Bernardo imaginándose la bronca paterna.

–Carrillo y Pérez de León (don José Félix). Aprobado.

José Félix arrebató radiante la papeleta. Ya era abogado como el sesenta por ciento de los españoles.

Se fueron a cenar todos a Los Alemanes, de la calle de Zorrilla. Se les agregaron los de San Carlos. Joaquín Mora había aprobado Histología y el

taciturno Pedro Otaño tenía sobresaliente en Anatomía. Preguntó Jacinto Calonge, suspendido por tercera vez en Derecho romano:

—¿Dejáis ir a los cateados?

—Desde luego, vais a presidir; pero traeros chicas.

Jacinto se llevó a Mercedes. Julia Lozano no quiso asistir. Sabía que iba su antiguo novio, Joaquín Mora, y temía un altercado con Pedro Otaño.

Consolábase Vélez-Aparicio de su suspenso con una maravillosa modelo de las Sederías Lyon.

—Por ti voy a empapelar mi cuarto de calabazas.

Le acariciaba la mano blanca.

—¿Qué hay de comer?

—Primero, *choucroute* con salchichas.

—Perfecto. Tráenos unos barros con cerveza negra.

José Félix contemplaba a todos alegres y enamorados. Y se acordaba de Pilar, aburrída entre las encinas y los rebaños en su dehesa de Salamanca, entre los rezos interminables de doña Rosa y las disquisiciones heráldicas de don Carlos.

—Yo, una tarta de manzanas con nata.

Entró el teniente Moreno y se acercó a la mesa.

—¿Qué haces, Pedro?

—Celebramos los exámenes. Siéntate.

Moreno sólo hablaba de la conspiración. Todo iba muy bien. Se contaba con la Casa del Pueblo para declarar la huelga general en el momento del golpe.

—Debemos ver esta misma tarde a don Niceto.

Pedro estaba un poco cansado. Le apasionaba la República, ya cercana, mucho menos que cuando era un vago sueño.

—Podemos ir a la Academia de Jurisprudencia. Esta tarde habla Recasens Siches.

A las seis se sentaban en los rojos escaños circulares de la Academia. Aquello les recordaba el hemicycle del Congreso, cerrado desde hacía más de siete años. Todo en ellos era una nostalgia del Parlamento. Un infante borbónico, de ojos azules, cortesana armadura plateada y banda rosa, presidía dentro de su marco sobre un fondo de terciopelo. Encendieron los ramilletes de lámparas aplicadas y las dos doncellas de plata con sus tres velas de porcelana sobre la cabeza. Don Angel Ossorio, como un huda de paisano, dirigía el debate juguetón de alusiones y sutiles reticencias.

Moreno, audaz, ceceaba Guerra del Río atacando a la Monarquía. Recasens hacía citas de pensadores alemanes y el cura Sánchez del Olmo defendía la República amañando los textos de los Santos Padres.

—Si todos los curas fueran como ése, yo no hubiera sido anticlerical —musitaba Indalecio Prieto, gordo, sensual, con la pequeña boina bilbaína asomándole en el bolsillo del abrigo.

Y habló tajante Miguel Maura, cruzándose la americana a modo de reto. Levántose indignado, congestionado hasta la calva, don Victor Pradera.



Una farmacia en la Gran Vía. Escenas de la Gran Vía bombardeada.
Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid.

–Eso es falso. Aunque don Alfonso no sea mi Rey, debo deciros... –no le dejaban terminar.

–Cavernícola, fuera ese bastón.

–Que se coma el apellido.

Pradera, valiente, se crecía con la oposición. Aquello era lo que le gustaba. Se sentía agotado.

Ironizó Miguel Maura:

–Yo me imagino a su Santidad entrando en Madrid por el puente de Toledo, que es el más viejo, montado en un megaterio y buscando con un candil al hijo de la Beltraneja.

Rió plebeya la Academia. La excitaba don Angel Ossorio, funámbulo de la revolución, desencadenando al pueblo entre blandos discreteos.

Comentaban el mitin monárquico de la plaza de toros Monumental, y Vicentito Arellano, gafudo, pedante, hacía una sátira fácil entre la sonrisa embozada de los académicos. Aludía a los cuatro oradores.

–Hemos visto cuatro del duque de Toledo que resultaron mansos.

Alzóse airado Eugenio Vegas Latapié.

–Envuelto en la capa de Calatrava del duque de Toledo vengo a daros unas verónicas.

Se armó un escándalo formidable.

–¡Imbécil! ¡Fuera! –se oían gritos y bofetadas–. A ése, a ése –José Félix recibió un golpe que le encendió la oreja izquierda. Se volvió airado. Era Carlos Miralles. Los dos hermanos, con cinco amigos, atacaba a toda la Academia enfurecida.

Gritaba Vegas acogotado: ¡Viva el Rey!

Entraron los guardias y se llevaron a los monárquicos. Los delataba el teniente Moreno:

–Ése, que ha dado un grito subversivo.

En plena Monarquía los vivas al Rey se consideraban provocativos.

Acalmada la lucha, don Niceto subió al estrado. Hablaba florido, recargado, como un retablo de Churriguera. Ceceaba:

–Y ha de ser con suavidad de guante y «duresa» de «asero»

Tenía un copete de pelo blanco muy tenue y un perfil cetrino de operador cordobés.

–Como el Guadiana, que se «disfrasa» de trigo y de «flo» y «parese» de trigo y de «flo» y «parese» que se pierde en la tierra para «reapareser» más hermoso...

Con metáforas de claveles y pájaros defendía el Senado, el sufragio universal y cuanto hubiera que defender. Hablaba de una República conservadora, con obispos y propiedad privada, bajo la advocación de San Vicente Ferrer. Entusiasmado, gritaba Rey Mora:

–¡Viva el presidente de la futura República española!

Atronó la ovación. Don Niceto, con las manos extendidas y las palmas abiertas, sosegaba aquel oleaje de entusiasmo.

–Hay que exigir responsabilidades. Son responsables los antiguos gobiernos, lo son los secretarios de despacho de la Dictadura, lo es –y

subrayaba el nombre forzando la voz— el señor presidente del Consejo...

Alguien, más audaz, gritó, queriendo aludir al Rey:

—Y más alto.

Rápido, don Ángel interpretó maliciosamente la frase en un sentido auditivo:

—Se oye bien.

Pedro Otaño pidió la palabra.

—La juventud española no luchaba por una Monarquía sin Rey. Quería destruir todo el viejo Estado. Hacer una revolución auténtica, horizontal y vertical. Sacudir la raza adormecida con un ideal generoso y un ansia de lucha ardiente, derribando prejuicios y vejeces. Meter a la clase obrera y a la clase media dentro del cuadro honroso de la Patria.

No le entendían. Le aplaudieron poco. Eran retóricos y rutinarios, anticlericales a los Waldck-Rousseau, grandilocuentes y castelarininos.

José Félix estrechó la mano de Pedro.

—Tú ves claro.

Salieron a la calle. Hacía una tarde caliente y luminosa. Madrid olía a acacias en flor y a asfalto regado. Se dispersaron.

—¿Vienes, Pedro?

—Voy a la Universidad, a recoger mis apuntes. Los voy a vender a doña Pepita.

Pedro vaciló. Le dijo en voz baja para que no le oyera Joaquín Mora:

—No, no puedo; estoy citado con Julia.

El teniente Moreno le golpeaba la espalda.

—Has estado formidable. Le has dado un baño a don Niceto.

Notaron la falta de Jacinto Calonge.

—¿Dónde está ése?

Se mezcló en la conversación Vicentito Arellano:

—Se lo han llevado los guardias por monárquico.

—Es que lo es.

Vicentito se despidió. Desdeñaba la tarde clara y las muchachas. Cada año tenía más dioptrías en sus ojos de opositor a notaría.

—Me voy a la biblioteca. Tengo que preparar el programa.

Subieron por al antigua calle del Turco. En Alcalá unos grupos de la FUE daban gritos a la República y los guardias de Seguridad de a caballo simulaban pacientemente una carga. Levantaban con sus brazos, viejos y entecos, los grandes sables, que daban un vivo reflejo de sol contra los toldos veraniegos de los cafés. Se metía la multitud gritando en Negresco y la Granja El Henar, derribando los vasos de vermut y los platillos con aceitunas y las cáscaras de celuloide de las gambas.

José Félix llegó a la Puerta del Sol. Daban las ocho en el reloj de Gobernación. Tomó un tranvía y descendió en marcha cerca del puesto de periódicos que hay frente a la Universidad. Los chicos del Instituto del Cardenal Cisneros ensayaban sus primeros pitillos y chicoleaban a las muchachas orgullosos de sus pantalones largos. Entraban en la confitería y

pedían merengues y milhojas y una copita de Málaga. Los de tercer año todavía compraban en el quiosco las aventuras de Dick Turpin, el bandido inglés, con su casaca colorada y su peluca dieciochesca, que asaltaba las diligencias, y las de Búfalo Bill, a tiro limpio entre los bisontes y los indios americanos. Llegó a la Universidad, subiendo la gran escalera con estatuas de yeso, llenas de polvo y telarañas en los pliegues.

El bedel Soria le entregó los apuntes.

—Y enhorabuena, don Félix.

Le dio un duro de propina. Salió a la calle, bulliciosa de estudiantes, modistas y mujerucas de vida airada que entraban en los cafés mugrientos, con juegos de billares y pianolas incansables. Paseaba distraído por la acera cuando vio una ringlera de autos de lujos y un landó de caballos frente a la iglesia de las Comendadoras de Santiago. Entró. Se celebraba un cruzamiento. Colgaban de las oscuras bóvedas viejas banderas blancas con la roja cruz santiaguesa. Pendones de batallas moriscas y de romance fronterizo. Oía a incienso y humedad. En un altar, la talla del santo, no de matamoros, sino de tranquilo romero con las conchas peregrinas en talla policromada. Se empinaba entre la gente elegante que llenaba la iglesia. Sombreros con *sprits*, pulseras de brillantes, rasos y perfumes. Algunas sacaban el espejito para darse carmín con el lápiz dorado.

Tras el club revolucionario de la Academia de Jurisprudencia, aquella escena medieval le parecía un sueño lejano. Grandes caballeros, vestidos de blanco, con hieratismo de estatuas de alabastro, entraban y salían de la sacristía. Pliegues de toga y birretes con plumas.

Sentado en el sillón recargado de gran Maestre, el infante don Fernando de Baviera presidía con el monóculo reluciente sobre el ojo azul, alemán.

Decía solemne el marqués de Campoverde:

—Don Miguel Solís y Recalde de Aragón, Pérez de Ensenada y Zarcillo, ¿Queréis ser caballero?

—Quiero.

Entraban y salían. Se hacían saludos.

Le calzaban las espuelas.

—¿Juráis no haber matado ningún clérigo?

—Juro.

Trina Villaura comentaba con Encarna Sobrado:

—Miguel está demasiado tostado. Le sienta mejor el traje corto y los zahones que el hábito de Santiago.

Asentía, bella y juvenil, Pura Arrazán:

—Lo hace para su boda. Me dijo en el tiro que quería casarse de casco.

—Creo que ni aun así convencerá a Pilar. Ella está enamorada de José Félix, un hijo de Ramón Valdetero.

José Félix, pálido, anhelante, escuchaba el diálogo.

Allí estaba su rival. Vestido de blanco, arrodillado sobre un cojín de terciopelo con flecos de oro. El infante le daba el espaldarazo con la ancha espada de acero brillante.

–Don Miguel Solís y Recalde de Aragón, Pérez de la Ensenada y Zarcillo, que Dios y el apóstol Santiago os lo premien.

–Parece la sota de espadas –apuntaba irreverente Perico Castro–Nuño.

Se daban abrazos los caballeros. José Félix salió a la calle. Los chóferes y lacayos guardaban en los coches los grandes sacos de damasco rojo con los hábitos.

La madre del neófito, doña Gertrudis, aceptaba sonriente y llorosa las felicitaciones.

–¡Cómo hubiera gozado mi pobre Gonzalo!

Tenía prisa por llegar a su casa y repartir las cajas con bombones y dulces del cruzamiento, con la gran cruz del apóstol sobre el cartón forrado de seda.

Reconocía la gente a José Félix.

–¿Tú por aquí?

–¿Se le ha pasado ya el enfado a tu padre?

Apenas contestaba. En aquel momento salía su rival ya con traje de calle. Miró sus ojos parados, de acero; su cara enérgica, pero inexpresiva, tostada por el sol de la dehesa. Se tranquilizó. Pilar no podría nunca amar a ese hombre. Se fue andando hacia la Granja El Henar. Se encendían los faroles de la calle de Alcalá y hacía un calor sofocante. Entró en el café. Arriba alborotaba Valle–Inclán, comentando el último estreno de Marquina.

–Ese señor sólo hace merengues.

En las galerías altas del patio andaluz jugaban al póquer los humoristas que hacían «Gutiérrez». Aquel periódico satírico contribuía a extender el amable escepticismo en un Madrid ya demasiado desilusionado. Su héroe era aquel pobre jefe de negociado de tercera clase, con lentes, manguitos de oficinista y su gran calva, símbolo de la ciudad burocrática, pululante de opositores y covachuelistas.

Reía K–Hito ante el café humeante. Le rodeaban Jardiel, Tono y Mihura. El pelicularo Salado hablaba de Hollywood y de Belmonte. Herían las conversaciones de las tertulias.

–Ese pase no lo ha dado Marcial en su vida.

–Pues yo le digo a usted que eso no es torear.

O también:

–Dicen que hay crisis y que viene Romanones.

–¿De modo que aquí no ha pasado nada? ¿Cree usted que pueden olvidarse estos siete años indignos?

José Félix abandonó *La Voz* manchada de grasa y pidió el recado de escribir. Empezó: «Querida Pilar»; lo tachó. Estaba intranquilo por el diálogo de la iglesia; quiso ser más expresivo. «Pilar adorada...»

De madrugada llegaba la gente de los teatros. Volvían los del Infanta Isabel arrebatados por las carcajadas que les había proporcionado Muñoz Seca con su última astracanada.

–Es un bárbaro.

—Pero tiene gracia.

Pedían chocolate con churros ya con la leve brisa de la madrugada en los balcones. Un borracho encendía un pitillo frente a San José y se oían en el silencio de La Cibeles, bajo el reloj iluminado de Correos, el borbotear de una boca de riego reventada y el silbido de los trenes de la estación del Mediodía.

[...]

*¡Una, dos, tres,
muera Berenguer!*

Y respondían las mujeres insultando a la Reina:

«¡Viruta, viruta!...»

La multitud invadía Madrid. Era una masa gris, sucia, gesticulante. Rostros y manos desconocidas que subían como lobos de los arrabales, de las casuchas de hojalata ya en los muros de yeso y cipreses —con olor a muerte en verano— cerca de las Sacramentales, en el borde corrompido de Manzanares. Mujerzuelas de Lavapiés y de Vallecas, obreros de Cuatro Caminos, estudiantes y burgueses insensatos.

Algunos telegrafistas habían izado la bandera tricolor en el balcón de Correos y había un grupo de guardias civiles a caballo delante del Banco de España.

Daba el sol en la franja morada, recién estrenada, de la bandera.

*¡Una, dos, tres,
muera Berenguer!*

Cantaban estúpidamente los pareados insultando al Rey:

*¡No se ha «marchao» ,
que le hemos «echao» !*

Un grupo de modistas y marineros, algo borrachos, cogidos del brazo, gritaba dando saltos:

*Que se vaya
Que se vaya.*

con el mismo sonsonete taurino del «otro toro, otro toro» de las corridas soporíferas.

La multitud desbordaba por las aceras, se arracimaba en los tranvías. Grupos de golfos se instalaban en las ramas de las acacias.

*Alirón, alirón,
El Rey es un ladrón.*

Subía por la Castellana una mascarada. Un hombre de nariz borbónica con una corona de papel ladeada en la cabeza y dos grandes maletas. Le gritaban, riéndose, los falsos cortesanos:

«Vamos, Alfonsito; date prisa, que dan candela.»

Se agrupaban en los cruces. Sobre las vías azules del tranvía, palmo-teando:

—¡Que baile, que baile!

Y el guardia de Seguridad, sin cuello, tambaleándose, empinaba el frasco de vino y tiraba al aire el salacot de celuloide, con la placa municipal dorada del oso y el madroño.

—¡Vivan los guardias republicanos!

Bajaba por Atocha la última guardia de Palacio. Soldados despechugados con el ros de medio lado, levantando las botas de vino y confraternizando con el pueblo. Golfos harapientos sobre los cañones, sentados en los armones, con los gorros charolados de los artilleros en las cabezas manchadas de tiña.

Asomóse don Ramón al balcón de hierro de la esquina de la Magdalena. Su estirpe militar se sublevaba con todo aquello.

—¡Qué asco, qué vergüenza! ¡Pensar que nuestro hijo haya simpatizado con esto!

José Félix estaba en la calle con Pedro Otaño y los amigos de la facultad.

—Chico, Pedro, esto es una carnavalada.

—¡Qué importa! No te fijes en la anécdota. Detrás de esta gente está la *Gaceta*, nuestros intelectuales y la República. Ya verás qué España hacemos, alegre, limpia de prejuicios.

Negreaba la multitud por la Gran Vía; en su alero de golondrinas del piso último de la casa de la avenida de Eduardo Dato, Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma contemplaban el desfile.

—Ernesto, algún día esta masa será nuestra.

Daba el sol, suavizado por el cristal, en la tienda fresca del periódico *La conquista del Estado*, donde colaboraba la juventud revolucionaria que, a partir de aquel día, iba a dividirse en fascista y comunista.

Se sucedían los «vivas» a la República y los aplausos. Gemía cerca del Café de París un tranvía con gente en los topes y la pesadumbre del pizarroso techo colmado. Al lado del trole, un sargento de uniforme tremolaba una bandera roja.

Le aplaudían desde las terrazas de los cafés —¡Bravo, viva la República!— los orondos burgueses. Pasaban los curas por la calle; nadie les molestaba, únicamente un panadero, confundiendo la etnografía con el idioma de la misa, gritaba en la esquina de Peligros:

—Muera la raza latina.

Se exaltaba Joaquín Mora:

—¡Que ejemplo para Europa! Se cambia un régimen sin verter una gota de sangre.

En aquel momento se vertía la primera. Abriéndose calle entre el público que inundaba la Puerta del Sol, unos guardias cívicos arrastraban el

cuerpo tumefacto, hinchado de golpes y pisotones, de un hombre, que movía agonizante los ojos.

—Es un gitano que ha gritado «¡Viva el Rey!»

Moría por don Alfonso aquel hombre que sólo conocía de la Monarquía la rudeza de los tricornos.

—Bien hecho; hay que acabar con todos.

El concepto de libertad de pensamiento empezaba a cuajar en la joven República española.

Oían las calles a sudor, a vino; polvo y gritos. Pasaban los camiones con hombres arrebatados, enronquecidos, en mangas de camisa, y las golfas de San Bernardo y Peligros con los pechos desnudos, envueltas como matronas de alegoría en las banderas tricolores y rojas. Era el día de los instintos sueltos. Nadie pagaba en los tranvías ni en los cafés. Vomitonas en las esquinas, abortos en la Dehesa de la Villa, pellizcos obscenos y el sexo turbio que se enardecía en los apretones.

—Oiga, joven, no se aproveche.

—«Pa» eso estamos en la República.

Se oía el ruido metálico entre campana y arrastre de cañón hacia la plaza Mayor. José Félix cogió del brazo a Pedro Otaño.

—Vamos a ver qué pasa.

Un grupo de obreros arrastraba con una cadena, sobre los adoquines que daban chispas de pedernal, la enorme cabeza en bronce del caballo de Felipe III. Se veía su crin alborotada, el ojo hueco y el morro verduoso. La gente gritaba en la plaza Mayor. Sólo quedaba el pedestal de la estatua manchado por los cascotes de yeso.

—También hemos tirado la de Isabel II —se envanecía un mozalbete de trece años.

Llegaron a la plaza de Oriente. Volaban asustadas las cortesanas palomas de las cornisas, cuyas abuelas conocieron a Carlos IV. Los balcones estaban cerrados. Como un mar llegaban las oleadas de la multitud hasta las mismas puertas del alcázar.

—Que se vaya, que se vaya.

—¡Muera el Rey! —clamaba un estudiante encaramado en el brazo de piedra de la estatua de Recesvinto—. ¡Muera! —atronaba la muchedumbre. Frente a los jardines de la calle de Bailén, en el rincón callado de la fuente, las celosías y los *chamérops* del convento de la Encarnación, se había estacionado el grupo de los tiradores de estatuas. Rodeaban con un cable el cuello blanco de una reina de piedra.

—Traed picos.

Interrogó José Félix.

—¿Por qué vais a tirarla?

—Es la madre de Berenguer.

José Félix se acercó al pedestal. Leyó en la piedra una inscripción, entre una hormiga que subía y la mancha caliente del sol: «Doña Berenguela, Reina de León.»

Empezaron a flaquear sus ideales democráticos. Pensó que ningún

príncipe, por estúpido que fuera, podría llegar a tales simplezas. Y, sin embargo, amaba al pueblo. Le emocionaba aquella alegría infantil en medio de sus días miserables, aquella ilusión de una vida mejor.

Desfilaba Vicentito Arellano, el opositor a notaría, con una bandera roja capitaneando un grupo de chicos y chicas del Instituto Escuela. Pedro se quedó pálido. Vio en el grupo a Julia, medio borracha, del brazo del teniente Moreno.

—¡Julia!

—¿Qué hay, pelmazo? —le miró turbiamente y agitaba un trapo colorado.

Atardecía. Unos obreros lanzaban un camión contra la puerta principal de Palacio. Se oyó el ruido del bárbaro golpetazo, pero resistieron los goznes y se caló el motor. Se encendían los faroles de gas. A través de las reales persianas se percibían unos hilos de luz y José Félix imaginó la angustia de las rubias infantas y del príncipe enfermo, pálido sobre la blanca almohada.

Unos paisanos con brazalete rojo, los guardias cívicos, intentaban contener al pueblo.

—Respetad este Palacio, que es vuestro, ¡vuestro!

Y se lo creían los ingenuos albañiles de cocido y yeso y las avejentadas lavanderas, con las manos cortadas por la lejía.

Vigilantes en tanto los verdaderos dueños del Palacio y de la República, cursaban órdenes desde la casa de Príncipe de Vergara.

Don Niceto le había dado a Romanones un plazo perentorio:

—Don Alfonso debe salir esta misma tarde —iba a mirar el reloj y añadir simplemente «antes de las ocho». Pero se dio cuenta de que ya le vigilaba la Historia y quiso hacer una cita poética, con reminiscencia de Revolución francesa:

—Antes de la caída del sol, el Rey tiene que abandonar su capital.

* * *

—El que quiera seguirme que me siga —había dicho Miguel Maura con desparpajo madrileño—. Yo me voy a Gobernación.

Tardó media hora en atravesar la Puerta del Sol, compacta como la noche de uvas.

—Ese es Miguel Maura.

—¿Y ese señor pálido, con gafas?

—No sé.

Nadie conocía, todavía, a Manuel Azaña.

Estaba cerrada la gran puerta. La golpeó don Fernando de los Ríos, gritando con voz solemne:

—Paso al legítimo Gobierno de la República.

Abrieron; los guardias civiles le presentaron armas por primera vez. Pedro Otaño, detrás de los ministros, veía el hervir de la multitud enar-

decida. Era una mancha gris, con la pincelada rosa de los rostros. Sintió orgullo. Él era un poco artífice de todo aquello.

Corría por Madrid la noticia. «El Rey se va.» En el Campo del Moro bramaba el Dusseberg de don Alfonso. El Rey volvía de El Escorial, donde había ido a depositar unas violetas y despedirse de su madre. Contemplaba turbamente, a través de las lágrimas, la mole gris con sus ventanas verdes.

La consternación invadía Palacio. «El Rey se va» entraba en las reales antecámaras. «El Rey se va» llegaba a las caballerizas y a las cocinas donde los pinches de Su Majestad preparaban los dorados pollos para el caldo del Príncipe de Asturias y los hojaldres y helados de la real cena. «El Rey se va...»

Algunos fieles intentaban detenerle; Cavalcanti, La Cierva.

—Dadme, señor, el poder y en menos de dos meses os devuelvo una España monárquica.

Don Alfonso miró desde el balcón la gran plaza colmada. Insultaban ya a las infantas; le amenazaban. Recordaba las grandes manifestaciones en aquel mismo sitio, en sus días de gloria, cuando su boda, a la vuelta de su viaje a Italia. Comprendió que con unos escuadrones disolvería todo aquello, pero imaginó también la sangre de sus súbditos manchando el basamento de las estatuas de sus antepasados.

—No; me voy. No quiero verter una gota de sangre.

Bajaron las maletas al auto y la manta de viaje. Se despidió de la Reina, que recogía sus lágrimas en la espuma de un breve pañuelo. Besó al Príncipe de Asturias, enfermo; a los demás infantes. Le besaban las manos los Grandes de España, confundidos aquel día con los criados.

En el rellano de la escalera, como en las grandes ceremonias de presentación de credenciales o imposiciones del Toisón de Oro, estaban rígidos los alabarderos. Gritó al Comandante:

—¡Viva el Rey!

—No —corrigió don Alfonso— ¡Viva España!

Una lágrima bajaba por la tosca y curtida mejilla de un sargento.

Pepe Robledo, el as del Tiro de Pichón, iba detrás del cortejo. Pensaba que cada puerta que se cerraba detrás del Rey convertía el salón respectivo en sala muerta de museo. Salón de Columnas y de Gasparini, comedor de gala, salón del Trono con las irisadas arañas y los dorados leones, cielos luminosos de las alegorías del Tiepolo; detrás del Rey, todo quedaba helado y pretérito, encantado con una vejez de siglos. Imaginó los pivotes de madera con los cordoncitos de seda roja para impedir que el público tocase los relojes y los jarrones, los cartelitos explicando el siglo y lo procedencia de los objetos y la voz maquina de los futuros cicerones explicando a los turistas.

—Éste fue el cuarto de Su Majestad la Reina.

O también:

—Esta firma sobre el papel secante fue la última que trazó don Alfonso en la noche del 13.

MADRID, Sin Rey, experimentaba una extraña sensación de orfandad y temor. José Félix llegó tarde a su casa. En el sillón Renacimiento con su águila bicéfala encontró a su padre, abatido. El viejo coronel limpiaba los cristales de sus lentes; en realidad, lloraba. No le hizo ningún reproche.

—Tú eres joven. Esto no puede impresionarte, pero para nosotros, que hemos visto al Rey de niño...

La madre sollozaba en un rincón.

—¡Dios mío, qué va a ser de nosotros!

Habían mandado cerrar todos los balcones y José Félix sintió lástima de las grandes casas de Madrid, ciegas en la primera noche de la República. Aquellos hombres podían ser anticuados e incomprensibles, pero había cierto romanticismo, cierta tragedia al ver desmoronarse una institución que era su vida.

Se oían fuera los gritos, ya roncocos, del pueblo. De repente cesaron. Se escuchaba una salmodia religiosa y ese arrastre de pies propio de las procesiones.

—Es extraño.

La hermana se aproximó al balcón cerrado. Miró a través de las personas.

—¡Qué horror! Mira, José.

Asomose José Félix. Por la calle subía una procesión grotesca. Un individuo con peluca de largos cabellos fingía sobre una mesa el hieratismo del Cristo milagroso de Medinaceli.

Le rodeaban, riéndose, unos golfos con velas encendidas y salmodiando motetes.

—Ora pro nobis.

Se apartó con desprecio. Transcurría la noche. Las turbas intentaban asaltar el Palacio. Uno trepó hasta las ventanas últimas y, desde allí, insultaba a la Reina. Los fieles rodeaban a la Real Familia. Don Carlos no se apartaba del lecho del Príncipe. Se levantó para traerle un vaso de agua. A Pepe Robledo se le encendía la sangre.

—Cobardes, contra unas mujeres.

Empezaba a amanecer rosa. Se distinguían en la neblina de la aurora los árboles del Campo del Moro y la mancha verde de la Casa de Campo. Corría en tanto el auto del Rey hacia la espuma de Cartagena, hacia el destierro. Cruzaba pueblos donde ya se celebraba la República con bailes públicos y cohetes. Hacía una noche clara, cuajada de luceros.

Al pasar por Aranjuez, el Rey percibió el olor a tierra mojada de sus jardines y el platear del Tajo. Allí cerca estaban las falúas reales de su abuela Isabel, recargadas en popa como un retablo. El faro derecho iluminó una verja con la corona real. Detrás se veía un gran jarrón dieciochesco con cuernos de abundancia y balas de cañón en las asas. Le ceñía un rosal ya dormido.

Así pasaba en la noche el último Rey de España...

[...]

Junto al flautista de porcelana de Sajonia, la radio encendía su botón acaramelado de luz.

Se oía el *speaker* de Gobernación.

—Señores radioyentes, en este momento se aproxima a nuestro micrófono el excelentísimo señor don Manuel Rico—Avello.

Todo eran largas y dilaciones. «Aún no se tenían datos concretos; faltaban los votos de varios distritos electorales. En Castilla se acusaba, sin embargo, un ligero predominio de la candidatura de derechas.»

Hablaba cada diez minutos. La familia estaba reunida en el comedor. Don Carlos se atragantaba con un trozo de merluza rebozada.

—Me parece que vamos ganando.

Doña Rosa había hecho promesa de llevar el hábito del Carmen si ganaba Gil Robles.

—Dios aprieta, pero no ahoga.

Asentía por Angustias, sentada en un extremo.

—Nuestro Señor tiene que protegernos.

La habían sacado del convento para votar; iba vestida de señora con esa dejadez de la gente religiosa cuando abandona los hábitos. Una falda larga, grandes zapatos, cuello emballenado y una blusa ancha de color indefinible.

Sor Angustias no comprendía nada de todo aquello; decía con ingenuo asombro:

—Sólo he salido dos veces del convento. La primera en Barcelona, cuando las masas de Lerroux asaltaban los claustros. La segunda ahora, para votar a favor de Lerroux.

Era todo un síntoma de la política española.

Teresa le gastaba bromas.

—Está usted muy elegante; va usted a hacer conquistas.

—Quita, hija, valiente adefesio; se me nota enseguida que soy monja; sino, la prueba.

Y señalaba un trozo de esparadrapo que le cubría la sien derecha. Las habían apaleado los de las juventudes socialistas al bajarse de un taxi en la plaza de Antón Martín. Ella se había defendido, débilmente, con un paraguas.

Aquellas elecciones habían abierto las más recónditas clausuras. Y salían las monjas con ojos asombrados de desenterradas. Algunas habían entrado de mocitas, abandonando un Madrid de coches de caballos y sombreros de paja, la Reina Cristina, la Salve de Atocha, los barquilleros y el Café Suizo, y resucitaban a una ciudad hosca de taxis y huelguistas con monos azules, y rascacielos. Aquello era sin duda, el mundo, el primer enemigo del alma.

Y Sor Angustias evocaba sus lentos y suavísimos años entre celosías y yesos, preparando dulces, almíbares, entre rezos y bordados y los higos jugosos de la huerta picoteados golosamente por los gorriones. En torno de los viejos muros se había transformado la ciudad. Habían variado los carteles pegados al convento cerrado. «Votad a las derechas o a las izquier-

das» , «Maura si o Maura no» , «Viva el Rey o viva la República». Habían asesinado a Canalejas y a Dato y pasado el ataúd de Primo de Rivera por los jardinillos de las afueras y ya el Rey no estaba en su palacio. Habían pasado los coches de caballos y los primeros autos con cadenas, y luego los modernos, y las mujeres del barrio perdían la fe y ya no llevaban la vela rizada a San Antonio y cuando sus hijos tenían anginas llamaban al médico de la Casa de Socorro y no colgaban del altar de San Blas la rosquilla de cera que simbolizaba una garganta, y se secaban, sin reponerlas, las palmas y los ramitos de tomillo del Domingo de Ramos, y los obreros, que ya no vendían el colchón para ir a los toros, ni se divertían en los columpios el día de San Cayetano, se hacían de los sindicatos y asesinaban en las esquinas, y el socialismo penetraba en las buhardillas y en los barrios, apagaban los farolillos de las verbenas, quitaba el patrón de la imprenta y ya no subían el día de San Antón con los burros y las mulas enjaezadas para la bendición de la cebada, porque iban a la fábrica en bicicleta.

Y ellas continuaban aisladas, dormidas en otro siglo, rezando maitines, poniendo rosas en el mes de María y vistiendo maternalmente, a falta de hijo propio al Niño Jesús con bordados y lentejuelas.

Y de pronto las elecciones las habían arrancado de aquellos siglos. Sonaba la voz del confesor en el teléfono de la portería.

—Sí, señor vicario, perfectamente; presente mis respetos a su ilustrísima.

Y se fue por aquel mundo de frescas penumbras, celosías y olor a velas apagadas a buscar a la madre superiora. Deslizábanse blancas, pálidas, silenciosas, las hermanas entre las tumbas de alabastro de las infantas fumadoras.

—Madre Teresa, perdóneme vuestra caridad, telefonéan del obispado que tienen que votar las hermanas. Mañana mandarán unos autos a recogerlas.

Añadía para tranquilizarlas:

—Irán protegidas por los jóvenes de Acción Popular.

Aquello anonadó al convento. Las familias amigas les enviaban trajes seglares, faldas, blusas, viejos sombreros con plumas disecadas.

Salían muchas a la calle después de treinta o cuarenta años de clausura. Veían las luces de los escaparates, de los cines. sus ojos acostumbrados a la luz de aceite del sagrario; escuchaban ruidos, bocinas y frenazos sus oídos, habituados a la dulzura de los salmos. Las recibían con odio; en algunos barrios las apedrearón.

—Dale a esa tía «carca» que se traga a los santos.

Veían carteles horribles; escobas que barrían a frailes y monjas entre cucarachas y sapos, y gordos obispos golpeando con un Cristo a obreros encadenados. Resumía sor Angustias suspirando:

—Estoy deseando volver a mi celda.

La atajaba, protector, don Carlos.

—Hasta que esté usted mejor de su herida y haya un Gobierno fuerte, usted no se mueve de esta casa.

Seguía sonando la radio. En los intervalos de la música de baile se oía cada diez minutos la voz del señor Rico-Avello:

—Todavía no se tienen noticias precisas. Faltan muchos datos para formarse una idea concreta. El orden es absoluto en toda España.

Arrebatada, entró Teresita en el comedor.

—¡Noticias! Acabo de telefonar con una sobrina de Martínez de Velasco. Hemos triunfado en toda España.

Levantóse don Carlos.

—¡Alabado sea Dios!

Doña Rosa solicitó un padrenuestro en acción de gracias. Subió alborozado el padre Anselmo del archivo, confirmando la noticia. Aduladores, los criados felicitaban a los señores.

—De modo, señor conde, que hemos ganado.

—Sí, Francisco.

Y el viejo criado ponía una cara de falsa alegría, porque en realidad él había votado a las izquierdas.

No cesaba el teléfono. Jubilosa la burguesía de Madrid, se daba parabienes y esbozaba proyectos risueños. Telefoneaban los Cereceda, los Casapiente y María Aguilares. Todos iban más allá de la realidad.

—Vaya, se acabó la revolución.

—Ahora tenemos Gobierno para treinta años.

Se exaltaba don Carlos.

—Dentro de dos meses tenemos al Rey en Madrid.

Y pensaba en su traje de mayordomo, amortajado entre la naftalina.

Mas ruidosa era la alegría en el palacio de la duquesa de Anaya.

El viejo duque brindó por Gil Robles, salvador de España y futuro regente del reino. Pensaba en sus dehesas de Extremadura salvadas de la reforma agraria. Pero se limitó a decir:

—La religión se ha salvado.

La duquesa sonreía a Pepe Robledo.

—Te veo dentro de unos días, otra vez, en el Tiro de Pichón.

Muchos creían que se había cerrado el ciclo de la revolución; que España volvería al año 28, que no había pasado nada.

Miguel Solís —volvía enrojecido de Chicote— atronó la casa: «Hemos ganado las elecciones.»

Corrieron jubilosas las hermanas y los cuñados.

Dogmatizó doña Gertrudis:

—Ha terminado la prueba que habíamos merecido por nuestros pecados.

Cogió Miguel el sombrero.

—Me voy al centro.

Hervía Acción Popular; diputados, periodistas de *El Debate*, amigos del jefe, viejos políticos, algunos sacerdotes, señoras y muchachas; casi todos, al hablar de Gil Robles, ya le llamaban José María y exhibían viejas cartas donde les tuteaba.

—Conozco yo a José María desde que era así.

Y bajaban la palma extendida a medio metro del suelo.

Se arracimaba la gente en la gran escalera, bajo los dinteles de las puertas con altavoces, desde los cuales el señor Rico-Avello seguía asegurando que aún no había datos concretos.

Algunos jóvenes gritaban en el piso alto:

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!

Como una tromba entró Miguel Solís en el despacho de Gil Robles.

—Enhorabuena, José María.

Tenía un crucifijo sobre la mesa. Le telefoneaban.

—Bien, ya enviaré esas notas.

Colgó. Era Ángel Herrera.

Gil Robles tenía una cabeza en forma de pera, que a partir de aquel día Bagaría iba a caricaturizar implacablemente, y un aire, como decía Unamuno, de campesino sordo.

Era listo, buen parlamentario, dotado de una gran capacidad de agresión. Su voz de timbre chillón lastimaba al adversario. Sabía hacer política, pero no historia, porque carecía de esa emoción poética, de ese fuego comunicativo de los conductores de pueblos. Hombre de guiños y golpes en la espalda, hubiera sido un gran amigo de Romero Robledo. Era algo mezquino; a pesar de sus treinta y cinco años carecía de juventud física y moral, porque era fofo y calvo, y su frase favorita:

—«Prefiero la eficacia a la gallardía.»

No sabía que los hombres sólo mueren por las causas gallardas, que la gallardía española había hecho eficaz a América. Creía que iba a salvar a un viejo pueblo mediterráneo y latino, cargado de una cultura milenaria y de una gracia que venía de Tartesos, con ficheros, propaganda, *trust* de periódicos y promesas de cementos y carreteras.

Llegaban noticias de La Coruña, de Lugo y de Santander. Triunfo total. Gil Robles empezaba a contrariarse. Parecía que pensaba.

—Es demasiado; demasiado. Yo no quería esto.

Fallaban todos sus cálculos, a pesar de las actas regaladas a los radicales y de la elección de Martínez Barrio. La victoria le perseguía, le atosigaba. Él no quería aquello. Él hubiera deseado un triunfo, eso sí, setenta diputados, ser la oposición más fuerte del Parlamento, gobernar detrás de la cortina. Pero aquello le desazonaba, le asustaban.

Cada vez las noticias eran peores. Habían vencido en Granada, en Salamanca, en Albacete. Para colmo de males, la Lliga iba a la cabeza.

Miguel Solís le vio tan desasosegado que estuvo por decirle:

—No se apure usted. Qué le vamos a hacer. Otra vez será.

Telefoneaba el nuncio, monseñor Tedeschini.

—Sí; le ruego que me reserve una hora, excelencia.

Estaba agotado. Tenía sobre los papeles un bocadillo de jamón y una botella de cerveza caliente. Bebió unos sorbos.

—No puedo más.

En la calle, el pueblo recibió la noticia del triunfo electoral con torva hostilidad.

—Porque han comprobado los votos. Si no, ¿de dónde?
Se notaba el mal humor de los chóferes de taxis, de los camareros, de los porteros, de los dependientes.

En el Centro Radical de la Puerta del Sol, Lerroux estaba reunido con sus amigos.

—No hay más remedio que pactar con los de la CEDA.

Le interrumpía Martínez Barrio.

—Don Alejandro, ¿cómo es posible, con esa gente?

Don Alejandro hacía tiempo que había perdido su fobia anticlerical. En sus últimos discursos hacía incluso citas bíblicas y evangélicas.

—Yo también he tenido mi noche en el huerto de los olivos.

Ansiosos de puestos, sus amigos le animaban.

—Es la única manera de salvar a la República.

Tomó el teléfono don Alejandro.

—¿Qué tal, Gil Robles? Ante todo mi parabién más cordial.

Salió en su automóvil oficial.

—Pare usted en Kaulak, tengo que recoger unas fotografías.

Don Antonio Cánovas corría las cortinas, descoloridas por el sol, de su estudio.

—Tenga usted, don Alejandro; ha salido usted muy bien, pero le he retocado un poco.

Miró Lerroux una alegoría pintada por Kaulak para una escuela, que representaba a la República en forma de hermosa doncella. Su brazo desnudo acariciaba las melenas de un león español. Pensando en las elecciones triunfantes y en sus amigos le dijo Lerroux:

—En vez de ese blanco brazo femenino, debería usted pintar el mío, veloso y nervudo, sujetando las crines del león de la revolución.

Y salió tan satisfecho.

Por la noche, algunos periódicos de derecha frenaron a sus partidarios. Hablaban de calma, serenidad, perdón de las ofensas. Repetían el estribillo del señor Rico-Avello, «el triunfo no era tan grande como se ha dicho», había que ser prudentes, nada de manifestaciones que serían una provocación.

—Nos han echado un jarro de agua fría —musitaba doña Rosa.

Y don Carlos veía alejarse su uniforme de mayordomo.

En su despacho de la calle de Serrano, José Antonio Primo de Rivera acababa de escribir un artículo para *FE*, que se vocearía al día siguiente, a tiro limpio, en los Cuatro Caminos. Tenía algunas tachaduras y un borrón sobre la rúbrica. Se titulaba, proféticamente, «La victoria sin alas»

GIRABA LA CAMIONETA DE ASALTO por la glorieta de los Cuatro Caminos. Los obreros se reunían en el bar rojo Peña Labra. Comentaban.

—Feliciano, cierra, que esta noche vienen los fascistas.

—No se atreverán.

Pero allí estaban con sus gorrillas y sus trincheras; los capitaneaba Pedro Otaño. Tenía el carné veinticinco de la Falange y era jefe de centuria.

—Los que tengáis porras, detrás de los vendedores. Yo me he traído «la chata» .

Y exhibía una de las pocas pistolas del partido, porque eran tan escasas, que las ponían nombre; otra se llamaba «el trabuco» .

La vieja vendedora de periódicos de la esquina soliviantaba a los socialistas.

—¿Pero es que ya no hay hombres por estas barriadas?

—A callar, abuela, ahora verá.

Y ella se metía, arrugada y canosa, en su cajón de madera, con olor a cocido en fiamblera, rezongando.

La glorieta de los Cuatro Caminos era una especie de plaza de Cibeles proletaria. Tenía en el centro una fuente de rocas artificiales y un santuario para obreros al fondo, que recordaba al edificio de Correos. Campaneando, entró una ambulancia de la Cruz Roja. Y se acercó a Pedro, Campillo.

—Hoy va a haber «hule» .

Pedro estaba tranquilo.

Empezaron a vocear los periódicos.

—¡FE!, ¡periódico de Falange Española!

Y era terrible escuchar aquellas voces juveniles en el silencio hostil de monos azules y carnés sindicalistas de la glorieta.

Llegó Jaime Foxá con sus escuadras. Venía de Tetuán de las Victorias, la ciudad sagrada del marxismo.

—Chico, la que hemos armado en las calles de Jaén y Dulcinea.

Los obreros de Peña Labra se decidieron. Vocearon sus periódicos, retadores.

—¡Mundo Obrero, contra la canalla fascista!

Entonces Pedro Otaño tocó un pito.

—¡A ellos, camaradas!

Brillaron las porras blancas. Se adaptaban, flexibles, al golpear las cabezas, levantando verdugones amoratados. Gritos, carreras, y una desbandada con gorros, bufandas y los paquetes abiertos de los periódicos.

—¡A ése, que me ha mordido en la oreja!

Y Alfredo López enseñaba el lóbulo ensangrentado.

—Ya te puedes poner pendientes.

Los socialistas se replegaban y bajaron de la camioneta los guardias de asalto. Cogieron a algunos y los cachearon. Decía el teniente:

—Esos dos, a la comisaría, que llevan porras.

Pedro y Jaime se escaparon, se metieron en un estanco para despistar.

—Déme Bisontes y cerillas de diez.

Iban por una calle ancha, cruzada de tranvías, entre lecherías, ultramarinos y panaderías de bollos azucarados. Marchaban cogidos del brazo, tarareando la canción de las porras, compuesta por Jaime sobre la música de *El huésped del Sevillano*.

Porra de plomo
de hermosa vista
que el socialista
haces huir,
y en Santa Engracia
o en el Estrecho
si das derecho
tienes que herir.

Y luego, en tono más bajo, los consejos dictados por la experiencia.

Nunca te ocultes
en los jaleos
y en los cacheos
dóblate bien,
pues aunque sea
de plomo o goma
cuesta la broma
cerca de un mes.

–Bueno, vamos a dejarlo que estamos llegando al centro.
Se despidieron en Huertas.

Pedro estaba entregado a la Falange. Era entonces su época heroica. Pasaban revista con brazaletes, azul pálido, en la calle de Ponzano; José Antonio y Ruiz de Alda les arengaban. A veces llegaba la policía al piso.

–Por Dios, los ficheros, hay que encerrarlos.

Zozobra y lírico entusiasmo en los amaneceres de los conventos amenazados. Las monjas les abrían sus clausuras y ellos engrasaban las pistolas entre los rosales, la fuente y las blancas tumbas de las hermanas, diseminadas por el césped del jardín.

–Ya está amaneciendo, Pedro.

–Parece que éstos no se atreven a atacar.

En la portería, las hermanas legas les servían chocolate con azucarillo.

A Pedro le gustaba aquella vida de riesgo y aventura. Recordaba el mitin de Cáceres. El autocar de madrugada, saliendo de la plaza de Santa Cruz. José Antonio desayunando en el hotel de Trujillo y a López en el balcón, enjabonado para afeitarse, saludando con el brazo en alto, ante el asombro de los extremeños, y el mitin en el teatro de Cáceres que parecía una *kermesse*, con sus papelillos de color. Allí estaba Esquer con sus escuadras. Y la vuelta aquella con la señora que subió en Navalmoral de la Mata y a la que abrieron la cesta, llenando el autobús de conejos.

Era una vida hermosa; tenía una novia, Soledad, y andaba a tiro limpio defendiendo a España.

Y sentía lástima por José Félix, envenenado por la literatura y la podredumbre intelectual del nuevo régimen, y por sus amigos de la Facultad, mendigando cargos de los radicales.

Por las noches, iba a los cafés falangistas, a la Ballena Alegre o al de Recoletos, donde el pálido González–Ruano escribía sus artículos desvelado de café, rodeado de Marquerié y Urrutia. Allí acudían varios monstruos, seres desorbitados, alimentados con copas de anís, almendras y patatas fritas, que dormían en los refugios de los mendigos o en los bancos del Parque del Oeste.

Allí estaba Lasso, y el doctor Ramos que abría la puerta de su casa embutido en una armadura, y el poeta de Ciudad Rodrigo, Delicado, autor del libro *Nueces*, que llevaba una rata blanca en el bolsillo, y el alborotado Pedro Luis de Gálvez, según el marqués de Orizaba, afiliado al partido comunista.

–César, dame un duro, que si no me muero esta noche.

En aquella tertulia, Hernando Ugarte recitaba sus poemas heráldicos. Dijo uno plagiando al poeta Quadra–Salcedo:

Oh blanca princesa del Infanzonazgo
Doña Velasquita de Lerín y Arteaga,
Señora en Busturia del Real Mayorazgo
Patrona en San Loren, de Guizaburuaga.

Era Ugarte un hombre fabuloso, Tarzán de los árboles genealógicos, rey de Albania y pretendiente a la corona de Aragón, que pensaba reconquistar su reino utilizando, como planos de Estado Mayor, la guía Michelin.

Era uno de esos seres fantásticos y soñadores que alegraban la cochambre y la chabacanería del Madrid republicano. En medio de los estatutos, los reglamentos, las ponencias y los pedagógicos discursos de Marcelino Domingo, aquel hombre decía:

–Ahora lo importante sería saber si Beorlegui tiene derecho a la corona de hierro de Escandemberg con las cinco perlas de Bizancio.

Y como una burla, fuera del café, tocaban su timbre los tranvías.

Le había telefoneado a Pilar.

–Perdóname. No hago más que pensar en tí. ¡Estaba tan triste esta tarde!

–Qué susto me has dado. Por poco coge el teléfono. Miguel. Ten cuidado. José.

La citaba.

–¿Sabes? Estoy metido en esta cosa de las visitas a los cementerios románticos. Va mucha gente. Allí podíamos vernos.

Visitaron San Martín, vigoroso de cipreses; el polvoriento del Sur, y aquel cementerio de 1830, el de San Sebastián, frente a los humos y el vapor de agua de la estación del Mediodía. Los recibía en la puerta Mariano Rodríguez de Rivas.

Había a la entrada un mausoleo de litografía con dos perros fúnebres de piedra, bajo unas flores ásperas, que según el encargado del cementerio producían la erisipela, de tal modo aquel camposanto odiaba a la piel viva de los hombres.

–Vamos a hacer otro en el patio del año del cólera.

Recitaban versos ante un marinero enterado y ante aquella María Concepción Elola, «joven hermosísima, de corazón puro y siempre desgraciada», según rezaba el epitafio.

Había un gran revuelo en aquel público heterogéneo de escritores, duquesas, burgueses y muchachas románticas.

César González–Ruano hacía un poco de política ante el nicho del joven vizconde de la Martinière, muerto en 1852.

–Voy a terminar –dijo arrojándole un puñado de rosas– con el grito que va a estremecer tus huesos de emigrado legitimista francés. *Monsieur le Vicomte: ¡Vive le Roi!*

Algunas damas monárquicas empezaron a aplaudirle.

–Muy bien, César, muy intencionado.

Protestaba un joven de Acción Popular.

–No hay derecho a traer la política a los cementerios.

Al día siguiente, fueron al patio viejo del cementerio de San Isidro. Frío de diciembre en los cielos amarrotados, entre los puntiagudos cipreses. La Fox Movietone extendía sus cables de goma entre las raíces y las tumbas quebradas. Hernando Ugarte quería hacer una exhibición heráldica a costa de un Montero de Espinosa enterrado en aquel patio. Pero no lo encontraba. Recorría el cementerio diciendo:

–¿Dónde está mi muerto?

José Félix distinguió a Pilar, pálida, mirándole entre las ramas desmayadas de un sauce. Desfilaba el público.

Las muchachas se iban a merendar al Club de Campo o a los merenderos.

En los «viveros» el mozo pasaba una fuente con jamón, tortilla y botellas de sidra.

Le preguntó el sastre Alarcón que jugaba al mus con unos amigos:

–¿Qué pasa, Manolo?

Un muchacho gritó en lo alto de la escalera.

–¡Más jamón!

Eran los jóvenes románticos que merendaban.

Quedaban unas parejas en el cementerio. A través de las verjas se veía el crepúsculo.

Dijo ella:

–¿Para qué saldrá la luna sobre los muertos, si ya no pueden verla?

–Sale para nosotros.

Paseaban melancólicos y ensimismados, mirándose a los ojos.

–Me gusta amarte en sitios extraños.

Cerraban el cementerio. Se fueron en un taxi hacia la plaza Mayor.

–Vaya por la Cava Baja.

Estallaba la tormenta por aquellos barrios; a la luz de un relámpago se veía un apóstol de piedra blanca en la cornisa alta de una iglesia. Debajo, puestos de legumbres y hortalizas, carros de borriquillos y peladuras de naranja frente a San Andrés, donde el diablo tentó a san Isidro.

Se metían mojados en la Posada del Segoviano. Tenía un aire trajinero.

Un patio con guijarros de río, el pozo con su polea de hierro y las cuerdas de las mulas. Les saludó con su dedo vendado el segoviano. Bajaron a los reservados: todas aquellas cuevas estaban pintadas con unos frescos goyescos, caras, senos, diablos, brujas, clérigos y jaujas de jamones y tocinos. Abrieron la puerta de hierro.

—Cuidado, Pilar.

Él iba delante, cogiéndola del brazo, por el pretexto de las escaleras. Pasaban por enrejados, donde goteaban los pellejos de vino. Olor húmedo, a yeso y pez. Les trajeron jamón y una jarra de azules talavereños. El mozo encendió el candil de aceite.

—Es más bonito con esta luz. ¿No te gusta?

—Sí, amor mío; ¡qué feliz soy a tu lado!

Mando bajar el gramófono de la taberna y pusieron el disco del *Danubio azul*.

Imitaban, sin saberlo, las escenas de las películas con nostalgias de Viena, y el cingaro violinista, que se acerca de mesa en mesa.

Se llenaban de amor, de ternura y de delicadeza.

Se oían arriba los arrieros jugar al julepe.

—Si fueras libre —la decía José Félix — nos iríamos un día en carro, al amanecer, hasta Santa Cruz del Retamar.

Ella suspiraba.

—¡Si estuviera libre!

José Félix la hablaba apasionado. La describía su vida sucia, miserable, sin altura moral. Sus peregrinaciones de madrugada, entre alcohol y desengaño, con su imagen siempre viva, lejana.

—Sueño contigo y estrecho a otras entre mis brazos. Sálvame de esto.

Ella vacilaba.

—Mi marido, mi hija.

Aquello sellaba los labios de José Félix. Pero luego, al mirarla, se olvidaba de todo.

—Sólo estamos tú y yo, de pie, en medio de la tierra. Huye conmigo; te enseñaré el mundo.

Y la describía viajes, caminos y ciudades.

Le interrumpía Pilar.

—No soñemos; sabes que eso ya no es posible.

—¿No me quieres entonces?

—Te adoro. Te adoro.

Miró el reloj.

—¡Dios mío, son las nueve y media! ¿Qué van a decir en mi casa?

Les horrorizaba volver a la realidad. Ella, a su casa oscura, con las cuñadas enlutadas; él, a la soledad de su cuarto de soltero.

Pilar tomó un taxi. La besaba la mano.

—¿Me telefonarás el jueves?

—No sé si podré.

Vio alejarse el coche; por la ventanilla ella le sonreía y le decía adiós con la mano.

Subió triste hacia la plaza de Santa Cruz; recorría calles interminables con escaparates de maniqués de cera —caballeros, niños afeminados con trajes impecables y los labios pintados—, pañerías de telas moradas para los hábitos religiosos de las promesas, peluquerías con bisoñes sobre calvas de pasta, la cerería de San Sebastián con sus velas rizadas, la catedral de las medias con su incitante pantorrilla iluminada en el escaparate. En las fachadas, los chinos de los collares vendían perlas y sargas de corales a 1.50. Cruzó la plazuela del Ángel, con sus cervecerías, El Cocodrilo, Álvarez. El Oro del Rhin rebosando cigalas y langostas atadas que movían los bigotes. Bajó hacia Alcalá. Sentía ganas de morir pensando en ella. Oía la tierra mojada. Al llegar frente al Teatro Alcázar vio un grupo de gentes —socios del Círculo de Bellas Artes, obreros del metro, estudiantes y vendedores de periódicos— rodeando a los guardias de asalto y que comentaban apasionados un suceso. Se aproximó.

—¿Qué pasa?

Le respondió, bárbaramente, un obrero:

—No, que han «matao» un «facista» que iba leyendo el periódico.

Vio en la acera unas manchas rojas. Era la sangre de Francisco de Paula Sampol, primer muerto en Madrid de la Falange. A partir de aquel día su nombre en blanco encabezaría la lista de los caídos en los negros teñones de los mítines.

[...]

José Félix, ayudado por la vieja criada y la mujer del portero, quemaba, en la estufa del cuarto de baño, los periódicos de Falange y unos retratos del Rey.

—Aquí tenía esto la señorita.

—No hay más remedio que quemarlo.

Era un retrato de Calvo Sotelo dedicado días antes de su muerte. Ya ardía entre las astillas una banderita española. La noche anterior habían enterrado en la cueva un viejo revólver.

Se despidió de los porteros.

—Bueno: yo me voy de aquí. Si preguntan por mí, que me he marchado a Valencia.

Salíó a la calle. Encontró un Madrid desolado, diferente; con los mismos edificios y la misma gente, aquélla era ya otra ciudad. Se daba cuenta, así, de la fuerza enorme de las ideas. A pesar de la geografía, aquello ya no era España. En la Gran Vía, en Alcalá, acampaba la horda; visión de Cuatro Caminos y de Vallecas, entre los hoteles suntuosos de la Castellana, bajo los rascacielos de la avenida del Conde de Peñalver. Los «paque-

os» habían cesado, pero los autos ocupados por milicianos recorrían incesantes las calles de la sierra al grito de «FAI. FAI» , «CNT» , amenazando con los puños cerrados, agitando los fusiles, en mangas de camisa, con correaje, mezclados con milicianas de anchas caderas, sargentos y hombres con pantalón de pana.

Quedaban todavía residuos del mundo antiguo: los escaparates, las tiendas, los cafés abiertos. Los milicianos, con las pistolas ametralladoras al cinto, entraban en la Granja El Henar y pedían cañas y cócteles.

Llevaban una vida divertida. Por las mañanas tomaban el aperitivo en Chicote. Así se comprobaba que no odiaban a los señoritos, sino que querían ser ellos los señoritos; en realidad no eran marxistas, sino envidiosos.

Marchaban al frente de la sierra, como a una excursión, con milicianas fáciles. Muchos no pasaban de Villalba. Cuando habían tirado unos cuantos tiros contra los «facciosos», se volvían a Madrid a merendar en Aquárium.

Por la noche era más divertido. Al atardecer comenzaban los registros. Les gustaba mucho entrar en los pisos lujosos, humillar a los burgueses, hacer que les sirvieran copas y puros, y que les llorara la señora que iba en automóvil cuando ellos marchaban a pie. Siempre, además, se llevaban algún recuerdo, una pitillera de oro o un encendedor. Todavía no habían empezado los saqueos en regla.

Aquello, sin embargo, no les bastaba. Necesitaban la sangre.

Afortunadamente, en aquellos registros casi siempre encontraban un muchachito pálido, de dieciocho a veinte años, hijo de los señores, cuya cédula ponía «estudiante» .

En seguida decían que era un fascista y que había disparado por el balcón.

Sentían un placer sádico escuchando los gritos de la madre y de las hermanas. Le sacaban a empujones. A veces el padre se empeñaba en acompañar a su hijo.

—Venga usted también.

Y se miraban, sonriendo, con sorna.

Los fusilaban a la madrugada, en las afueras, en la Casa de Campo, en los altos de Maudes, en los alrededores de la plaza de toros de Tetuán. Hacían chistes con la muerte.

—Ponte de perfil, que te voy a retratar.

—Vamos a «marearos» un poquito.

No creían que se trataba de hombres con sangre y lágrimas y sistema nervioso. Jugaban con ellos como si fueran muñecos; se reían de las familias. Lloraba una esposa, y algún miliciano, más humano, intervenía. Cortaba seco el responsable:

—Déjala que lllore. Así sudará menos.

O les decían a los niños:

—¿Qué queréis que hagamos con papá? ¿Le damos una vuelta?

Rasgaban con las bayonetas los cuadros religiosos, tiraban al suelo los crucifijos de marfil o de nácar.

—¡Por Dios, eso no!, que lo tuvo mi hijo entre sus dedos después de muerto.

Dogmatizaban:

—Dios no existe. Eso ya se acabó.

No les desarmaba el pudor, ni la belleza, ni la valentía. Eran fuerzas telúricas o abismales, sueños prehistóricos que resucitaban. Y un odio químicamente puro.

Era el gran día de la revancha, de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos. Porque odiaban toda superioridad. En las checas triunfaban los jorobados, los bizcos, los raquíuticos y las mujerzuelas sin amor, de pechos flácidos que jamás tuvieron la hermosura de un cuerpo joven entre los brazos.

—Hay que darles a esas señoritas del pan «pringao» .

Querían ver los bellos cuerpos humillados en la muerte, desnudos los hermosos senos sonrosados, a la altura de sus tacones torcidos. Algo satánico animaba a aquellos hombres. Parecían un caso colectivo de posesión diabólica. Tenían reflejos rojos en sus caras renegridas y una sonrisa feroz, casi con espuma de salivilla. Olían a sangre, a sudor, a alpargatas.

El instinto del mal les daba agudeza. Y obreros ignorantes que jamás habían pisado el museo, sabían destruir los mejores lienzos, rasgar los Riberas más difíciles.

No eran ateos, sino herejes. No ignoraban a Dios, sino lo odiaban. Le decían al cura, tembloroso, junto al zanjón de la Casa de Vacas en la checa de la Casa de Campo:

—Blasfema y te perdonamos la vida.

Entre tantos curas heroicos, aquél era una excepción. Tenía miedo. Dijo una irreverencia. Entonces le pegaron un tiro. Y comentaba el jefe, con una preocupación teológica:

—Así es seguro que va al infierno.

Por eso fusilaban en el Cerro de los Ángeles al Sagrado Corazón y serraban las cabezas de los ángeles de los retablos. Eran creyentes vueltos del revés.

Habían incendiado ya San Andrés, San Nicolás y la catedral. Y había ardido el cuerpo sembrador de San Isidro y ya no sería posible sacarlo, por los siglos de los siglos, para impetrar el beneficio de la lluvia sobre los campos de Madrid.

Tiraban todo un pasado. Las leyendas, los recuerdos, la nostalgia. Habían quebrado miniaturas y relojes con *remontoir*, litografías y vitrinas y cartas familiares de Isabel II, de Prim, de O'Donnell, contratos antiquísimos, reliquias, abanicos de óperas antiguas, fotografías de los abuelos y archivos. Y la ciudad se quedaba sin historia, como una ciudad nueva de Australia o Norteamérica, sin engarce con el pasado, sin muebles de estilo, sin espadas, sin sillones fraileros.

No se trataba únicamente de una lucha de ideas. Eran el crimen, el odio y el instinto sexual, andando por la calle.

Subía José Félix por Alcalá.

Frente a San José se aglomeraba el público apretujándose contra las verjas. Se aproximó. Habían sacado al Niño de la Bola. Le habían cortado la esfera del mundo y atándole una pistola a la mano, vistiéndole de miliciano, con el gorrillo cuartelero. Contrastaba con el traje bélico su cara sonrosada y el pelo rubio rizado. Sobre el cándido pecho de madera habían escrito «UHP». Le colgaba un cartel:

Yo no soy fascista;
ahora me he hecho comunista.

La gente se reía.

—Anda; lo que hay que ver son las monjas de Carmen.

Se fue a la plaza de Oriente para que le dieran noticias de Pedro. Encontró en la salita soleada a Soledad, a don Cayetano y al doctor Campos. En pocas palabras le explicaron todo lo ocurrido.

—Ha tenido suerte.

Pero Campos estaba muy inquiete; la familia de Segundo Sánchez no se apartaba del lecho de Pedro Otaño.

—Chico, nos ha salido de un cariño que asusta.

Querían presenciar las curas, verle las heridas. La gente del hospital comenzaba a murmurar y los mozos sospechaban.

—Esta noche vamos a sacarlo de allí. Hasta que me descubran, puedo disponer de coche. Lo llevaremos al sanatorio de Santa Alicia. La herida del pulmón, con estas cosas, mejora muy lentamente.

Se despidió de la familia. Iba a visitar a Pilar.

En la calle, José Félix se encontraba más seguro. Se había quitado la corbata e iba despechugado. Cuando se cruzaba con algún entierro de los muertos de la sierra, levantaba el puño. Era imposible hacer otra cosa. Llegó a la plaza de la Independencia. Encontró a Pilar muy animosa. Ya habían sufrido un registro y se dedicaba toda la familia a quemar las cosas que pudieran comprometerla. Porque la burguesía de Madrid, acorralada, se pasaba el día junto al fogón de la cocina o la caldera de la calefacción, quemando recuerdos, retratos y recibos de Renovación o Acción Popular. También escondían las escopetas de caza y las cajas de cartuchos.

Pilar le recibió sonriente, con una libertad y una franqueza que no tenía antes.

—Cuánto te agradezco, José, esta visita. Ya he sabido por tus tíos el susto que te dieron las milicias.

El preguntó, por compromiso:

—¿Y Miguel?

—Anda huido. Sabemos que han llegado milicianos de fuera dispuestos a matarle. Los capitanea el Mingarra. Miguel se ha escondido en una pensión de la calle de Recoletos.

Estaban solos, frente a frente. Se miraban.

—Entre este odio, ¿no te parece un sueño lo pasado?

—¿Qué será de nuestra Venecia? ¿De la casa de la guardesa junto a la vía, desde donde veíamos los trenes?

Ella no disimulaba su amor.

—¿Has pensado en mí cuando ibas a morir?

—Únicamente en ti. Me consolaba pensar que no me olvidarías. Que me ibas a idealizar para siempre.

Se despidió de ella. Salió a la calle. Allí estaba de nuevo la revolución, la verdad. Le parecían débiles, quebradizos, todos sus años anteriores, llenos de literatura. La revolución le enseñaba las cosas fuertes. Había que amar ciegamente y matar y morir. Le volvía a la realidad. Entonces se confesó a sí mismo una secreta esperanza. Confiaba en la muerte de Miguel. La deseaba. Ella quedaría libre. Se quedó espantado de sus propios pensamientos. Quiso dominar aquel movimiento subconsciente. Someter el instinto. Y, ¿para qué? Aquel era el día de las cosas crudas. Ya no había caballeros y señoritas en medio de la calle, sino hembras y varones. Ya no se asesinaba con una sonrisa o con una frase. Se mataba de veras. Él también deseaba la muerte del otro. No es verdad que el hombre es bueno. Él no estaba tan lejos de aquellos milicianos que unas horas antes le horribilizaban. Ellos realizaban los deseos ocultos. A él sólo le faltaba la materialidad de la herida.

Atardecía y se fue a pasar la noche a la casa de unos primos suyos, cerca del Ministerio de la Guerra. El hijo mayor era una gran radioyente que apuntaba en un papel las noticias de la radio de Burgos. Cenó una paella con la familia. Porque ya el arroz valenciano empezaba a inundar Madrid.

Don Ramón, el dueño de la casa, había sido amigo de Marcelino Domingo y había puesto una carta suya en la puerta de entrada, clavada con unas chinchetas, a manera de salvoconducto. El hijo segundo, César, antiguo falangista, estaba huido.

—¿Por dónde andará mi hijo? Ya no tengo esperanza de volverlo a ver.

La casa estaba preparada para los registros. Don Ramón había comprado en los carricoches de libros ambulantes todas las obras de Marx, Lenin y la *Vida de Trotsky*. También había colgado en el vestíbulo una gran retrato de Azaña y otro de Largo Caballero. Se disculpaba sonriendo:

—Hijo, hay que defenderse como sea.

Pasó dos días; al tercero, de madrugada, oyeron pasos en la escalera.

—¡Las milicias, las milicias!

Doña Amparo, la señora de la casa, abría pálida la mirilla.

—¿Qué desean?

—Abran o echamos la puerta a tiros.

Entraron como una tromba. Rebuscaban en los más escondidos cajones. Dieron las tres en el reloj del comedor. Había entre ellos dos guardias de asalto con mono y alpargatas. No encontraron nada.

—¿Y estas escopetas?

Señalaban dos fusiles de chispa.

–Son de adorno.

–Pues tengo que dar parte. Ustedes tres, detenidos.

Se llevaron a don Ramón, con su hijo y a José Félix. Los montaron en un coche oscuro.

–Vete despacio.

Amanecía. En la calle de Alcalá los milicianos, cada diez metros, acechaban. Algunos apoyaban las rodillas en las sillas sacadas del Círculo de Bellas Artes.

–¡Alto! ¡Alto!

Daban los del coche la contraseña:

–Teruel y libertad.

La Dirección de Seguridad era un laberinto de pasillos con bombillas tristes, polvo de limpieza y la luz sucia del amanecer. Entraban y salían los milicianos con detenidos pálidos.

–¿Dónde está Lino?

Los metieron en una sala estrecha, donde había más de cien personas. No podían sentarse. Bramaban en torno los autos que iban a la sierra.

En la sala, con sillones dorados y el busto en bronce de la República, Lino, el comisario, daba órdenes:

–Que lleven algunos a la Modelo.

Pasaron así tres días. Les avisaban los guardias:

–Tengan cuidado, porque los milicianos han mezclado entre ustedes a algunos pistoleros que van a fingir una sublevación para matarlos a todos.

Se vigilaban unos a otros. En los rincones se veía a los presos confesándose con los curas, de paisano.

Al fin soltaron a José Félix. Nunca supo por qué. Pensó:

«Debe ser que Mola se acerca por Guadarrama.»

A don Ramón y a su hijo se los llevaron a la cárcel. No volvió a saber de ellos.

No sabía dónde esconderse. Tenía la sensación de que era una fiera acosada. Porque entre los raíles de los tranvías, los autos y los rascacielos volvían los terrores de la selva. La caza del hombre por el hombre. No era posible escapar. Aquello no era un ejército, una ola que viniera de fuera. El enemigo nos surgía de las plantas de los pies; ascendía, vertical e implacable, de las porterías, de los sotabancos, de las alcantarillas.

Desconfiaba de todos.

No era otra raza invasora que se distinguiera por la piel o el color del pelo. El enemigo era la criada de nuestro cuarto, nuestro portero, el lavacoches de nuestro automóvil, el guarda del Retiro de nuestra niñez, el lechero, el panadero, el maquinista del tren de nuestros veraneos.

Huía por las calles y huían otros desorbitados, perseguidos. Vagaba por los bancos nocturnos, oyendo las descargas y los gritos de piedad:

–¡Dios mío, perdón, tengo hijos!

Y los tiros secos, aislados. Y el tiro de gracia, que repetía el eco de las fachadas. Pensaba:

«Cada uno de éstos es un cerebro saltado.»

Las radios, de noche, clamaban encendidas. Y escuchaba las interferencias: «Se ordena a los radioyentes den a sus aparatos el máximo de volumen. Se dedica este aviso a las casas del barrio de Salamanca, donde apenas se oyen los altavoces. Las milicias quedan encargadas de hacer cumplir esta orden.»

Así se lanzaba al pueblo contra los barrios elegantes. Voces de odio le perseguían por todo Madrid. Apenas se perdía una, debilitándose, ya le cogía otra onda vigorosa; si entraba en un portal, estaba en la escalera, y en los cafés, hasta en las ramas de las acacias.

Cantaban falsas victorias: «El Alcázar de Toledo está a punto de rendirse.» Y los discursos de Prieto, fanfarrones:

–Tenemos el dinero: el Cantábrico es nuestro, el Mediterráneo y Málaga. La victoria es segura.

Vagaba José Félix por la oscura calle de Alfonso XII. Percibía el olor a jardín del Retiro, aprisionado entre las verjas, que le resucitaba toda la dulzura de su niñez. Quedóse parado. Alguien gritaba en el extremo de la calle:

–¡Serenos, serenos, por piedad!

Luego, unos disparos y el silencio.

Empezaba a clarear; cerca de las tapias del botánico, unas mujerzuelas tomaban churros y aguardiente, rodeando dos cadáveres. Parecían padre e hijo. Estaban con las cabezas ensangrentadas, desarticulados como espantapájaros, revueltos con los trajes oscuros.

–Toma, que hoy «entoavía» no te has «desayunao» .

Y aquella mujer metía un churro frío en la boca seca del muerto.

Huyó horrorizado. Todavía sonaba la radio en el bar del Hotel Nacional. La escuchó José Félix. Sonreía con ironía. En medio de aquellos dos pobres peleles escuchaba las eternas mentiras:

–El pueblo español, que lucha por la democracia y la libertad...

[...]

HASTA ALTAS HORAS de la noche estaban encendidas las calderas de la calefacción y las cocinas de la ciudad. Madrid quemaba todos sus recuerdos porque cada vez eran más terribles los registros.

Se había refugiado José Félix en la casa de su tía Úrsula, en la calle Mayor. Era una mujer de unos ochenta años, animosa y alegre.

–Aquí estás seguro. ¿Quién se va a meter con una pobre vieja?

La tía Úrsula había sido una mujer instruida para su época, que recitaba versos de *La Divina Comedia* en italiano y los «pequeños poemas» de Campoamor. Conservaba en su casa los *Lunes del Imparcial*. Su marido, Robledo, fue diputado de Ruiz-Zorrilla en las Cortes de la primera República. La tía Úrsula recortaba sus discursos y los guardaba en una cajita de cartón, con caracoles y conchas pintadas en la tapa. También con-

servaba los versos que le envió de novio, cuando estuvo desterrado en Salamanca.

Desde las tristes márgenes del Tormes,
salud te envía tu infeliz amigo.

Robledo aparecía dibujado en un número de *La Ilustración Hispanoamericana* de 1870, abrazando a Pi y Margall en el hemiciclo del Congreso. Su casa estaba dormida en otro siglo. A su salón Imperio, con sus ángeles pompeyanos, llegaba el olor de verduras cocidas de la cocina. Tenía un quinqué de luz blanca sobre la mesa de mármol y unas litografías representando unas luchas de gladiadores –*pollice verso*– en el anfiteatro y la casta Susana saliendo del baño.

–Si vienen esos sinvergüenzas –decía–, les enseñaremos el nombramiento de grado 33 de la masonería de mi marido, que he conservado a pesar de los sermones de mi confesor.

José Félix pasaba aquellos calurosos días de agosto escondido en los viejos salones. Ojeaba los álbumes familiares, fotografías amarillas de la tía Úrsula vestida de novia, niños antiguos disfrazados de cazadores sobre rocas de corcho, un niño muerto retratado con sus faldones de 1890 y don Patricio, el tío de Veracruz, con su sombrero hongo y su barba, guiando un Panard–Le Vasseur de cadenas.

En aquellos salones recordaba su niñez. Se evocaba vestido de marinerito con un sombrero de paja y una cinta azul donde ponía «Hispania» con letras de oro, de la mano de su madre, subiendo a aquella casa para presenciar la procesión de Semana Santa.

Recordaba a la tía Úrsula obsequiándole, en el triste comedor que daba al patio y donde había que encender la luz eléctrica desde las cinco de la tarde, con viejos dulces de El Riojano, ya cubierto con una capa rancia de vejez el baño de caramelo de las yemas. Asomado a los balcones, al lado de su hermana, veía los «pasos» entre una nube de aleluyas azules, rosas, verdes, con la vida de don Pirrimplín, El Hombre Malo o *Jauja, país celebrado*. De otros balcones tiraban ramos de rosas sobre la urna de cristal del Santo Entierro. Recordaba a Jesús con su cáliz de madera bajo un olivo, al Cristo de los alabarderos con un clavo en cada pie, y al de Medinaceli, renegrido, de morado y oro con sus cabellos lacios. Y detrás el obispo, el capitán general, el alcalde enchisterado y la infantería con pantalón rojo y guante blanco.

¡Qué lejano estaba todo aquello! Ahora, por la misma calle, subían los camiones de milicianos que iban al frente de batalla y los autos terribles de los registros.

Salía alguna vez por la mañana; el resto del día se lo pasaba leyendo. La gente, recluida en los pisos, devoraba los libros. Una parte de la burguesía española había necesitado treinta mil fusilamientos para dedicarse a la lectura. Leían generalmente la Biblia y los Evangelios, por el fervor religiosos que da la proximidad de la muerte, y también libros de la Revolución francesa. Estaba de moda *María Antonieta*, de Stefan Zweig.

El Ayuntamiento quería dar una sensación de normalidad: circulaban los tranvías y estaban abiertos los cafés, los teatros y los cines. En la Zarzuela daban funciones benéficas a favor de los hospitales de sangre, en las cuales la Argentinita, la Pastora, Pompo y Thedy tenían que saludar con el puño cerrado. Triunfaban dos obras: *Nuestra Natacha y Morena clara*. Y Ballontín había estrenado su *Frente de Extremadura*, cuando ya los militares rebasaban Talavera. En el Cine Calatravas se proyectaba una película titulada *El pueblo en armas*. Bajaba José Félix por Alcalá. En la Elipa, los milicianos de la FAI, como verdaderos burgueses, sorbían unos grandes vasos de limón helado.

Se encontró en la Castellana con unos amigos; pasaban de prisa, casi sin saludarse, con lentes de cristales oscuros para el sol, que les desfiguraban un poco.

—¡Salud!

—Salud.

Nadie se atrevía a decir «adiós». Cuando paraban un tranvía, extendían la mano con el puño cerrado para que no pareciera el saludo fascista.

Habían también suprimido las expresiones religiosas «no lo permita Dios», «Virgen mía» o «si Dios quiere». En las cartas se notaba aquel nombre amputado, por miedo a la censura. «Estamos bien en este pueblecito de Albacete, dispuestos a lo que el destino quiera.»

Con la muerte de la religión se removían todos los posos paganos; algunos aludían a la fatalidad; bailaban dentro de las iglesias. Baco y Venus se entronizaban, y en medio de las eras de un pueblo cercano a Madrid, los mozos había serrado en la estatua de san Miguel la imagen del arcángel con sus alas azules para pasear procesionalmente, entre los trigos y las amapolas, la efigie, pastosa y verde, del diablo en forma de dragón. Así rendían culto al viejo Pan, señor de los instintos y de las fuerzas oscuras.

En las papeletas de defunción suprimían las cruces y algunos, más temerosos, aprovechaban aquel momento de dolor para hacer una profesión de fe revolucionaria: «Con motivo de la muerte de don Salvador Sánchez, la familia ha acordado hacer una donación al partido de Izquierda Republicana.» Aquello sustituía al «después de haber recibido los santos sacramentos y la bendición de Su Santidad».

Pilar había llamado a José Félix a su casa de la plaza de la Independencia. Le recibió agitada.

—¿Sabes? Hace dos días que no sabemos nada de Miguel. Ha desaparecido de la pensión. Me han dicho que está en la checa de Bellas Artes.

Fingió José Félix, cortésmente, una contrariedad; pero en el fondo la alegría le inundaba. Reprimió aquel movimiento instintivo.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Me han asegurado que en la dirección de Seguridad está Vicentito Arellano, un antiguo compañero tuyo. ¿Por qué no le hablas?

Y como notara un silencio embarazoso, le miró dulcemente.

—Ahora ya sólo se trata de la vida de un hombre, ¿comprendes? Y no podemos dejarle.

Salió José Félix de aquella casa ensimismado. Una lucha feroz se libraba en las zonas más oscuras y profundas de su conciencia. Iba a salvar una vida que había torcido definitivamente la suya. ¡Cómo lamentaba el haber ido a la casa de Pilar! Si no se hubiera enterado, Miguel Solís moriría y Pilar sería libre. Se casaría con ella.

Marchaba hacia la dirección de Seguridad a destruir su felicidad. Pero los posos de honor de su sangre, de educación cristiana, atávica, se rebelaban. Si lo dejaba morir cometía un crimen, y Miguel, muerto, sería más temible que vivo porque su sombra ensangrentada se interpondría entre los dos definitivamente. Y para un hombre espiritual como José Félix era más doloroso un fantasma que aquel hombre vulgar vivo, con su sangre y con su sudor.

Decidió subir. Pero subconscientemente se había trazado un plan irrevocable. Iba a subir; hablaría con Arellano para tranquilizar a Pilar, le pediría la vida de Miguel Solís, pero se la pediría tibiamente para que no se la concediera.

Entró.

—¿Don Vicente Arellano?

—Pase.

El antedespacho estaba lleno de milicianos, detenidos y guardias de asalto. Arellano le recibió con los brazos abiertos.

—¡Que alegría verte, José Félix! Tu dirás.

Le expuso su pretensión.

Arellano le replicaba:

—Has tenido suerte en venir hoy, porque dentro de unos días dejo el cargo y salgo para París. ¿En qué checka está?

—En la de Bellas Artes.

—Menos mal; ahí todavía nos hacen algún caso. Vamos a salir ahora mismo con una camioneta de guardias de asalto.

Bajaron por la calle de la Reina y llegaron al Círculo. Milicianos armados se asomaban a los grandes ventanales de los socios, que daban a la calle de Alcalá. Un tribunal de descamisados juzgaba entre carcajadas. Era vocal un limpiabotas de la calle de Olózaga.

—Tú me parece que eres Cambó.

Y el señor barbudo balbuceaba:

—No; yo, no. Me llamo Manuel Martínez. Nunca me he metido en política. Se reían.

—Menudo susto te hemos dado.

Juzgaban a continuación a todos los detenidos de la Pensión Llera, del final de Lista. Eran unos treinta.

Detrás del Tribunal se alzaba, casi hasta el techo, un enorme montón con los despojos de los pisos saqueados. Miles de papeles de cartas, revueltos con armas absurdas, gummies de la guerra de Africa, espadas, pistoles de chispa, escopetas de caza, sables carlistas, espadines de corte y revólveres de marfil y de nácar. Entre ellos asomaban puntas de tapices o el brazo de marfil de un crucifijo.

Saludó Vicentito Arellano al tribunal. Enseñaba su carné de Unión Republicana. Porque, aunque tenía un cargo importante en la Dirección de Seguridad, se sentía pequeño e impotente ante aquellos limpiabotas y lavacoches erigidos en jueces. El Estado no era nada frente a los sindicatos.

Les adulaba:

–Camaradas, se trata de Miguel Solís; respondo por él. Es afecto al régimen.

Le dieron una orden de libertad. Bajó un miliciano a las piscinas del Círculo. Allí encerraban a los condenados y, en ocasiones, los ejecutaban sobre el *parquet* que cubría el estanque. Allí habían matado unos minutos antes a Pancho, el negro de Gong. Voceó un miliciano.

–¡Miguel Solís!

Subió agotado, con la barba crecida. Cuando vio a José Félix se precipitó en sus brazos.

–Gracias, gracias, me has salvado la vida.

–La vida se la debes a este señor.

Se lo presentó:

–Don Vicente Arellano.

Le apretó la mano.

–Gracias, señor. No lo olvidaré mientras viva.

Obsequioso, el tribunal les advertía:

–Tengan ahora cuidado. Si usted tiene coche oficial llévelo en él, porque a veces las milicias de abajo esperan a los que salen absueltos y los «pasean» por su cuenta.

Le llevaron a la plaza de la Independencia. Bromeó Vicentito Arellano, mirando a Pilar:

–Por ahora, señora, no se queda usted viuda.

Doña Gertrudis se abrazaba, llorando, a su hijo.

–Pensé que no volvería a verte.

Percibía José Félix en los bellos ojos de Pilar un amargo agradecimiento. Arellano les aconsejó:

–Ahora escóndanlo en lugar seguro, porque aquí vendrán a buscarle.

Salió la familia a despedirle. Le decía José Félix a Vicentito:

–Cuánto siento que abandones la Dirección, con lo útil que nos serías ahora.

Salió precipitado a la calle para evitar el agradecimiento de la familia. Pensaba en ella. ¡Cómo la quería en aquellos momentos! El peligro, la muerte cercana, aumentaban la sensibilidad amorosa de la ciudad. Nunca hubo en Madrid tanto deseo de la mujer. Como esos insectos que realizan el vuelo nupcial antes de morir, los hombres que marchaban a la sierra o esperaban angustiados el fusilamiento, anhelaban la presencia femenina y el amor para dejar un rastro, para no desaparecer del todo.

Era tan hostil todo en torno suyo que el refugio y la dulzura de unos ojos les parecían una maravilla. En aquella ciudad del odio y de la sangre, la silueta tierna de las mujeres era como una imposible felicidad.

En las sillas de mimbre del quiosco que hay enfrente a la embajada alemana vio a Gerardo Sierrapalma y a otros amigos «bien» de Puerta de Hierro tomando unas cervezas. Llevaban lentes oscuras. Casi no se atrevían a saludarle.

Muchos de ellos estaban refugiados en la embajada; allí dormían, tirados en colchonetas por los pasillos. Los amigos del embajador se instalaban en los salones de las recepciones diplomáticas. Parecía la embajada un campamento. Había camas en el jardín y, sobre el césped, una cuba con espita plateada, llena de cerveza fría para los guardias civiles, vestidos con mono, que defendían el edificio.

—No me gustan estos guardias —decía el rubio consejero—. No son de los antiguos.

Habían tomado posiciones para el caso de un asalto.

—Desde la capilla protestante —afirmaba el sargento— podemos defender con bombas de mano toda esa fachada.

Las embajadas y legaciones empezaban a recibir refugiados. La ficción de la extraterritorialidad tomaba realidad en aquella revolución, y los comités y los sindicatos, que cuidaban tanto la cuestión internacional, paraban a sus hordas ensangrentadas ante las verjas de los jardines impregnados del tabú diplomático.

No comprendían bien los milicianos.

—No sé; dicen que esto es la Argentina. Cuando ellos lo dicen...

Pero algunos gritaban con saña cuando veían los autos con las banderas extranjeras:

—«¡Asilaos!» «¡Asilaos!» ¡Fuera!

Nadie vivía en su casa, por miedo a los porteros y a las delaciones del barrio. Había un barullo de familias y direcciones.

—¿Y Angelita?

—Está en la Guindalera, en el piso de una antigua criada de su tía Mercedes.

Porque la gente se acordaba de parientes inverosímiles a los que casi no había tratado. Los pisos humildes, en los barrios extremos, eran los más solicitados porque convenía dar a las milicias una sensación de bienestar económico.

Casi nadie salía a la calle con cuello y corbata. José Félix lo llevaba porque también era peligroso extremar la nota, pues los milicianos miraban la documentación y una indumentaria excesivamente desastrada podía infundir sospechas.

—Y si es usted ministro plenipotenciario, ¿por qué va vestido así? ¿Tiene usted que ocultarse de alguien?

Quería José Félix dar la impresión, por la cursilería de su vestido, de que era un joven afiliado a Izquierda Republicana. Entre la muchedumbre se veía a muchas personas con brazaletes de colores en la manga izquierda de la americana. Eran los extranjeros, que exhibían sus banderas. Había un grupo de cubanos, con la franja azul y la estrella, en el bar de Co-reos y un matrimonio argentino que tomaba el tranvía. Los médicos gozaban de ciertas prerrogativas porque los necesitaban. Sus automóviles y los

del cuerpo diplomático eran los únicos que no habían sido requisados. Llevaban unos brazales amarillos con la palabra «Médico» en letras rojas.

Entraban y salían camiones en el parque del Ministerio de la Guerra, regado, con el olor a resina del cedro derribado por una tormenta. En la acera estaban arrimados dos autos del grupo de «Los finos» .

Andaba por las calles, inundadas de gentes desarrapadas. Los milicianos almorzaban en Baviera, colgaban los corrajes y las pistoleras en las perchas del guardarropa.

—A ver; unos canalones, con esa cosa que se dice en francés.

Se referían al *foie-gras*.

Almorzaban con ellos muchachas coquetas, con gorritos de la CNT.

—Te voy a llevar mañana a la sierra para que pegues unos tiros contra los «facciosos» .

Por Alcalá bajaban unos milicianos formados, fúnebres. Nada más siniestro que aquellos entierros rojos. El ataúd iba envuelto en una tela colorada. Ni una cruz ni un signo de piedad. La caja enrojecida era una protesta contra el cielo. No les humillaba la muerte. Entre un bosque de puños cerrados, pasaba el muerto lleno de odio.

Le daban guardia unos hombres escualidos, renegridos, con monos manchados y los platos de peltre del rancho con huellas de comida, colgándoles de una cuerda de la cintura. Las enfermeras levantaban las piernas con el paso de parada. Alzaban el ataúd por encima de las cabezas, tremolando al muerto, agitándole con rabia.

—¡Vivan los defensores de la libertad!

—¡Muera la canalla fascista!

Preguntó José Félix a un obrero:

—¿Quién es?

—El teniente Moreno. Lo han matado anoche en el Puerto del León.

Se acordó José Félix del rostro vivo de Ángel; le veía en Villa Rosa, jaleando el flamenco con Julia a su lado. Seguía el entierro. Los tranvías se paraban, y los conductores y cobradores hacían comentarios:

—¡Canallas...! No debíamos dejar uno en la retaguardia.

Suspiraba una mujerona de los barrios bajos en la plataforma delantera, mientras colocaba su cesta de hortalizas sobre el cajetín de arena:

—Otro de los nuestros. ¡Pobrecito!

Subió José Félix hacia Sol. Iba hacia la plaza de Oriente para que le dieran noticias de Pedro Otaño.

Sabía su peregrinación de sanatorio a sanatorio y deseaba ayudarle. Se metió por la calle del Carmen. Una fila de mujeres con niños hacía cola ante la fachada de la iglesia.

—Vamos a ver a los hijos de las monjas.

Estaban levantadas las vías del tranvía, descarnadas, sin adoquines y charcos de agua de lluvia sobre la arena.

Un miliciano de la CNT, en la acera, hacía centinela sentado en un sillón de terciopelo rojo, con respaldo dorado, sacado de la sacristía. Le preguntó José Félix:

—¿Podría ver las momias?

—No se puede; las horas de visita son de diez a una y de cuatro a seis. Lo decía como si se tratara del Museo del Louvre.

—Camarada, haz una excepción. Yo soy periodista.

Le dejó entrar; la cripta estaba saqueada. En un cuarto habían amontonado las imágenes polvorientas de madera, con agujeros de carcoma. Había un Santiago cabezudo, una Inmaculada, una santa Lucía con los ojos en un plato y seis o siete Cristos de diferentes tamaños.

Olía a humedad, a yeso, a huesos descompuesto. Vio las monjas desenterradas. Ataúdes de pie, apoyados en la pared, con momias disecadas, rostros de pergamino o piedra pómez, con un párpado seco sobre la órbita de hueso pelado y el agujero sediento de las bocas y las telas rígidas, las tocas, el hábito y las zapatillas negras con rotos, por donde asomaban los huesecillos de los dedos del pie, carbonizados.

Todos los hábitos eran de color marrón. Un marrón saponificado, grisiento, como untado con manteca. El verde y el marrón son los colores de la muerte. Los milicianos habían atado con cuerdas, obscenamente, a aquellos cadáveres con otros de frailes. Espantoso simulacro del amor, en aquel silencio de huesos y calaveras. Como la iglesia había sido enterramiento público, había momias de niños enterrados junto a sus madres, que habían sido vilmente colocados en los regazos de las momias desenterradas.

El miliciano explicaba:

—Fíjese usted, los hijos de estas hipócritas.

Salió espantado de aquella cripta. Engrosaba la fila de mujeres. Hacían chistes descarados.

Llegó a la plaza de Oriente. Y entró en el piso de Pedro. Lo encontró sucio, saqueado por los sucesivos registros. Entre los pocos muebles que quedaban, vivía don Cayetano.

—Hijo, qué días hemos pasado. Soledad ha tenido que esconderse. Pedro ya se ha curado de sus heridas y abandonó el hotel del tío de Campos. Hace más de una semana que no sabemos nada de él. También ha desaparecido mi primo, Leopoldo Fernández—Matos. He preguntado por él a la policía y dicen que no va por la Dirección. Yo he dejado mi piso de la calle de las Hileras, porque mi portero no me daba buena espina.

—Sí, todo el mundo está así. En cuanto sepa usted algo de Pedro telefonéme a este número.

Se lo escribió en un papel.

Se fue a almorzar el plato azul de la Granja Florida. Lo tomó de pie, en el mostrador. Encontróse allí a Pepe Bergamín exaltado, hablando contra los militares y elogiando al pueblo. Los camareros sonreían halagados. Saludó fríamente a José Félix, al que había conocido en la redacción de *Cruz y Raya*.

Bergamín era un hombre agudo y retorcido, que intentaba armonizar la fe católica con el marxismo, en una amalgama imposible. Tenía frases de efecto.

—La mayoría de las iglesias las ha quemado Dios.

Estaba escribiendo una novela, cuyos protagonistas eran los incendiarios de la iglesia de San Luis. Era un alma malvada y miserable, que amaba lo deforme y llenaba de podredumbre su revista a pesar de Plinio, del catolicismo y de las descripciones de Frutales.

Antes de llegar a casa de su tía Úrsula, se encontró con su criada.

—No vaya, señorito. Están las milicias. Han preguntado por usted.

Se pasó la tarde dando vueltas por el centro. Prefería estar en la calle. No sabía dónde esconderse, pues se había cambiado ya siete veces de casa, agotando todos sus amigos y parientes.

Los palacios de la Castellana estaban incautados. Como gitanos o tribus nómadas, los milicianos acampaban en los jardines de los hoteles. Colgaban una camisa sucia del ala de un Cupido desnudo en mármol sobre el césped. Otros colocaban el correaje en el brazo torneado de una Venus.

Las compañeras lavaban los calcetines y la ropa sucia en los planos estanques, con leves surtidores, rodeados de rosales. Vivaqueaban en medio de las flores. Latas de conservas, botellas vacías y peladuras de fruta en el césped cortado, junto a las rocas artificiales.

—¡Pronto, Damiana, mi camisa!

Allí tomaban el rancho y encendían hogueras.

En los pisos lujosos, los «responsables» se zambullían con espuma de jabón en los grandes baños, con anchos grifos plateados. Servíanse cócteles en el comedor, y extendían sus camastros y jergones sobre las lanudas alfombras de los salones.

En las fachadas de los hoteles, tapando los escudos y los adornos de piedra, grandes carteles indicaban los nombres de los nuevos dueños. «Incautado por el Sindicato de Carteros», «Requisado por el Centro de Escritores Antifascistas», «Poceros y similares», «Radio 2 del Partido Comunista».

Y ondeaba sobre ellos la bandera roja con la hoz y el martillo.

Anohecía. Por el asfalto pasaban unos camiones que volvían del frente, y los autos de las embajadas con sus banderas.

Por el andén reluciente de la Castellana desfilaba, con un alboroto de mugidos y cencerros, una punta de vacas y terneros, de pelos alborotados en el testud y pezuña montaraz.

La gente se subía en las sillas de hierro para verlos.

Explicaba satisfecho un miliciano:

—Son las vacas que cogió ayer en Villalba la columna Mangada.

Max Aub

Max Aub nace en París en 1903, de padre alemán y madre francesa. En 1914 se trasladan a España y se instalan en Valencia. Al terminar el bachillerato, trabaja como comerciante en el negocio de su familia. Colabora en diversas publicaciones de la época, entre ellas *Alfar*, *Azor* y *Revistas de Occidente*. Dirige el teatro universitario «El Búho» y tiene una activa participación política y periodística durante la guerra civil, colaborando con Malraux en el filme *Sierra de Teruel*. Como otros muchos, sale de España en 1939 y es internado en un campo de concentración francés. En su obra teatral *Morir por cerrar los ojos* nos describirá el escenario del campo de concentración de Rolland-Garros. Más tarde es deportado a Argelia de donde logra evadirse en 1942. Marcha a México, que acoge a otros muchos exiliados españoles, y allí interviene muy activamente en la vida cultural del país. Visita España en 1969 –fruto de cuyo emotivo y desolador reencuentro con el país será su libro *La gallina ciega* (1871)– pero en 1972 regresa a México, donde muere.

En sus primeras obras literarias se manifiesta la influencia de movimientos como el surrealismo y el dadaísmo. Así sus narraciones *Geografía* (1929) y *Fábula verde* (1933) se inscriben en estas corrientes vanguardistas. Pero entre las metáforas y el juego conceptista, tras la fiesta de vocablos y colores de *Geografía* se entrevé ya el drama humano, de la misma forma que las vanguardias se ponen al servicio de la exaltación de la naturaleza en *Fábula verde*. Lo estético cede ya la primacía a lo sociopolítico en *Luis Álvarez Petreña* (1934). Esta narración se centra en la historia de un escritor frustrado que acaba suicidándose, y se convertirá más tarde en la primera parte de *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña* (1971). Combina en este libro la técnica epistolar con una equilibrada dosis de intimismo. Se anuncia ya la segunda etapa de su producción, caracterizada por un mayor contenido histórico social y por su incorporación a la corriente realista. Max aborda ahora su obra más importante: el *Laberinto mágico*, integrado por seis novelas, que versan sobre la guerra civil, sus circunstancias y sus consecuencias: *Campo cerrado* (1943), *Campo de*



sangre (1945), *Campo abierto* (1951), *Campo del Moro* (1963), *Campo francés* (1965) y *Campo de almendros* (1968). Esta obra, como escribe Tunón de Lara, no pertenece sólo a la historia de la literatura sino a la historia de España en general. De 1954 es la novela *Las buenas intenciones*, recreación irónica de mundos de raíz galdosiana, y en 1961 publica *La calle de Valverde*, que versa sobre la agitación cultural y política de los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, con personajes reales e imaginarios. Esta última es ya un claro exponente de su maestría en el uso del lenguaje, como lo es –aunque en un nivel mucho más experimental– *Jusep Torres Campalans* (1958), biografía y estudio de un imaginario pintor cubista catalán, supuesto amigo de Picasso. El humor constituye en esta obra uno de sus ingredientes importantes. Este mismo aspecto lúdico aparece en *Juego de cartas* (1964), libro integrado por ciento ocho naipes pintados por Torres Campalans, en cuyo dorso se ofrecen las cartas o misivas en que los corresponsales van trazando un retrato del protagonista Máximo Ballesteros. En cuatro apartados divide Ignacio Soldevila los libros de cuentos de Max Aub: 1) de tema mexicano; 2) de tema exótico y de la vida cotidiana; 3) de tema mitológico actualizado; 4) instantáneas de la vida cotidiana. Merecen especial mención *No son cuentos* (1944), *Yo vivo* (1953), *Algunas prosas* (1954), *Cuentos ciertos* (1955), *Crímenes ejemplares* (1957), *Cuentos mexicanos* (1959), *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (1960), *Historias de la mala muerte* (1965) y *Los pies por delante* (1975).

Entre sus obras teatrales escritas con anterioridad a la guerra merecen citarse las piezas en un solo acto *Crimen* (1923), *El desconfiado prodigioso* (1924), *Una botella* (1924), *El celoso y su enamorada* (1925), *Espejo de avaricia* (1925) –todas ellas publicadas en 1930 en el volumen titulado *Teatro incompleto*– y dos obras en tres actos: *Narciso* (1928) y *Espejo de avaricia* (1935), versión ampliada de la publicada en 1925 con el mismo título. En *Crimen* plantea el conflicto entre dos verdades: la objetiva y la subjetiva, conflicto que, esta vez entre conciencia y realidad, sirve de base al *Desconfiado prodigioso*. *Una botella* desmonta el mecanismo del lenguaje utilizado como fin y no como medio de comunicación. Se habla de una botella que parece a todos diferente porque nadie la mira, a pesar de su presencia enorme e insoslayable. En las dos versiones de *Espejo de avaricia* continúa su investigación de la conciencia humana, tanto en sus procesos conscientes como inconscientes, y en *Narciso* aborda el tema del «yo» devorador. En 1935 escribe para las Misiones Pedagógicas la *Jácara del avaro*; en 1936 *El agua no es del cielo* –propaganda electoral para las elecciones generales de ese año–, y durante la guerra pública, entre otras obras, *Las dos hermanas* (1936) –incitación a la unidad fraterna entre la CNT y la UGT–, la infantil *Fábula del bosque* (1937), con destino a una colonia escolar; *Pedro López García* (1936), y los tres pasos (1937) *Por Teruel. ¿Qué has hecho hoy para ganar la guerra?* y *Juan ríe, Juan llora*. Todas ellas integran lo que él denomina «Teatro de circunstancias». En las obras escritas con posterioridad a la guerra civil hay que distinguir

también entre las que constan de un solo acto y las obras extensas. Las primeras han sido agrupadas por el propio autor en seis apartados: 1. *Los transterrados* (*A la deriva*, *Tránsito*, *El puerto*, *El último piso*). 2. *Teatro de la España de Franco* (*Los guerrilleros*, *La cárcel*, *Un olvido*, *Las vueltas*). 3. *Teatro policiaco* (*Un anarquista*, *Los excelentes varones*, *Así fue*). 4. *Teatrillo* (*Los muertos*, *Otros muertos*, *Uno de tantos*, *Comedia que no acaba*). 5. *Tres monólogos* (*De algún tiempo a esta parte*, *Monólogo del Papa*, *Discurso de la Plaza de la Concordia*). 6. *Diversiones* (*Una proposición decente*, *Entremés de «El Director»*, *Dramoncillo*). Dentro de su *Teatro mayor*, *San Juan* –el mejor drama de Aub– *El rapto de Europa*, *Morir por cerrar los ojos* y *No* –escritas entre 1942 y 1949– constituyen un amplio testimonio del colapso de Europa bajo el nazismo, la guerra mundial y la guerra «fría». *San Juan* es «la imagen de nuestro mundo a la deriva, condenado sin apelación y abatido sin esperanza». Como en ésta, en *El rapto de Europa*, se describe el éxodo de fugitivos del fascismo y del nazismo, mientras que *Morir por cerrar los ojos* desarrolla la situación de los exiliados –españoles, italianos, alemanes, griegos, etc.– en la Francia de la preguerra, que cierra los ojos al nazismo y, con ello, da pábulo a su propia destrucción.

El aspecto psicológico domina en sus dramas *La vida conyugal* (1942) y *Deseada* (1949), mientras que vuelve de nuevo a lo político en *El cerco* (1968) –elegía dramática a la muerte del Che Guevara– y en *Retrato de un general, visto de medio cuerpo y vuelto hacia la izquierda* (1969) –invektiva contra la guerra de Vietnam.

De sus obras poéticas merece citarse *Diario de Djelfa* (1944), y de sus ensayos literarios *Discurso de la novela española contemporánea* (1945) y *Manual de historia de la literatura española* (1966).

De esta inmensa obra hemos elegido para nuestra selección fragmentos del *Campo abierto* y del *Campo del Moro*. De los dos escenarios –Valencia y Madrid– donde se desarrolla la guerra en *Campo abierto*, nos limitamos al madrileño. En ocasiones el panorama bélico cede el lugar al mundo cotidiano, ofreciendo así una recreación y un testimonio donde historia e invención juegan por partes iguales. Aub consigue transmitirnos una aproximación a la contienda mucho más real que otro tipo de descripciones. La acción del *Campo del Moro*, por su parte, se sitúa en Madrid entre el 5 y el 13 de marzo de 1939. La guerra ha terminado en todo el país excepto en la capital. Max Aub describe con fidelidad la situación y enjuicia con dureza a personajes como Besteiro, Casado o Mera, pero también a esa pléyade de personas que puebla la ciudad sitiada y que además vive una revuelta en su interior.



Campo abierto

TERCERA PARTE: MADRID

[...] **5 de noviembre**

Están en Alcorcón.

Es un solar, Santiago Peñafiel y José Jover acaban de hacer la instrucción. No conocen a nadie. Todos son jóvenes, el que los manda no pasa de los veinte años.

–En su lugar, descansen.

Se habían incorporado a primera hora y llevaban tres de hacer ejercicios.

–Tenéis dos horas libres.

Jover fue a ver si encontraba a su hermana. Peñafiel, un tanto perdido, volvió al convento convertido en cuartel. No tenía que hacer, y se lo reprochaba. Había que esperar. Entró en una gran tarbea que fue refectorio. Se acercó a un grupo en el que le pareció reconocer a Jesús Herrera, que había encontrado el día anterior en las Juventudes. Era él.

–Hola, siéntate con nosotros.

–Un tanque es como una tortuga. Lo tumbas, y ya.

–¿Cómo lo tumbas?

–Con bombas de mano. Lo único que se necesita es no asustarse.

–La tumba de la tumba –dijo Roberto Ferrer, el único del grupo que empezaba a peinar canas.

Entra un desmelenado, y grita:

–Veinte voluntarios.

Todos se precipitan.

–No os hagáis ilusiones: es para el cementerio. Hay que desenterrar todos los ataúdes que se puedan, de zinc y de bronce.

—¿Para qué?

—Para aprovechar el metal.

El entusiasmo decrece. Escogen a los que saben manejar palas y picos.

—Vamos a tomar unas copas —propone Ferrer.

Están en Alcorcón.

Enfrente hay un bar. Se sientan alrededor de dos mesas. En otra, cuatro hombres juegan concienzudamente al dominó. Herrera se despidió en seguida, tenía que acompañar a un periodista soviético a entrevistar a un ministro.

Villegas y Cuartero entraron en la galería principal del Prado, desnuda. En las paredes resaltaban las formas de los cuadros descogados, rectángulos ligeramente más claros que los ocres y los verdes, como si fuesen ventanas cegadas, o nichos, enormes enterramientos. Cuartero repasaba mentalmente los emplazamientos... «Aquí, ¿qué había? Sí. El Muriello del sueño...» Alguno que otro quedaba todavía, como botón de muestra. No recordaba espectáculo más atroz, sentía algo que le paralizaba los pies. «Se me habrá caído el alma.» Le daba asco y tenía ganas de vomitar.

Villegas, por su parte, le dijo en voz baja:

—Y pensar que si hubiésemos hecho la Reforma Agraria, nada de esto sucedería...

Están en Alcorcón.

Por la sala, donde estuvieron los Goyas, entró Sebastián Ricardos en tromba. Se paró en seco al ver personas desconocidas: un centroamericano, hombre menudo y de ideas, Laparra de apellido a lo que le dijeron, y un amigo suyo, Servando Santángel, hombre universal, según pregona, sin faltar: autor de revistas, dibujante, músico, masón y siempre de buen humor, muy amigo de descubrir las cosas, dizque con exactitud. Los escuchaba Anselmo Muñoz, encargado de la evacuación del Tesoro Artístico.

—Tú, Anselmo —dijo Ricardos—, que vayas con Menéndez a Alcalá. Hay que ir a buscar unos santos que una compañía de campesinos ha traído allí, para el Museo... Dicen que valen mucho: dorados de arriba hasta abajo. Parece que llegaron reventados.

—¿Las esculturas?

Sebastián se encogió de hombros.

—Vamos allá... —se abrochó el cinturón, se ajustó la pistola—. Abur.

Están en Alcorcón.

Cuando hubo salido, la conversación emprendió el camino de las santas imágenes.

—No creáis que son cuentos —dijo Santángel, a quien la llegada de Ricardos había cortado el hilo—, también soy médico. La sublevación me cogió aquí, haciendo oposiciones a una cátedra de dibujo; y esperando estrenar, como siempre. Para andar tranquilo por la calle no tenía más carnet posible que el de mi olvidada profesión. A los fachas se lo debo, como el ser de Izquierda Republicana. La única mañana en que estuve en los lo-

cales de «mi Partido» –Puerta del Sol, esquina a Mayor–, tuve la mala pata de coincidir con un campesino que pedía a gritos un médico para un amigo de Azaña. –Don Manuel por aquí y don Manuel por allá–, que el médico del pueblo había desaparecido, etc. Yo no me daba por aludido, ni Cristo que lo fundó, hasta que uno de los escribientes, con mi carnet en la mano, se dio cuenta de mi olvidada profesión. «Usted no se puede negar.» ¿Cómo me iba a negar a algo en aquellos días? Total, que me embarcaron.

–Aviado iba el paciente.

–Pero iba yo. Ahí me tenéis camino de Navalcarnero; no recuerdo el nombre del pueblo: antes de llegar a Almorox. Bajamos en la plaza. Pregunté por mi hombre en el Comité. Y donde esperaba agradecimiento, veo caras agrrias; donde confianza, suspicacia:

–¿Quién te manda? A ver el carnet.

Mucho sol, mucho calor, muchas moscas: las tres de la tarde. Nadie por las calles. Polvo.

Yo, en un hilo ¿Quién me había mandado meterme en eso? Total, nada: conciliábulos, y me indican la casa. La más importante del lugar. Voy para allá. La verdad, esperaba encontrarme con un fiambre. No era tanto.

Entreabren el portillo con desconfianza y yo me escurro. Portalón, zaguán, barricas, volquete, gato, podenco. La sala oscura y fresca, el enladrillado reluciente a media luz, y mi enfermo en un sillón, apagado y crecando. Levantó la cabeza. ¡Una de papandujas!

–¿Es usted el que me manda don Manuel? ¿Usted es de Izquierda Republicana, no? El médico de acá es de la C.N.T. Usted no estará conforme con lo de esta gente, ¿no?

–Papá, calla.

Lo dijo una mujer insignificante, que parecía tan vieja como el hombre aquel.

–Yo soy de Azaña, doctor. Yo soy de Azaña, pero no puedo creer que don Manuel esté de acuerdo con todo lo que pasa aquí.

Temblequeaba todo, fofo, blanco de ira.

–He perdido veinte kilos en un mes.

Un mes justo; debía de suceder esto hacia el 20 de agosto.

–Me han requisado todo el vino de la bodega, el que tenía en la estación; hasta los bocoyes... El coche y la camioneta. ¡Y me piden veinte mil pesetas de contribución voluntaria!

El hombre hubiese podido ser grotesco, pero el pelo blanco, las bolsas amarillentas de la epidermis, los vejigones cárdenos de las patas de gallo, la papada, como moco de pavo, sobre un cuello que era puro revoltillo de blandísimos pellejos, como mantecas a medio derretir, todo temblando, como clara de huevo bien batida, le daba cierto aire trágico.

–¿Qué se creen! ¿Que voy a entrar a la cosecha? ¡Estaría bueno! Para que se lleguen luego al granero y... ¡Se pudrirá, doctor, se pudrirá! ¡Porque yo quiero que se pudra y recontrapudra! ¿Usted cree que esta es la República, nuestra República?



Escenas de retaguardia en el metro de Madrid.
Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Lo que tenía era miedo, un miedo tremendo al hermano de la portera de una casa que tenía aquí, en la calle de Serranos. No sé por qué lío sindical aquel guardia de asalto había rezongado hace meses unas palabras de venganza. Tropecé con él luego, acá, en Madrid, y tenía otras ovejas que pelar.

—¿Don Pascual? —me dijo—. ¡Bah!

Mientras tanto, el viejo seguía: —Se pudrirá.

Y el que se repudría era él. Receté unos calmantes, unas aspirinas y otras cosas de ese jaez. Y que procurase descansar y comer.

—Si comer, come —me decía la familia—, pero en seguida lo echa.

—No señor; con perdón, pero se pasa el tiempo en el retrete. Como está en la entrada de la huerta piensa que así siempre tendrá tiempo de escapar...

Antes de marcharme estuve en la taberna. Ya sabéis cómo son. Un viejo cartel de toros en la pared encalada. El fogón en una esquina, el mostrador de piedra de mármol, blanca. Un balde donde pasar los vasos por un agua aceitosas, una alcarraza a mano de todos. Media docena de botellas en un estante. Unas mesas, unos taburetes.

—Gracias por el decorado —dijo Villegas—; te faltan las moscas.

—Allí se debatían, pintas, en la cinta amarillenta colgada del techo. Y el laurel en la puerta.

—Te engaña la imaginación —le interrumpe de nuevo Villegas—, no era laurel: pino.

—Detrás había un corral. La puerta estaba abierta. Un saco a medio tender, el sesgo. Y por los suelos los restos de uno o varios altares, con sus dorados, que se lucían al sol, bien dispuestos para leña, entre yerba y cacajos. Un gallo por montera. Le pregunto a la vieja del mostrador:

—Este pueblo, ¿era de derechas o de izquierdas?

—Psé. Según.

Mal talante. Me tomo mi paloma.

—¿Por qué quemaron la iglesia?

—Psé (con un desprecio tajante). La patrona era de cartón, ni siquiera de madera, una vergüenza. Así engañan a la gente. Por algo hace más de tres años que no iba yo a misa.

Y un viejo que estaba ahí papando moscas —santero, con un sombrero sucio de mil años, en forma de bacía, la barba sin rapar y los pelos sin fuerza para crecer, la mandíbula medio descolgada, grises de piorrea las encías desnudas, el traje raído, con entrepiernas de tres colores, pardeado de sol y agua— me dijo, socarrón:

—Si llegan a quemar la virgen de mi pueblo me pego de hostias con el primero. Mire usted, compañero, aquí son unos desgraciados. Siempre les han dado gato por liebre. No han podido fusilar ni a los más ricos del lugar porque eran amigos de Azaña. Y todo eso les pasa porque tenían una virgen de pastaflora...

Lo creía de verdad.

Laparra, de pie, dejó aflorar una sonrisa en su rostro imperturbable.

—¿Qué pasa, hermano?

—Me hacen reír con sus imágenes de cartón piedra. Bien está que quemen los altares si creen que no sirven para nada. Lo bueno es cuando lo hacen por lo contrario... Pero mejor se lo cuento. Eso pasó estando yo en Oaxaca, al sur de México. En las serranías que rodean la ciudad no viven más que indios —de allí era Juárez—. Muy cristianos, se pasan rezando las horas muertas en iglesias pobres. Ahí los pueden ver, de rodillas, en cruz, mirando fijos las imágenes, quietos, sin moverse. El pelo lacio, los ojos negros, negros, la camisa blanca por sobre los pantalones, el sombrero de palma en el suelo.

En la Nopalera —un pueblo de los de allí— se levantó una cosecha magnífica, no crean que hace muchos años, a lo sumo tres o cuatro. Las milpas daban gloria, ahí por el Distrito de Putla. Cerca, en la jurisdicción de Tlaxiaco, hay dos pueblos: uno se llama Santiago, no recuerdo cómo y, el otro, San Pedro Yosatato. Más santos no pueden ser. Los pobladores de ambos odiaban a muerte a los de La Nopalera.

—Eso pasa en México y en todas partes.

—Ahora verán. Aquel año en Santiago y en San Pedro no hubo cosecha. Unos gusanos acabaron con ella. Aquello colmó todas las medidas. Era un insulto intolerable. El aborrecimiento se basaba, ante todo, en que el Santo Cristo de La Nopalera era mucho más milagroso que los patronos de los otros dos pueblos. Y aquella cosecha ubérrima, frente a la miseria de sus vallecitos, acabó con todas las paciencias.

El caso es que los de Santiago y los de San Pedro requirieron todas sus armas —machetes, fusiles viejos, algunas carabinas y bastantes pistolas— y se fueron callados, callados, hacia La Nopalera. Sorprendieron a los del pueblo. Sacaron el Cristo de la iglesia, lo adosaron a un enorme laurel real, en un lado del zócalo, y lo fusilaron con todas las de la ley. Lo remataron, luego, como Dios les dio a entender. Después, la indiada feliz se formó en procesión camino de sus pueblos a hacer rogativas a sus santos respectivos, pidiéndoles bendiciones por haber acabado de una vez por todas con su santo y odiado rival.

—¿Y los curas?

—¿Los curas? ¿Qué habían de hacer? A lo mejor en el fondo no les parecía mal. Además, si el de La Nopalera se llega a oponer...

Están en Alcorcón.

El despacho del excelentísimo señor tiene de todo: cortinajes, tapices, muebles estilo imperio, cuadros de la Escuela de Roma, librerías, sillones, araña, frío y poca luz.

—Lo peor es mentir. Y aun callar, que, sabiendo, es peor todavía que tergiversar la verdad.

—Pero usted, señor ministro. ¿qué quiere?: ¿Ganar la guerra o perderla?

—Mire usted, amigo Gorov: la verdad siempre acaba por vencer.

El escritor miró al señor ministro con compasión, que en nada se traslució en su rostro: todo él de piedra. Don Guillermo de los Santos, peque-

ño, erguido, con su melenita blanca al aire, tras la mesa de su despacho, adoptaba una postura heroica, perfectamente natural en él.

—Si lo que quiere usted es acabar ante el paredón, no tengo nada que decir —comentó el periodista soviético.

—No. De ninguna manera, al contrario. Pero, ¿por qué no se ha de poder vencer enarbolando la verdad?

—Así, a primera vista, no hay razón... contra la razón.

La tarde estaba cayendo, vencida, y el enorme despacho del ministro, granate de damascos y oros, parecía entrar en una región irreal, flotando al lejano ruido de algunas bocinas. Jesús Herrera, en un rincón, se aburría.

Están en Alorcón.

—Si vino la República —continuó el hombrecito prócer—, si he contribuido en cuanto pude a establecerla, es para gloria del espíritu, de la razón, de la verdad, de la cultura. Sin eso, ¿para que? Durante siglos la gente se mató y se volvió a matar por el triunfo de su religión sin importarles padres, patria o lo que fuera. La verdad era lo primero. Luego, con el capitalismo, los pueblos se destrozaron, sin importarles tampoco nada que no fuera su nuevo Dios, el dinero. Hoy, en el umbral de un tiempo nuevo, ahí tiene usted a sus correligionarios los comunistas, que igual repudian sus padres —el ejemplo de Carrillo es de ayer mismo— que estarían dispuestos a abandonar a su patria si su Partido se lo pidiese, que no se lo pide. Les admiro porque todavía no tienen más Dios que la justicia social, es decir, algo en potencia y no tangible, como lo es lo prometido por el Vaticano — aunque fuese el otro mundo— o los Bancos. Pero a través de todos los tiempos hubo algunos hombres que sólo buscaban la verdad, la transigencia, el respeto a los demás, la decencia, la honorabilidad. Soy de esos y no pienso transigir.

Herrera miraba al hombrecillo desde muy lejos. Lo veía todavía más pequeño y sentía una cierta lástima. Como si él, con sus pocos años, fuese muy viejo y aquel hombre tan renombrado, tan citado, no pasara de ser un niño. No le costaba ningún trabajo callar. Sonreía para sí, de huesos adentro, recordando la transcripción que le diera Llopis la noche anterior, de la emisión de la radio de Burgos, donde se pintaba al excelentísimo señor como una fiera todavía no ahíta de sangre, comecuras, bolchevique, quemaconventos, destrozacultura y tragatradiciones.

—Mire usted, señor ministro, no acabo de entender eso de la verdad y la mentira en política, y hasta, si quiere que le sea franco, fuera de la política —dijo Gorov.

Nadie, por muy avezado que estuviera en captar el sentido de ciertas inflexiones de voz, hubiese podido aventurarse a asegurar si aquel hombre, de cara cuadrada y sólida, nariz roma, boca fina y larga, de edad indefinible, hablaba en serio o en broma.

—La mentira nos fue dada al mismo tiempo que la verdad, y tan genuina, tan humana es una como otra, ¿o no?

El señor ministro miró a su visitante con muestra del mayor asombro.
—¿Por qué no hemos de aprovechar todas las armas que tenemos a mano? En política decir la verdad es entregarse en manos del adversario. Si éste ignora nuestro pensamiento, tenemos mucho ganado.

—Sí, sí: ya sé. Maquiavelo. Todo eso es literatura. No le fue tan bien a Italia...

—Ni tan mal, señor ministro. España, Francia, Alemania, han abonado los suelos de todo el mundo con podredumbre de cadáveres propios. Italia no. Ni siquiera Roma, como es natural. Los ingleses aprendieron la lección con el tiempo. A eso lleva esa civilización: aprovecharse de los bárbaros; tal vez no sea otra cosa.

—¡Pero no la cultura!

El hombrecillo se erguía, a lo gallo:

—¡Venceremos porque nos asentamos firmemente en la razón, de la misma manera que en el noventa y tres nuestros hermanos los franceses...!

—¿Qué hermanos?

El ruso se reprochó su interrupción, entre otras cosas, por la gran significación masónica del ilustre orador con quien se enfrentaba, pese a lo respetuoso del tono en que había sido pronunciada la pregunta. Pero el gran republicano no se dio cuenta, lo tomó en serio y prosiguió tajante:

—Todos los hombres de buena voluntad. Toda esa enorme masa indefinida que forma lo mejor del mundo. Todos los amigos de la libertad...

Gorov no escuchaba a don Guillermo, le llegaba el ritmo, la cadencia de sus frases rimbombantes, bien aceitadas, que se sacaba de la boca, como aquel ilusionista que viera en su ciudad provinciana —Kiev— hacía tantos años, haciendo surgir de sus labios metros y metros de serpentinadas de colores. Verdes, azules, blancas, amarillas... sólo que ahora el hombrecillo las expelía del color de su bandera: rojo, amarillo y morado.

Están en Alcorcón.

—¿Salir de Madrid? ¡Nunca! ¡Antes aventarán nuestras cenizas! ¡Venceremos, amigo Gorov, venceremos! ¡No pasarán! Madrid no se mueve.

Gorov, que estaba en el secreto, recordaba, amargo, el dicho que ya corría por las calles:

—Y si pasan, no importa.

En el fondo, pensaba, en verdad. Si vencía la rebelión, ¿quién era capaz de pisotear tantas conciencias enemigas?

Al día siguiente, don Guillermo de los Santos se iría, con el Gobierno, camino de Valencia o de Barcelona. Pero Madrid, como había dicho, sin saber lo que decía, no se movía.

Bajando las escaleras del Ministerio, Gorov le dijo a Herrera:

—Puestos a escoger entre la literatura centenaria de este buen señor y la de los rebeldes, todavía es preferible la que acabamos de soportar.

Herrera no sabía nunca cuándo Gorov hablaba en serio o en broma.

—¿No has oído nunca a Queipo hablar por la radio desde Sevilla?

—No.

—Vale la pena. Lee. O mejor, déjame que te lo lea.

Subieron al coche y Gorov sacó un papel de su cartera.

—Es de anteanteayer. Te advierto que lo tomaron taquigráficamente. No hay engaño. Oye: « *Los rojos -¡ay mamá, qué ricos!— porque me ven luchar al lado de los hombres de orden, dicen que soy un pa... pa... pa. Esperarse un poco, que la palabra es tan rara que se me ha atravesado y la tengo que leer... Un pa-ra-noi-co. Como si dijéramos un chiflao, un loco, un Unamuno, que un día es monárquico; otro, cenetista y, otro, gilrroblista. ¡Cualquiera se fía de ese pájaro por si acaso! Pero yo contesto a los rojos que ¡nequanquam! Cuando yo ayudé a la implantación de la República, porque la verdad es que don Alfonso me había hecho una cochinita -¡ya le pesó a él, ya!— lo mismo que a Alcalá Zamora, Miguel Maura y otros, creía que ayudábamos al orden tradicional, que es el sometimiento del pobre a las leyes que dispone el rico, como lo hemos visto desde que Adán le dio pa el pelo al Caín, que era correligionario de Pasionaria, y no a esta República marxista, que nos ha salido la muy equis... Conque que les frían un huevo, que yo soy monárquico...* »

Gorov dobló cuidadosamente el papel.

—¿Te das cuenta de lo que sería España, si llegasen a ganar?

Herrera no le contestó. Pensaba en Unamuno.

Están en Alcorcón.

Dejó a Gorov en el Hotel Palace y volvió al cuartel de las milicias. Madrid hacía su vida normal, las tiendas estaban abiertas, la gente aparecía despreocupada. Sus compañeros estaban otra vez en el bar. Entre ellos, Bernardo Santos, un mozanco de Orihuela que le era simpático. Con la noche entraba el comezón del parte oficial. No había nada que hacer, más que esperar.

—Llueva o no llueva, hay trigo en Orihuela. Trigo no sé, pero de todo, sí.

(Cañas por las orillas del Segura, agua siena, lenta, reposada de tanto poso, enorme acequia natural, a veces bravía y desbordada, tras las lluvias. Córrese la voz a toque de trompeta y campana. Huyen los huertanos con casa cercana al cauce. «Las riadas son como las revoluciones: se lo llevan todo por delante, y cuando el agua vuelve a su madre, todo es limo y desolación», como decía don Benito Clarases, el boticario carca; que el otro, don Jerónimo Carcel era liberal, lo que le costó no pocos disgustos y no poca clientela, que la ciudad —todos los saben— es levítica y muy duda al Señor. Lo que no importa para que los republicanos tuvieran lo suyo.

Girasoles y adelfas. Paisaje bueno de comer. Campos pequeños y ricos. Y el cielo teñido de añil, como si en él lavaran la ropa, antes de tenderla, tan blanca que hiere los ojos. Las carreteras de puro polvo, los carros, las mulas, los burros y los tomates, rojos y verdes. Últimas estribaciones rojizas y, hacia el Sur y Levante, el campo tan bajo y llano que parece la mar.)

—Tú conocerás a Hernández, uno que hace versos y que ahora anda con eso de la cultura.

—¿Jesús? ¿El ministro de Instrucción Pública?

—No. Miguel. Uno de orejas grandes y que siempre va con la cabeza rapada al cero y traje de pana. De Orihuela, de mi pueblo.

—No.

—Pues es bastante sonado. Han publicado libros suyos y todo. El sí que me conoce. De chavales anduvimos juntos por el campo. Luego yo fui a Murcia, y no volví a verlo hasta hace unos días. Me conoció.

(Orihuela limpia, empalagada de tanta sombra de iglesia. Ciudad de siesta, con sus comercios bajo los portales. Y los casinos.)

—Allá en Orihuela hay tiempo para todo.

(Las palmeras tan quietas, en el cielo quieto. Y el calor. Y el gluglú del Segura.)

—Según dicen, allí seguimos siendo cristianos aun con los moros.

—Sería bizantinos —dice Herrera.

—No nos vengas ahora con historia y que cuente la suya.

Ya están en Leganés.

El mozo no parece dispuesto y la relata Herrera, que le picó para que lo hiciera. El joven mira al suelo, se mete el índice izquierdo en la oreja del mismo lado y lo menea a más y mejor; luego, se rasca el pelo crespo y se pasa los nudillos por la nariz. Evidentemente le molesta que se ocupen de él. Rectifica de tarde en tarde, ante todo, para quitarle importancia al suceso, que, en verdad y en sí, no la tiene. Así lo recalca Herrera:

—No tiene nada de particular, como no sea para poner un poco en claro lo que discutíamos ayer del sentido moral de nuestra gente. Aquí donde lo veis, Bernardo es un conquistador; no protestes.

—No tiene nada de particular, como no sea para poner un poco en claro lo que discutíamos ayer del sentido moral de nuestra gente. Aquí donde lo veis, Bernardo es un conquistador: no protestes.

—Si era la tercera...

(Bernardo Santos recuerda las dos anteriores: la pindonga aquella del mesón del Antequerano, allí a la salida del pueblo, en Mula; el día en que vendió la faca que le había regalado el Murciano. De verdad, de verdad aquella fue la primera vez, por las buenas, que las anteriores no se podían contar porque sólo fue a medias, y el revuelo de ocasiones siempre cortadas por algo —un perro, un gañán, un grito, una búsqueda, ella que no quería—. Y la otra, la Remedios, tan fea, buscándolo, sin dejarlo a sol ni a sombra, con aquel hedor de boca y el pecho bamboleante, caído sobre el abdomen recogido en una blusa puerca, que fuera negra. Y la falda recia, y las enaguas de tela de saco. Un poco por huirla, volvió a Murcia y entró a servir a Don Cayetano, en Beniaján).

—Bueno —continúa Herrera—, es modesto. ¿Cuántos años tienes?

Cree que se burlan de él. Se quiere ir, pero no se atreve.

—Ella era de Crevillente, o de Fortuna.

—No, hombre: de Alcantarilla.

—Bueno. No hace al caso.

(¿Cómo que no hace el caso? Este Herrera... y no es malo, no. ¿Por qué les contará eso? ¿Qué les importa a todos? Lo que pasó, pasó. La Fuen-

santa está conmigo, y ya se le nota la panza. Estamos en paz. ¿Para qué remover las cosas?)

–La cosa es que el compañero, los primeros días de la rebelión tuvo que ir a Alcantarilla con un encargo de su patrón, que era de los de La Cierva. Todavía estaba todo tranquilo. No sé cómo dio con la chica.

–En casa del cosario.

–Se ven, se miran, se gustan. Luego se citan, al atardecer, en la estación para ver pasar los trenes, tal como se debe.

–Bueno, tú, al grano.

–Un momento, compañeros, que la noche es joven y todavía falta para el parte.

(Pero están ahí, en Alcorcón. ¡Quién lo iba a decir! Y eso que ahora, en la guerra, ayer no existe; sino el frente de hoy; y mañana. No entrarán, y si entran no lo veré.)

–Ella era –mejor dicho, es– hija de uno de la C.N.T. –pero eso sí que no tiene nada que ver–, peón caminero y buena persona y padre amante de diez retoños. Ella –la de éste– era la mayor. Con eso de la guerra y la revolución las cosas fueron bastante más de prisa de lo que suelen. Total: que los tórtolos se metieron en un tren, y al cuarto de hora los tenéis en Murcia, tan contentos. Acerca de lo que hicieron corramos un velo.

–Bueno, tú, ya está bien.

Bernardo se levanta, ofendido, con razón. Lo apaciguan lo más.

Ya están en Leganés.

–Hombre, pero si no me meto contigo, al contrario.

–Pues cuéntalo cuando no esté.

–Eso tampoco. Parece como si vosotros nunca hubiérais roto un plato.

–Toma, Murciano –interviene Herrera, ofreciéndole un cigarro.

–No, gracias –responde el aludido–. además, por si no lo sabes y no te sabe mal, Orihuela es de Alicante y no de Murcia.

Esa lección, dada a uno leído, parece calmarlo.

–Trae.

Toma el pitillo.

–Bueno, ¿Sigues o no?

–Sí, hombre, sí.

La verdad es que a ninguno le interesa demasiado aquella historia, sino saber si es verdad aquello de los tanques y de los refuerzos. Los aviones ya los han visto, y los fachas están en Alcorcón y en Leganés.

–Cuando el padre se enteró fue al Comité a denunciar el hecho. Los habían visto juntos, sabían a qué había venido el chico, a quién servía, etc.

¿Cómo se puede ir tan de prisa? –piensa Bernardo–. La llegada a Murcia, con tantas tartanas esperando. Y él, con el temor de que algún conocido le viera, y le preguntara quién era la Fuensanta. Y, además, pensando que ella se iba a volver atrás. Pero la maldita tenía ganas de saber lo que era, de verdad, aquello. Y, además, que nueve hermanos pequeños

son muchos, y que la madre sólo se ocupaba del último, siempre impedida de mucho hacer por el próximo; que el padre no dejaba pasar ocasión.

—Total, no fue difícil dar con ellos, en un cuarto que habían alquilado.

(Mentira. No lo alquilé. Pero, ¿para qué lo digo? ¿Qué más da? Allí, en casa de don Cayetano, a espaldas de la Platería, no vivía nadie más que el cuidador y su madre. Como les conocía poco, les dije que era mi hermana. No sé si lo creyeron. Supongo que no. Y nos encerramos en un cuarto. Bueno, en el cuarto que me habían dado por estar en Murcia los días que había de estar hasta que estuviera arreglado el motor del pozo de la finca, que a eso había ido principalmente.)

—A este joven incauto me lo llevaron detenido, de vuelta, a Alcantari-lla. Lo metieron en la cárcel y, a su debido tiempo, pasó ante el jurado popular.

—Oye, tú, no nos vengas con trolas.

—¿Es verdad o no, Bernardo?

—Como dicen que dos y dos son cuatro. Yo creía que era por otra cosa: por lo de don Cayetano, que era una carga a machamartillo. Pero, no.

—El discurso del fiscal fue de lo mejor: que si la moral, que si el ejemplo de la retaguardia, etc. Total: pidió la pena de muerte.

—¿Nada más?

—Y se la concedieron. Pero así, muy convencidos y con la mejor buena fe. O se es, o no se es. ¿O va tanto del teatro de Calderón a hoy? No se cambia así como así.

—Y lo fusilaron, ¿no? —pregunta en chungu Peñafiel.

—No: porque le dieron una alternativa.

—¿Cuál?

—Casarse con la chica a tambor batiente: allí mismo.

—Cosa que el compañero no dudó en hacer

—Como es natural. Mandaron buscar al alcalde y todos los jurados fueron testigos. No hubo más que rehacer la causa. Y se rehizo.

—No veo por qué os extrañáis del caso —dice Peñafiel—. La alusión de Herrera a Calderón está plenamente justificada. Así acaban muchas de nuestras comedias, con la agravante de que el galán había abandonado a la dama. Lo que me extraña es que os asombréis que la literatura ande tan pegada a la carne. En cuanto al sentido del honor, ¿para qué vamos a hablar de eso? Yo no dudo que la mayoría de vosotros estáis aquí para defender lo vuestro; los socialistas, lo del socialismo; los republicanos, la República, etc. Pero yo, ¿por qué estoy aquí? Por el cochino honor, camaradas, por el cochino y puerco honor.

—*Eixo está bé* —dice Planelles—, *els fachistes son uns deshonrats*.

—A mí ni me va, ni me viene Azaña.

—Oye, tú, más respeto con el Presidente.

—Bueno, pues, quien tú quieras.

—¿No tenéis una botella de vino?

—Ése tiene.

—Venga. Que hace fresco.

Al minuto no quedaba sino el casco. Santiago Peñafiel siguió hablando. No quería, pero el silencio le empujó. Y eso del honor que tenía muy a pecho. El honor y la honra. Dejando aparte la natural inclinación, que nada tiene que ver con lo que defiende. Su tío Francisco le había contado lo que ahora diría. (Valencia, tan tranquila. Las juventudes: Josefina. Y ahora en Madrid, de noche, con el enemigo enfrente.) Ya no era su vida, era la historia. Por eso encajaba aquel viejo suceso.

—¡El honor! ¿Vamos a no reírnos? El honor es la venganza. Y ya no busquéis más. Con el feudalismo y la burguesía nació el paripé. Que si la sangre lava... ¿La del ultrajado derramada por el ultrajador? ¡Un cuerno!... No. Eso estuvo bien para cierta clase, durante la Edad Media y el Romanticismo. Pero son tonterías superficiales, ¿o es que en el pueblo no había venganzas? ¿Y si las había, no correspondían al mismo sentimiento que enfrentaba a los decorosos caballeros? El honor se venga con el castigo del culpable, y no importa cómo se consiga, sino lograrlo. Y si se le espera, a la caída de la tarde, escondido entre brezo o trigales tanto da, como la bala sea certera. Y a la mujer —y al amante— se les apuñala dormidos. Y todos tan contentos. Así se venga el honor mancillado. Aparte queda la honra, que es lo de cada uno, sin relación con los demás: ahí sí, pero entran en juego otros elementos y puede haber héroes. Pobrecitos países donde no hay palabra para discernir una cosa y otra. Aún cuenta en mi pueblo la historia de los Bernárdez. Tú, José, que haces cosas para el cine: ahí tienes una historia de veras; aprovecha, los Bernárdez eran tres. Dos hermanos y un primo. Allá, por las guerras carlistas.

—¿Cuál?

—No sé. Yo siempre lo oí contar así: «cuando las guerras carlistas», y no me paré a preguntar si la primera o la segunda. Además, es posible que no lo supieran.

Están en Alcorcón, en Leganés, en las afueras de Getafe.

Encendió un cigarrillo, con cierta voluptuosidad y lanzó el humo a lo que más podía antes de proseguir, como si hubiera querido castigar al interruptor. A lo lejos sonaron unos tiros que les hizo ponerse en guardia, pero aquello no tuvo cola. Entraban cientos de hombres en el cuartel, obreros y más obreros. Había llegado la hora de dejar el taller. Siguió Peñafiel.

—Dicen que eran guapos mozos; Leandro y Julián eran hermanos, el primo se llamaba Miguel. Los primeros eran carlistas, liberal el otro. Y eso, en Soria. Se vino encima la guerra de veras, y un día unos, y otro día otros; así fueron venciendo y matando. Hasta que, en los límites de la Rioja, Miguel cayó prisionero de una tropa que mandaba un tal don Gonzalo Arzo, tan buen militar como buen bebedor. Los otros Bernárdez servían a sus órdenes. Leandro era capitán, Julián alférez. Vieron a su primo, al que querían como hermano, y nada pudieron hacer para librarle del paredón, que por aquellos meses andaba la cosa muy mal, y de los prisioneros no se volvía a saber. Era por noviembre, y los dos hermanos consiguieron el permiso del coronel para que su primo se fuese a despedir de su

mujer, que vivía a unos kilómetros de allí, pasando el río. Les bastó la palabra del condenado, y respondieron ellos con sus vidas. Miguel se fue a ver a su mujer y a un hijo, que no conocía, nacido de días. A medio camino empezó a diluviar, pero llegó; y se despidió –sin decir nada de su situación–. Pero, a la vuelta, ya no pudo cruzar el río. La avenida se había llevado el puente. Se tiró al agua. Dicen que era buen nadador. Pero aquello era ya un torrente y el hombre no pudo con los remolinos y el lodo, y se ahogó. Su cuerpo debió enredarse en algunas raíces profundas, porque no apareció sino quince días más tarde y en el buen estado que podéis suponer. Claro está que lo interesante sucedió con los primos hermanos. A la mañana siguiente, como es natural, no había ni rastro del condenado, y el coronel, bien bebido, empezó a bramar –era hombre de honor, si lo había– y mandó fusilar a uno de los que se habían hecho responsables de la despedida del desaparecido. Querían ambos hermanos echar a suertes a quién le tocara un ejemplar final, cuando el hombre de bien redondeó su mandato: el otro debía mandar el pelotón. Que así era el señor. Y como pasara el tiempo y ambos se ofrecían de víctima, don Gonzalo, teniendo que rendir jornada larga, ordenó que el ajusticiado fuese el alférez, al que, como es justo, desde su punto de vista, tenía en menos que al capitán. Fueron, como de costumbre, hasta el muro del cementerio, y se sucedieron los preparativos terrenos y celestiales. El cura allanó sin dificultad el camino de salvación al que iba a morir fusilado, y aun –aunque con cierto resquemor– al que iba mandar el pelotón, que, de hinojos, le suplicó igual gracia. Se formó el cuadro. Diéronse las primeras voces de mando; de pronto, el capitán, impertérrito, se colocó al lado de su hermano, a la voz de apunten, señalando su corazón. Los soldados se quedaron sin saber qué hacer, cuando el capitán sacó su pistola y gritó a sus hombres, amagándoles, que dispararan. Lo que hicieron fue dar media vuelta. El hombre se quedó ronco, insultándoles. Y luego, con tranquilidad le voló la tapa de los sesos a su hermano y después –con otra bala, que con la misma imposible– hizo lo propio con la suya.

–¿Y eso es honor u honra?

–Honra, joven; honra. ¿O es que no has entendido?

–Idiota es lo que era: no entraban más que ellos en juego. Ahora hay que pensar en los demás.

Ahí está el parte:

«*Frente del Norte y del Noroeste.* Los sectores oriental y centro de este frente comunican tranquilidad. Nuestra artillería ha dispersado una pequeña concentración rebelde en la zona de Mondragón. En Asturias nuestras tropas han realizado un fuerte ataque de flanco contra la columna fascista de la zona de Grado, habiendo quedado en nuestro poder treinta y tantos prisioneros y mucho material de guerra. Numerosos soldados y Guardias de Asalto han pasado a las filas del Gobierno.

Frente de Aragón. En el sector de Tardienta nuestras fuerzas han aniquilado un escuadrón de caballería mora y dos compañías de infantería que abandonaron en el campo 30 muertos y 18 prisioneros.

Nuestra artillería de Alcubierre ha bombardeado eficazmente las posiciones facciosas de este sector.

Frente del Sur. La columna rebelde que opera en Priego ha intentado un ataque contra nuestras posiciones de Fuente-Téjar, siendo vigorosamente rechazada con cuantiosas pérdidas.

La aviación fascista ha atacado El Carpio y Bujalance.

Frente del Centro. En Somosierra, después del enérgico contraataque realizado el día de ayer por las fuerzas leales, no han disparado los facciosos contra nuestras posiciones.

En el sector sur de Madrid, las columnas rebeldes continúan su presión desesperada, a pesar de la heroica resistencia del ejército republicano. En el día de hoy nuestra artillería ha bombardeado con eficacia las líneas enemigas y dos contraataques de nuestra infantería lograran contener el avance de las tropas mercenarias fascistas.»

Era todo. Parecía mentira, pero en toda España se luchaba: Mondragón, Grado, Tardienta, Alcubierre, Fuente-Téjar, Priego, El Carpio, Bujalance... Y, sin embargo, sólo contaba Madrid. Porque estaban en Madrid, y porque Madrid lo era todo. Y del frente de Madrid no se decía nada. O casi nada. Duelos de artillería, contraataques. ¿Dónde? el cañoneo les contestaba.

Tenían la razón, y el enemigo había llegado a las puertas de Madrid. Peñafiel sentía la rabia revolverle el estómago.

6 de noviembre, por la mañana

Una motocicleta deja a Vicente Dalmases a la puerta del Ministerio de la Guerra. Baja del sidecar, y se despide de su compañero:

—Mañana, a las ocho, aquí.

Luego, atraviesa la verja y se acerca al palacio. Cerca de la puerta todavía está boquiabierto el embudo de la bomba que cayó allí por octubre. Entra en el Ministerio como Pedro por su casa. Ordenanzas y militares van y vienen, encerrados en sí, sin preocuparse de los demás. Vicente pregunta por el subsecretario: trae un pliego para él, del jefe de su batallón. Le contestan alzándose de hombros:

—Arriba.

El joven sube las escaleras, extrañado de tanta indiferencia.

—¿El general Asensio?

—No está.

—¿Cuándo vendrá?

—No sé.

—Traigo un pliego urgente para él.

—Déjelo.

—No. Tengo la orden de entregarlo personalmente a uno de sus ayudantes.

—No hay nadie.

La gente va y viene, atareada, con papeles, con bultos. Vicente se siente perdido. No sabe qué hacer. Pregunta a otro.

—Espérese.

Se acerca al ventanal. En la mañana fría, la Cibeles, cercada por sacos terreros, parece más pequeña, solitaria, en el centro de la plaza medio desierta. Frente al Banco de España, unos camiones, custodiados por Guardias de Asalto; unos mozos van y vienen, llenándolos. El Prado, sin nadie. El silencio y, de pronto, a lo lejos el cañoneo.

Vicente se da cuenta de que lo que sucede es que la gente abandona Madrid, están evacuando la capital; que no queda nadie. Van a entregar la ciudad. Se vuelve y mira los ojos de los que se afanan, de aquí para allá. Conoce esa expresión. Se van, abandonan la tierra que pisan. No comprenden el porqué, pero se sienten en peligro inminente de caer en manos del enemigo, y cualquier otra cosa es mejor. Huir, retroceder, irse ante el mal que avanza, cercenar lo que sea ante la invasión de la gangrena. Tiene que entregar el pliego.

—¿El subsecretario?

—No sé,

—¿Cuándo vendrá?

—No sé.

Nadie sabe.

—Traigo un pliego urgente.

Se alzan de hombros. Entra un general, pregunta por el subsecretario. Nadie sabe nada.

—¿Quién es? —pregunta Vicente.

—El general Pozas.

—Si viene —indica el general—, dígame que fui a la Presidencia del Consejo.

De pronto, por la calle, viniendo del Retiro, subiendo hacia la Puerta del Sol, empieza a desfilar una columna. Una larga columna de hombres, civiles todos: la mayoría con boina y gorra, algunos sin nada en la cabeza. De tres en fondo, desarmados. Jóvenes y viejos. Se esfuerzan en marchar militarmente, de cuando en cuando rectifican el paso, para seguir el ritmo. Un tranvía se detiene para dejarlos pasar. En las aceras, los pocos transeúntes se alinean en el bordillo para verlos. ¿Quiénes son? ¿Dónde van?

Son los del ramo de la construcción, y bajan hacia Carabanchel.

—¿Sin armas?

Van a relevar a los muertos. Sólo el ruido de sus pies. Desde donde los ve Vicente, no se puede leer en sus ojos. Tan pronto como se enfrenten con los tanques, o los moros —piensa el mozo— echarán a correr. Es el fin. Si Madrid no tiene otra cosa que oponer a las columnas de Varela, estamos listos, listos para... ¿para qué? Vicente se apoya contra la jamba del ventanal. ¿Para qué?

Aquel campesino, con su sombrero ancho y su bastón, ese obrero con su gorra clara ladeada, aquél con su manta al hombro... Más parecen una columna de prisioneros que otra cosa. Van a morir; pero no, como tal

piensen, en duelo con el enemigo, sino huidos, en manada, segados por las ametralladoras, contra un enorme paredón, o allí arriba, en la Plaza de Toros, como en Badajoz. Y ahora sí, le entra el miedo, a borbotones, como no lo tuvo nunca en campo abierto. ¿Dónde ir? ¿Qué hacer?

—¿No ha venido todavía?

—No.— ¿Qué hago con este pliego?

—Déjalo, si quieres. Cuando venga alguno de sus ayudantes se lo daré. Vicente deja el sobre y sale rápidamente a la calle.

Se detiene y apoya contra la reja del palacio de Buenavista.

¿Qué va a hacer? La columna sigue desfilando, interminable. Vicente se fija en el Ministerio de Instrucción Pública. Decide ir a ver a Renau. A ver qué le dice. Espera que acaben de pasar esos hombres, cruza Alcalá, al blanco y triste sol mañanero, y sube la blanda cuesta, hacia el Ministerio. Pregunta por el director de Bellas Artes; sube al cuarto piso. Renau no está. ¿Qué va a hacer? Baja y echa a andar. Perdido. Entra a tomar algo en la granja El Henar, para volver en sí.

No conoce a nadie. Las conversaciones, apasionadas, se mezclan con el ruido de las cucharillas. Una enormidad de humo. Todos fuman.

—Con permiso.

Se sentó en un sofá, en el salón de adentro.

—Aquí no entran.

—Ni Francia, ni Inglaterra pueden permitirlo.

—Ni nosotros.

La trápala es feroz. La gente va, viene, pasa ante sus ojos sin que Vicente consiga fijar una cara. Ahora se da cuenta de que tiene sueño. La temperatura es agradable, el asiento muelle. Está sentado entre dos mesas. No sabe quien le ha servido café. Pero está tomando café. A derecha e izquierda la gente se apretuja, discute, grita, gesticula. Vicente oye sin querer, sin prestar atención. Está en el campo, y retrocede. La aviación enemiga bombardea, a derecha a izquierda. Dispara, le duele el hombro.

—Vas a ir a Madrid.

El puesto de mando, en una casa de labor. Atrás, atrás. Sin remedio. ¡Que vienen tanques! Contra los tanques no se puede. Si pudiese dormir. Pero la batahola no le deja.

—Que te digo que el Gobierno se ha ido.

—Cuentos. Acabo de hablar con Ruiz Funes.

—Pues a mí me han dicho...

—¡Cuernos! ¿Cómo se va a ir el Gobierno? ¿Para eso habían de haber entrado los de la C.N.T.?

—Y tanques, ahora verás tanques. Tampoco creías en que había aviación, y ya ves.

—Lo que veo...

—Y ya verás los franceses...

—Lo que no hagamos nosotros...

—Hola, tú. ¿De dónde sales?

—De la Sierra.

Llegan más, que se sientan y le apretujan. Deben creer que está con los de la mesa de al lado. Y esos, lo mismo.

—¿Crees que todos estos que están ahora abriendo trincheras alrededor de Madrid, o alzando barricadas en sus calles, lo hacen porque se lo manda el Gobierno? ¡Vamos! Además el Gobierno no manda nada... Sólo piensa en salvar el pellejo. ¡Los sindicatos, hijo, los sindicatos! Y eso, porque les sale de adentro a sus sindicatos; y no por sindicatos sino por hombres, por hombres que tienen sentido de lo que no quieren. Porque están en contra de algo tangible, que está llamando a la puerta de todos. Nada une como lo que no se quiere. Y si no, vete a verlo. Lo mismo de anarquistas, que socialistas, que comunistas. Si tuvieran que luchar por imponer sus soluciones se entrematarían a quien más, mejor. Lo único que une es el anti. El estar en contra. Cada quien quiere otra cosa, pero cuando se trata de no querer, entonces cabe la unión. ¿O es que crees que los madrileños están dispuestos a dejarse machacar por defender la República? ¡No, hombre! Están listos a morir porque no quieren que entren los fachas. El Gobierno no cuenta para nada, ni hace falta. Por mí, que se largue. Y no digamos de la Sociedad esa de las Naciones. ¿Ya sabes lo que hago con ella, no? Pues, pa qué te lo digo...

—Vosotros, los anarquistas....

—¡Yo no soy anarquista!

—¿Pues, qué?

—Nada, ¿Me oyes? Un hombre, y ya. Lo que pasa es que consideráis a los hombres por las etiquetas que se cuelgan. Y lo que cuelga es otra cosa...

—¡Muy bien, joven! ¡Estoy con usted!

Era un viejo barbón.

—¡Usted, qué ha de estar conmigo! Está en contra de lo mismo que yo. Porque no le da la gana de que manden los que siempre han mandao. Y que nos cargan los extranjeros si quieren mandar en lo nuestro. Igual pasó el año 8. Y menos, los moros. Y no nos importa, ni la moral, ni la política, ni la justicia, ni el poder, sino nosotros mismos: Felipe, Joaquín, José, y el otro José, y Julián, y Alberto, y un don Gladiolo, si lo hubiese.

—Que lo hay.

—Para usted la perra gorda. No nos da la gana. Y no pasarán. Y si pasan no me importa, porque yo no lo contaré.

Se levantó.

—Jóvenes, me vuelvo a Usera. El que quiera que me siga, que allí falta gente.

—¿Y a qué viniste aquí?

—A tomar café. ¿Pasa algo?

—No, hijo. No.

Con él se fueron siete u ocho. El barbón habla alto:

—¿No os da vergüenza discutir? ¿Es que no os queréis dar cuenta de lo que está sucediendo? ¿Convertir esto en palabras? ¿Es que no veis que lo que estos hombres están defendiendo son sus sueños?

Sus sueños, nada más que sus sueños.

–Sueñas.

–¡Ojalá! ¿O es que creéis que estos hombres defienden lo poco que habían conseguido? No. Están dispuestos a morir por lo que soñaban alcanzar. Ahora: llamadlo como queráis. Claro, a vosotros os da lo mismo. Estáis dentro, completamente a oscuras. Trocada la vista por el olfato, sólo sabéis husmear la base de las paredes, los troncos de los árboles, para dictaminar, inexorables, «Esta meada es de arzobispo, ésta de nuncio, ésta de banquero». Estos hombres no defienden su presente, sino su futuro. Su vida, su sola vida: Lo que sueñan que es su vida. Pero no podéis ni olerlo si quiera, os faltan sentidos...

–¡Hombre!, muchas gracias...

El poeta, con su chamarra, su pipa, su gorro y su barba, anatematiza contra un grupo de diez o doce jóvenes que le oyen con respeto.

–¿Qué puedo hacer? ¿Pensar una cosa con el exclusivo objeto de daros gusto, y que mis ideas se vayan a paseo? ¿No? ¿Verdad que no? ¿Entonces? No os importa mi opinión, sino mi firma. Y yo no soy mi nombre tan sólo.

El de más edad, bajo, gordito, con gafas, segurísimo de sí, le dice con el aplomo de sus treinta años y su impertinencia:

–Lo que tú debieras hacer es ingresar en el Partido.

–¿Por quién me tomas? ¿Por uno de esos cientos que están en mal de carnet?

–Te estoy hablando en serio.

–En serio te contesto, aunque no lo parezca.

–Dame las razones por que no lo haces.

–No hay más que una: no quiero perder mi libertad.

–¿Cómo vas a perder lo que no tienes?

–¿No puedo publicar hoy lo que me da la gana?

–No. Te lo impide...

–Lo que me forma. Ya lo sé. Pero no quiero discutir teóricamente: Quedémonos en los hechos. Yo, hoy escribo mi artículo. Lo llevo al periódico...

–Y sale. Si pertenecieras al Partido, habría que discutirlo antes. ¿Te parece mal?

–No. Pero a mí me molesta, personalmente. Y no estoy dispuesto a pasar por ningún cedazo. Ni a que me digan: hoy tienes que hacer un poema proletario sobre la defensa de Irún.

–Así que tú, solo.

–Yo, solo, con mi ligazón con todos, pero según mi puesto, mi manera y mi deseo.

–Di, desde luego, que es más fácil hacer arte que hacer la guerra. Sobre todo cuando ese «arte» es puro subjetivismo.

–Te oí decir la otra noche, en uno de esos alardes de lo que crees tu materialismo, que el mundo es como nos lo dan.

–¿Y, no?

–No, hijo. No. Es como lo hacemos, o nos obligan a hacerlo, o lo dejamos hacer. Y te conformas o no, haces o no, aplaudes, o callas, o protestas.

–No me refería a eso, que es impepinable. No. Sino a como lo hallamos cuando nacemos. Todavía no escogemos a nuestros padres.

–No desesperes de ello.

–No desespero.

–Claro que no, como yo no desespero de ti a pesar de todo acabaré ingresando en el Partido.

–Desde luego, porque es el único lugar que te corresponde, el único que te conviene, a ti y a cualquier intelectual que piense que su destino es dirigir, aconsejar, ver adelante.

–¿Por eso vas a cejar? Porfía. Si tienes razón acabarás por convencer a los demás –dice otro.

–Y si no les convences, ni ellos te convencen, ¿tienes que reconcomerte y pasar por todo?

–¿No te das cuenta que si no, serás siempre un espectador? Ver lo que otros hacen, pagar –y recalcó la palabra– para verlo, o pedir un lazarillo o convertirte en un pobre titiritero de esquina. ¿O es que no quieres darte cuenta de lo que se juega, hoy, a veinte kilómetros de aquí? ¿Vas a querer repetir la anécdota famosa de «los Persas»? ¿Gritar: ¡Los fascistas!, y caer atravesado por sus flechas? ¿Darlo todo por una frase inmortal? Serías capaz.

–¿Quién sabe!

–Ya lo sé. En el fondo, lo único que te preocupa es eso: la inmortalidad. Lo malo es que no tienes pasta para eso. Eres demasiado débil.

–Y vienes a ofrecerme el refuerzo del Partido.

–No el del Partido, que no sería tan despreciable, sino una concepción sólida del mundo.

–Sí, ya sé: estáis dispuestos a suministrar –recalca el verbo– concepciones. Y, ¡ay del que se aparte de ellas!

–¡No! ¡No, coño, no!. Eso sí que no te lo permito. Si un escritor es comunista no necesita que el Partido le suministre, en el sentido que tú quieres dar a entender, ninguna concepción. Ya la tiene. Por eso, por tenerla, es comunista. El Partido puede suministrarla a quienes se «dicen» o se «creen» comunistas y no lo son –hizo una pausa–. De ahí las depuraciones posteriores y las críticas demostrando que no se es comunista. Todos estos hombres que se enrolan en el Quinto Regimiento, ¿crees que se les ha suministrado una concepción científica o lo que sea, del mundo? No, hijo. No. Creen en un mundo mejor. Están seguros de su existencia y dan su vida, no por su patria, es decir, un pasado, sino por el futuro, del que están absolutamente, ¿me oyes bien?, absolutamente seguros. Toda la desesperación de los de enfrente –y no me refiero exclusivamente a los fachas– es que la U.R.S.S. no ha caído en la vieja trampa: «Yo puedo hacer esto porque soy conservador, usted no puede hacerlo porque es liberal» ... Vuestra posición escéptica es un crimen. Lo pagaréis muy caro.

Vicente los oía a través de una niebla. Era una conversación conocida, repetida hasta la saciedad. No le interesaba. Él había resuelto hace mucho todos esos problemas.

—En verdad, de verdad, lo que sucede es que cuando hay igualdad no puede haber libertad. Bueno: la libertad tal como la entendéis.

—Pero entonces la revolución se hace inhumana, y a ese precio, no vale la pena.

—A ver si encuentras tú otra salida.

Otra salida, el sueño: Vicente se duerme. Está copado. Sin remedio. En un agujero, el fusil en la mano. Los fachas avanzan, convertidos en niebla. Por mucho que se agache lo verán, por mucho que se pegue a la tierra. A la tierra. El olor de la tierra. Volver a ella. La siente, dulce y callada, en espera de todo. En espera de que lo maten. De qué lo cojan prisionero y lo fusilen.

Bueno. Es un hecho. Nos van a cazar. Caeremos prisioneros. Nos fusilarán. La cosa no admite duda. Vamos a morir. Voy a morir. Nos van a fusilar. ¿Te das cuenta? Vas a morir. A dejar de ser. A una hora fijada por éste o aquél. Desaparecer. Sin más. ¿Te fijas? Sin más. Sin nada más. Convertirte en piltrafa, en carne sanguinolenta, en trapo, en montón. En blanco lívido; las ojeras de los muertos, los dientes de los muertos, los labios blancos de los muertos. En nada. En licorapestoso—negro— por la comisura de los labios blancos. Sin remedio. Para eso perdimos la guerra. Para esto nos quedamos en la estacada. Los que nos dejaron en ella se perdonarán a sí mismo... Polvo, montón basura lacia: nos cogerán entre dos—uno por los pies, otro por los sobacos, la cabeza caída arrastrando contra la tierra— y nos irán amontonando. Estas van a ser las últimas horas de mi vida. ¿Cuántas?, ¿diez, doce, veinte? Quizá cincuenta. Y, luego, se acabó. Pongamos un término medio: treinta. «Treinta horas, o la vida de un jugador.» Sí, ese era un libro que tenía mi padre. Allí, en el estante, al lado del retrato del abuelo. Habrá que pasar revista a la vida de uno, aunque uno no quiera, aunque no valga la pena. Los recuerdos se van a amontonar, ¿para qué? Lo mejor sería no pensar en nada. Al fin y al cabo ellos perderán la guerra aunque nosotros la perdamos ahora. Se acabó el Comité de No Intervención, deben sentirse felices. ¿Cómo nos fusilarán? ¿De noche o de día? ¿En grupos de quince o veinte, o de tres o cuatro? ¿Con ametralladora, como en la plaza de toros de Badajoz? Caeré blandamente, doblando las rodillas, mi frente dará en tierra, luego, todo el cuerpo dará una media vuelta lenta. Boca arriba. Boca abierta. Sucio de sangre. Sin más. Sin más. No perderán el tiempo en darnos el tiro de gracia. ¿Y si sólo me hieren? ¿Y si puedo escapar con vida? Hurtando un poco el cuerpo. Se dan casos. Luego me arrastraré por el suelo, de noche. Una luz brilla a lo lejos. Estoy herido. ¡Bah! La cosa será mucho más sencilla. No hay que preocuparse. No estaré solo. Todos estos que me rodean. ¡Qué verdes están las palmeras! ¡Cómo brilla el sol en el agua del puerto! Hojas de oro. Brillan, ¡fuego! Y ya. ¡Fuego! Y al infierno los que crean en él. La inmortalidad no sirve para nada. Vivo y, de pronto, he muerto. Así, como un apagar de luces. Eres y, de pronto, nada. Aunque yo mismo no lo crea, tengo cierta curiosidad. Me temblarán las piernas. De eso no cabe duda. Me temblarán las piernas. Mejor dicho: las pantorrillas. ¿Qué gritaré?

¿Viva la República? Al fin y al cabo la República me importa un comino. ¡Valiente República! Ahí se quedan todos, desde afuera, mirando. Todavía no. Estoy en el café. ¿En Valencia? No. ¡Qué sueño! ¡Qué ruido! ¡¿Qué cansancio! ¿Cuántos días llevo sin dormir? Pocos: dos.

—¡Han asesinado a Franco! Palabra, acaban de decírmelo en la Dirección General...

—Bulo.

—Te aseguro...

—Bulo. Ya vino antes Jiménez con el cuento. En la redacción no saben nada. Ni en la Presidencia.

—No lo dicen...

—¿Por qué? ¿Para evitar el dolor popular? ¡Anda y que te ondulen!

—Recortáis el mundo de una manera terrible —sin darnos cuenta, desde luego—. Para vosotros todo se refiere directamente a la política: todo se tiñe de su color: la amistad, la comida, la literatura, la pintura, el amor. Ya nada es gratuito. Ya nada es porque sí. Todo viene a tener intención, a ser por algo. Matáis la espontaneidad.

Vicente Dalmases se da cuenta de que está en la Granja. ¿Qué hora es? Las once. ¿Qué hace? ¿Qué tiene que hacer? ¿Volver al Ministerio de la Guerra? ¿Para qué? Hizo mal en dejar el sobre. ¿Habrá llegado a manos de Asensio? Está cansado. Está sentado en un café, en la Granja.

Había estado allí mismo, hacía tres meses, de paso para el frente. Entonces la vida parecía normal. Todas las tiendas abiertas, nadie con corbata, pero mucha gente por la calle. Una despreocupación absoluta parecía ser la consigna. Los cafés estaban llenos y los camareros seguían siendo los mismos camareros de siempre. Por la noche, todas las ventanas iluminadas daban a la ciudad un aire de fiesta. Ahora, parecía lo mismo, y no. El que había cambiado era él y la línea del frente.

El humo, la gente que va y viene. ¿Quiénes son? Que el Gobierno había salido, que no. Que habían llegado aviones, que habían llegado tanques, que los franceses enviaban un ejército. Nadie parecía dudar de que los fascistas serían detenidos y derrotados. ¿Si habían adelantado de Talavera a Madrid, por qué no habían de rebasar la capital y seguir hasta el Mediterráneo? Había un hecho: Madrid. Una ciudad. Ya no era el campo, ya no era un pueblo: era Madrid la capital. Un hacinamiento enorme de casas. El centro de España. La razón de ser de la República. Y los obreros, y el Partido. Algo en qué adosarse de verdad, algo para no retroceder. Y la historia: El fantasma del 2 de mayo. Y mucha gente, más de un millón de gentes. Y la U.G.T. Además, Largo Caballero había dicho que ahora teníamos armas. Sí: ahora o nunca. Y como nunca no podía ser: ¡ahora!

Pero en el Ministerio no había nadie. Y esos camiones en la puerta del Banco de España. ¿Estaban ciegos? Podría levantarse y gritar: —Tardarán dos días o tres, u ocho. Pero, a lo más, dentro de ocho días los fascistas estarán ahí. Sentados, como ellos los que estaban ahí gritando, gesticulando y tomando café, y todo ellos, los de ahora, estarían muertos, completamente muertos.[...]

Vicente toma otro café, y sale de su amodorramiento. El haber oído hablar de pintura le hace entrar en ganas de ver a Villegas. Decide hablarle por teléfono, primero. Al pasar al salón grande descubre a Renau, en compañía de un mexicano que conoce por haberle visto con Lister. Los saluda y no tiene tiempo para más: se interpone otro.

Oscar Lugones, el mexicano, era un hombre alto, de color oscuro, rasgos muy acusados y cabellera enmarañada; muy seguro de sí. Traía, a sus espaldas, el peso que da una obra hecha y el creerla encajada en la única línea justa. Vestía a lo militar y nadie le ganaba a efusivo.

El recién llegado era un hombre hirsuto, de ojos vivísimos y bigote pequeño, como todo él. Cuando Lugones le vio se quedó un segundo estupefacto.

—¿Tú, por aquí?

Francisco Laparra era hondureño y aun perteneciendo a una generación más joven que Lugones había vivido con éste la época gloriosa de Vasconcelos —allá por el año 22— y formado parte de un equipo de muralistas. Luego emigró a Nueva York, cambió de nombre y de pintura ya que la realista no daba para vivir en los Estados Unidos. Algunos, pocos, decían que era una gran pintor. De que lo fuera, no lo podían dudar más que sus adversarios personales —que eran legión— y los que hubiesen visto sus obras.

—Ya ves. ¿Cómo te va, hermano?

Las teorías de Lugones eran conocidas de todos los presentes, las andaba pregonando desde hacía veinte años: partidario de un arte americano nuevorrealista, que se vanagloriaba de haber fundado con Atl, Orozco, Siqueiros y Rivera. Un arte mayor.

—Lo que sucede —dijo Renau— es que esa nueva pintura mexicana coincide con la revolución mexicana.

—Es su expresión.

—No. La revolución francesa, o la rusa son más importantes, desde un punto de vista universal, y no produjeron una pintura comparable. No dieron, como vosotros, con un elemento técnico nuevo, con un nuevo lenguaje, con un espacio insospechado.

Lugones se desentendió del español para preguntar a su casi paisano.

—Y tú, ¿qué haces?

—Aquí... Lo mismo que tú.

No había ninguna cordialidad en el tono.

—Hay que llevar la pintura al pueblo —dijo Renau.

—¿Qué clase de pintura?

—Que grite su verdad.

Intervinieron los de las mesas vecinas, y se armó.

—¡Sí, que parezca que esté hablando! ¡Para eso está el cine sonoro! —dice Laparra.

—El periodismo y el cine son las formas futuras del arte.

—Un arte mortal.

—Al día.

—Entonces, pintemos carteles y dejémonos de cuadros o de murales.
—¿Y qué es lo que estamos haciendo?
—¡Porque eso es la necesidad del momento!
—Es la única que importa. Hoy camuflamos camiones, mañana pintaremos paredes, retratos: lo que haga falta. ¿Te fijas? Exactamente eso: lo que haga falta.

—Lo que haga falta, ¿a quién?

—Al pueblo.

(Mañana, cuando derrotemos a los fascistas.)

—No me lo harás bueno.

—Sí que te lo hago. Reina la paz: ¿Qué pintas?

—Lo que pueda.

—No te vayas por la tangente: dijiste, lo que haga falta. Es decir: Lo que sirva. ¿Qué pintura crees tú que le gusta al pueblo? ¿La mía? ¿La pintura proletaria de Lugones, de Orozco, de Rivera? ¡Ca, hermano! ¡Esa la compran los gringos, los marchantes, para colgarla en los salones y galerías de los millonarios! Además, tus retratos no están al alcance del bolsillo de cualquiera.

—Yo he pintado cientos de metros cuadrados de pared para el pueblo...

—Y las universidades norteamericanas. No nos engañemos. Al pueblo lo que le gusta son los cromos: con marqueses besándole las manos a las marquesas... Eso de seguir viendo, colgada en la sala, mineros o peones le gusta a cualquiera: menos a los mineros y a los peones. Yo no discuto que haya, el día de mañana, una pintura proletaria, pero declaro honradamente que, por hoy, no sé cuál sea. Ya ves, los soviéticos: No me vas a decir que su pintura es buena. Están en un callejón sin salida. Por las buenas, en espera de que los obreros tengan dónde colgarlos, han vuelto a los cuadros de historia. En vez de pintar a Iván, pintan a Stalin. Ni mejor ni peor. Te advierto que no por eso deja de progresar la humanidad. Es una cosa muy pequeña que sólo preocupa a los pintores.

Lugones dejó que Laparra acabara.

—Ahora, ¿puedo hablar yo?

Nadie se lo negaba, aunque todos sabían lo que iba a decir.

—La pintura forma parte integrante de un movimiento de conjunto que se desarrolla de acuerdo con un anhelo político de carácter universal. Si la pintura no tiene ideas, ni es pintura ni es nada.

—Un momento.

—Di.

—¿La pintura ha de acomodarse al gusto de compradores?

—Desde luego.

—¿Y quién te ha podido hacer creer —un solo momento— que el pueblo tiene buen gusto? Eso es, sencillamente, ganas de hinchar el perro. No es que el vulgo vaya a tener peor sentido artístico que la burguesía —una vez educado—, pero tampoco hay razón para que sea mejor. La proporción seguirá siendo igual. Y las malas obras de teatro seguirán gustando más

que las buenas. Y las novelas del Pedro Mata proletario, gustarán más que las de...

—¿Las de quién?

—Lo mismo da. Pon las de Pérez de Ayala. A los más les gusta el sentimentalismo y el melodrama, como le gusta a la burguesía y le gustó a la aristocracia. Quedan los elegidos.

—¡Ya salió!

—Sí, ya salió. Pero no por donde tú crees. ¿Qué es el arte, la literatura para un comunista? No. No me contestes. Te voy a citar a Lenin. Aguántate: «es una parte ínfima, una ruedecilla, un pequeño tornillo del gran mecanismo del Partido, una parte integrante del trabajo organizado, planificado del Partido». No me digas que no: o te digo de qué tomo es, y aun en qué página está escrito. Ves, tú: eso me parece bien, perfecto, si quieres...

—Entonces...

—Pero para un comunista: para un obrero, para un ingeniero. Pero eso no puede satisfacer a un escritor, a un pintor, a un músico, a menos que deje de serlo y venga a convertirse en comunista, es decir: que se decida a sacrificar lo suyo en pro de la construcción de un mundo nuevo. Todo lo que no sea eso será hibridismo, jugar con dos barajas: como tú.

Lugones se levantó, diciendo:

—Yo no discuto con trotskistas.

Se volvió hacia Renau para decirle que luego se verían. Laparra —esmirriado, con su bigotillo chaplinesco— no tenía nada de trotskista. Más parecía un árabe. No se dice esto como despropósito, sino que el centroamericano unía su físico de vendedor de tapices a cierto fatalismo. No era nada tonto.

—Trotskista —farfulló—, me lleva...

Renau, que le conocía, intentó apaciguarlo.

—Es que ustedes los comunistas —se revolvió el pequeñarro— quieren estar a las verdes y a las maduras. Y no puede ser. Para ustedes lo único que cuenta es lo que sirve —volvía, machacón, a argumentar—, y lo mismo da que sea bueno o malo; desde luego, mejor si es bueno, pero no os preocupa. Tanto monta con tal que sirva. Y si no sirve, no vale. Es un rasero incómodo para el arte y para los artistas. Entre un mal poema de Antonio Machado o Stalin, pongamos por ejemplo, y otro espléndido acerca de un atardecer, es el primero el que editan ustedes a millones de ejemplares. Lo mismo digo acerca de un pintor. Juzgan —hablaba en tercera persona, llevado por la mano de la indignación que le devolvía el idioma de su infancia— únicamente con criterio político. Y lo peor es que me parece bien. Ahora que no les arriendo la ganancia.

—A lo que habrá que llegar, pero eso es un problema distinto, es a la socialización del arte.

—¿Habrá que llegar? No, sino volver. ¿O es que crees que las pirámides o las catedrales no son producto de un arte socializado? Es muy posible que vayamos hacia una época de ese tipo. Pero para siempre. Porque si

crees en el progreso, no hay duda que tras el comunismo habrá otra cosa. Mira, hay un arte de épocas bárbaras, y no lo digo en sentido peyorativo, en el cual el nombre del artista desaparece, confundido en la obra general, y luego, otros de arte individual y, naturalmente, más pequeño, como la que va del Renacimiento acá y que, por las trazas, lleva camino de acabarse. Las grandes obras de arte —así se llaman también en ingeniería— no llevarán el nombre de su autor sino el del reinado al que pertenecerán: la equis dinastía, o la del tercer, cuarto o décimo secretario general del Partido.

—¿Qué novedad andas predicando? ¿Qué fueron los retablos si no arte de propaganda de la Santa Iglesia Católica?

—Creímos habernos librado de eso —gracias al protestantismo—, pero no. La Iglesia vuelve a la carga y vosotros con ella. Lo malo es que os lleva delantera: nadie sabe cómo fue la cara de San Pablo, ni de las once mil vírgenes. Lo que era una ventaja. La Iglesia os lleva el cuerpo de la imaginación. El otro mundo. Créeme: la pintura no tiene futuro, dedícate a otra cosa, a la decoración, por ejemplo: a ilustrar ¿No te dice nada la palabra? No creas que la literatura ande mejor. Eso del realismo socialista ya existe: la *Pravda*. Ahí tienes una muestra de la literatura por venir. En verso o en prosa. El poeta que la ponga en endecasílabos ganará más medallas que nadie. No creas que hablo en guasa. No. Es así. Hubo épocas en que ya sucedió lo mismo. ¿Qué fueron sino eso las crónicas de la Edad Media? Y en latín, para mayor claridad. Luego surgieron las lenguas divididas, y los autores, por sus nombres.

—¿Por qué pintas como pintas, entonces?

Laparra miró a Renau y le contestó, bajando el tono de su voz, gravemente:

—Para vivir.

—¡Hemos roto el frente de la Sierra! Tomamos el Alto del León, y...

Todos miran al recién llegado, que no puede con su alma. Echa los bofes. Dos periodistas se precipitan hacia los teléfonos. En general, la noticia se recibe con escepticismo. Mientras tanto, Renau habla con Vicente.

—Oye, ¿tú te llamas Dalmases, no?

—Sí.

—Esta mañana me preguntaron por ti.

—¿Quién?

—Unos compañeros tuyos del teatro de la Universidad.

—¿Están aquí?

—Unos cuantos

—¿A qué han venido?

—A hacer teatro. Están locos.

—¿Dónde están?

—Los mandé a la Alianza.

—¿Quién preguntó por mí?

—Una chica.

—¿No sabes cómo se llama?

-No.

Asunción. Vicente corre al teléfono. Vuelve.

-¿Cual es el número de la Alianza?

-No lo sé. Pero si vienes conmigo al Ministerio te lo daré.

-¿No lo sabe ninguno de vosotros?

Laparra se lo da. No hay nadie en la Alianza. Unos en los frentes; otros, en la imprenta. A la noche, puede encontrarlos en el teatro de la Zarzuela, ensayando *Numancia*, de Cervantes. Vicente se despide. Quiere estar solo.

-¿Ché, a dónde vas?

-A hacer tiempo para encontrar a esos.

-Quédate un momento.

-No; gracias. Hasta luego.

Va a recoger su macuto, que dejó adentro. La peña de la izquierda es otra. Se sienta a acabar su medio café frío. Asunción, en Madrid. A unas cuantas manzanas. ¿Dónde? Se queda quieto, mientras siente que se le revuelven las entrañas. El café, el barullo, los fascistas en las puertas de Madrid.

-¿Ya sabes que lo han nombrado embajador?

-No lo sabía, pero era de suponer. Y abandonará la República, como lo dejará todo, llevado de su pesimismo que es, como siempre falta de fe. No hay modo de decir que tengo fe en «esto» ; toda fe sale de adentro, y el que no tiene fe en sí, no tiene fe en nada. Falta de fe en sí mismo y falta de fe en España. Cree que el Islam fue dañoso; ciego y tonto al no ver que de ahí arranca nuestra grandeza; suerte que no hayamos sido lombardos o flamencos. Cuenta las cuentas, no le importa más que la economía porque, para él el espíritu no vale para nada y no existe otro bienestar que el de las digestiones. En ningún momento se le ocurre valorar lo que la continua batalla contra los árabes dejó como semilla de hombría y humanidad. ¡A paseo todo el espíritu de empresa industrial!... Olvida, cuando le conviene, sin honra ni provecho, nuestra situación geográfica con tal de meterse con el Islam; y su odio al clero de hoy le ciega con respecto al de ayer, el que hizo de España el único país capaz de construir iglesias en desiertos. Milagro que todavía espera su cantor, ruinas hoy carcomidas de víboras y hormigas, pero momento prodigioso e indestructible. Que las colonizaciones francesas o inglesas, todas ellas tejidas de intereses mercantiles, no tendrán gran cosa que ver con la India o el África de mañana: se arrancarán la lengua conquistadora como veneno de sierpe. ¡Qué intentan arrancar el español a los americanos! Esto lo olvida ese tripudo en su gana de mostrarse europeo y ortegagasetista, con tal que le conviden a congresos internacionales y banquetes que lo dejen papandujante y ahíto. ¡Embajador! ¿Embajador de qué?

-Mirad, hijos, me daís asco. Me vuelvo al frente. Allí por lo menos, si se habla mal de alguien suena de otra manera.

-No te des tanto pote. Que mañana, para ir al frente bastará con tomar el tranvía.

El que hablaba era un hombre pequeño y nervioso. Ahora, era la mesa de la derecha, se armaba la marimorena, sin llamar la atención de los que discutían más allá, en lo suyo. Sólo Vicente, en la turbación de su medio sueño, que de nuevo lo arrastraba, iba de unos a otros, según el tono.

Con monos y fusiles, sin afeitarse, un grupo de seis, armaba una escándalo particular, pegando puñetazos en la mesa.

—¡Pero el poder es del Gobierno!

—¿Quién tiene las armas?

—El pueblo.

—Entonces, déjate de historias, el poder es del pueblo, y mientras el Gobierno ordene cosas que le parezcan justas al pueblo éste obedecerá y lo llevará adelante, y si no, no. El Gobierno tiene que ir a la rémora del pueblo y limitarse a legalizar lo que éste haga.

—Pero, ¿es legalizar la anarquía!

—Por el solo hecho de estar refrendado por el Gobierno deja de serlo.

—¡Eso son palabras!

—No te lo niego. Vives en anarquía sin saberlo...

—¿Cómo salir del atolladero?

—El pueblo mismo dará fórmulas. Sea por los sindicatos, sea por los partidos. Entonces, quizá, el Gobierno recupere el poder.

—¡Eso es darle la razón a los rebeldes cuando afirman que la autoridad anda tirada por la calle!

—¿Y qué? No está tirada, está en la calle. ¿No es bueno que salga de cuando en cuando a refrescarse? ¿Es que no lo notas? ¿Es que no lo lees en las caras de todos?

—No hay poder sin organización, ¿cómo quieres gobernar sin poder?

—No queremos gobernar.

—Sino mandar, ¿eh? —le interrumpió uno, con cierta chunga—. Entonces, ¿a qué viene tanta «organización» por aquí y por allá? Lo peor es que queréis cerrar los ojos a la realidad, apegándoos como nadie a ella. Todo vuestro empuje nace del odio...

—Oye, tú, me parece que vamos a acabar malamente.

—No digo yo que no.

—Es que para ser hombre no hace falta ser leído y escrito.

—En eso estamos de acuerdo.

—No porque sepas discutir mejor que yo vas a tener la razón.

—Eso lo podemos discutir.

—No.

—¿Por qué?

—Porque si discutimos tú llevas la de ganar, y eso no es justo.

—Entonces, ¿Quieres que espere a lo que hayas leído tanto como yo, y que mientras tanto trate de olvidar lo poco que sé?

—Si crees que es broma, allá tú. Pero, mira: los leídos como tú, nos los pasamos por la entepierna.

—No seas bárbaro —dijo otro, queriendo mediar.

—Soy lo que soy. Y sé lo que los demás quieren ¿Qué pasa? *

–No se trata de saber lo que quieren, sino lo que puedes dar.
 –Todo. Y luego, ya veremos.
 –Lo que vosotros queréis es la libertad del animal en el campo.
 –Cuidado con los adjetivos –advirtió el más encalabrinado.
 –El hombre es hombre porque influye sobre sus semejantes con algo más que con los puños.
 –Pero no por eso dejan de tener los puños su importancia.
 –De acuerdo, pero las ideas los mueven.
 –Y el hambre, ¿no?
 –El hambre también es una idea.
 –No digas tonterías.
 –Generaciones y pueblos han pasado y pasan hambre sin saberlo. El darse cuenta de ello siempre es por comparación.
 –¡Qué ganas tenéis de perder el tiempo!
 –¿Qué pasa en Cádiz? –dice uno, llegando.
 –En Cádiz, no lo sé: supongo que seguirán desembarcando italianos, pero aquí está buena la cosa. ¿Donde andabas metido?
 –He estado haciendo instrucción de las seis a las nueve. Dejadme descansar. Vengo reventao.

El recién llegado se sienta, y la discusión continúa.

–El español –fuera de sí– crea reinos: tanto monta el Cid, que Cortés, que ese renegado que conquistó Senegal para el rey de Marruecos. Es el espíritu conquistador del Islam, o el reconquistador de Castilla, hijo de Alá, que empuja a España hacia América.

Si los españoles hubiesen dado en América con una civilización perdurable, como la romana, hubiésemos visto nacer allí Córdoba y Granada. No huele la conquista a Edad Media, como quiere el tonto de Sánchez Albornoz, sino a España. A país sin burguesía, sin comercio y sin industria. ¿Para qué lamentarse? Preguntad a los americanos si quieren o envidian a los yanquis... La Edad Media se debiera llamar edad Española. Porque sin España el mundo hubiese sido otro. Y no porque contuvo a los árabes, sino porque los retuvo. Todos los elementos del mundo moderno van a transfundirse a Europa por medio de los españoles –muslimes y cristianos.

–¿Y Bizancio?

–¡Bah! ¿Por dónde? ¿A través de los Balcanes? Toda navegación hundida, fue por España y sólo por España. España es, desde el siglo IX hasta el XII, la nodriza del mundo, y en ella todo alimento se vuelve leche para el Renacimiento. Luego, la fuerza islámica de expansión empuja –por la sangre– a España hacia América. No hay solución de continuidad. Y el proceso de reconquista de los americanos es, hasta cierto punto, parecido al español: Cuba, idéntica a Granada.

–Weyler-Boabdil, ¿no? ¡No fastidies!

–¿Qué puñeta nos importa todo eso? –dice un joven, acercándose–: Están en Carabanchel.

Y otro, recién llegado:

—Están en Retamares.

De pronto, se hace el silencio. Cien hombres se levantan y salen.

—Hasta mañana.

—Hasta luego.

Vicente sale con ellos.

6 de noviembre, por la noche

Cien veces ha andado Vicente por la calle, de noche, sin encontrar a nadie. Cien veces ha visto calles desiertas. ¿Qué hay, qué lleva, qué preña esta noche fría? ¿Esos pasos lejanos? ¿Aquella voz? ¿Ese cierre de puerta metálica? ¿Sus propios pasos? No. Algo más. Algo más que no sabe lo que es. ¿Miedo? ¿El Miedo? Por un momento Vicente cree que aquello puede ser el miedo. No. Él ha tenido miedo, miedo verdadero esas últimas semanas: sabe lo que es. Y lo que llena ahora la noche triste de Madrid no es el miedo.

Se quedó estupefacto al penetrar en el teatro de la Zarzuela.

Viniendo de las calles y la plaza, a oscuras —alguna luz azul veladísima—, unas perillas le deslumbran, a pesar del humo; y cerca de trescientos hombres hablando y discutiendo. Le vieron entrar, y un joven, con brazal, le cierra el paso y le pregunta:

—¿De dónde eres?

—De Valencia.

—¿Dónde trabajas?

—Estoy con Lister.

—¿Dónde trabajas?

—En *El Retablo*.

—¿Dónde queda eso?

—Es el teatro de la Universidad de Valencia. ¿Qué estáis ensayando? El joven se echó a reír.

—¿Nosotros? ¿Ensayando? ¡Chavo! ¡Menuda comedia! Si no eres peluquero, aquí no tiés na que hacer. Los del teatro creo que están reunidos en la Latina. ¿A qué vienes?

—A ver el ensayo de la *Numancia*.

—¡Haberlo dicho! Eso es adentro, pasa.

Vicente se abre paso con dificultad, mientras el joven le dice a otro:

—¿T'as fijao en el alelao ese? ¿Que qué ensayamos? ¡Gachó! Si te digo, que vamos... ¡¡Ensayando!!

—No estaría malo, porque me parece que nos vamos a estrenar sin saber por dónde empieza el drama. Y sin apuntador.

—Por apuntar, ya apuntaremos. No te preocupes...

—¿Qué se creen que les vamos a regalar Madrid así como así? ¿Qué se han creído?

Jacinto Bonifaz enseña el manejo del fusil a un peluquero de la calle de la Princesa, que salió libre de quintas, allá por el año 10.

—Ves: el cerrojo se levanta así.

—A ver.

—Así, pero con más fuerza. Fíjate, otra vez.

—Va bueno.

—Y para apuntar...

—De eso no te preocupes. Ya sé.

Y a otro.

En todos los teatros de Madrid.

Y a Fidel Alvarado, que llegó a cabo en Marruecos, primer oficial de una peluquería de la calle de Preciados, hombre de ojos azules y pelo blanco:

—¿Alférez? ¡No, hombre! ¡Capitán!

Con fusiles en las manos, se sienten invencibles. Y los que tienen miedo, que son casi todos, se aguantan como lo que son.

Pero no hay fusiles. Cinco, para trescientos. Y pasan de mano en mano.

—No, puñeta: ¡Así no!

—¿Y los cartuchos?

—Ahora no te preocupes. Lo que importa es el cerrojo.

Ahí está el intrínquilis.

Son cerca de trescientos del oficio, entre dueños, oficiales y aprendices. Faltan unos cien. Los unos fueron destacados en comisiones, otros están en permanencia en la Casa del Pueblo, ocho esperan en la antesala del Ministerio de la Guerra. Otros se han dormido, los restantes llegan poco a poco.

De todas las edades: De los quince a los sesenta y ocho, que son los que ostentan Narciso Pérez y el señor Ramón, el decano, y de todos pelos.

Ahora Jacinto Bonifaz pasa lista, subido en un banco de peluche colorado. De una peluquería de la Puerta del Sol contestan: Juan Pajares, de Aragasilla, veinticuatro años, soltero y de buen ver, moreno, con barros; Juan Miguel González, de Madrid, treinta y seis años, casado, con tres hijos, tiene acedías y se las aguanta, enemigo personal que es del bicarbonato; Adrián Costa, de Calaceite, cincuenta años redondos y mal aprovechados, viudo dos veces, con dos hijos, uno de ellos está ahí: Miguel, oficial en una barbería en la calle de la Montera. Hacía tres años que no se hablaban, por lo de la Manuela, pero ahora pudo más el momento. De la peluquería de Peligros: Santiago Pérez, de Guadalajara, tan chulo como siempre; Fernando Sánchez, de Logroño, con su constipado que no hay quien se lo quite; Evaristo Alonso, de Getafe, mudo, pensando en su familia, que no quiso salir del pueblo y Marcos Pérez, de Escalona, patilludo y cerrado de barba. De una de la calle de Fuencarral, el maestro: Gabriel Prado, de la Unión de Cartagena, con cerca de sesenta años auestas, cojo de una cornada, mal hablado y de un genio de perros, sobre todo los lunes por la mañana, porque los domingos va a Leganés a ver a su hija, recluida en el manicomio. Sus oficiales: Manuel Torres, de Zaragoza, a quien le han fusilado allá un hermano pequeño; Ignacio Ibáñez, de Oli-

va, con su catadura de moro y su palillo en la boca; Enrique Azuara, de Madrid y Jorge Carranza, de Gergal, inquieto por su legítima y el panadero del seis. De una de la plaza del Callao: Benjamín Ortega, que baila de contento porque ahora sí va de veras, de Santa Olalla; Luis Selva, de Carcagente, con su furúnculo, que le ha salido en salva sea la parte y que a todos lo cuenta; José Balcells, de Camprodón; Antonio Guzmán, de Segovia, de perejil mal sembrado, inquieto por la suerte de un tío suyo, cura, que tiene recogido en su casa. De una barbería de la calle Ancha: Francisco Reyes, de Badajoz, carilampiño y buen cantaor, reprochándose no haber traído su guitarra; Ricardo Núñez, de Cadalso de los Vidrios, tuerto, delgado, alto; Arturo Sainz, de Albacete, echando tacos a voleo por mor de sabañones; Santiago Arellano, de Alba de Tormes, medio dormido siempre, a menos que lo esté del todo; José Acevedo, de Vicaíra, que quiere ser actor, encantado del sitio de la reunión. De una de Hortaleza: Félix Amador, de Cádiz, que se dejó la mujer con fiebre; Joaquín Rodríguez, de Utrera, y Faustino Romero, de Madrid, enemigos: el uno del *Madrid*, el otro del *Athletic*. De otra de Hortaleza: Juan y José Pérez, hermanos tan bien avenidos que no se casan por si las moscas, de Madrid; Enrique Salazar, de Puebla de Sanabria, gordo y templado, padre político, teósofo, vegetariano y partidario de la paz universal, odiador de la Iglesia por el hecho de haber inventado el Purgatorio y el Infierno. Lo apodan «El Limbo». Feliz con todo.

¿Dejó el gas encendido? Gregorio España no tiene otra preocupación. Su mujer y su cuñada se fueron al pueblo –allá en la Mancha– y ahora vive con su hermano, un fontanero de las Ventas. Ellos preparan su comida. Al cerrar: ¿Dejó el gas encendido? No puede pensar en otra cosa. Pero no se atreve a salir. Le falta imaginación para inventar un pretexto viable, y le da vergüenza confesar la verdad, entre otras cosas porque no le ha dicho a ningún camarada que su mujer se fue de Madrid. Carlos Alcaraz, de Albacete, que contesta con monosílabos a Rafael Garduño, su compañero de trabajo en una peluquería del último trozo de la Gran vía; cabizbajo por la salud de su hijo Estanislao; le salió la fiebre después de comer, y el médico no acababa de venir. Claro que la Pascasia sabe lo que se trae entre manos, pero de todos modos... Álvaro Beristáin, de Vitoria, no puede convencer a su compañera para que vuelva a casa: Laurita Mora, es tozuda, y de Maravillas. Allá donde esté su hombre, allá va ella. No valen razones, ni la del embarazo.

–Señor Luis, dígame usted...

–¿Qué tiene que ver su patrón conmigo?

El señor Luis Navarro, de la plaza del Progreso, se ríe al oírla:

–Ya te dije lo que te esperaba, el hombre casado tiene dos sombras.

–¿Tú estás cara pa llamar a una asalariá mala sombra?

–No, mujer; no. El mala sombra es él.

–Es que eso tampoco...

Vicente Goyeneche, de Bilbao; Sergio Vieira, de Villafranca del Bierzo, chirigoteros, en todo ven ocasión del chiste, y no la pierden, para que

aprendan los madrileños. De una de la Glorieta de Quevedo: Antonio Iturbe, de Bermeo: cuadradote, barbitaheño, siempre con hambre; Jesús Ruiz, de Viana, con la mujer a punto de parir, no se preocupa demasiado: es la sexta vez; Alfonso González, de Torrelaguna, muerto de sueño: lleva tres días sin pegar ojo, de aquí para allá, méteme en todo. Alberto Garrido, de Sueca. De una de la calle del Prado: Néstor Ramírez, de Alcalá de Guadaíra: le duele el estómago; Luis Palma, Nicasio Ortega y Valentín García, los tres de Sevilla; los tres tristes. A Nicasio le fusilaron a toda la familia. Hablan con monosílabos, eso sí: procaces. De la de las Cuatro Calles, están todos: José Ortigosa, de Astorga; Francisco Cantó, de Liria; Alejandro y José Perea –primos carnales–, de Vinaroz, campeones de mus; Cayetano Olivares, Társilo Vergara y Juan Fernández, de Madrid. Bien avenidos por sus distintas aficiones: los toros, el chamelo y el tinto. De dos de la calle de Fuencarral: Epifanio Salcedo y Valeriano Martínez, de Chamberí, mozuelos conquistadores y en competencia; Enrique Ruiz, de Pamplona, de buena papada y hablador; José Jaramillo; Felipe López de Piedrabuena, de la provincia de Ciudad Real, según las malas lenguas casado con dos hermanas y feliz; Federico Romero, padre de Faustino, que trabaja en la calle de Hortaleza. De la calle Mayor: Fernando Escudero, tan menudo, que a veces tiene que afeitar poniéndose de puntillas; Tomás Gálvez, de Madrid también, albino y nada satisfecho de serlo. De la Gran Vía: Luis González, elegante, de Llerena; José González, filatélico, de Torre don Jimeno; Eduardo Montero, de Morón de la Frontera, naturista; Luis Durán, de Barcelona, gran aficionado a la ópera y a las segundas tiples; Rafael Valero, que estudia por las noches y sueña con llegar a ser tenedor de libros, de Vélez Rubio. De la calle de Atocha está don Agustín López, con su pelo blanco y su bigote famoso, y sus oficiales, sin faltar uno: Antonio Guzmán, de las Cambronerías, novillero sin suerte; Prudencio Gómez, de las Injurias, medio derecha del reserva del equipo del barrio; Balbino Méndez, de Chamberí, secretario de actas del sindicato; Ramiro Hinojosa, de las Vistillas, federal de buen ver; Javier García, cojo y mala sangre, de Cuatro Caminos. Con ellos, Carlos de la Peña, de Lavapiés, que nada tiene que ver con el noble oficio de alfagame, pero tan amigo de la casa, que no tuvieron más remedio que traérselo. De la calle del Arenal están ahí: Carlos Castillo, de Belmonte, de pelo crespísimo; Luis Carmona, de Consuegra, más amigo de los canarios que de los hombres; Sebastián Carrasco, de Segovia, que no hará carrera: trasquila más que corta. Juan José Santander, de Madrid; Eduardo Zapater, de Valencia; Epifanio Ruiz, de Avila, que saben lo que se juegan: estuvieron en la cárcel del 34 al 36. Juan Durán, de Lérida, con un acento que veinte años en Madrid no han conseguido limarle, trabaja en otra peluquería de la Puerta del Sol. De otra, de allí mismo, pasan lista: José Fernández, de Santander, enjuto, viejo verde y el pelo tieso: Ramón Guillén, contento de no tener que aguantar a su suegra por unas noches, de Burgos; Salvador Gómez, de Naval Moral de la Mata, y Eusebio Mora, de la plaza de la Cebada, atusado y chulillo. De una barbería de Mesón de Paredes: Rafael

Ortega –nada menos– y Joaquín Soler, ambos de Mequinenza, buenos cantadores de jotas, cuñados para más señas. De otra, de la Cava Baja: Evaristo Pereda, nacido en la misma calle, dos portales más abajo, más chulo que un ocho, y su padre, que se ha empeñado en acompañarle, sepulture-ro del Este.

CAMPO DEL MORO

II. 6 de marzo

8

A las diez de la mañana, González Moreno entra en el estrecho despacho de Besteiro, contigüo al del Coronel Casado. El viejo jefe socialista intenta levantarse, le detiene el visitante con un gesto brusco y una pregunta a boca de jarro:

–¿Se da cuenta de lo que está haciendo?

(Nunca se han tuteado, a pesar de veinte años de pertenecer al mismo partido. Entre los socialistas era corriente: Araquistáin y Alvarez del Vayo, con ser compañeros, amigos viejos, concuñados, siempre se hablaron de usted. Cierta respeto que muchos perdieron con la guerra y la influencia de los comunistas.) Cada día se parece más a sus caricaturas –piensa González Moreno. Recuerda, ve, una de Tovar, ¿o de Fresno?, acentuada su cara de caballo salidísimas las palas de los dientes. Serio, muy como nos figuramos los figurines ingleses. Las largas manos finas que entrecruza continuamente. Viejo.

–Ellos lo han querido.

El tiroteo se percibe oscuro. (¿Quién contra quién?)

–No os lo perdonarán nunca.

–¿Quiénes?

–Los que sobrevivan.

–Al contrario, si los hay –sobrevivientes–, a nosotros deberán el serlo.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

–Si pudiera volverse atrás...

–Volvería a hacer cuanto hice.

El ruido seco de una ametralladora. Un zambombazo.

–Están dejando que nos entrematemos para matarnos mejor.

–La culpa es nuestra.

–Precisamente sí: la culpa es vuestra.

–¿Prefiere el perdón?

–¿A morir de una ráfaga republicana? Sí.

–Está en su derecho.

–Pero. ¿qué va a suceder después?

—¿Después, ¿Cuándo?

—Vamos a dejar sentado, y es mucho, que el Consejo de la Defensa se salga con la suya. Que Burgos acepte hacer la paz, que no lo creo: porque si le ofrecéis, en bandeja, la victoria total, ¿para qué van a negociar?

—El gobierno de Franco jamás hubiese tratado con Negrín. Conmigo, con Casado, sí.

—No sabéis decir otra cosa; pero acabo de asegurarle por qué no lo creo. Pero aunque fuera como decís: habéis roto, partido de raíz en dos, las fuerzas liberales españolas.

—¿Liberales?

—No es cuestión de palabras, Besteiro. Ni yo me inclino por ninguno de los dos bandos. He visto demasiadas cosas. Y comprenderá que no se trata de mi vida. El hecho: que una vez perdida la guerra quedaba una esperanza. A menos que crea que el régimen de Franco se va a entronizar para la eternidad: el siglo de paz que Chamberlain trajo de Munich...

El tono amargo de González Moreno calla a Besteiro.

—Azaña ha dimitido; Negrín, no lo sé. De lo que estoy cierto —no sólo convencido— es de que los comunistas seguirán en la brecha, contra usted y lo que representa.

—Acatarán al Consejo.

—Es posible. Pero el día de mañana, y no juego a hacer augurios, usted y Casado y los que han llevado a cabo la monstruosidad que hemos presentado...

—Están de acuerdo: el Partido Socialista...

—¿Cuál?

Besteiro hace un gesto de irritación. Sigue:

—Los republicanos, los anarquistas.

—Dejemos a los anarquistas aparte. Ellos van a lo suyo. Con tal de estar en contra y de poder mandar aunque sea un día, felices como suicidas que son. No. No es eso, profesor...

Besteiro se inmuta, no por la verdad, por el alias.

—No es eso.

González Moreno siente, de pronto, un gran desaliento. ¿A qué ha venido? ¿De qué sirve lo que está haciendo? Calla. Besteiro se levanta.

—Madrid no se merecía esto.

—¿Es todo lo que venía a decirme?

—Y ponerme a su disposición, si cree que puedo servir de algo.

Besteiro calla, pasando la mano izquierda por su barbilla mal afeitada. Nota los cañones. González Moreno se sienta: se ha decidido de pronto a decir eso, sin pensarlo. Ahora está vacío. Oye a su interlocutor como si estuviera lejos. Lo ve pequeño, colgado de un hilo, como un títere.

—Váyase a París y procure organizar desde allí la evacuación.

González Moreno mira a Besteiro repitiéndose la pregunta que se le escapó; se la mete en la cabeza. Tarda en contestar, incrédulo:

—¿No tienen nada preparado?

—No.

Una pausa.

—O casi nada.

—No soy el más indicado.

—Sí.

—Busque otro. No regresé para volverme a ir. Ni para presenciar lo que vi.

—Si no quiere ir, ¿qué quiere hacer?

—Usted manda.

Besteiro resiente la ironía.

—¿Conoce el manifiesto del Consejo?

—Lo vi por encima.

—Léalo.

Le tiende unas páginas.

—¿Es suyo?

—No. Lo tenía preparado Casado.

—¿Hace tiempo?

—Dos o tres semanas, supongo.

—¿Quién lo escribió?

—García Pradas, creo.

—El verdadero Frente Popular.

El tono acerbo de González Moreno viene a Julián Besteiro. García Pradas, un anarquista de menor cuño, director de CNT. Avieso, incapaz de reparar en nada con tal de salirse con la suya, impulsivo, sin base alguna exaltado de por sí, planfletero, audaz. Ahora recuerda que lo vio salir del despacho de Casado cuando, el 5, ayer —¿ayer?, sí ayer— bajaba del despacho de Segrelles. Otro: ¡Subsecretario de Gobernación! ¿Qué se han creído? Sueñan. Pero, con escolta... Lee:

«Obreros españoles, pueblo de España antifascista:

» El momento ha llegado en el que tenemos que proclamar a los cuatro vientos la verdadera situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como antifascistas, no podemos continuar pasivos aceptando más tiempo la imprudencia, la falta de visión y de organización y el absurdo letargo mostrado por el Gobierno del doctor Negrín. Estos tiempos críticos por los que estamos atravesando, y el climax que se acerca, nos obligan a poner fin al silencio y a la incertidumbre que ha aumentado nuestra desconfianza en ese puñado de hombres que siguen reclamando el título de gobierno, pero en quienes nadie cree y nadie confía.

» Han pasado algunas semanas desde que la guerra en Cataluña terminó en deserción general. Todas las promesas que fueron hechas al pueblo en los momentos más solemnes fueron olvidadas, todas las obligaciones ignoradas, todos los hechos pisoteados. Mientras que el pueblo sacrificaba varios miles de sus mejores hijos en la sangrienta arena de la batalla, los hombres que se habían puesto al frente, pidiendo resistencia, abandonaron sus puestos y buscaron medios para salvar sus vidas, aun a costa de su dignidad, con la huida más vergonzosa.

» Esto no puede suceder otra vez en el resto de la España antifascista. No podemos tolerar que mientras que del pueblo se espera que resista hasta la muerte, sus líderes se estén preparando para una huída lucrativa y cómoda. No podemos permitir que mientras el pueblo lucha, pelea y muere, unas pocas personas privilegiadas puedan continuar su vida en el extranjero.

» Para prevenir esto, para hacer desaparecer el recuerdo de esa vergüenza, para evitar la deserción en los momentos más graves, el Consejo Nacional para la Defensa ha sido formado, y hoy, tomando la completa responsabilidad de la importancia de nuestra misión, con absoluta certeza de nuestra lealtad pasada, presente y futura, en el nombre del Consejo Nacional para la Defensa que ha tomado la autoridad de donde el gobierno del Dr. Negrín la tiró, llamamos a todos los obreros, a todos los antifascistas y a todos los españoles. Afrontando los deberes que incumben a todo el mundo garantizamos que nadie, absolutamente nadie, podrá rehusar estos deberes o evadirlos traicionando las responsabilidades de su palabra y sus promesas.

» Constitucionalmente, la autoridad del gobierno del Dr. Negrín no tiene bases legales; en la práctica carece también de toda clase de confianza o de buen sentido, y del espíritu de sacrificio que debería exigirse de aquellos que quieren regir los destinos de un pueblo tan heroico y abnegado como lo es el pueblo español.

» En estas circunstancias, el Dr. Negrín y sus ministros no tienen la autoridad para quedarse en el poder. Afirmamos nuestra propia autoridad como honestos y sinceros defensores del pueblo español, como hombres que están determinados a dar sus propias vidas en garantía y a hacer su destino el de todo el resto para que nadie pueda escapar a los deberes sagrados que incumben a todos por igual.

» No venimos con palabras bellas. No hemos venido a jugar a ser héroes. Hemos venido a mostrar el camino que pueda evitar desastres y seguir ese camino con el resto del pueblo español, cualesquiera que sean las consecuencias.

» Os aseguramos que no desertamos y que no toleramos deserciones. Os aseguramos que ni uno solo de los hombres que deberán quedarse en España, la abandonará hasta que todos deseen abandonarla de su propio acuerdo.

» Nos oponemos a la política de resistencia, para salvar nuestra causa y que no termine en burlas o venganza. Para esto, pedimos el apoyo de todos los españoles y por esto aseguramos que nadie, absolutamente nadie, escapará a la tarea de cumplir con sus deberes. «Ya sea que todos nos salvemos, o que todos muramos», dijo el Dr. Negrín, y el Consejo Nacional para la Defensa se ha impuesto este lema como su principio y su fin, como su única tarea: convertir estas palabras en realidad. Para eso pedimos vuestra ayuda, para eso pedimos vuestra asistencia y nos mostraremos inexorables hacia los que traten de evadir sus deberes.»

—Dejando aparte que está escrito con los pies, ¿a quién engañan? La

demagogia no le sienta, Besteiro.

–Si deja de morir un solo español por nuestra iniciativa, nos daremos por bien pagados.

–¿Y los que mueren por vuestra culpa?

Julián Besteiro hace un gesto vago; luego pregunta:

–La guerra a ultranza que preconizábais, ¿era con flores?

–¿No os dais cuenta que entregándonos a ojos cerrados sacrificaremos más vidas que resistiendo?... Y si usted no se va...

–No me iré.

–En su carne lo padecerá y en la de los suyos. Con una sola tranquilidad.

–¿Cuál?

–Que lo quiso y lo hizo. En los frentes o en la retaguardia la guerra, la muerte, obra a ciegas.

–No será tanto.

Tiene ganas de contestarle, dejándose llevar por la lengua: «Usted lo verá». Le duele el oportunismo tibio del jefe socialista. No, no lo verá. Ni él tampoco. Pasan al despacho de Casado al oír voces altas.

Don Mariano López, magistrado del Tribunal Supremo, rojo de indignación, espera al militar:

–Me das a escoger entre dos totalitarismos o hasta tres si quieres: el tuyo, el de Burgos y el de los comunistas. A los tres digo que no.

–¿Qué quieres?

–Lo que ahora te va a sonar lo más imbécil: la legitimidad, y que, sin embargo, es lo único que puede salvar nuestro mundo carcomido.

–¡Qué paños calientes!

–Más: dar la cara a la historia. Vosotros le volvéis las espaldas y no vais a ninguna parte.

–Discute eso con Besteiro.

–A eso vengo.

9

A las 11, el general Miaja entra en el despacho del coronel Casado que va hacia él:

–Crea usted, mi general, que yo pensaba que me sublevaba contra usted.

–Quiá, hombre –contesta el asturiano–. Si yo estaba ya muy hartito. Si pensaba hacer lo mismo.

En una esquina, Rodríguez Vega, Secretario de la U.G.T., y Edmundo Domínguez, Comisario del Ejército del Centro.

Una llamada interrumpe la conversación. Casado, con un gesto seco recomienda silencio. Es el teletipo.

–Es de Negrín.

Casado lee:

«El Gobierno de mi presidencia se ha visto dolorosamente sorprendido por un movimiento que no parece justificado ni por las discrepancias en los propósitos que anuncia ese Consejo en su manifiesto al País, a saber: una paz rápida y honrosa sin persecuciones ni represalias que garantice la independencia patria, ni por la manera en que las negociaciones habían de iniciarse. Si impacencias que en los no concedores de la situación real de nuestras gestiones pueden justificar interpretaciones equivocadas de actos de gobierno, que sólo ha buscado que se conserve el espíritu de unidad que informa su política, hubieran permitido aguardar a la exposición que sobre el momento actual iba a hacerse la noche de hoy en nombre del Gobierno, a buen seguro que este infortunado episodio habría quedado inédito. Si una inteligencia entre el Gobierno y los sectores que aparecen discrepantes se hubieran establecido a tiempo, a no dudarlo hubieran aparecido borradas toda clase de diferencias. No se puede corregir el hecho pero sí es posible evitar que acarree males graves a los que fraternalmente han combatido por una denominador común de ideales y sobre todo a España. Si la semilla del daño se depura a tiempo, a tiempo, puede dar frutos debidos. En aras de los intereses sagrados de España debemos todos deponer las armas y si queremos estrechar las manos de nuestros adversarios, estamos obligados a evitar toda sangrienta contienda entre quienes hemos sido hermanos de armas. En su virtud, el Gobierno se dirige a la Junta constituida en Madrid y la propone designe una o más personas que puedan amistosa y patrióticamente zanjar las diferencias. Le interesa al Gobierno, porque le interesa a España, que en cualquier caso toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional. Solamente de esta manera se podrá mantener enaltecida y prestigiada la causa por que hemos luchado. Y sólo así podremos en el orden internacional conservar las ventajas que nuestras escasas relaciones aún nos preservan. Seguros de que al invocar el sentimiento de españoles esa Junta prestará oído y atención a nuestra demanda, le saluda, *Negrín.*»

Antes de que nadie pueda decir una palabra habla Rodríguez Vega:

—Yo me ofrezco... Nombrad una comisión que se entienda con el Gobierno... yo...

—Me parece bien —dice Casado volviéndose hacia Besteiro: —¿Oye usted lo que dice Rodríguez Vega? Creo que sería conveniente y evitaría muchas cosas.

Repite, mirando a los demás:

—A mí me parece bien.

—¿Para qué vamos a hablar con ellos? —pregunta impasible Besteiro.

Sin dejarle acabar, Miaja grita:

—¡Nada! ¡Nada! No hay que hacerles caso. Es una añagaza para ganar tiempo.

Carrillo, Val, Mera le apoyan.

—Nada, hombre, nada.

-¿No os dais cuenta de lo que va a suceder?

-No va a pasar nada, y si pasa yo lo arreglo en un dos por tres -asegura Wenceslao Carrillo, apoyado por casi todos.

Casado no insiste. Edmundo Domínguez y Rodríguez Vega salen del Ministerio de Hacienda.

-Vamos a hablar con Henche.

En el despacho del Alcalde de Madrid encuentran a Trifón Gómez, Intendente General. Los cuatro socialistas dudan qué partido tomar. Están en contra de la constitución del Consejo, en contra de la participación de la U.G.T. en el mismo. Pero ¿qué hacer? Wenceslao Carrillo ha tomado el nombre de la organización y muchos dan por hecho que la Unión General de Trabajadores apoya a la Junta.

Suena el teléfono. Henche oye, se le estiran los músculos de la cara sumiéndole las mejillas.

-Los comunistas se han hecho fuertes en los Nuevos Ministerios.

-¿Por qué? Si al fin y al cabo el Gobierno está de acuerdo en traspasar los poderes...

-No lo saben, además Carrillo ha empezado a detener gente.

-¿Qué hacemos?

El que menos lo sabe es Edmundo Domínguez, que, la noche anterior, dio su aquiescencia a Besteiro y, ahora, al hablar con Rodríguez Vega, con Henche, con Trifón Gómez no se atreve a decirles la verdad.

Ninguno dice lo que tiene en el corazón. ¿Cómo en un punto han dado tan gran vuelta? Roídos, todo se les vuelve cisco y ceniza.

-Ya nadie sabe dónde está.

-¿Quién?

-Tú y yo, cualquiera.

-Todo lo que toca lo convierte en mierda.

Edmundo Domínguez, desconcertado, no se atreve a preguntar a quién se refiere Rodríguez Vega.

[...]

IV. 8 de marzo

[...]

2

En la cola del carbón hay menos gente que otros días: corrió la voz de que no repartirían nada por no haber llegado el abastecimiento.

-Mala cara trae esta mañana el *Gabacho*.

-¿Cuándo la tuvo buena?

-Hija, años sin verte -le dice la *Malagueña* a la *Gitana*.

-Cómprate anteojos.

Se habla poco, se maldice menos.

-Pues, va a estar bueno.

—¿El qué?

—Nada.

Trozos de conversación sin sentido. Luis Barragán, que ha venido porque su mujer no se tiene en pie y él, por lo menos ha dormido un par de horas, se pregunta si los que ve son así o llevan máscara. ¿Qué piensan, qué desean? ¿Lo saben o están donde los han puesto, como títeres, decididos a resistir lo que les caiga encima? ¿Descreen de lo que les ha mantenido firmes o, al contrario, sordos, se hacen más fuertes? Caras cerradas, tapados los oídos, indiferentes a las razones, aguantan. Van a lo suyo, que suponen es lo de todos, morir, decentemente. No desisten de su porfía. ¿O se engañan? No: es el pueblo de Madrid, vergüenza eterna para cuantos le quieran imponer lo que sea Piensa, como todos los días de su vida, en la compaginación del periódico. Dentro de poco volverán a sacar *Estampa*. ¿*Estampa*? o *Falange* o *Arriba España*. La boca más amarga que ayer. Nunca se podrá hacer nada decente en España. Hace años que lo dice sin creerlo. Tampoco ahora lo cree. Don Manuel, a su lado, le pregunta:

—¿Cree que darán algo hoy?

—Leche.

El *Espiritista*, que no alcanza los valores reales del idioma, asegura:

—Esta es la cola del carbón.

—Y están mal ordenadas las letras y sobra el singular —contesta el formador.

3

Al tercer día de soledad, Rosa María decidió ver a los afinadores para que le dieran la dirección de aquel viejo que había dicho que conocía a Victor. Así llegó a casa de Fidel Muñoz.

Encontró a Moisés Gamboa, hurgando.

—¿A quién busca?

—A un señor que según me dijeron vive aquí.

—Hace dos días que no aparece.

—¿Dónde le puedo encontrar? —*Pirandello* no contesta—. Tenía que darme una dirección.

—¿De quién?

—Del *Comandante Rafael*. ¿Sabe usted en qué brigada...?

—No lo sé.

—Hace días, el señor Muñoz dijo que le conocía. Se llama *Victor Terrazas*.

—¿Quién?

—El *Comandante Rafael*.

—Lo he oído nombrar. Pero no tengo la menor idea de su paradero.

—Yo quería...

—No le puedo servir de nada.

—¿No conoce a nadie que...?

—No.

Dice que no queriendo decir que sí, que haría lo posible. Se le interpone agrio el recuerdo de su hijo.

—Tal vez lo sepa un muchacho valenciano, Vicente Dalmases. El que usted busca es comunista, ¿no?

—¿Donde puedo ver a...?

—No lo sé. Ahora nadie sabe nada de nadie.

—No me quiere ayudar.

—Al contrario, pero hace días que tampoco sabemos nada de Vicente. Ayer vino una amiga suya buscándole.

No se atreve a decirle que Vicente está preso. No se fía.

—Es cuestión de vida o muerte para mí.

—En estos días, para usted y para cualquiera. Viéndola tan desesperada le da la dirección de Lola.

Rosa María encontró al *Espiritista* desalentado y hambriento.

—Hace dos días que mi hija no ha aparecido por aquí. ¿Qué quería?

—Saber qué unidad manda el *Comandante Rafael*.

—No sé quién es. ¿No conoce a Vicente Dalmases?

—Me acaban de hablar de él.

—¿Quién?

—Un viejo.

—¿Quién?

—Lo ignoro.

—¿Dónde vive?

—Por los Bulevares.

—¿Vicente?

—No. El que me habló de él. Tampoco sabe nada ¿No tiene idea de dónde puede estar su hija?

—Tal vez en la Casa de Socorro.

—¿Dónde?

—Al lado de la Glorieta de Quevedo.

Al bajar a la calle se le ocurrió que, tal vez, Luis Mora le podría ser útil en la búsqueda. Le llamó por teléfono. El funcionario se mostró encantado de oírla y dispuesto a ayudarla. Que le fuese a ver cuanto antes. Rosa María apretó el paso, esperanzada. La lucha seguía por las calles. Pegada a una casa del lado derecho de la glorieta de Bilbao, la hirieron, en sedal en un brazo. Perdió mucha sangre; de la Casa de Socorro —en la que no estaba Lola— la llevaron a San Carlos para hacerle una transfusión.

4

Aunque Ramón Bonifaz es más joven que *Pirandello* son viejos amigos; los libros los unieron hace años, ambos con sus puntas y collar de bibliófilos y aficionados a hermosas encuadernaciones; sabios en cajos, lo-

meros, dorados, tejuelos ex-libris. La guerra con sus incautaciones, les llevó de sorpresa en alegría. El intelectual ácrata le ha sido útil al librero, consiguiéndole un piso intervenido por la C.N.T. —que le sirve de almacén— en la Plaza de Santo Domingo.

Moisés Gamboa le habló por teléfono:

—¿Qué le pasa?

—Dónde podemos vernos?

—¿En el almacén?

—Lo tengo cerrado desde que empezó este último fregado.

—Me es difícil dejar el periódico. Estoy prácticamente solo. Los comunistas tienen a García Pradas en una de sus pocilgas.

—Pasaré por allí cuando Soledad se duerma.

—Yo no salgo de aquí.

Ramón Bonifaz como un trozo de pan duro que moja en poleo. Moisés Gamboa le expone sus tribulaciones.

—Es cosa de Carrillo. ¿No está su hijo trabajando con él?

—Sí.

—¿Entonces?

—No quiero pedirle nada.

No cuenta lo que le contestó hace dos noches, al interesarse por el paradero de Vicente Dalmases:

—¿Comunista? Que se pudra.

En cuanto a Fidel Muñoz nadie sabe nada.

—A lo mejor le pegaron un tiro al salir de su casa.

—Lo hubieran visto. ¿Hasta cuándo va a durar esto?

Oyen el tiroteo.

—Traidores...

—No nos conocemos de ayer, Moisés.

—No, don Ramón.

—No me va a decir que no se lo tenían merecido.

—No digo eso sino de los que son amigos míos, sobre todo Fidel.

—Creí que hablaba en general.

—Hace mucho que dejé de hacerlo.

Hablan de la traición. De quién traiciona a quién.

—¿Qué es eso de traicionar? —pregunta Bonifaz—: ¿Qué quiere decir? Ser fiel a sí mismo ¿es traicionar? Ser infiel a una causa en la cual ya no se cree ¿es traicionar? No: el quid está en el provecho. Una misma cosa hecha con fines crematísticos, en vista de cualquier beneficio personal o para salvar el alma, es traición o lealtad.

—Habría mucho que hablar. Si se triunfa, la gloria; si no el olvido, o, a lo sumo, el estanque de la heterodoxia.

—Librar de un riesgo a un enemigo, por remuneración está mal; por salvar su vida, puede estar bien. No hablo de dos personas distintas: de la misma. Es decir: si fulano hace pasar la frontera a zutano y por ello recibe equis miles de pesetas, es un traidor. Si lo hace por amor al arte o a la ética —tanto montan— puede no serlo.

—Y si el aprovechado remite las equis miles de pesetas a la caja de su Organización para los fines específicos de la misma, ¿es traidor?

—No, porque no obra en provecho propio.

—Así que, el traicionar depende de si se cobra o no.

—Así sea infinitesimal el sueldo o el provecho, del tipo que sea. Ahora bien, fíjese: no hay libro, ni ensayo acerca de la traición o, por lo menos, no los conozco, y he visto bastantes en mi vida. Acerca de los traidores, sí: infinitos y cantidad de leyes. Hasta sería capaz de decirle que la literatura está basada en historias de traiciones y de traidores. Pero sobre la traición en sí, nada.

—Es curioso. ¿A qué lo atribuye?

—¿Qué político no traiciona? A sí, a los demás. Sin eso, el mundo no adelantaría, estaríamos donde siempre estuvimos. ¿Traicionó Bonaparte a la revolución? ¿Traicionó Lutero? ¿Traicionó Isabel la Católica? ¿Traicionó Julio César? ¿Traicionó Bruto? La historia de la evolución, del progreso, es una larga historia de traiciones, la historia misma de la traición, por eso la gente huye de hablar de ella. Unamuno, cuando quiso hacerlo, no pasaba de disertar acerca de la envidia.

—Entonces ¿no se puede hacer nada?

—¿Nada de qué?

—Por Dalmases, por Fidel.

—Ya le dije que lo más eficaz me parece que hable con su hijo.

Suena el teléfono.

—Acaban de proponerle a Besteiro la Presidencia de la nueva Comisión Ejecutiva del Partido Socialista.

—¡Qué hermosa noticia para su primera plana!

—Y hemos nombrado a Feliciano Benito, Comisario del Ejército del Centro...

—*El padre Benito...*

Se miran y sonríen sin querer.

—¿Cómo va a acabar esto?

Ramón Bonifaz mira al librero de viejo.

—¿Qué más da? Dentro de un mes, todos calvos.

Una pausa.

—¿Qué me da por mi biblioteca?

—Mejor me la guarda.

—¿Se va?

—En cuanto pueda. Me han ofrecido un curso en Amsterdam...

5

Casado toma el teléfono.

—¿González?

—Sí.

—Mándame tu artillería y un batallón de ametralladoras.

–Ven tú por ellas, traidor.

González, Jefe de la VII División, defiende la Casa de Campo y Rosales: a dos pasos. No se ha movido, fijo en el enemigo. Casado ordena que se le ataque por la espalda. De la Puerta del Sol por la calle del Arenal, bajan guardias de asalto hacia el puesto de mando de la División instalado en la imprenta de Rivadeneyra, en el Paseo de San Vicente. Al desembocar las fuerzas del Consejo en la Plaza de España se entabla el combate. Las ametralladoras de la VII siegan una veintena de combatientes.

–¡A por ellos!

Los cogen entre dos fuegos: desde la calle de Ferraz y por la Cuesta. No ha pasado media hora cuando el enemigo—el de siempre, el de verdad—ataca. Los pocos que se habían quedado en línea retroceden hasta la puerta de la Casa de Campo, al pie de la Cuesta. González, desesperado, ordena que regresen sus fuerzas, que ya habían llegado a la Puerta del Sol. Contienen, frenéticos, al enemigo. Desesperado, el comandante golpea a puñetazos la mesa que se le enfrenta:

–¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!

Julián Templado no da abasto. Menos mal —piensa— que Riquelme me dijo que era un puesto tranquilo...

Luis Barragán, empuñando un fusil (plomo por plomo), se dice dejando la imprenta: –Que forme el director. El director, en Francia.

6

Al salir del excusado, Enrique Almirante ve una puerta abierta. No se para a preguntar quién la dejó así. Se asoma; no hay nadie. Sigue, cruza un soldado, le saluda indiferente, sale a un patio. Se sienta en un banco. Calma, se dice. Las fugas se preparan; de cien, noventa y nueve fallan. Ahora, sin pensarlo ni comerlo ni beberlo estoy medio libre. Tal vez en el fondo, no les importe mucho. ¿Dónde dará aquella reja? Quieto. Hazte el dormido. Acecha. Salen tres camiones; grita al que conduce el último.

–¿Me llevas?

–¿Dónde vas?

–Déjame cerca de Bravo Murillo.

Decide —sobre la marcha, que no es un decir— estarse quieto unos días en casa del *Espiritista*. Don Manuel se niega a alojarle:

–No quiero ver a nadie, a nadie.

–Es usted un traidor.

–¿Traidor? ¿Traidor, yo? Traidor, si lo hay, no hay más que uno. Lo oye: Uno.

Levanta una mano, cierra el puño dejando apuntado un dedo hacia lo alto, sosteniéndose apenas con la otra en la mesa.

–Me ha dejado solo. ¡Solo!

–Pero yo soy su amigo. Déjeme entrar aquí. No le molestaré nada. Hasta que esto se acabe.

–Ya acabó todo.
–¿Va a negarme un vaso de vino?
–Si se trata de beber, es otra cosa. Una copa no se niega ni al peor enemigo.
–¿Quién es nuestro peor enemigo?
Don Manuel mira a su visitante con los ojos turbios, hace un gesto vago:
–El que tenemos en casa.
Escancia con dificultad. Derrama vino sobre la mesa ya pegajosa.
[...]

VI. 12 de marzo

[...]

2

Sobre la marcha, González Moreno fue el Pardo a ver al coronel Barceló.

–¿Es verdad que las fuerzas del XXII cuerpo cortan la carretera de Valencia?

–Sí, es una medida de precaución para que ninguna otra unidad abandone el frente para venir en apoyo de la Junta.

–Ya no hay otro poder. El gobierno ha salido del país y tenemos que obedecer a alguien. Y ese alguien es el poder constituido.

–El gobierno, si ha salido, lo hizo obligado por el golpe de fuerza de Casado. Mientras el gobierno no decline sus poderes, la legalidad es él, se halle donde se halle.

–El Gobierno Negrín ofreció traspasar sus poderes al Consejo.

–Pero éste no lo aceptó.

–De hecho es lo mismo. Los mandos necesitan una autoridad y ahora no hay otra que la de Casado.

–Para lo que va a durar...

–Eso dice usted. ¿Por qué y por quién lucha? Si el gobierno ha huido –y diga lo que diga es lo que ha pasado– ¿qué objeto tiene luchar por él?

–¿Pero vamos a apoyar a un grupo de rebeldes alzados contra la legalidad?

–¡Pero si lo apoyan todas las organizaciones del Frente Popular!

–Eso dicen ellos.

–Piénselo bien, Barceló. Supongamos que derribéis a la Junta, ¿qué gobierno vais a constituir si todos los partidos políticos y las organizaciones sindicales están en contra vuestra? ¿O es que vais a tomar el poder solos? ¿Quién os va a obedecer? No seáis locos. Hay que salvar lo que se pueda.

Barceló calla, desesperado.

Nota de Luis Mora para José María Morales

Por decisión del Consejo, fue entregada la siguiente nota al coronel Ortega para el Partido Comunista:

«El Consejo considerará el fin de la lucha bajo las siguientes condiciones:

1. Dejar todas las armas, y todas las fuerzas que regresen a las posiciones ocupadas en el día en que fue formado el Consejo Nacional para la Defensa.

2. Entregar inmediatamente al Consejo cada uno de los militares y civiles arrestados por los rebeldes.

3. Una promesa de la parte del Consejo Nacional de juzgar a los ofensores sin ninguna clase de prejuicios.

4. La sustitución y relevo de todos los comandantes y comisarios, en cualquier forma y por cualquier procedimiento que el Consejo crea el mejor.

5. El Consejo Nacional para la Defensa pondrá en libertad a todos los miembros del Partido Comunista arrestados que no han cometido crímenes.

6. El Consejo Nacional para la Defensa, una vez que eso sea arreglado, aceptará escuchar a los miembros del Partido Comunista.

Cuarteles Generales, 12 de marzo de 1939
Consejeros para la defensa Nacional
Segismundo Casado.»

El partido Comunista acaba de contestar en la forma siguiente:

«Ha habido luchas durante seis días en Madrid y el Partido Comunista piensa que prolongar la lucha causaría un tremendo daño al país. Por esta razón ha decidido usar su influencia para que cese el fuego, recordando nuestro supremo deber de unir todas las fuerzas posibles para la guerra contra los invasores, en vista de la inminente ofensiva enemiga en cada uno de los frentes, y tomando en consideración que el Gobierno de Negrín ha hecho lo mejor abandonando España.

» El Partido Comunista, quien no ha hecho nunca nada, o tenido intención de hacer algo que no esté en la línea de su política que es suficientemente bien conocida por todos y practicada invariablemente, declara que hoy, sin la unidad de nuestro pueblo, cualquier resistencia es imposible, y llama a todos los sectores para un acuerdo positivo y fructífero, de acuerdo con los intereses de nuestra independencia y de nuestra libertad.

» Nos damos cuenta del acuerdo alcanzado por el Consejo Nacional de Defensa sobre las condiciones para hacer la paz en la que no hay repres-

lias. En estas circunstancias no sólo abandonamos nuestra resistencia a la autoridad constitucional, sino que también, los comunistas en el frente y atrás de las líneas, donde trabajen o luchen, continuarán como lo han hecho hasta ahora, dando al país un ejemplo de sacrificio, heroísmo y disciplina, con su sangre y sus vidas.

Marzo 12, 1939.»

Nada de esto se hace público todavía, pero es cuestión de horas.

4

—Espera.

El teniente Rincón entra. ¿Qué calle es ésta? No lo sabe. Está sin sentido. Lo leyó, se le ha olvidado. Sol blanco entre nubes grises. ¿Qué hora es? Debe de ser cerca de mediodía. ¿De qué día? ¿A cuántos está? No se conoce, no es ella, cascarón de sí misma.

Del portal estrecho y oscuro surge un Vicente desconocido, barba cerrada de días, uniforme arrugado, camisa sucia, boca amarga.

—¡Hola!

—Vine por ti.

—Gracias. Pero de todos modos dentro de unas horas hubiera salido.

¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Por Rigoberto Barea. Hasta que di contigo...

—Hablé con Riquelme. Tienes que marcharte cuanto antes.

—¿A dónde?

—A Denia, a Alicante.

No a «Valencia». Espera que él le pregunte: «¿Y tú?» No lo dice.

—Tengo que ir al Partido.

La deja.

5

Ramón Bonifaz hizo avisar a Moisés Gamboa de que se marchaba al día siguiente. Que, como fuera, cargara con su biblioteca y la depositara en su almacén.

—¿Cómo? ¿En qué? Son por lo menos cinco o seis mil volúmenes. Con el carrito de mano tardaría una semana. No tengo quien me ayude.

Bonifaz llamó a Val, que le remitió al responsable de transportes: tampoco tenía medios a la mano.

—Es muy urgente.

—Llama a una ambulancia —le contestó en broma.

Lo hizo. Se la enviaron. *Pirandello* mandó por Concha, su nuera, para que cuidara de Soledad, diciéndole que regresaría en una hora. Tuvie-

ron que hacer tres viajes de la calle del Prado a la plaza de Santo Domingo. Lo que más tiempo costó fue el subir y bajar de los volúmenes. Cayó la noche. Soledad parecía tranquila; Concha nerviosísima, pensando en sus hijos desamparados, le hizo recomendaciones y se fue. Cuando Moisés llegó a su casa, la demente había desaparecido.

6

–Sí, sin duda: pudimos acabar con Casado y su pandilla sin grandes esfuerzos. Si Ascanio se decide la noche del 5 al 6, no quedan ni los rabos.

–Pero no lo hizo. Vacilasteis.

–¿Quién no?

–¿Por qué? eran muy pocos: un foco en los sótanos de Hacienda, un nido de ratas.

–¿Y constituir otra Junta u otro Consejo?

–No había que pensar.

–Feliz tú, si puedes. Esperaron órdenes. No llegaron.

–No se atrevieron. Faltó el hombre, sobrando hombres.

–El mal, una vez hecho, difícil remediar.

–Todo se lo va a llevar la trampa. No voy a discutir las buenas o malas intenciones de unos u otros. Un país se parece más de lo que tú crees al cuerpo humano. Aparece un tumor, maligno o no, pero como señal inequívoca de que todo empieza a fallar; los pulmones, el riñón, hasta acabar con la vida. Y no al revés.

–No creí que fuera –que fuéramos– a acabar así.

–Nadie cree de verdad en la muerte. Siempre sorprende.

Carlos Riquelme se enfunda en su bata.

–¿Qué vas a hacer?

–El recorrido de siempre. A los enfermos, mejor dicho: a las heridas lo mismo les da que mande Negrín o Casado, y, si mucho me apuras: los caballeros de Burgos.

–¿Te vas a quedar?

–Sin duda, ni dudas. Uno es médico antes que fraile.

–Lo vas a pasar mal.

–Lo ignoro. Y tú. Lo que sé es que son *mis* enfermos.

–No te servirá de gran cosa.

–¿Crees que me quedo para que sirva de algo?

–Diégueme dijo que pasara por ti; abajo tengo un coche que por lo menos, nos dejará en las afueras.

Acaba de exponerle la situación: los franquistas entrarán en Madrid dentro de unos días.

–Mejor servirás vivo que muerto.

–No digo que no, pero a otros; y se da el caso de que he de atender a éstos.

–¿Y Manuela?

—Se queda.

Manuela Corrales, grande, rolliza, asturiana; hermosa, no guapa, segura de sí, amiga de argüir y replicar porfiada, fundándolo todo en razones. (Riquelme es del mismo corte; más sosegado trae los argumentos de más lejos. Disputan estando de acuerdo. El hombre se deja convencer, lo que enardece a la amante.)

Manuela estuvo casada con un chófer, socialista. Con la guerra, la política la arrebató; se puso por completo a la disposición del partido comunista en el que ingresó, un poco por casualidad y por su cuñado, en noviembre de 1936. Cerróse de mollera para aceptar ciegamente lo que le dijeran, ocupada el alma por la seguridad de sus convicciones. Mandó su marido a paseo porque éste no quiso aceptar la conversión violenta de la que había conocido sin interés por el bien público:

—Las mujeres en casa.

Se conocieron ocho años antes en la verbena de San Antonio, se casaron a los dos, muy formales el uno y la otra. A fines del 36, los dos hijos fueron a parar a un pueblo catalán. ¿Dónde están ahora? Manuela y Jesús se divorciaron hace cerca de un año. Él está en Valencia. La enfermera fue la razón del ingreso del médico en el partido comunista.

—Yo me voy —dice Vicente.

—Haces bien. ¿Y Asunción?

—En Valencia.

—¿Vas allí?

—Si puedo. ¿Crees que hago bien en marcharme?

—Tal como se han puesto las cosas ¿qué remedio te queda?

El tuyo —piensa Vicente—, quedarse. ¿Para qué? Madrid se va a entregar al enemigo. Tal vez respeten al médico, quizá le dejen cuidar sus enfermos, pero lo que es a él... Mientras tanto, Asunción ¿qué?

La boca amarga, el estómago revuelto: un punto doloroso en la base del esternón. Pasa por su mente, un segundo, preguntarle a Riquelme qué debe tomar, qué le da. Se lo reprocha; que le siga doliendo. Mira al médico, indeciso.

—Vete, te queda mucha vida por delante. Recuerdos a Asunción.

Su amistad vino de la de las dos mujeres, que pertenecían a la misma célula.

—¿Y Manuela?

—Dormida.

—¿De veras no queréis...?

El médico se mete en una sala. El olor.

Vicente quiere despedirse de otra manera. Le sigue. Le ve examinando a un paciente. Duda, vuelve atrás.

—Le llaman de aquella cama.

Se extraña de ver allí a Rosa María Laínez.

—¿Qué sabe de Victor?

—Está preso. Enjuiciado por haberla raptado.

—¿Qué dice?

- La verdad
- ¿Qué debo hacer?
- Presentarse.

Vicente le explica el caso a Riquelme: supo del caso, detenido. No hay como la cárcel para enterarse de todo. Iban a dar de alta a Rosa María dentro de un par de días.

Ayudada por Mercedes y Manuela, Rosa María fue inmediatamente a Gobernación. No les hicieron caso, a pesar de las destemplanzas de Mercedes.

-Es cosa del Ministerio de la Guerra.

-Es mi marido.

La miran extrañadas.

-Si: nos casamos.

Era cierto. Pero no iban a soltar así como así al *Comandante Rafael* que, por otra parte, ignoraban tener detenido.

-Ya veremos.

-¿Dónde está?

-Es lo que tratamos de saber.

Volvió.

-Creímos que estaba aquí. Pero no parece. Deben de haberle trasladado a Chinchilla o a Alcalá. Estamos haciendo gestiones. No se preocupe. Entre las tres mujeres se soldó en aquellas horas una extraña amistad.

-¿Y cómo conociste tú a Vicente?

-¿Este es Vicente Dalmases?

-Si.

-¿De qué le conocías?

-De un llavín. Pero no sabía cómo se llamaba. Estuve en casa de su suegro.

- Sería en casa del chalao del padre de Lola.

Ni el Estado Mayor -donde supieron de la detención a poco de realizarse- ni el partido comunista había tenido por aquellos días ocasión de ocuparse de la búsqueda del *Comandante Rafael*. El hecho de que fueran policías del por entonces todavía existente Ministerio de la Gobernación los que llevaron a cabo el servicio, la desaparición voluntaria o no de la mayoría de ellos; la liberación de cientos de presos hacia dificultísima de averiguación. Algunos le dieron por ejecutado, la mayoría tenía otros problemas que resolver. En el Pardo recordaron que un detenido clamaba ser su progenitor. Le buscaron inútilmente. El coronel Barceló habló de ello, incidentalmente, con Juan González Moreno, que fue a ver a Pascual Segrelles.

¿Qué mueve a los hombres? Segrelles gritando, de pronto:

-¡Hay que fusilarlos!

-Pero, si de hecho, todo acabó.

-¿Y los que fusilaron qué? No hay que dejar ni uno, me oyes, ni uno.

Otra vez hacia Levante. Vicente alcanza, en Las Ventas, a subirse a un camión repleto. Lleva una orden falsificada para el Gobernador de Alicante. Duerme de pie, con la cabeza revuelta: a mediodía, todavía preso.

Se traiciona una causa, a una mujer –o un hombre–, ¿se puede traicionar a una ciudad? Porque lo que han engañado –dorando las palabras como el atardecer las piedras de allá enfrente– urdiendo una sucia trama, sembrando cizaña no es a éste o a al otro, a un partido, a mí, a ti, a quien sea –ni a España siquiera, ya partida– sino a Madrid, a una ciudad de carne y hueso, a hombres de piedra y cemento. Lo que han vendido es el Puente de los Franceses, la Ciudad Universitaria, el Puente de San Fernando, el Pardo, Fuencarral, la Telefónica, la Gran Vía, la Cibeles, la Castellana, aquella buhardilla –la de Asunción, la suya–, el Manzanares. Con sus ardides, sus artificios, sus tretas, trapacearon lo más limpio, zancadilleando lo que los españoles habían levantado hasta el cielo. Felones, alevosos, a traición, por la espalda –que le duele.

Dejar Madrid...¿Qué puede hacer? Le duele físicamente y no sólo en el estómago (¿Y si fuera sólo el estómago?) Madrid... ¿Cuándo volverá? Si estuviera Asunción a su lado. (¿Y Lola?) Lola, en Madrid, con los fachas. No le pasará nada: se irá a Getafe, con su padre. Nadie les molestará. O, tal vez, sí. ¿Qué importa entre tantos? Sí, importa. Más cuentan los traidores: meterles los naipes por la boca hasta que revienten por sus fullerías. Farsantes. ¿A quién engañan? A ellos, ciegos, perdiendo lo más. ¿A quiénes jugaron esa treta? Nos vendieron. ¿Por un plato de lentejas? ¡Ca! Por nada, por menos que nada, fascinados. ¿Por qué? Por codicia, desde luego no. ¿Por salvar el propio pellejo? Los que urdieron la trampa pudieron ponerse a buen recaudo sin recurrir a ella. ¿Por usurpar el poder? ¿Qué poder, si lo han tirado en el cieno, y lo han de dejar y no se les puede ocultar? ¿Por odio personal hacia los que querían lo mismo que ellos aunque fuese por otros caminos? Sí. Y es lo peor. Y la envidia. ¿Por envidia? Quizá. No: por odio personal, por creerse más competentes que los otros. Por lo más bajo. Por estar en lo cierto: por creer estar en ello. ¿Hay que jugarse la vida –y la de los demás– por crecer estar en lo cierto? Vicente desecha la idea que –lo prevé– le llevaría quizá a justificar a sus contrarios, ¡Si sólo fueran en ello sus vidas o las de los demás! No: es Madrid –a ojos cerrados–, Madrid subido en su cerro, a orillas del Manzanares, Madrid de piedra, ahí, plantado arriba del Campo del Moro.

Le regurgitan todos los insultos, las palabras más soeces. Sin poder remediarlo, sin decir allá va. Vicente siente arcadas, arroja lo poco que tiene en el estómago.

–Me has puesto perdido –dice el que está colgado contra él–. Por lo menos podías avisar.

Perdido. Hace ocho días que pasó por ahí, con otro ánimo. Con la escondida esperanza de llegar a Valencia. Valencia, Asunción.

Van cincuenta apiñados en el camión desvencijadísimo. Se vencen los

adrales a izquierda y derecha como si fuese una barca a merced de un duro oleaje. Río de lodo parece la carretera a fuerza de baches. El mar.

—¡Coño! Tened más cuidado...

Caen unos sobre otros, se apoyan, rechazan con tal de no caer ni enredarse. Vicente, en el centro, se agarra como puede, a veces de una mano, a veces de la otra o de las dos, de la vara que sostiene la capota de lona.

—Lo único que no hemos necesitado, en esta guerra, son mujeres.

—Eso, tú.

—Quiero decir que tuvimos las que queríamos.

—No digas disparates.

—Bueno, hombre, entiéndeme.

—Si te entiendo, el que no sabe lo que dice eres tú.

—Para ti la perra gorda. Pero tenías que haber visto la que se nos presentó hace dos días. Venía por su novio que, le habían dicho, teníamos guardadito en algodón en rama. Habíamos despachado al cabrón a donde más valía. Pero la hicimos bailar un rato. Para eso el *Siete Dedos* el bárbaro. ¡Arsa mi niña! ¡Arsa! ¡Más arriba, que se vea Teruel! Lo que yo te digo es que —por lo menos donde yo estuve— lo que no hemos necesitado en esta guerra son mujeres, salgas tú por donde te dé la gana... Y que conste que estaba buena.

—¿Te la beneficiaste?

—¡Ca, hombre! Sabía lo que quería. El capitán se la metió en su cuarto. Ese nunca tiene bastantes. Ella parecía decente. El también se portó: le dijo dónde podía encontrar a su compañero.

En la modorra que le sumerge, del dolor de los hombros, de los brazos que sostienen su vaivén, le surge a Vicente la idea de que el energúmeno está hablando de Lola.

—Os advierto que no éramos los primeros que visitaba. Recorrió otros puestos.

—¿Cómo era?

—¿Quién?

—Esa de que hablas.

—Guapota.

—¿Vino así porque sí?

—Nos la mandó uno que sabía lo que se hacía...

La carretera, llena de baches, está muy transitada. Gente, todos en la misma dirección, desertores que se suman, llegando a campo traviesa. Algunos intentan parar el camión. Al descubrirlo tan lleno desisten. Los capotes, sucios de barro; los zapatos, montón de lodo; los macutos, informes; los fusiles, terciados sobre las mantas enrolladas. Van «a casa». Las caras de piedra, a medio acabar, de estatuas carcomidas por el tiempo.

Debió de ser Lola.

—¡Tú! Capitán de mierda. Vas a salir. Ahí te esperar. Dale gracias a lo que sea.

Un teniente, en un despacho exiguo:

–Cuidado con lo que haces. No queda un comunista con mando.
 Lola en la acera:
 –¡Hola!
 –Vine por ti.
 –Gracias. Pero de todos modos dentro de unas horas hubiese salido. Verdad, porque se habían entregado o se iban a entregar, pero entonces no lo sabía. Lo dijo para no tener que agradecerle nada, por alzar en seguida una barda que los separara, para imponer distancias, para acabar.
 –¿Como supiste que estaba aquí?
 Lola le miró tres segundos, los ojos enredados en los suyos, antes de contestar:
 –Por Rigoberto Barea. Por Riquelme. Hasta que di contigo.
 Parecía muy cansada. ¿Quién no lo estaba? Otra vez el dolor punzante en los antebrazos. Se suelta, el bamboleo le obliga a agarrarse de nuevo a pesar de la quemadura en los tendones de los bíceps.
 –¿Cómo se te ocurrió ver a Barea?
 –Hablé con Riquelme. Tienes que marcharte cuanto antes.
 –¿A dónde?
 –Tu sabrás. Dicen que salen barcos de Denia, de Alicante, de Almería. Pensó que le tenía que preguntar:
 –¿Y tú?
 No lo dijo. Pensó que tenía que darle las gracias a Riquelme, ver a Diéguez.
 –Tengo que pasar por el Partido.
 Pararon diez minutos en Tarancón. ¿Qué hacer? Entre más de dos mil prisioneros: ¿cómo iba a ser ella? Y aunque lo fuera, ¿qué? (¿Cómo iba a ser él? ¿Por qué no?) Le había buscado desde el primer momento, pasando por todo con tal de hallarle. Le encontró y todo lo que se le ocurrió decir fue:
 –Hola.
 La ve en la acera, muertos los brazos, los ojos brillantes de haber logrado lo que ansiaba. Y él:
 –Hola.
 Fue a ver a Diéguez, a despedirse de Riquelme, antes de subir a casa del *Espiritista*. Porque, eso sí, fue. No fueron a decir...
 –Me voy.
 –¿A dónde!
 –A Valencia.
 –Que te vaya bien.
 Y él, imbécil:
 –Nos volveremos a ver.
 –Seguro –había dicho el viejo, más calamocano que de costumbre–. Seguro. Pero ahora vete, ¡al mar! ¡al mar!

Al llegar a Motilla de Palancar, Vicente bajó del camión en marcha para subir a otro, de víveres, que subía a Madrid. Sentado entre el chófer y un guardia de asalto no despegó los labios.

—¿Se te olvidó algo?

—Sí.

Corre a la calle de Luchana. La puerta del piso está entreabierta. El viejo, completamente borracho, sentado en un arcón desvencijado de ébano y terciopelo rojo, con las urdimbres a la vista, cae de rodillas al verle entrar. Juntas las palmas de las manos grita:

—¡Has vuelto! ¡Has vuelto!

Del dintel de la entrada de su cuarto cuelga el cuerpo de Lola.

—¡Sabía que cuando ella desapareciera, volverías! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

8

Vicente se acogió a sagrado en casa de Fidel Muñoz. No había nadie. Se derrumbó en una esquina sobre unos duros sacos terreros. No podía apartar de sí no la imagen última sino la de la noche en que por primera vez la poseyó. A pesar de su deseo feroz de borrarla de sus recuerdos —visuales, táctiles—, la tenía delante: la esquina de la mesa cubierta con un hule floreado —rosas, rosas sobre fondo verde, cuadriculado con rayas blancas—; ella —traje gris holgado con un cinturón ancho de piel brillante carmesí—, la boca entreabierta, las mejillas subidas de color, la melena negra, las dormilonas doradas pegadas a los lóbulos carnosos de las orejas. Las orejas de Lola que había aprendido a conocer en sus menores recovecos con sus labios y su lengua. De cómo se besaron sin remedio. Sentía su cuerpo pegado al de ella. Más ancho que el de Asunción, más lleno, más amplio, más grande, cupiendo en él.

¡Apartarse de sí! Pensar en otra cosa. El mundo. La guerra. La traición. La muerte, la suya, rondando. Asunción. El hecho indiscutible de que Lola se ha suicidado por su voluntaria indiferencia. La calle, la acera, ella: —¡Hola!, tal como lo había dicho. Sí: consigue apartar unos segundos sus sentidos de las imágenes de aquella noche pero vuelven la boca anhelante, los labios tibios, los dientes, la lengua, la furia. Lola en sus brazos, viva, entregándose con desesperación: —¡Tómame! Soy tuya, tuya, tuya—. Colgada.

Vicente se muerde el índice de su mano izquierda hasta la sangre, para hacerse daño, para apartar la figura. Lo logra el tiempo de un relámpago pero vuelve el peso, el volumen del tronco de Lola entre sus brazos. Sus pechos. Su vergüenza: —No me mires.

Huir. Andar. Las calles, andar, andar sin ver, sin fijarse. No pensar. Ir al frente, que le maten. Ni eso puede ahora. Nadie dispara de noche. Anda, cruza calles. La Gran Vía. ¿Por qué? La Telefónica. Hablar con Asunción. A su sorpresa lo consigue. Conversación a hachazos, interrumpida a cada diez segundos, sin que ninguno esté seguro de que oiga lo dicho por el otro. Su mutuo deseo de encontrarse al día siguiente, cuanto antes, en Valencia o en Alicante. En Alicante. ¿Cómo? No hubo manera de restablecer la comunicación.

–¿Me oyes?
–¿Cómo estás?
–Bien.
–¿Y tú?
–Bien.

Irse, aunque fuera andando. Lola frente a la mesa, yendo hacia él, abierta. El calor de su cuerpo, lo blanco de sus carnes entre sus manos. Sus bocas, su boca sobre la de ella. Traidor.

Traidores todos: los republicanos, los anarquistas, los socialistas; ni qué decir tiene; los fascistas, los conservadores, los liberales; traidores todos, traidor el mundo. Si el mundo es traidor, nadie lo es. Pero lo son: Casado, Besteiro, Mera, el padre de Lola, yo. Traidor yo a Asunción. Todos traidores. Unos por haberlo hecho con pleno conocimiento de causa, otros por haberse dejado arrastrar, traidores por cobardía, por dejadez, por imbéciles, por ciegos, por sordos, por callados. Traidores por desesperanza, indiferencia, saciedad, conveniencia; por vileza, por humildad –¿por humildad?–. Sí. Por envidia, por celos, por aborrecimiento, por pequeños, por cursis; por amargor, ofuscación, prejuicios; por tontos, necios, ingeniosos; traidores por instinto, por distracción, por error, por sobra de imaginación, por incredulidad, por imprevisión, por ignorancia, por inexpertos, por salvajes, por dejarse llevar por la ocasión, por cálculo y falsos cálculos, por miedo. Por dejar en el atolladero a los demás, por salvar el pellejo, por creerlo conveniente; por incompreensión, por confusos –traidores por aproximación–, por fútiles, por medianos, por mediocres, por la fama, la oportunidad, la importancia que les dará.

Traidores todos menos Asunción, luz.

Todos traidores, menos Asunción. Asunción, mi vida. Más traidor yo, ahora, por agarrarme a ella como clavo ardiendo habiéndola traicionado, habiendo provocado –provocador, traidor– la muerte de Lola.

En este mundo traidor...

El recuerdo del verso famoso, para él espejo de cursilería, para en seco la desenfundada retahíla que bordea su camino interior. No. Cualquier cosa menos volver atrás.

Luis Martín Santos

Nació en Larache (Marruecos) en 1924 y murió tempranamente en Vitoria (1964). Médico de profesión, practicó como cirujano en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en el Hospital General, aunque acabó orientándose al ejercicio de la psiquiatría. Ideológicamente, como tantos escritores de su generación, se mantuvo cercano a posiciones marxistas, lo que, trasladado al terreno de la creación literaria, se tradujo en la defensa y práctica del realismo. Pero su marxismo intentó siempre armonizar el pensamiento de Marx con el existencialismo sartriano. Quevedo, Valle-Inclán, Franz Kafka y Thomas Mann se cuentan entre los escritores que más le influyeron, sin olvidar el *Ulises*, de James Joyce, que está en la base de su experimentalismo expresivo.

Su primera, y prácticamente única, obra, *Tiempo de silencio* (1962) es una de las mejores novelas de la literatura de posguerra. Póstumamente, en 1970, aparecieron sus *Apólogos y otras prosas inéditas* (1970), de mucho menor interés, pero incluyendo un posible prólogo para la novela en que estaba trabajando cuando le sorprendió la muerte, *Tiempo de destrucción*, cuyo texto, desigual en cuanto al grado de elaboración de cada una de sus partes y fragmentos, fue ordenado por José-Carlos Mainer en 1975, de acuerdo con el guión reconstruido por Leandro Martín Santos, hermano del novelista. Pero *Tiempo de destrucción* no deja de ser un apéndice de *Tiempo de silencio*.

Como decía Martín Santos: «En el vasto y sobrecargado almacén de antigüedades de nuestra lengua sólo podemos crear destruyendo». Creación y destrucción son dos de las claves de esta importante novela de carácter social, culta y escrita con originalidad y libertad de estilo.

Pedro es un joven investigador científico que intenta «demostrar si en la herencia de las cepas de ratones cancerígenos hay una transmisión dominante o si influyen más los factores ambientales». Pedro ve frenado el avance de su trabajo a causa de limitaciones en los presupuestos oficiales. Busca una salida, establece contactos con el mundo de las chabolas y se ve envuelto en una serie de acontecimientos bastante trágicos y desdichados:

un aborto, una muerte, una detención, un interrogatorio, un asesinato, todo va siendo descrito dentro de una lógica siniestra que acabará con la expulsión de Pedro de su centro de investigación. Pedro lo tendrá que abandonar todo: su ciudad, su trabajo y su vocación para trasladarse a una provincia.

En *Tiempo de silencio* se presenta el mundo, la ciudad, los objetos, como entes incontrolables que gobiernan a los hombres. La ciudad entera está personificada; el café de los intelectuales se convierte, ante nuestros ojos, en un «octopus» que detiene a Pedro pese a sus deseos; la cárcel se describe como un inmenso animal de fauces engullidoras, que en la boca y a través de su profunda garganta iniciará un verdadero proceso de digestión del preso, y Madrid es un falso «recogepérdidos» que más que acoger al hombre lo destruye, es como un ser autónomo que «sólo a sí mismo se admite».

La acción de la novela transcurre en nuestra capital hacia 1949. Así pues, es la sociedad madrileña, y especialmente la burguesía, el objetivo de la crítica de Martín Santos. La novela es, además, una meditación sobre las posibilidades del hombre para desarrollar un proyecto personal en libertad. Los personajes son grotescos y profundos, densos, difíciles. No olvidemos los conocimientos psiquiátricos del novelista. El protagonista, Pedro, un investigador médico, *alter ego* del escritor, que, al modo de ciertos personajes de Pío Baroja y de Azorín, experimentará a lo largo de su periplo heroico un proceso de desengaño que lo conducirá a una actitud desesperanzada cercana a la abulia.

Madrid se ha convertido, en las palabras de Martín Santos en una ciudad con carácter, peculiar, pero con poca conciencia histórica, «de esas ciudades, dice, faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias, tan lejanas de un mar o un río...tan desasidas de una auténtica nobleza, tan pobladas de un pueblo achulapado...tan llenas de tonadilleras y de autores de comedias de costumbres, de comedias de enredo, de comedias de café, de comedias de capa y espada...»

Esta fría visión se va complementando con las de las vidas de las personas que viven en esa ciudad. Los que caminan por las calles, esos habitantes del invierno, son hombres grises, tristes y solitarios que deambulan por las noches frías «con las tabernas abiertas y las iglesias cerradas», que viajan en el metro, se apretujan en los autobuses de dos pisos o en los tranvías. Martín Santos también nos habla del Madrid de los cafés y las tertulias, de las tabernas con cabeza de toro junto a la plazuela de Tirso de Molina o los *cabarets* baratos con los chulos esperando a los clientes junto al metro de Antón Martín, los carritos de mano, los vendedores ambulantes, los mendigos, los gitanos.

Cuando Pedro camina por este Madrid triste y lleno de contrastes, cuando atraviesa la nocturna ciudad y se encamina hacia las chabolas, el periplo va adquiriendo connotaciones simbólicas que implican al lector

hasta hacerle partícipe de ese viaje. Allí nos encontramos otro Madrid muy distinto, sin luz eléctrica, sin alcantarillado, donde los niños se pasean con los pies descalzos, donde la mayoría es analfabeta, donde se sufre el ocio del desempleo, la violencia, las pendencias, las navajas, las borracheras y el silencio; es el mundo del clan, de lo primitivo. Las chabolas son «esas menguadas edificaciones pintadas de cal, con uno o dos orificios negros, de los que por uno salía una ténue columna de humo grisáceo y el otro tapado con una arpillera recogida a un lado y a cuya entrada una mujer vieja estaba sentada en una silla baja». Será en una de estas chabolas donde presenciaremos el trágico suceso del aborto, en una habitación rodeada de miedo, junto a la pobreza e incultura, la suciedad y la crueldad, el dolor y la muerte.



Tiempo de Silencio

[...]

La mañana era hermosa, en todo idéntica a tantas mañanas madrileñas en las que la cínica candidez del cielo pretende hacer ignorar las lacras estruendosas de la tierra. Por las calles recién lavadas por la brigada municipal, relucientes los granitos trasladados desde la lejana Sierra y hechos trozos cuadrangulares por ejércitos de incansables canteros, colocados después mediante técnica difícil con ayuda de agua, arena y una barra de hierro (más tarde, llegada la decadencia del oficio, también con algo de cemento líquido en los intersticios), discurría una abundante turba de individuos de diversos oficios todos ellos mal vestidos y sólo algunos afeitados recientemente. Los trajes de los viandantes de colores indefinibles entre el violeta pálido, el marrón amarillento y el gris verdoso, aparecen en esta ciudad de tal modo desvaídos y lacios que no puede atribuirse su deslucido aspecto únicamente a la pobreza de los moradores —con su consecutiva, escasa y lenta renovación de guardarropa— sino también a los efectos purificadores de índole química de un aire especialmente rico en ozono y a los de índole física de una luminosidad poco frecuente, persistente durante un número de horas apenas soportable para individuos de raza no negra. Realmente, los ciudadanos de referencia deberían utilizar algodones made in Manchester de color rojo rubí, azul turquí y amarillo alhelí de grandes manchas y dibujo guacheado con los que la turgencia de las indígenas quedaría mejor parada y a la tez cetrina de los hombres alcanzaría todo su plástico contraste. Esto iba meditando D. Pedro sin comunicar tales pensamientos a Amador que quizá no hubiera podido elevarse a la consideración de tales leyes cromático-geográficas sino que hubiera sugerido más simplemente el consumo de adecuados líquidos reparadores de la fatiga en cualquiera de las numerosas tabernas que se abrían invitadoras a su paso a través del paisaje urbano.

Pero aún parecía lejos esta idea del caletre científico y Amador resolvió suspender la sugerencia hasta ver llegado el momento oportuno bajo



las especies de sutiles gotas de sudor en la frente del sabio o un resoplido más pesado en su alentar todavía inaudible.

Las gentes –casando mal con la proverbial idea de su incuria y pereza– se agitaban rápidas bajo la cúpula mentirosa. Iban descendiendo por la calle de Atocha, desde los altos de Antón Martín, más allá de los cuales había ido a buscar Amador a su querido investigador y amo arrancándole a la penumbra acogedora de la casa de huéspedes, antro oscuro en que cada día se sumergía con alegrías tumbales y del que matinalmente emergía con dolores lucinios. Acertó todavía a percibir Amador rastros poco precisos pero inequívocos de las protecciones afectivo-visceralas que en aquella casa recibía su investigador señor. Una mano blanca, en el extremo de un blanco brazo, manejó con cautela un cepillo sobre sus hombros. Unos gruesos labios, en el extremo de una rostro amable, musitaron recomendaciones referentes a la puntualidad, a los efectos perniciosos del sol en los descampados, a la conveniencia de ciertas líneas de tranvías, a la agilidad de ciertos parásitos que con soltura saben cambiar de huésped. Una voz musical, desde lejos, entonó una cancioncilla de moda que el investigador pareció escuchar con sonrisa ilusionada de la que, por el momento al menos –dedujo Amador– la más elevada capa de su espíritu era inconsciente.

–¿Has traído la jaula? –dijo D. Pedro escrutando el envoltorio que llevaba Amador bajo un periódico del día anterior con el objeto de que no se hicieran evidentes las muestras de la existencia de los progenitores de los ratones supuestos sobrevivientes que hoy iban a requerir, que su prisa más que su incuria había impedido fueran totalmente raídas como –sinceramente– creía que hubiera sido su deber, y añadió:

–¡Vamos! –mientras Amador retrasadamente contestaba: «Sí» , sin parar mientes en la inutilidad de la respuesta pues, ¿qué otro objeto oblongo, de tales dimensiones y liviano peso pudiera haber colocado bajo su brazo en aquella mañana todavía un poco acalorada?

Mujeres también bajaban y otras subían por la cuesta, a cuyo fondo se veía la Glorieta con el acostumbrado montón informe de autobuses, tranvías, taxis con una tira roja, carritos de mano, vendedores ambulantes, guardias de tráfico, mendigos y público en general detenido con un oculto designio que nada tenía que ver probablemente ni con la llegada de un próximo tren a la estación allí yacente, ni con su inverosímil visita al no lejano. Museo de Pinturas, ni con la irrupción a brazos de las asistencias en la imponente mole de cualquiera de los hospitales circunvecinos. Ninguna de estas mujeres era advertida por D. Pedro, que aún parecía paladear el recuerdo del brazo blanco y de la voz trinada no pertenecientes al mismo ser, pero ambos de sexo hembra, abandonados recientemente, y todas lo eran por Amador. Seguro de su sexo éste, después de haberse probado a sí mismo su constante consistencia en mil batallas nunca perdidas desde los campos de pluma de los inmemoriales años de la adolescencia (si de adolescencia puede calificarse esa edad en los muchachos de su clase), no le eran obstáculo ni su atuendo de más difícil descripción colorística que los ropajes de la mayor parte de los pasantes en aquella hora menestril, ni el

porte del extraño bulto –aun cuando el misterio de su contenido evidentemente mejorase su posición para la fascinación erótica–, ni su clara condición subalterna y hasta servil respecto del abstraído compañero, ni la escasa belleza de su rostro en el límite de los tres días con sus noches de crecimiento vegetal de las pilosidades, para lanzar miradas de entendimiento y hasta palabras de aprobación a cuantas muchachas apetecibles se le cruzaban, algunas de las cuales, a juzgar por su aspecto, gozaban de un nivel económico, profesional, y hasta amoroso conquistante superior al suyo. Don Pedro hacía caso omiso de estas actividades marginales de su secuaz y habiendo por fin abandonado el paladeo inconsciente de cuantos tesoros ignorados había dejado en el tugurio habitacional, e iniciando el placer previo preparatorio para el momento de su coincidencia con los sujetos de experiencia deseados, imaginó las posibles consecuencias de la degeneración a que la cepa MNA debía haber llegado motivada tanto por la casi inevitable posibilidad de un cruce espurio en lugar del eugénico estrictamente incestuoso, cuanto por el ambiente en exceso diferente del illinoico original y los caprichos casi inimaginables de la dieta con que el Muecas conseguía mantener vivos –caso de que lo hubiera conseguido– a los maravillosos animalitos. La composición de esta dieta no era sino el resultado de una función exponencial de ignorado grado y un número indefinido de variables entre las que pueden señalarse a título meramente provisional: los ingresos en metálico del Muecas y de los diversos miembros de su familia, la presunción (como probable o no) en la mente del citado Muecas de una hipotética venta del ganado, el apetito a la hora de comer del Muecas y su cónyuge, la ternura de corazón (dependiente quizá del asedio más o menos viscoso de sus terrícolas adoradores) de sus dos retoños ya menstruantes, la flora espontánea de la región habitada por la familia según la época del año, y como componente esencial, la composición cualitativa de los detritus arrojados en un basurero próximo (apenas distaba tres kilómetros de la chabola) por los carros de una cooperativa familiar de recogida de basuras que concertara –en su día– con el Muecas su aprovechamiento alimentario. Una raza de ratones cancerígenos degenerada y superviviente milagrosamente a pesar del niu dial para la época de la escasez crítica decretado por F.D. Muecas, enderezaba al logro de una supervivencia imposible en el ambiente regalado del laboratorio había de ser una raza muy considerable. ¡Oh cuán plástica la materia viva; siempre nuevas sorpresas alumbrada para quien las sepa ver! ¡Oh cuántas razas de estorninos diferentes, convertidas ya en subespecies, pueden poblar los bosques fragmentados de un archipiélago! ¡Oh qué posibilidad apenas sospechada, apenas intuible, reverencialmente atendida de que una –con una bastaba– de las mocitas púberes toledanas hubiera contraído, en la cohabitación de la chabola, un cáncer inguinoaxilar totalmente impropio de su edad y nunca visto en la especie humana que demostrara la posibilidad –¡al fin!– de una transmisión virásica que tomó apariencias hereditarias sólo porque las células gaméticas (inocuradas ab ovo antes de la vida, previamente a la reproducción, previamente a la misma aparición de las tu-



mescencias alarmantes en los padres) dotadas de ilimitada inmortalidad latente, saltan al vacío entre las generaciones e incluyen su plasma íntegro –con sus inclusiones morbígenas– en el límite-origen, en el huevo del nuevo ser!

Pero, por el momento, agradable era el descenso por la cuesta de Atocha, sólo hombres feos y mujeres atractivas aunque sucias eran visibles para el sabio y ninguna imagen de auténtico ratón irritaba la gelatina sensible de sus ojos. Iban bajando y Amador maldecía la dirección de la marcha que hacía tanto menos probable la fatiga del reflexionante y con ella la entrada en alguna de las tabernas de allá abajo que junto a la aglomerada y promiscua Glorieta esparcen su tufillo sinceramente embriagador, y que al estómago es lo que el filtro medieval era para el amor, de los calamares fritos en aceite de oliva recalentado del día anterior y de tres a cinco días antes. Gracias a la potente fritada y al poder calórico que el aceite hirviendo alcanza los esteres volátiles de la iniciada putrefacción de los calamares son totalmente consumidos (cual compuestos termolábiles que son) y la materia, así transformada, se ingiere sin peligro alguno y con evidente delicia.

Según descendían por la ancha calzada iban dejando a un lado y a otro abiertos portales y preparadas mercancías sobre las baldas de los escaparates de las tiendas de mil especialidades diferentes. Allí podía ser todo deseado, desde prendas interiores de señora confeccionadas a precio de saldo de color blanco, rosa morado apretujadas contra el vidrio en confusos montones y grandes mentiras de rebajas hasta clavos de cabeza cuadrada, vasos de plástico, platos de colores y objetos de regalo tales como una diana cazadora en porcelana basta de color gris, un donquijote en latón junto a un sanchopanza plateada montados con tornillos en un bloque de vidrio negro, un tintero-escribanía forrado de cuero con trabajos al fuego, un pisapapeles de vidrio con conchas marinas nacaradas, un marco de retrato hecho con cachitos de espejo y su avagartner dentro, un juego –en fin– de siete cacerolas rojas en disminución artificiosamente colocado. Otras tiendas de aspecto más nocivo no eran sino farmacias y droguerías donde amarilleaban a la venta todos los insecticidas del globo, amén de abundantes balsámicos y jarabes para la tos de mil laboratorios diferentes alguno de los cuales estaba allí instalado en la misma trastienda con olvido de todas las normas de producción de la ciencia farmacéutica. Sobre alguna de estas farmacias, cubriendo los viejos balcones de hierro de época anterior a la subida de precio de la fundición, se extendían largos y anchos carteles blancos con letras grandes como zapatillas en las que se leía: Fimosis, Sífilis, Venéreo, Consultorio económico. Don Pedro, ante estas muestras florecientes de explotación industrial de la ciencia a cuya edificación él mismo colaboraba, no se sentía molesto sino que noblemente consideraba esta proyección sobre el bajo pueblo y la masa indocta de tan sublimes principios, como un hecho en sí mismo deseable. ¿Pues cómo había de suplir el hombre suelto que camina por estas calles a su evidente falta de encuadramiento en los grandes organismos asistenciales de la se-

guridad social, de los que para ser beneficiario es preciso demostrar la firmeza y solidez de un dado enajenamiento profesional, y a su demasiado orgullo para concurrir a consultorios gratuitos por males que provienen no de la pobreza y estrechez de su vida sino de un plus de energía, de vitalidad, de concupiscencia y hasta, en ocasiones, de dinero? No; bien estaban los consultorios a tres duros y bien estaban los lavados con permanganato en la era penicilínica pues al fin y al cabo, prolongando el tiempo de la cura, intensifican la emoción que deben producir en los pechos viriles estos espaldarazos del erotismo recién hallado, cruces dolorosas que, al no estar exentas de heroísmo, dignifican las funciones más bajas de la naturaleza humana. aunque no las menos satisfactorias.

Bien ajeno a este curso de pensamientos humanístico-demoníacos, horror de toda necesidad de higiene en su vida íntima, Amador continuaba el descenso, un paso detrás de su natural señor, con el bulto paralelepípedo puesto del otro lado, sin parar mientes en la riqueza comercial y asistencial que a su lado iba transcurriendo, fija todavía su atención en los cada vez más próximos bares de la Glorieta y en la posible –aunque improbable– detención refrescante en uno de ellos. Se autojustificaba considerando que, si bien D. Pedro solamente había descendido la cuesta, él previamente había tenido que subirla y hasta hubo de madrugar para, cogiendo el metro en el lejano Tetuán de las Victorias en que habitaba, llegar hasta el mismo Instituto de cochambrosa investigación y –recogiendo la jaula– subir luego a pie hasta la pensión habitada por el investigador que, si bien hacía patente su natural democrático amigo del pueblo trasladándose en persona hasta la chabola del Muecas, mejor lo demostraría aún comprendiendo la urgente necesidad bebestible de Amador que, desde hacía tantas horas, se ajetreaba a su servicio.

–¿Son ésas las chabolas? –preguntó D. Pedro señalando unas menegadas edificaciones pintadas de cal, con uno o dos orificios negros, de los que por uno salía una tenue columna de humo grisáceo y el otro estaba tapado con una arpillera recogida a un lado y a cuya entrada una mujer vieja estaba sentada en una silla baja.

–¿Ésas? –contestó Amador–. No; ésas son casas.

Tras de lo cual continuaron marchando en silencio por un trozo de carretera en que los apenas visibles restos de galipot encuadraban trozos de campo libre, en alguno de los cuales habían crecido en la primavera yerbas que ahora estaban secas.

Amador añadió:

–Cuando se vinieron del pueblo yo ya se lo dije, que no encontraría nunca casa. Y ya estaba cargado de mujer y de las dos niñas. Pero él estaba desesperado. Y desde la guerra, cuando estuvo conmigo, le había quedado la nostalgia. Nada, que le tiraba. Madrid tira mucho. Hasta a los que no son de aquí. Yo lo soy, nacido en Madrid. En Tetuán de las Victorias. De antes de que hubiera fútbol. Y él se empeñó en venirse. A pesar de

que se lo tenía advertido, que no viniera, que la vida es muy dura, que si en el pueblo es difícil aquí también hay que buscársela, que ya era muy mayor para entrar en ningún oficio, que sólo quieren mozos nuevos. Que, sin tener oficio, iba a andar a la busca toda la vida, que nunca encontraría cosa decente. Todo, todo se lo advertí. Pero a él le había entrao el ansi-ón porque estuvo aquí en guerra. Y nada, que se vino. Todo vino a caer sobre mí. Porque que si somos o no somos primos, que si tu madre y mi madre estuvieron de parto el mismo día, que si cuando tu madre se vino a Madrid la mía estaba sirviendo en casa del médico y que eran de venirse las dos; total, que me encontré de improviso a toda la familia sobre mis hombros, como aquel que dice. Claro que yo no me apuro y le canto las verdades al lucero del alba, que es lo que hice. Porque por de pronto se me metieron en la cocina con un colchón que había traído del pueblo y allí a dormir, todos arrejuntados. Las niñas estaban así, como mi dedo, tenían unas piernecietas que daba grima verlas. Pero yo no quise dejarme ablandar. Si sabré yo que la vida es dura, si le habría dicho yo que nanay, que por ahí no. No sé qué se creía que yo le iba a realquilar. Pero cómo voy a realquilar a un amigo si entonces sí que se pierden las amistades para siempre y acabaríamos un día a cuchilladas. No por mí, sino por él. Porque aunque le aprecio comprendo que es muy burro. Es exactamente un animal. Y siempre con la navaja encima a todas partes. Entonces, para quitármelo de encima, es cuando le busqué lo del laboratorio, porque él es un negao que nunca habría sabido encontrarse el con qué.

—¿Se colocó en el laboratorio?

—No. Pero yo le puse para que trajera, de donde fuera, las bestias. Él es que no sabía hacer nada, lo que se dice nada. En el pueblo tampoco sabía ni trabajar. Es muy bruto, pero un flojo para el trabajo. El que no sepa trabajar por lo menos tiene que tener salero para saberlo buscar. Pero él ni eso. Allá no sé cómo no se moría de hambre. Claro que se ha ido espabilando. Creo que el padre de la mujer tenía una piecita; pues él nada, la malbarató. Y venga con que nos tenemos que ir, nos tenemos que ir, hasta que se vino. La mujer una mártir. Las hijas, luego se han repuesto algo.

—Pero él ¿qué hacía en el laboratorio?

—Lo dicho. Traer las bestias. Los sujetos de la experimentación como decía el difunto Don Manolo. Ir a la perrera y comprar perros no reclamaos, antes de que los reclamen. O conchabarse con el de la perrera para no devolverlos a los que no tienen con qué y luego sacarse así unos duros. Siempre se tiene más seguro lo que paga el instituto y las propinas que dan algunos señores doctores. El difunto Don Manolo nunca dio propi pero le enseñó mucho. Así aprendió a cazar los perros por su cuenta con lo que se ahorra lo del de la perrera. Ganaba a dos paños. Otros, los becarios de primer año, que quieren acabar su tesis en dos meses, son los que le pagaban los perros más caros, cuando él hacía como que ya no había perros en el mundo y los retrasaba hasta que subían los precios, como un tendero, mientras en la chabola todo el pan se lo comían los perros y las niñas llo-

raban que era una delicia. Los gatos son más difíciles, pero por fin aprendió. Tenía astucia para eso. En el pueblo lo que él era es furtivo, cada vez que sacaba una escopeta de Dios sabe dónde que nunca tuvo para comprar una. El goza cogiendo un gato aquí, un pero por allá. Le gustaba coger los caracoles en la vega del Tajo, que los hay. No como en este condenado campo que no da ni para caracoles.

–Y tú ¿por qué no te dedicabas a traer los perros?

–Eso hacía hasta que llegó él. Pero si no le busco salida todavía los tengo encaramados en mi cocina con su colchón y todo. Además yo tengo lo oficial de mi sueldo y para qué más, no hay que ser avaricioso. Claro que le cobro la tarifa.

–¿Cómo?

–Claro: a cada tanto tanto. A cada perro o gato que me vende, como yo soy el que le proporciona, pues tanto. No iba a abusar encima. El me está agradecido y lo paga a gusto, porque a mí nada me era extraño de quitármelo de encima y poner otro. Pero claro que no me tienta hacerlo porque al fin y al cabo somos como parientes y tiene muy malas pulgas y no me gusta la navaja esa que lleva a todas partes. No. Yo me entiendo con él. Desde que estuvimos juntos en guerra. Lo malo para él fue cuando empezó a hacer lo que no debía hacer. Los perros olvidados de los de las tesis, que en cuanto han hecho la cosa en dos o tres dicen treinta o cuarenta en la referata y ponen lo que tenga que salir aunque ellos no lo hayan visto y se olvidan de que tienen un gato con los alambritos y se vino abajo todo el pastel. Ya comprendió que yo tenía que echarle toda la culpa a él. Pero el mediodoble se empeñó en que no pisara más el instituto y para mí es una lata porque tengo que ir a buscar las bestias y tenemos que cambiarlas de jaula en medio de la calle, o en el Retiro, cuando no hay nadie cerca, pero expuestos a cualquier cosa, máxime con los gatos que nunca se acaba de aprender a cogerlos.

–Y oye, ¿dónde cría los ratones? ¿Viven todos revueltos? ¿Juegan las niñas con los ratones?

–Las niñas ya no están en edad de jugar sino de otra cosa.

–Pero, ¿podrían contagiarse?

–Yo qué sé.

–Quisiera saber si han podido contagiarse.

–Eso usted lo verá. Lo que pasa es que, a los pobres nada se les contagia. Están ya inmunizados con tanto porquería.

[...]

Como noche de sábado, Pedro comió más rápidamente. En el comedor estaba detrás del matrimonio arrugadito y entre otras dos pequeñas mesas en que se sentaban dos hombres solos. La pescadilla mordeándose la cola apareció sobre su plato, tan perfecta en sí misma, tan emblemática, que Pedro no pudo dejar de sonreír al verla. Comiendo esa pescadilla comulgaba más íntimamente con la existencia pensional y se unía a la mesa de mártires de todo confort que han hecho poco a poco la esencia de un país

que no es Europa. El uróvoros doméstico tenía una apariencia irónica, sonriente. No se mordía la cola con verdaderas ganas, sino delicadamente, sólo lo necesario para que no se le escapara y volviera a estirar toda su larga estatura de pez innoblemente marino, aún no del todo corrompido, blanco de carne pero con rubores amarillentos donde la corrupción comienza. El limón exprimido para disimular lo que pudiera haber de non sancto le recordó la limonada agria que había tomado días atrás. Sacudió la cabeza y atacó la naranja fría. Entre los huéspedes corrieron los comentarios inútiles. La criada se movió con más apresuramiento que otros días pensando en la salida. Pedro se despidió. Renunció a la extraña tertulia de otras noches con las tres generaciones embobadas. Salió por el pasillo hacia su cuarto y al volver hacia la puerta de salida, la decana le salió al paso para decirle adiós, para recomendarle que se abrigara el cuello a pesar de que todavía no era invierno y para que no volviera demasiado tarde aunque al día siguiente fuera domingo.

Pedro bajó los tres pisos de oscura escalera iluminada apenas por anémicas bombillas. Los escalones de madera vieja olían a polvo, algunos crujían. En el descansillo de abajo una pareja de novios se apretaba en un rincón. La criada del piso de abajo y un soldado de paisano del mismo pueblo. Salió a la pequeña calle. Andando con paso rápido pasó ante una taberna con cabeza de toro. Llegó a la plazuela de Tirso de Molina. En la entrada del cabaret barato había ya algunos con aspecto de chulos, esperando que llegaran los primeros clientes. Siguió por una calle oblicua de escasa pendiente. El comercio de segundo orden de la calle tenía en su casi totalidad apagadas las luces. Alguna tienda solamente gastaba kilowatios. En un almacén confuso se acumulaban máquinas de hacer café de segunda mano y veladores viejos con silloncitos de mimbre. Llegó a la esquina de Antón Martín con su entrada de metro y con más luz. Había dos taxis parados y otro dando lentamente la vuelta. Algunas mujerzuelas de aspecto inequívoco se estacionaban en las aceras o tomaban café con leche en turbios establecimientos con dorados falsos. Vendedores ambulantes de diversas especies ofrecían sus mercancías a pesar de la hora. Siguió adelante. De un café cantante barato salía una voz de gitano entrenándose –quizá– para más tarde, pues aún no se veían parroquianos. Venía un airecillo cortante desde el este. Para evitarlo, dejó a un lado la cuesta de Atocha con toda su apertura desahrida y se metió por las callejas más retorcidas y resguardadas de la izquierda. Estaban casi vacías. Siguió andando por ellas, acercándose sin prisa, dando rodeos, a la zona de los grandes hoteles. Por allí había vivido Cervantes –¿o fue Lope?– o más bien los dos. Sí; por allí, por aquellas calles que habían conservado tan limpiamente su aspecto provinciano, como un quiste dentro de la gran ciudad. Cervantes, Cervantes. ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como ésta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza? ¿Puede haber respirado este aire tan ex-

cesivamente limpio y haber sido consciente como su obra indica de la naturaleza de la sociedad en que se veía obligado a cobrar impuestos, matar turcos, perder manos, solicitar favores, poblar cárceles y escribir un libro que únicamente había de hacer reír? ¿Por qué hubo de hacer reír el hombre que más melancólicamente haya llevado una cabeza serena sobre unos hombros vencidos? ¿Qué es lo que realmente él quería hacer? ¿Renovar la forma de la novela, penetrar el alma mezquina de sus semejantes, burlarse del monstruoso país, ganar dinero, mucho dinero, más dinero para dejar de estar tan amargado como la recaudación de alcabalas puede amargar a un hombre? No es un hombre que pueda comprenderse a partir de la existencia con la que fue hecho. Como el otro —el pintor caballero— fue siempre en contra de su oficio y hubiera querido quizás usar la pluma sólo para poner floripondias rúbricas al pie de letras de cambio contra bancas gínoesas. ¿Qué es lo que ha querido decirnos el hombre que más sabía del hombre de su tiempo? ¿que significa que quien sabía que la locura no es sino la nada, el hueco, lo vacío, afirmara que solamente en la locura reposa el ser-moral del hombre?

Pero la cosa es muy complicada. Mientras que Pedro recorre taconeando suave el espacio que conociera el cuerpo del caballero mutilado, su propio racionalismo mórbido le va envolviendo en sus espirales sucesivas.

Primera espiral: Existe una moral —una moral vulgar y comprensible— según la cual es bueno, sensato y razonable el que lee libros de caballería y admite que estos libros son falsos. El libro de la caballería intenta superponer sobre la realidad otro mundo más bello; pero este mundo —ay— es falso.

Segunda espiral: Surge, sin embargo, un hombre que intenta que lo que no puede en realidad ser, a pesar de todo sea. Decide pues creer. El mal —que sólo era virtual— se hace real con este hombre.

Tercera espiral: Quien así procede —a pesar de ello— es llamado por sus conciudadanos *El Bueno*.

Cuarta espiral: La creencia en la realidad de un mundo bueno, no le impide seguir percibiendo la constante maldad del mundo bajo. Sigue sabiendo que este mundo es malo. Su locura (si bien se mira) sólo consiste en creer en la posibilidad de mejorarlo. Al llegar a este punto es preciso reír puesto que es tan evidente —aun para el más tonto— que el mundo sólo es malo, sino que no puede ser mejorado en un ardite. Riamos pues.

Quinta espiral: Pero tras la risa, surge la sospecha de si será suficiente con reír, si no será preciso más bien crucificar al hombre loco. Porque lo específicamente escandaloso de su locura es que pretende imponer y hacer real la misma moralidad en que los que de él se ríen —según afirman— creen. Si alguien dejara de reír por un momento y lo mirara fijamente pudiera llegar a contagiarse. ¿Será un peligro público?

Sexta espiral: Pero no hay que exagerar. No hay que llevar esta conjetura hasta sus límites. No debemos olvidar que el loco precisamente *está loco*. En ese «hacer loco» a su héroe va embozada la última palabra del autor. La imposibilidad de realizar la bondad sobre la tierra, no es si-

no la imposibilidad con que tropieza un pobre loco para realizarla. Todas las puertas quedan abiertas. Lo que Cervantes está gritando a voces es que su loco no estaba realmente loco, sino que hacía lo que hacía para poder reírse del cura y del barbero, ya que si se hubiera reído de ellos sin haberse mostrado previamente loco, no se lo habrían tolerado y hubieran tomado sus medidas montando, por ejemplo, su pequeña inquisición local, su pequeño potro de tormento y su pequeña obra caritativa para el socorro de los pobres de la parroquia. Y el loco, manifiesto como no-loco, hubiera tenido en lugar de jaula de palo, su buena camisa de fuerza de lino reforzado con panoplias y sus veintidós sesiones de electroshockterapia.

Pero no se sabe quién fue aquel a quien llaman Don Miguel que conociera la calle provinciana, tranquila y limpia. Nunca dominado por la furiosa locura que, sin embargo, dormitaba en él: sólo la soñaba y expulsando fantasmas de su cabeza dolorida, evitó acabar siendo el Mesías. Porque él no quería ser Mesías. El quería ganar dinero, cobrar impuestos, casar la hija, conseguir mercedes, amansar y volverse benignos a los grandes. La historia del loco y todas las otras historias admirables no fueron nada esencial para él sino fatiga divertida, muñequitos pintarrajeados, hijos espurios que tuvo que ir echando al mundo para precisamente (y ésta es la última verdad) al no ganar dinero, al no cobrar sus débitos, al malcasar la hija, al no lograr mercedes, al ser despreciado y olvidado hasta en las ansias de la muerte poder no enloquecer.

Ya está más lejos. Ha atravesado la fugaz ciudad nocturna tan apesadumbrada de iglesias cerradas y tabernas abiertas, de luces eléctricas oscilantes y de esos coches que se lanzan a toda velocidad en estas horas, por la confluencia de las grandes vías como conducidos por suicidas lúcidos, autos descapotables abiertos en las noches frías para que se vea la cabellera rubia de la mujer de precio o su estola de visón, autos plateados de marcas caras cerrados para que no se vea la máscara de la brutalidad ebria de los grandes, autos inmensos, potentísimos, con formas de elegantes cetáceos que caminan lentamente, contoneándose con balanceo de lujuria tras otra que ha salido del bar de nombre famoso y que espera sólo que la noche se haga más cerrada para decidir sin esfuerzo de la portezuela de mandos automáticos, autos lanzados como proyectiles hacia un futuro de placer tangible. Desde la puerta de los hoteles le ha golpeado el calor como de boca próxima, pero no lo ha advertido porque iba hundido en su vago racionalismo. Pero ahora sí, se detiene y mira pasar los autos y siente el especial ruido de los neumáticos de buena calidad al despegarse de los adoquines por la noche, cuando no pasa más que un auto por la inmensa extensión desértica de la plaza con una fuente tirada por leones. Y sigue hacia el café, también caliente, con calor distinto del calor de los grandes hoteles que es calor de cuerpo de cortesana, con calor alegre de jóvenes que gritan que es calor de cuerpo de guardia.

En cuanto entra, comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él prefería haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres so-

bre papeles blancos. Pero ya está allí y la naturaleza adherente del octopus lo detiene. Su pico gritón ha comenzado a cantar. Su rostro blando y múltiple, continuo y siempre renovado le contempla. Ya ha saludado, ya escucha, ya las ventosas se le adhieren inevitablemente. Ya está incorporado a una comunidad de la que, a pesar de todo, forma parte y de la que no podrá deshacerse con facilidad. Al entrar allí, la ciudad –con una de sus conciencias más agudas– de él ha tomado nota: existe.

[...]

Aquella noche debía ser especialmente llena de acontecimientos. Era un sábado elástico que se prolongaba en la madrugada del domingo contagiándolo de sustancia sabática. No había conciliado aún el sueño Pedro, seguía aún mirando su rostro en el espejo rajado, refrescado por el agua castellana, o bien estaba quizá todavía tumbado vestido sobre la cama entreabierto por la criada, o bien ya desnudo intentaba luchar contra las bascas del reseco, o pensaba en Dorita y en el cuerpo de Dorita más tocado que visto cuando sonaron fuertes golpes en la puerta del piso, franqueada la del portal por algún cumplidor vigilante nocturno. Y tras el alboroto, la misma decana acompañada por la criada introdujo a presencia de Pedro al mensajero que la noche enviaba para volverlo a englobar en su seno pecaminoso, por no haber cumplido aún la total odisea que el destino le había preparado. El mensajero que esta misión había de llenar y que había sabido imprimir a su misión el sello de la urgencia necesario para vencer las diversas barreras –la distancia, la hora inacostumbrada, las puertas cerradas, la prudencia y femenil recato– e irrumpir violentamente en la intimidad en que su fatiga se refugiaba no era otro que el Muecas, quien dando a su voz un énfasis específico y movilizando el sorprendente juego de su musculatura facial con mímica eficaz, le hizo llegar su voz alterada al grito de «Don Pedro, por caridad, Don Pedro», momento en que recuperaba el *Don* que la amistad, el lupanar, la borrachera y el amor le habían sucesivamente arrebatado.

Y el pavor que en el rostro del hombre-Mueca estaba representado con rasgos evidentes no era otro que el pavor del Padre-Muecas, dotado de dos hijas núbiles por una de las cuales hizo saber que su corazón palpita-ba acongojado y que por la salud de ella, o por salvar la vida de ella, que en peligro se encontraban, había acudido sin demora gracias a diversos medios de tracción mecánica, empezando por un ciclo oxidado de un su vecino y continuando con un taxi de retirada al que había conjugado haciéndole saber la naturaleza de o-vida-o-muerte del asunto.

Porque era causa (y no ocasión remota sino causa específica) de este nuevo encuentro la mano que cariñosamente el sabio, benéfico, protector Don Pedro había extendido hacia la miseria personificada por el propio Muecas y su familia, de la que parte principalísima ambas muchachas toledanas eran. Y que el interés que el munificente antes citado Don Pedro había mostrado por la cría de ratones que aquellas mismas muchachas habían conseguido gracias a sus calores naturales, era prenda de que la sa-

lud física de las incubadoras de razas aptas para la investigación también había sin duda de provocar su interés honesto y dadivosísimo.

Pero lo que a Muecas había decidido a tomar sobre sus hombros la no pequeña responsabilidad de sacar de su lecho a un hombre de su importancia, del interior mismo de la rica casa en que se alojaba y de la compañía de las no menos molestadas dueñas que comprendía debían fulminarle con miradas de desprecio para castigo de su osadía, lo que en todo era muy natural y conforme a los usos y acaecimientos de estas zonas sociales por él apenas franqueadas, no era otra cosa que la abundancia insólita y alarmante de la pérdida de sangre que aquejaba a la mayor de las dos modesto consuelo de su vejez, la que ya pálida a causa de la ausencia del fluido vital, estaba toda blanca y trémula, sostenida solamente por los cuidados inexpertos y empíricos de las otras hembras familiares, los que se reducían a la colocación de paños fríos, ceñimientos con cordones benditos de San Antonio, aplicación de rebanadas frescas de patata recién cortada a las sienes, ingestión de extracto de apio logrado mediante rudimentario bataneo, profusión de diversas oraciones y gestos de tipo supersticioso conjurativo como imposición de manos del hombre hemostático.

Y aunque era supuesto que en un radio geográfico muy próximo ineludiblemente debían existir practicantes, comadronas y otros miembros de la Facultad, así como barberos y diversos profesionales aptos e incluso —en el propio barrio habitado por el demandante— un hombre de ciencia infusa o natural que con éxito practicaba en muchas afecciones no-mortales, la gravedad que había observado en el rostro de la enferma así como el afecto y lazos entrañables que a la misma le unían le hacían totalmente incapaz de recurrir a estos profesionales no tocados de la alta luz que sin duda iluminaba las cavidades endocraneales de tan docto investigador, como el allí presente, poniéndose los calcetines de nailon y disponiéndose a impulsos de su corazón, a reemprender los periplos nocturnos hacia la aún no explorada Nausica.

Puesto que, aun comprendiendo que el factor tiempo no era despreciable y que a cada momento que la sangre corría tiñendo las dos únicas sábanas familiares, más y más peligraba de la proximidad del último anhélito la desdichada moza, y puesto que quizá más razonable hubiera sido el traslado hasta los equipos de urgencia, cuartos de socorro, departamentos de guardia de los hospitales generales u otras instituciones que la colectividad pródiga pone a disposición de los más desheredados de sus hijos, sabiendo el Muecas que en estos lugares suelen encontrar su aprovechamiento y aprendizaje muchos de los hijos de mala madre que luego acabarán siendo famosos artífices del cuchillo y de la aguja pero que, por el momento —y sobre todo un sábado por la noche—, están necesariamente verdes, no había dudado en preferir las manos de Don Pedro que sabrían sin dificultad alguna vencer del inconveniente de un tiempo más prolongado de pérdidas y de un ambiente menos perfectamente aséptico que el de los otros copiosamente listerizados.

Pero que, si el mismo Don Pedro podía pensar que había sido equívoco o malicia por su parte la elección de un hombre que, siendo fabricante de la futura ciencia aún no acababa, no estaba obligado a tan viles menesteres como los del auxilio directo a miembros de la colectividad extrac ciudadana, lo que sin duda era cierto, tomara sobre él o contra él, padre desnaturalizado y ofensivo servidor, el objeto de su justa cólera, para que meditando en la inocencia bautismal de la indigna aunque agonizante muchacha, de cuyo destino el padre atolondrado había osado tomar el timón con manos tan inhábiles cuanto sucias, por inmerecido cariño o por caridad cristianísima o simplemente por capricho de su rica naturaleza tuviera a bien inclinarse a la benevolencia y ponerse en camino hacia el charco de sangre sobre el que su todavía-no-cadáver flotaba en tal hora como ésta.

Para lo que, aun a riesgo de ruina, él, el indigno, el desheredado Muecas a peso de oro había conseguido retener al automedonte en retirada que con su ronroneante motor consumiendo la valiosa esencia llegada del otro lado del océano esperaba a la puerta de la regia mansión junto con el vigilante nocturno —también con la pata untada por el mismo desdichado padre— y dos o tres curiosos siempre dispuesto a meter la nariz en todo a despecho de la avanzada hora, entre los que un tahonero de regreso a su casa ponía su mancha blanca totalmente inoportuna y hasta de mal gusto, a juicio de quien hablaba, pero qué se ha de hacer si las gentes son así.

Y que lo que Don Pedro temía de carencia de instrumental quirúrgico necesario o de material de sutura o apósitos en número suficiente, no había de ser obstáculo puesto que una llamada telefónica oportuna había movilizado al lejano pariente —honra de la familia por su proximidad institucional a la ciencia— al bien amado Amador, el cual a estas horas también surcaba lleno de buena fe la ciénaga nocturna madrileña para buscar en el instituto de que era privilegiado poseedor de llave, los materiales necesarios que, aptos para perros y otros animales superiores fámulos de la ciencia, habían de servir también sin dificultad ni falso escrúpulo para la indigna estirpe del siempre-humillado Muecas que, una vez más perdía perdón por su osadía.

Y puesto que los gestos y preparativos que Don Pedro iniciaba eran clara muestra de que, dispuesto a todo, iba a seguir los pasos de Muecas hasta el mismo lecho del dolor presto a acabar con cuanto mal hay en el mundo, a él sólo le quedaba como agradecido padre y como entusiasta grumete, lanzar su gorra polvorienta al aire junto con un ¡Jesús mil veces! y un: ¡Por siempre sea bendito y alabado!

Cartucho había estado rondando toda la noche como si el único a quemar no hubiera estado en Sanmarcos, ni en Reina, ni en Villarosa, ni en Tudescos, ni en Echegaray sino proliferante hubiera alcanzado las zonas lejanas del extrarradio hasta los lugares tan pobres donde sería imposible reunir entre varios habitantes el precio de una sola ficha y donde el hambre más que la destrudo condiciona la agitación del día y de la noche. Había estado apostado en vericuetos con oficio de camino, por los que había

visto pasar sombras que –maldito él– le parecía que se encaminaba hacia –maldito él– el sitio que ya sabía donde –maldito él– suponía lo que se estaba haciendo: un género de negocio sobre mercancías de las que él quería tener la exclusiva. Pero no estaba seguro de lo que condenadamente pensaba y entró en la que hacía oficio de establecimiento de bebidas y allí se reconfortó con ojén o cazalla y cuando se fue acabando el menguado peculio, con orujo «¿Qué pasa en la del Muecas?» , preguntó al que hacía de camarero, no vestido de esmoquin sino de chaqueta de pana con cuello subido de pelliza negra. «Hace poco pasó ése.» No preguntó quién fuera ése, pero se encendió más cuando la redonda consorte salió piando para ella misma o para quién sabe qué dios escucha-hembras y volvió con otra comadre oscura que no pudo reconocer quién era y llegó otra mujer gorda y se fueron metiendo en la chabola hasta que no debía haber nadie o hubiera allí más personas que ratones. «Ya me están a mí jeringando» , explicó Cartucho al seudocamarero. «Voy a tener que dar que hablar.» «Déjalos y allá se las compongan» , contestó el escanciador de orujo. «¿Qué se te da a tí?» «No quiero que ni-ese-ni nadie me escupa a mí en la oreja.» «A ti tú estás quieto.» «Me estoy poniendo negro.» «La Florita no es nada tuyo.» «Ni-ese-no-nadie no ha nacido todavía.»

Llegaba la hora de cerrar y obedeciendo a regulaciones que no podían ser municipales, porque eran de fatiga cotidiana, el hombre fue colocando las diez botellas, seis vasos y una copa del negocio en el cajón de madera que hacía de mostrador y anunció que iba a pagar la bombilla física: «Por que la ganancia se me va en fluido». Cartucho serenamente: «Déjala estar» , sin que hubiera súplica sino certidumbre en sus palabras y escrutando por la puerta-ventana en la que pintado con rojo sangre decía TABERNA.

Mucho más tarde. Cartucho vuelto al vericuerdo, paseaba con una mano tocándose la navaja cabriterera y con otra la hombría que se le enfriaba. «Ya me están jeringando» y «Todavía no ha nacido entodavía» y «Si me la descomponen me están descomponiendo los mismos virgos ya tocaos» y «Como lo vea a quien que sea lo pincho» y «Muecas será mal hombre pero el menda» y «Que no crea que me tose que lo aso» y «Maldito sea desde la maldita bestia de su madre» y «Me cago en la tumba de su padre». Y dale a las blasfemias espantosas y a los eruptos del orujo y a las visiones de la suave piel de Florita que él había conocido y estaba buena y él sabía muy bien cómo era, porque seguía con manos finas de señorito como si todavía saliera del vientre de su madre, sin currelo, y por eso sentía si era suave o no era suave y no como al que en fatiga de alondra se le van quedando ásperas del cemento. Entre la hartá que se iba y la hartá que se venía él la iba recorriendo, aunque no la hubiera todavía conocido por miramiento, que ni se sabe cómo, porque era tan hombre y a ver si siendo tan hombre, iba a haber estao trabajando para otro. Y dale que dale a la del muelle y venga a tocarse «Se va a encontrar con la pinchosa el que la haya hecho ese bulto, porque está visto que la han dejao preñada y ahí andan a ver si arreglan lo que han hecho, y no ha sido el Cartucho, con que si es que no pueden y se le agarra adentro, no va a tener la cara de este cura.»

Era noche cerrada todavía, pero la madrugada rosácea se adivinaba en una pequeña claror que, hacia lo lejos por izquierdas, competía con el resplandor que, a derechas, vomitaba la ciudad como humo-de-alcohol-re-lente-de-borracho que fosforeciera para que mejor se descubrieran los pecados. El aire allí era tan limpio que entraba muy adentro y hacía cosquillas resfriantes en lo de atrás de la nariz y en el pescuezo por la parte de abajo y hasta en lo hondo de la tabla del pecho. Pero, para un hombre, ese aire es un amigo y le basta con respirarlo a boca enjuta, con los labios prietos y las cejas vueltas, esperando que la bruma se claree y que lo que tenga que sonar reviente.

En contra de la opinión de los arquitectos sanitarios suecos que últimamente prefieren construir los quirófanos en forma exagonal o hasta redondeada (lo que facilita los desplazamientos del personal auxiliar y el transporte del material en cada instante requerido) aquel en que yacía la Florita era de forma rectangular u oblonga, un tanto achatado por uno de sus polos y con el techo artificialmente descendente a lo largo de una de sus dimensiones. No gozaba la paciente casi parturienta de niquelada mesa o de aceroinoxidada mesa con soportes de muslos para mejor obtener la posición ginecológica preferida por casi todos los artífices, sino acajonada mesa de pino gallego antes servidora del transporte de cítricos de la región valenciana y posteriormente acondicionada a la función de lecho, soporte del jergón de muelle y de las sábanas rojas de su propia sangre abundantemente huida. La lámpara escialítica sin sombra se sustituía ventajosamente con dos candiles de acetileno que emanan un aroma a pólvora y a bosque con jaurías más satisfactorio que el del éter y el bióxido de nitrógeno, consiguiendo, a pesar del temblor que la entrada de intrusos (desgraciadamente no dotados de la imprescindible mascarilla en la boca) provocaba, una iluminación suficiente. Tratándose de hembra sana de raza toledana pareció superflua toda anestesia, que siempre intoxica y que hace a la paciente olvidarse de sí misma, y es en este punto en el que mejor se cumplieron los cánones modernos que hoy, por obra y gracia de la reflexología, la educación previa, los ejercicios gimnásticos relajantes de la musculatura perineal y la contracción de las mandíbulas en los momentos difíciles consiguen de vez en cuando hermosísimos ejemplos de grito sin dolor. Más inculta la muchacha rugía con palabras destempladas (en lugar de con finos ayes carentes de sentido escatológico) que contribuían a quitar la necesaria serenidad a los múltiples asistentes al acto. Éstos podían ser clasificados, según diversos criterios, en «familiares y no familiares», «peritos en abortos provocados e imperitos en el mismo arte», «mujeres que unían una oscura solidaridad y hombres que unía una furtiva esperanza de llegar a ver los pechos de la paciente» y, finalmente, para concluir esta ordenación dicotómica, «sabedores de que el padre de Florita estaba en trance de llegar a ser padre-abuelo y siempre sospechadores de la misma clarividente verdad».

La muchacha, en lugar de en la posición arriba indicada más favorable para provocar la expulsión del contenido uterino, yacía de lado en el

jergón y con el cuerpo engatillado. Sus gritos dotados de sentido habían ido haciéndose más débiles conforme aumentaba la pérdida de líquidos vitales a lo largo de las horas transcurridas desde que la operación iniciada por el mago de la aguja tuvo su insatisfactorio comienzo. Este mago debía haber equivocado la trayectoria del instrumento punzante, o tal vez la punta del mismo, a causa de su excesivo uso, había perdido la eficacia tantas veces demostrada. Era también posible que su excesiva juventud diera, tanto a los tejidos propios como a sus productos, una consistencia o una elasticidad diferentes de las acostumbradas. O bien que la contracción de la matriz, otras veces suficiente para el desembarace de las atribuladas hembras, esta vez sólo sirviera para dilatar las venas perdedoras de sangre y para hacerla sentir los rítmicos dolores que sus espaciados gritos indicaban. El hecho es que el mago cariacontecido y hasta quizá algo avergonzado, había renunciado a toda actividad terapéutica y afirmaba simplemente que la naturaleza debía seguir su curso, como cualquier médico famoso del siglo XVII. Los espíritus vitales a los que esta apelación se dirigía habían sin duda hecho un caso excesivo de la misma y habían tomado un curso tan violento como inundatorio. Previamente a este refugio en la fórmula oral y el exorcismo, el mago había querido completar la acción destructora de la aguja con los medios al uso más recomendados. Hizo sentar encima del vientre de su hija a la redonda consorte, considerando que así se satisfacían al mismo tiempo las exigencias de una intensa gravitación y las del pudor debido; comprimió con una cuerda el fino talle de la muchacha a partir de la altura del ombligo rodeándola más fuertemente conforme las vueltas del cordel iban descendiendo hacia las más opulentas caderas; masajéó con ambas manos, una vez retirada la cuerda que había levantado la piel en la punta de los huesos coxales, la zona interesada haciendo rápidos movimientos de descenso enérgicamente mantenidos hasta conseguir la expulsión de toda materia fecal y de toda orina retenida; administró bebidas sumamente cálidas de composición secreta que escaldaron (ligeramente, es cierto) la bóveda del paladar de la no-madre-no-doncella; colocó agua fría sobre el vientre y agua hirviendo con un poco de mostaza en la parte baja de los muslos; y sudoroso, aunque no vencido, anunció que iba a sacarlo con la mano lo que se demostró completamente imposible y a lo que se produjo tanto la partida de Muecas hacia el salvador lejano, cuanto la irritación de la consorte –hasta entonces nunca vista– que lo redujo a la inacción no-dañina y al conjuro de los espíritus vitales.

La consorte, por el contrario, tuvo a bien autorizar la colocación entre las piernas de una ramita verde de hinojo que atrae al nene por el olor. Pero pronto la verde ramita perdió su color o bien su arrastrada, o tal vez el olor no es percibido en tan temprana edad. También fue tolerado el rezo del rosario y cierta oración a Santa Apolonia que conocía íntegra una anciana que –según decía, pero nada de ello era cierto– había sido de joven sacristana y que ella –a causa de su mucha edad– ya no recordaba que, en lo que estaba acreditada, era en el alivio del dolor de muelas. Fue-

ra de estos restos de medicina primitiva característica de los estadios animistas, el resto de la actividad terapéutica indicaba más bien una *welanschauung* activista-empírica, propia de los pueblos cazadores y ganaderos y, en cuanto tal, muy educada al ambiente pedigrístico de la chabola. Sólo a una fatalidad poco frecuente puede atribuírsele el fracaso pero, ¿no hay acaso muertes también y a veces muy dolorosas y muy insospechadas en los más modernos hospitales que ostentan con orgullo las industriosas ciudades norteamericanas? Sí, allí también, bajo el duraluminio y el cobalto, siguen muriendo jovencitas a las que se ha asegurado previamente (y a sus amorosas madres) que es cuestión de un momento.

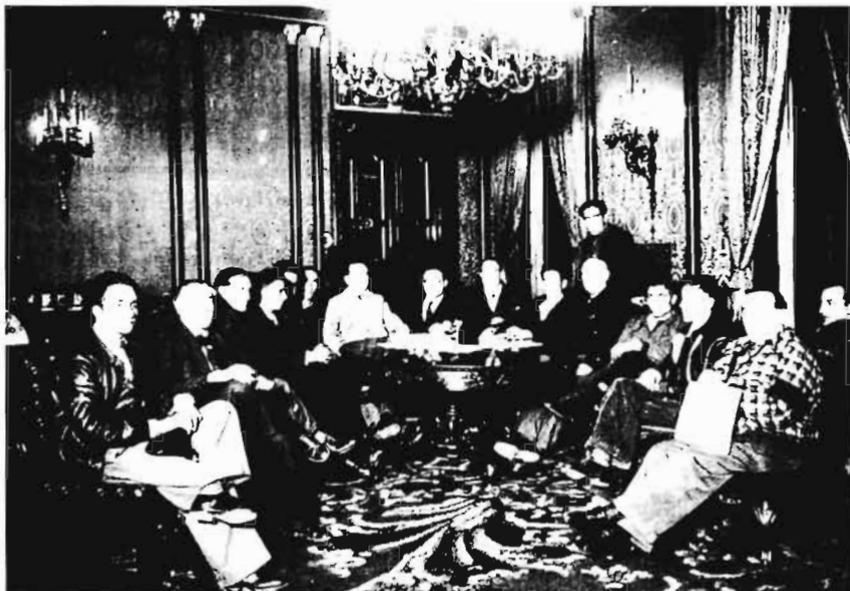
Al llegar Don Pedro procedió, una vez desalumados los locales, como es de rigor, a establecer el diagnóstico de la afección evidentemente hemorrágica que aquejaba a la joven incubadora de sus ratones de experiencia. Durante el viaje, había acariciado la idea de que quizá hubiera habido un contagio virásico debido a la íntima convivencia y riñó cariñosamente al caballero ganadero por la forma que había conseguido la perpetuación de la estirpe a expensas de sus propias hijas y de sus calores vitales. Pero pronto hubo de advertir la insólita realidad de los hecho y una luz asombrada golpeó en su ingenuo cerebro. La sangre de doncella —otra vez— por un momento, le mareó. Sintió un vahido de comprensión y de miedo. Se volvió airado al Muecas para decirle: «¡Canalla!» , o para gritar: «¡Trae una ambulancia!» , o para pedir como los toreros: «¡Trasfusión!» , pero ya entraba Amador y blandía en el aire los instrumentos con los que, con la urgencia debida, él en aquel momento, a pesar de su inexperiencia, debería cumplir con su deber. Se inclinó sobre la muchacha inmóvil. Ya no gritaba. Dormía o estaba muerta. Descubrió el pecho. Aplicó el fonendoscopio. Allí estaban los mordiscos de las ratoncitas. El corazón latía desde lejos. Levantó las gomas. Se quedó quieto. Amador a la oreja le decía: «Hay que hacer un raspado.» Sí.

Es preciso primero colocarla en la adecuada posición ginecológica, dilatar luego el cuello de la matriz agarrotado por la naturaleza previsor y finalmente limpiar con un instrumento de aspecto de cuchara el interior del recóndito nido. Al rozar con el instrumento este tejido hace un ruido rugoso, rasposo, dentero que parece querer indicar que la materia desgarrada no es viva sino correosa, leñosa, pedregosa. Este no-ser-viva la materia, para el inquieto Don Pedro se le hacía un no-estar-viva que, en cualquier momento, podía producirse. La cesación de la hemorragia podía ser tanto éxito de la terapéutica como agotamiento de las ventas vaciadas. Querría poder estar mirando mientras trabajaba la cara de la casi-muerta y preguntaba a Amador: «¿Tiene pulso?». Amador sostenía la mano de la chica y aplicaba sus cuatro dedos gordos, amaestradores de perros y ratones, en la muñeca de la frágil muerta. No sentía latido alguno, pero dejaba caer la gruesa cabeza benévola y los grandes labios en un signo afirmativo cauteloso al que la mirada de Don Pedro se agarraba para poder seguir realizando su trabajo. «Los ángulos tubáricos» se repetía, sabiendo que es en estos ángulos —como en su día había estudiado— donde puede

ocultarse algún fragmento de materia viva (no de la misma vida de la madre) y desde allí reiniciar hemorragias, infecciones e internas putrefacciones peligrosas. Un instinto más seguro que las cabezadas de Amador le decía que tales meticulosidades, tal hurgar cuidadoso con la cucharilla en los ángulos por donde la vida aboca a su más primario antro, carecía de toda utilidad. Los muslos de la muerta habían caído como grandes pétalos y el pequeño chorro de sangre estaba completamente interrumpido. «¿Tiene pulso?» «Siga, siga», contestó Amador sin atravesarse a seguir mintiendo. «Siga, ya le falta poco», porque Amador Creía que Don Pedro quedaría más tranquilo si en adelante, en los días, meses y años que le quedaban para imaginarse aquella noche, supiera que efectivamente había procedido de acuerdo con las normas del arte. Don Pedro, se esforzaba con gestos deliberadamente hábiles, casi táctiles, en sentir como con un dedo, si de la mucosa aterciopelada y sangrante no quedaba ya ningún fragmento por donde pudiera escapar la vida –si aún tuviera– de la muerta. El tiempo era largo y lento. Seguía repasando la oscura superficie interna, imaginando la forma de la cavidad ya limpia, escuchando y al mismo tiempo sintiendo en la mano, rígidamente transmitido por el instrumento, el crujir de la materia rota. La muerta no sufría y se dejaba con docilidad imponer unas maniobras que ya no tenían que ver con ella. Habiendo abandonado el aire al aire y la sangre al mundo se resignaba a la modesta utilidad de ser campo de aprendizaje para el sabio que (aunque le había estudiado minuciosamente) realizaba aquella intervención por vez primera. Pedro, comprendiendo el objeto de las graves cabezadas de Amador y con una airada conciencia que a sí mismo no se confesaba de «La segunda vez lo hará mejor», y «Una transfusión a tiempo podría haberla revivido», continuaba automáticamente el raspado y una vez concluido, taponaba con la gasa limpia destinada a los ratones, aplicaba una apósito, se limpiaba las manos, depositaba el cuerpo en forma más decente y se volvía hacia la madre redonda que todo lo había visto y luego miraba a Amador y todos esperaban el signo de su rostro, el descomponerse de su gesto, el arrojar un instrumento al suelo o la blasfemia que desencadenara el lamentable coro de las plañideras.

«Cuando llegué, ya estaba muerta», fue lo primero que contra toda evidencia dijo y se puso rojo de vergüenza porque aquello no era más que una disculpa dirigida a calmar el odio de la madre. La cual no había nacido para odiar, sino que intentó consolarle: «Usted hizo todo lo que pudo», antes de empezar a gritar, antes de arrojarse sobre su hija muerta y besar los labios que probablemente no había besado desde que –cuando era una niña– tuvieron, tras haber mamado, el propio sabor de la propia leche, antes de golpear al hombre que tenía al lado y de arañarle el rostro que hoy se dejaría arañar a pesar de su naturaleza de señor que, mañana indeclinablemente, volvería a adoptar y que continuaría oprimiéndola como un aro de hierro contra el suelo.

[...]



Junta de Defensa de Madrid.
Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Amador lo sintió mucho. Sabía que era responsable de haberle puesto en contacto con aquel mundo infernal de las chabolas que contaminan a cuantos lo tocan y que él mismo había procurado mantener lejos de su casa desde el día de la postguerra agraria en que se le habían metido los parientes con su colchón hasta dentro de la cocina de su piso. Había pasado miedo Amador, pero nada le había ocurrido. Mientras el Muecas y el Mago de la aguja iniciaban una navegación imprevisible por calabozos, cárceles, tribunales de justicia, penales y comisarías cuyo posible fin por ahora no podía ser imaginado, Amador seguía cogiendo con sonrisa indiferente los perros de sus jaulas de alambre y buscando en la juntura de la pata la vena en que tan hábilmente —él entre todos los mozos— sabía inyectar la sustancia que concluye en pocos segundos con los ladridos insostenibles y deja al animal, atado sobre una mesa de operaciones de madera sucia en forma de canal de aguas negras, preparado para que la ciencia medre a expensas de su sangre. Amador ayudaba a inexpertos investigadores fabricantes de tesis doctoral y no sólo les decía cómo había que operar el perro, sino que los operaba él mismo, una vez que silencioso y reflexivo, hubiera llegado a coger el quid de la cuestión, por lo general apenas variable dentro de ciertos módulos incesantemente repetidos: fístulas gástricas, fístulas salivares, circulación cruzada, fracturas experimentales. Cuando Don Pedro iba bajando por la escalera, lentamente y sin apariencia de sonrisa, algo pálido, con la pequeña alegría reactiva que había sobrevivido a su liberación perdida en una nueva melancolía, lo vio Amador. Y se alegró de verlo libre.

Don Pedro bajaba por la calle en cuesta andando muy despacio. Llevaba las dos manos metidas en los bolsillos deformes del pantalón, levantando el vuelo de la chaqueta. La cabeza un poco gacha, con gesto de muchacho que llega tarde al Instituto y que ya casi prefiere no llegar. Iba dando golpes a una piedra y comprobando lo polvoriento de sus zapatos.

—¿Y qué dice, el hombre? —le asustó Amador, dándole alcance.

Pedro levantó la cabeza y vio ante él el rostro siempre sonriente, los gruesos labios rojos, los ojos grandes y separados, la frente arrugada, el pelo negro rizado.

—Tomemos un chato —insistió Amador—. ¡Yo le convidó!

Se encontraron sentados en una tasca sucia y pequeña donde no había nadie. Un hombre viejo, con un mandil azul, se acercó y les puso el vino delante. Se acomodaron en unos sentajos redondos de madera.

—¿Y le echaron, Don Pedro?

Pedro agradeció que Amador le mirara con aquellos ojos sinceramente entristecidos.

—Sí, pero no me importa. Casi es mejor. Ahora podré casarme y ganar dinero.

—Claro. Eso ya se entiende...

—Al fin y al cabo aquí no hacía nada.

—¡Cuánta pérdida de tiempo, Don Pedro! Se lo digo yo que he visto tanta juventud gastada en esta casa... ¿Y para qué, dígame Don Pedro, y

para qué? ¿Quién se lo iba a agradecer? Son ilusiones bobas. Lo único que vi que valiera la pena era sacarse la tesis, eso sí. Luego van ya a cátedras. ¿Pero, otra cosa? ¡Pamplinas! ¡Váyase! ¡Váyase y gane dinero! Ésa es la positiva. Yo ya ve, porque es mi oficio y no tengo otro, pero ustedes, me quiere usted decir ustedes qué provecho sacan...

A Pedro la tristeza, de golpe, se le volvió a echar encima.

—¿Y todo por qué? —se indignó—. No piense más en aquello. Una desgracia. Eso es lo que fue. Una desgracia.

—No sé lo que ese tío se habrá creído...

—¡Déjelo, Don Pedro! ¡Déjelo estar!

En la tasca entró un sujeto de mala catadura. Pidió aguardiente. Llevaba una barba rala, pelirroja. La chaqueta de paño pardo tenía manchas de cal. En la puerta se había quedado un perro rubio mirándolo fijamente, sin atravesarse a entrar.

Amador bajo la voz confidencial.

—Usted tiene que irse cuanto antes de este pueblo, Don Pedro. ¡Váyase cuanto antes!

—Ya me iré, ya me iré...

—¡Váyase en seguida!

—Pero, ¿por qué? —se alarmó Pedro sin comprenderle.

—El querido que la había desgraciado... un mal sujeto... cree que usted fue el que... ya sabe.

—¡Qué tontería!

—Es un mal sujeto, se lo advierto.

—¿Pero él qué sabe?

—Se lo dije yo, Don Pedro, yo se lo dije. Me sacó una navaja así de grande. Se me heló la sangre. ¿Yo qué podía? Se lo dije todo...

—¿Todo, qué?

—Que había sido el médico. Yo creí que usted se iría...

—Tonterías... ¿Qué puede hacerme ése?

—Es un mal sujeto... Yo cumplo advirtiéndole, Don Pedro, porque, perdonando, es una bestia, una mala bestia.

La honrada familia organizó un sarao a la altura o un poco por encima de sus posibilidades. Conscientes de sus obligaciones sociales y del modo como se debe proceder para que un joven, incauto aunque agradable, olvide los sufrimientos a que su atolondramiento lo conduce. Alegres de conmemorar al mismo tiempo unos esponsales y la liberación de un cautivo con el regreso del pródigo todavía-no-pero-ya-casi-inevitablemente hijo. Satisfechas por proclamar ante la vecindad al fin la llegada legítima de varón con dos apellidos a la casa. Orgullosas de las altas prendas del elegido. Tiernamente conmovidas ante las muestras de ternura que emanaban de cada gesto, de cada palabra, de cada posición soñadora del esbelto cuerpo carne de su carne y obra maestra de la familia: fruto que habían logrado varias generaciones de elaboraciones ciegas pero conducentes a un determinado fin. Sabiendo que en ella se conjugaban armoniosamente

la herencia bizarra del coronel y de la abuela junto con el pequeño punto de afeminada decadencia que el bailarín maldito introducido subrepticamente pero de un modo afortunado para la estética de una estirpe en la que hasta aquel momento, las muñecas habían sido demasiado gruesas y las narices demasiado largas.

No pudieron organizar una comida servida por criados de librea (o al menos por camareros de smoking) en que hubieran ofrecido un menú de huevos, tres principios, caza y asado, ni cena de consomé, caviar, foie y langosta con champán frío a causa de que tanto a la hora de comer como a la de cenar, el comedor de la casa estaba ocupado por los habituales huéspedes. Tampoco pudieron organizar un cocktail con bebidas exóticas y whisky que aderezaran pequeñas y variadas suculencias picantes, tales como cuadraditos de queso con pimienta, aceitunas enanas calientes y hojaldres en receptáculos de plata, porque encontraban estos alimentos escasamente nutritivos y algo indigestos. Así que dispusieron una sana merienda española con chocolate espeso y humeante, rebanadas de pan tostado con mantequilla Arias, churros fabricados por la propia madre de la bella (aunque estúpida, dotada para las artes culinarias), mantecadas de Astorga legítimas adquiridas en una dirección secreta a la que van a parar camioneros provenientes de la lejana ciudad brumosa y pestiños con miel o mermelada.

En esta hora de la media tarde, la casa tomaba un aire misterioso, distinto del misterio de la alta madrugada, pero también producido por la presencia-ausencia de los huéspedes. Mientras que algunos –los menos– trabajaban fuera, otros –los más– permanecían en sus cuartos dedicados a ocupaciones ignoradas y fingiendo no saber nada de cuanto indudablemente sucedía. Posiblemente estas lentas horas serían ocupadas en la lectura, en largas y calenturientas siestas, en cuidadoso espionaje por la ventana interior o los balcones exteriores, en la ejecución de esos solitarios en los que (una vez resueltos) las cartas quedan repartidas en cuatro mugrientos montones encabezados por un as, en una ensoñación melancólica cien veces repetida en la que irían apareciendo (para cada uno) con el halo de la deesperanza, los sueños de la juventud que nunca la vida ha llegado a concretar. Pero estas actividades encubiertas quedaron suspendidas aquella tarde todo a lo largo del sarao con que las nobles damas festejaron el regreso del doncel.

Las damas (como tenían su industria en la misma casa que les servía de cobijo) derivaban cierta incomodidad de la convivencia con los huéspedes. Procuraban evitarla tejiendo barreras de indiferencia fingida. Así –durante el sarao– procedieron como si no supieran que los sentidos vigilantes de los huéspedes no invitados orientaban sus antenas hacia ellas pretendiendo captar en toda su integridad cuanto goce o dolor pudiera conmover sus ya fatigados corazones.

Para mayor ofensa de los huéspedes más viejos, la osada ignorancia de sus respetables sentimientos fue llevada hasta el punto de, haciendo caso omiso de sus derechos, invitar a las relaciones extrapensionarias de la fes-

tejana familia. Pudo verse entonces vagar por el comedor al socaire del caliente soconusco a la gruesa madre (vestida de negro con trozos de crespón de seda en la parte alta del vestido) de la amiga predilecta de Dorita, que al contrario que su progenitora, muerta de envidia y rabiando de celos, pasando sin cesar revista mental al poco lucido plantel de sus actuales, pasados y posibles pretendientes, no probó bocado. Asimismo pudo verse a un señor ya mayor, algo baboso, toda la tarde al lado de la madre, sonriente sin cese, vestido también de oscuro, con un bastón en la mano, que no era otro sino el prestamista que en los momentos difíciles había ayudado a mantener a flote la poco airosa nave de la casa de huéspedes mediante ignorados favores que no es preciso detallar. De la generación de la adusta abuela quedaba una viuda que fue en tiempos de buen ver y que también acudió ilusionada y curiosa, con su aguerrido bigote, insinuando cuantos atravesados lances pudo firmemente sobrellevar en los tiempos en que fuera escándalo de guarnición y causa de petición de retiro prematuro de un marido pequeño a quien no tardó en consumir una tristeza sólo atenuada por el discontinuo cariño de su cónyuge. Estas personas brotadas de una historia despreciable pero cierta, existían a despecho de su apariencia de sombras, y consumían cantidades de pestiños y de mantecadas de las que hacía tiempo no habían podido disponer. Por ello la conversación no era especialmente lucida, pero el brillo agradecido de las miradas era suficiente para dar constancia de una cordialidad y de un gozo que sólo la despechada amiga de Dorita interrumpía con su pertinaz falta de todo apetito corporal.

—¡Come, hija! —insistía su madre—. Está muy rico. Si no comes te vas a quedar hecha una estampa.

La hija prefería mirar a Dorita que sin recato cogía una de las manos de su galán vencido.

—¿Cuándo os casáis? —preguntó punzante.

Pedro y Dorita la miraron con ojos sorprendidos y luego volvieron a mirarse ellos sin contestar. Era demasiado guapa Dorita. ¡Qué profundamente podían iluminar aquellos ojos inmensos! ¡Qué delicadamente podía recortarse su nariz bajo una frente pura! ¡Qué tierna jugosidad tenían los tejidos allí mismo, bajo sus sienes, donde el tiempo primero se empeña en dibujar su surco!

—Mi primera instalación fue en la calle del Pez —explicaba el señor mayor—. Yo vivía en el sotobanco y tenía la tienda abajo, en el portal. ¡Qué tiempos aquellos! Un duro era un capital. No como ahora que no sé dónde vamos a llegar. A veces me dan tentaciones de dejarlo todo y retirarme. Acaba uno por asquearse de todo. Ya no hay palabra ni formalidad.

Dora, la madre, a quien competían las relaciones con el prestamista y su hábil manejo con vistas a los gastos extra del enlace próximo, le decía sin ton ni son:

—¡Siempre será el mismo Don Eulogio! Nunca se sabe cuándo habla en serio. Es usted un hombre terrible. Claro que a las que le conocemos bien, no nos la da. Es todo corazón.

–Cierto, cierto –admitía Don Eulogio.

Y volviéndose hacia Pedro:

–¿Y usted, joven, dónde proyecta establecerse?

La decana planeaba sobre la totalidad de la fiesta y vigilaba la decadencia del humor del joven, el mohín de sus labios, las miradas con que consumía la belleza de la nieta. De la mediocridad de sus relaciones y del odio reprimido que brotaba de las habitaciones circundantes ella no extraía conclusiones precipitadas, sino que ya veía una coquetona consulta en que una enfermera, no tan bella como la esposa pero de buen aspecto, diera paso a la numerosa clientela provinciana, aunque de menguados capitales excelente pagadora.

–Usted debía venir a visitarme, Don Eulogio –se insinuó la viuda militar.

–Yo encantado, señora mía.

–¿Por qué no viene a la cafetería? Tenemos una tertulia de viudas y de viudos. Todos vejestorios –escandalizó con risas.

–Déjale tranquilo. No me lo soliviantes –protestó Dora, fiel a su objetivo.

–¿Y ustedes se conocen desde hace mucho? –preguntó la madre de la amiga desechada, una vez satisfecha su hambre.

–No tanto, señora. No tanto. No somos tan viejos.

–Veinticinco años. Una friolera.

–¿Por qué dice usted eso si es mentira? De sobras sabe que está hecho un pollo.

–Sí. Un pollito tomatero.

–¿Te acuerdas de la kermesse benéfica de Lugo?

–¡Claro que me acuerdo! ¡Qué tiempos! si fue cuando pedisteis el retiro.

–En mala hora... el pobrecito. Se dejó asustar.

–¿Y usted, no conocería a mi marido?

–No sé... ¿Fue cliente mío acaso?

–¡Calle, Don Eulogio! ¡Siempre será el mismo! ¿Por qué iba a ser cliente?

–¿Habéis visto la del Callao?

–Nosotros no, ¿y tú?

–Yo voy a ir mañana con un chico.

–Debe ser buena

–Sí. Creo que es muy buena.

–Pero a usted siempre le han gustado las mujeres.

–¡Que quiere usted, señora! Uno no es de piedra. Si no fuera por ustedes la vida no sería cosa...

–Tiene que venir a la tertulia. Ya le digo, todos vejestorios. Usted será el más pollo.

–Te he dicho que no me lo soliviantes.

–No temas, Dora, vente tú también.

–¿Yo? Yo de casa a la iglesia, de la iglesia a casa. No me sacas de ahí. Ya no estoy para tertulias.

–¡Qué diremos las demás!

El timbre de la puerta repiqueteó insistentemente y la atolondrada criada introdujo en pleno guateque, sin previo aviso, a Matías que recibió el hedor de aceite frío de los churros de los que todavía quedaban restos abandonados sobre una fuente de porcelana blanca en medio de la mesa.

Pedro alzó la vista y notó que se ponía rojo. Sacudió su mano desprendiendo la adherida de Dorita. Toda la distinguida concurrencia miró a Matías.

–¡Pase! ¡Pase! ¿Usted gusta? –dijo la abuela con plena sangre fría.

–Gracias –dijo Matías–. Sólo venía a buscar a Pedro.

–No sé si conoces... –empezó Pedro, y quedó callado, mientras Matías hacía una ronda de saludos por el comedor.

–Es un buen amigo de Pedro –explicó Dorita.

–Ya veo que estás ocupado –se disculpó Matías.

–Nada de eso, ahora mismo nos vamos –se atolondró Pedro.

–¡Pedro! –protestó Dorita–. Dijiste que nos llevarías a mamá y a mí a la revista.

–Es que me había olvidado. Matías...

–¡Nada, nada! No faltaba más. Ya me voy. Saldremos otro día.

–No. Espera, Matías. Espera. Quiero irme contigo.

–¡Pedro, no vas a hacerme eso! ¡Precisamente hoy!

–¡Dijo usted que nos llevaría! –intervino Dora anhelante, olvidando la presencia de Don Eulogio–. No va a ser usted tan ordinario...

–¡Cállate, Dora!

–Perdón, otra vez –dijo Matías–. Ya me voy. No tiene importancia.

–Yo ya tengo reservadas las entradas –explicó Dora–. Es mejor porque si no, las primeras filas...

Pedro, en pie, en medio del comedor, rodeado de los ahítos convidados, veía la cabeza de Matías que se iba alejando, que saludaba otra vez, que procuraba no mirarle fijamente, que sonreía, que se inclinaba, que se excusaba, que se reía un poco como para dentro, que desaparecía. Se dejó caer en su silla. Dorita estaba a su lado. Extendió la mano para que precisamente, con su movimiento lento y seguro de sí mismo, Dorita volviera a cogerla e inclinando, hasta tropezar con el suyo, su divino cuerpo caliente, musitara a su oído:

–Gracias, gracias... ¿Sabes? Mamá tenía tanta ilusión...

[...]



Camilo José Cela

Camilo José Cela nace en Iria Flavia (La Coruña) en 1916. De padre gallego y de madre angloitaliana, inicia estudios de Medicina, asiste en la Universidad de Madrid a las clases de Pedro Salinas y frecuenta círculos intelectuales como los de María Zambrano y Menéndez Pidal. Después de la guerra civil, inicia estudios de Derecho, pero tampoco termina la carrera. Durante un tiempo ocupa el puesto de modesto funcionario en una oficina sindical, en la que –según parece– escribe *La familia de Pascual Duarte*. Tras el éxito de esta novela, se dedica ya exclusivamente a la literatura. Su vida transcurre entre Madrid y Palma de Mallorca, ciudad en la que dirige desde 1956 hasta 1979 la prestigiosa revista *Papeles de Son Armadans*. Aquí no sólo publica numerosas creaciones personales sino también textos teóricos sobre el papel social del escritor y escritos de autores exiliados. La revista constituye también un foco de difusión de las literaturas gallega y catalana y un nexo de relación con otras literaturas extranjeras y con diversas manifestaciones no literarias, como las artes plásticas.

En 1957 ingresa en la Real Academia Española con un discurso sobre *La obra literaria del pintor Solana*. En 1987 recibe el Premio Príncipe de Asturias y en 1989 el Premio Nobel de Literatura.

Cela es un gran conocedor de nuestros clásicos, sobre todo de la picaresca, Cervantes y Quevedo y está al corriente de las modernas tendencias literarias.

Su producción literaria es muy extensa.

En **poesía** destacan sus libros *Pisando la dudosa luz del día* (1936) –no publicado hasta 1945– y *El cancionero de la Alcarria*.

Entre sus **narraciones cortas** hay que citar **novelas** como *Timoteo el incomprendido*, *Café de artistas*, *El molino de viento*, etc., y numerosos **cuentos** recogidos en diversos volúmenes: *Esas nubes que pasan*, *El bonito crimen del carabinero*, *Baraja de invenciones*.

A veces resulta difícil distinguir entre sus cuentos y lo que Cela ha llamado «apunte carpetovetónico», que ha definido de esta forma: «algo así

como un agridulce bosquejo, entre caricatura y aguafuerte (...) de un tipo o de un trozo de vida peculiares de un determinado mundo: lo que los geógrafos llaman, casi poéticamente, la España árida». Estos apuntes aparecen ya coleccionados en varios volúmenes como *El gallego y su cuadrilla* y *Nuevo retablo de don Cristobita*.

Los libros de viaje constituyen otro de los géneros muy cultivado por Cela. Destacan, entre ellos, *Viaje a la Alcarria* (1948) —una de las verdaderas joyas de su prosa—, *Del Miño al Bidasoa* (1952), *Primer viaje andaluz* (1959), *Viaje al Pirineo de Lérida* (1965) y *Judíos, moros y cristianos* (1956). En el prólogo de esta última obra explica «que la literatura, como la alfarería, es arte que ha de nutrir sus raíces en la savia del pueblo».

En su teatro hay que citar piezas como *María Sabina* (1970) y *El carro de heno o el inventor de la guillotina* (1970).

Sus numerosos ensayos y artículos aparecen recogidos en libros como *Mesa revuelta*, *Cuatro figuras del 98*, etc., y parte de sus memorias en obras como *La cucaña*.

Citemos, por último su particular dedicación lexicográfica, cuyos frutos más notables serían *Diccionario secreto* (1968 y 1971) y *Enciclopedia del erotismo* (1976-1977).

De toda esta producción sobresale su obra narrativa, tan vasta y variada que ha llevado a algunos críticos a preguntarse si todos sus libros que se acogen al título de «novelas» lo son realmente. Cela salió al paso de esta pregunta, escribiendo en el prólogo de *Mrs. Caldwell habla con su hijo* (1955): «Novela es todo aquello que, editado en forma de libro, admite debajo del título, y entre paréntesis, la palabra novela». Cela, como su maestro Pío Baroja, piensa que la novela es un género abierto, proteico, multiforme, y así se pone de manifiesto en su larga y rica trayectoria narrativa.

Esta se inaugura con *La familia de Pascual Duarte* (1942), que constituye un gran acontecimiento en la novelística de posguerra. La historia de este campesino extremeño contada por él mismo —siguiendo la técnica de la novela picaresca— constituye ya un experimento violento a base de «sumar acción sobre acción y sangre sobre sangre». La narración refleja ya un realismo existencial más vitalista que filosófico, que encuentra eco en otros autores de posguerra, y cuya técnica narrativa expresionista y eserpéntica daría lugar al denominado «tremendismo».

Frente al pretendido primitivismo lingüístico en lo formal y la violencia como uno de los núcleos temáticos estructuradores de esta primera novela, la segunda, *Pabellón de reposo* (1945) supone un «experimento pacífico», el «anti Pascual», en palabras de su autor. Es una novela de la inacción, de base autobiográfica, inspirada en su paso por el sanatorio antituberculoso de Guadarrama. En ella se transcriben los monólogos de unos cuantos enfermos, con sus ilusiones y sus angustias, expuestas en un lenguaje poético.

En *Nuevas andanzas del Lazarillo de Tormes* (1944) el autor regresa al personalismo de una narración picaresca.

En *La colmena* (1951) compuesta entre 1945 y 1948 se refiere al ambiente madrileño de la primera posguerra. Fue rechazada por la censura y no vio la luz hasta 1951 en Buenos Aires. Desaparece aquí el personaje eje y el tratamiento lineal del tiempo, construyendo una realidad a través de una complicada red de relaciones. El discurso narrativo –que rompe con los moldes clásicos de planteamiento, nudo y desenlace– está constituido por un simultaneísmo espacio-temporal, una perspectiva múltiple y una estructura caleidoscópica. Algunas de estas características son las definitorias de la *novela abierta*. En cuanto a la presentación de la realidad su técnica objetivista participa de los procedimientos conductistas.

Mrs. Caldwell habla con su hijo (1953) recoge las imaginarias cartas o las reflexiones que una mujer loca dirige a su hijo muerto. La obra está integrada por 212 brevísimos capítulos, algunos de los cuales son auténticos poemas en prosa; otros, piezas de carácter onírico.

La catira (1955) supone una incursión en el universo de las tierras y las gentes de Hispanoamérica. Se trata, en concreto, de un canto a la mujer y a las tierras venezolanas, en el que la captación de paisajes y tipos importa más que el argumento trágico. Desde el punto de vista forma, la obra es deudora de algunos procedimientos expresivos del *Tirano Banderas* de Valle-Inclán.

Tobogán de hambrientos (1962) más que una novela es una producción emparentada con los modos narrativos de los «apuntes carpetovetónicos».

Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid (1969) es una muestra más de las diversas novelas centradas en la guerra civil española, aunque Cela fije su atención en detalles y acontecimientos muy concretos: algunos son de carácter nacional, como el asesinato de Calvo Sotelo y otros más concretos, como la repercusión que tuvo el inicio del conflicto civil en la academia del padre del propio Cela. La novedad viene de nuevo proporcionada por la forma: el autor hace un uso magistral de la segunda persona con una técnica que nos recuerda al francés Michel Butor.

Oficio de tinieblas 5 (1973) presenta incluso más innovaciones formales. El propio autor confiesa: «Naturalmente, esto no es una novela, sino la purga de mi corazón». La obra está integrada por 1.194 fragmentos, que van desde una línea hasta varias páginas. De nuevo vuelve al tono poemático de *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, aunque el contenido es más amargo.

Mazurca para dos muertos (1983) incide de nuevo en el tema de la violencia y la muerte. La guerra civil vuelve a estar presente aunque con distinto tratamiento que en *San Camilo 36*. En *Mazurca para dos muertos*, desarrollada en las montañas de la Galicia interior, relata una venganza familiar ejecutada en 1940 por un asesinato cometido en 1936. La estructura narrativa es abierta y el ritmo y el lenguaje denotan una gran maestría.

Cristo versus Arizona (1988) muestra el mismo dominio lingüístico y mayores audacias expresivas. Las interpelaciones y monólogos en segunda

persona de *San Camilo 36* y el discurso sentencioso de *Oficio de tinieblas* son sustituidos por un largo monólogo sin puntuación ni separación de párrafos. Wendell L. Espana -el narrador- es un personaje con la mente desorganizada, que va hilvanando –mediante la técnica de la asociación caótica– una serie de observaciones y anécdotas, desarrolladas por una multiplicidad de personajes. El marco espacial es el del Oeste americano y entre los contenidos, destaca nuevamente la violencia como uno de los núcleos temáticos básicos.

Los textos seleccionados para esta antología pertenecen a *La colmena*, novela en la que se nos relata la vida de Madrid a principio de los años cuarenta. Toda la novela es un ir y venir de personajes por el escenario madrileño, presentados –como se ha señalado más arriba– mediante una estructura caleidoscópica. En esta narración, según el propio Cela, «las cosas van... como van por la vida; atropellándose, confundiéndose...» El autor confesó en otra ocasión: «Ignoro si *La colmena* es una novela que se ciñe a los cánones del género o un montón de páginas por las que discurre, desordenadamente, la vida de una desordenada ciudad. Más bien me inclino a suponer que lo cierto sea esta segunda sospecha».

La colmena

CAPÍTULO PRIMERO

No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante.

Doña Rosa va y viene por entre las mesas del café, tropezando a los clientes con su tremendo trasero. Doña Rosa dice con frecuencia leñe y nos ha marengao. Para doña Rosa, el mundo es su café, y alrededor de su café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladurías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobos, sin más ni más, por entre las mesas. Fuma tabaco de noventa, cuando está a solas, y bebe ojén, buenas copas de ojén, desde que se levanta hasta que se acuesta. Después tose y sonríe. Cuando está de buenas, se sienta en la cocina, en una banqueta baja, y lee novelas y folletines, cuanto más sangrientos, mejor: todo alimenta. Entonces le gasta bromas a la gente y les cuenta el crimen de la calle de Bordadores o el del expreso de Andalucía.

-El padre de Navarrete, que era amigo del general don Miguel Primo de Rivera, lo fue a ver, se plantó de rodillas y le dijo: mi general, indulte usted a mi hijo, por amor de Dios; y don Miguel, aunque tenía el corazón de oro, le respondió: me es imposible, amigo Navarrete; su hijo tiene que expiar sus culpas en el garrote.

¡Qué tíos! -piensa-, ¡hay que tener riñones! Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pasea otra vez, para arriba y para abajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dienteillos renegridos, llenos de basura.





Escenas de retaguardia en el Metro de Madrid.
Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Don Leonardo Meléndez debe seis mil duros a Segundo Segura, el limpia. El limpia, que es un grullo, que es igual que un grullo raquíto y entumecido, estuvo ahorrando durante un montón de años para después prestárselo todo a don Leonardo. Le está bien empleado lo que le pasa. Don Leonardo es un punto que vive del sable y de planear negocios que después nunca salen. No es que salgan mal, no; es que, simplemente, no salen, ni bien ni mal. Don Leonardo lleva unas corbatas muy lucidas y se da fijador en el pelo, un fijador muy perfumado que huele desde lejos. Tiene aires de gran señor y un aplomo inmenso, un aplomo de hombre muy corrido. A mí no me parece que la haya corrido demasiado, pero la verdad es que sus ademanes son los de un hombre a quien nunca faltaron cinco duros en la cartera. A los acreedores los trata a patadas y los acreedores le sonrían y le miran con aprecio, por lo menos por fuera. No faltó quien pensara en meterlo en el juzgado y empapelarlo, pero el caso es que hasta ahora nadie había roto el fuego. A don Leonardo, lo que más le gusta decir son dos cosas: palabritas del francés, como por ejemplo, madame y rue y cravate, y también, nosotros los Meléndez. Don Leonardo es un hombre cuuelto, un hombre que denota saber muchas cosas. Juega siempre un par de partiditas de damas y no bebe nunca más que café con leche. A los de las mesas próximas que ve fumando tabaco rubio les dice, muy fino: ¿me da usted un papel de fumar? Quisiera liar un pitillo de picadura, pero me encuentro sin papel. Entonces el otro se confía: no, no gasto. Si quiere un pitillo hecho... Don Leonardo pone un gesto ambiguo y tarda unos segundos en responder: bueno, fumaremos rubio por variar. A mí la hebra no me gusta mucho, créame usted. A veces el de al lado le dice no más que: no, papel no tengo, siento no poder complacerle..., y entonces don Leonardo se queda sin fumar.

Acodados sobre el viejo, sobre el costroso mármol de los veladores, los clientes ven pasar a la dueña, casi sin mirarla ya, mientras piensan, vagamente, en ese mundo que, ¡ay!, no fue lo que pudo haber sido, en ese mundo en el que todo ha ido fallando poco a poco, sin que nadie se lo explicase, a lo mejor por una minucia insignificante. Muchos de los mármoles de los veladores han sido antes lápidas en las sacramentales, en algunos, que todavía guardan las letras, un ciego podría leer, pasando las yemas de los dedos por debajo de la mesa: Aquí yacen los restos mortales de la señorita Esperanza Redondo, muerta en la flor de la juventud; o bien: R.I.P. El Excmo. Sr. D. Ramiro López Puente. Subsecretario de Fomento.

Los clientes de los cafés son gentes que creen que las cosas pasan porque sí, que no merece la pena poner remedio a nada. En el de doña Rosa, todos fuman y los más meditan, a solas, sobre las pobres, amables, entrañables cosas que les llenan o les vacían la vida entera. Hay quien pone al silencio un ademán soñador, de imprecisa recordación, y hay también quien hace memoria con la cara absorta y en la cara pintado el gesto de la bestia ruin, de la amorosa, suplicante bestia cansada: la mano sujetando la frente y el mirar lleno de amargura como un mar encalmado.

Hay tardes en que la conversación muere de mesa en mesa, una conversación sobre gatas paridas, o sobre el suministro, o sobre aquel niño muerto que alguien no recuerda, sobre aquel niño muerto que, ¿no se acuerda usted?, tenía el pelito rubio, era muy mono y más bien delgadito, llevaba siempre un jersey de punto color beige y debía andar por los cinco años. En estas tardes, el corazón del café late como el de un enfermo, sin compás, y el aire se hace como más espeso, más gris, aunque de cuando en cuando lo cruce, como un relámpago, un aliento más tibio que no se sabe de dónde viene, un aliento lleno de esperanza que abre, por unos segundos, un agujerito en cada espíritu.

A don Jaime Arce, que tiene un gran aire a pesar de todo, no hacen más que protestarle letras. En el café, parece que no, todo se sabe. Don Jaime pidió un crédito a un banco, se lo dieron y firmó unas letras. Después vino lo que vino. Se metió en un negocio donde lo engañaron, se quedó sin un real, le presentaron las letras al cobro y dijo que no podía pagarlas. Don Jaime Arce es, lo más seguro, un hombre honrado y de mala suerte, de mala pata en esto del dinero. Muy trabajador no es, ésa es la verdad, pero tampoco tuvo nada de suerte. Otros tan vagos o más que él, con un par de golpes afortunados, se hicieron con unos miles de duros, pagaron las letras y andan ahora por ahí fumando buen tabaco y todo el día en taxi. A don Jaime Arce no le pasó esto, le pasó todo lo contrario. Ahora anda buscando un destino, pero no lo encuentra. Él se hubiera puesto a trabajar en cualquier cosa, en lo primero que saliese, pero no salía nada que mereciese la pena y se pasaba el día en el café, con la cabeza apoyada en el respaldo de peluche, mirando para los dorados del techo. A veces cantaba por lo bajo algún que otro trozo de zarzuela mientras llevaba el compás con el pie. Don Jaime no solía pensar en su desdicha; en realidad, no solía pensar nunca en nada. Miraba para los espejos y se decía: ¿quién habrá inventado los espejos? Después miraba para una persona cualquiera, fijamente, casi con impertinencia: ¿tendrá hijos esa mujer? A lo mejor, es una vieja pudibunda. ¿Cuántos tuberculosos habrá ahora en este café? Don Jaime se hacía un cigarrillo finito, una pajita, y lo encendía. Hay quien es un artista afilando lápices, les saca una punta que clavaría como una aguja y no la estropean jamás. Don Jaime cambia de postura, se le estaba durmiendo una pierna. ¡Qué misterioso es esto! Tas, tas; tas, tas; y así toda la vida, día y noche, invierno y verano: el corazón.

A una señora silenciosa, que suele sentarse al fondo, conforme se su-
be a los billares, se le murió un hijo, aún no hace un mes. El joven se llama Paco y estaba preparándose para correos. Al principio dijeron que

le había dado un parálisis, pero después se vio que no, que lo que le dio fue la meningitis. Duró poco y además perdió el sentido en seguida. Se sabía ya todos los pueblos de León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y parte de Valencia (Castellón y la mitad, sobre poco más o menos, de Alicante); fue una pena grande que se muriese. Paco había andado siempre medio malo desde una mojadura que se dio un invierno, siendo niño. Su madre se había quedado sola, porque su otro hijo, el mayor, andaba por el mundo, no se sabía bien dónde. Por las tardes se iba al café de doña Rosa, se sentaba al pie de la escalera y allí se estaba las horas muertas, cogiendo calor. Desde la muerte del hijo, doña Rosa estaba muy cariñosa con ella. Hay personas a quienes les gusta estar atentas con los que van de luto. Aprovechan para dar consejos o pedir resignación o presencia de ánimo y lo pasan muy bien. Doña Rosa, para consolar a la madre de Paco, le suele decir que, para haberse quedado tonto, más valió que Dios se lo llevara. La madre la miraba con una sonrisa de conformidad y le decía que claro que, bien mirado, tenía razón. La madre de Paco se llama Isabel, doña Isabel Montes, viuda de Sanz. Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia. En el café suelen respetar su silencio y sólo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntar: ¿qué?, ¿ya se va levantando ese espíritu? Doña Isabel sonríe y no contesta casi nunca; cuando está algo más animada, levanta la cabeza, mira para la amiga y dice: ¡qué guapetona está usted, Fulanita! Lo más frecuente, sin embargo, es que no diga nunca nada: un gesto con la mano, al despedirse, y en paz. Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra manera de ser distinta, por lo menos.

Una señorita casi vieja llama al cerillero.

-¡Padilla!

-¡Voy, señorita Elvira!

-Un tritón.

La mujer rebusca en su bolso, lleno de tiernas, deshonestas cartas antiguas, y pone treinta y cinco céntimos sobre la mesa.

-Gracias.

-A usted.

Enciende el cigarro y echa una larga bocanada de humo, con el mirar perdido. Al poco rato, la señorita vuelve a llamar.

-¡Padilla!

-¡Voy, señorita Elvira!

-¿Le has dado la carta a ése?

-Sí, señorita.

-¿Qué te dijo?

-Nada, no estaba en casa. Me dijo la criada que descuidase, que se la daría sin falta a la hora de la cena.

La señorita Elvira se calla y sigue fumando. Hoy está como algo destemplada, siente escalofríos y nota que le baila un poco todo lo que ve. La señorita Elvira lleva una vida perra, una vida que, bien mirado, ni merecería la pena vivirla. No hace nada, eso es cierto, pero por no hacer nada, ni come siquiera. Lee novelas, va al café, se fuma algún que otro tritón y está a lo que caiga. Lo malo es que lo que cae suele ser de pascuas a ramos, y para eso, casi siempre de desecho de tienda y defectuoso.

A don José Rodríguez de Madrid le tocó un premio de pedrea, en el último sorteo. Los amigos le dicen:

-Ha habido suertecilla, ¿eh?

Don José responde siempre lo mismo, parece que se lo tiene aprendido:

-¡Bah! Ocho cochinos durejos.

-No, hombre, no explique, que no le vamos a pedir a usted nada.

Don José es escribiente de un juzgado y parece ser que tiene algunos ahorrillos. También dicen que se casó con una mujer rica, una moza manchega que se murió pronto, dejándole todo a don José, y que él se dio buena prisa en vender los cuatro viñedos y los dos olivares que había, porque aseguraba que los aires del campo le hacían mal a las vías respiratorias, y que lo primero de todo era cuidarse.

Don José, en el café de doña Rosa, pide siempre copita; él no es un cursi ni un pobretón de esos de café con leche. La dueña lo mira casi siempre con simpatía por eso de la común afición al ojén. El ojén es lo mejor del mundo; es estomacal, diurético y reconstituyente; cría sangre y aleja el espectro de la impotencia. Don José habla siempre con mucha propiedad. Una vez, hace ya un par de años, poco después de terminarse la guerra civil, tuvo un altercado con el violinista. La gente, casi toda, aseguraba que la razón la tenía el violinista, pero don José llamó a la dueña y le dijo: o echa usted a puntapiés a ese rojo irrespetuoso y sinvergüenza, o yo no vuelvo a pisar el local. Doña Rosa, entonces, puso al violinista en la calle y ya no se volvió a saber más de él. Los clientes, que antes daban al razón al violinista, empezaron a cambiar de opinión, y al final ya decían que doña Rosa había hecho muy bien; que era necesario sentar mano dura y hacer un escarmiento. Con estos desplantes, ¡cualquiera sabe a dónde iríamos a parar! Los clientes, para decir esto, adoptaban un aire serio, ecuanime, un poco vergonzante. Si no hay disciplina, no hay manera de hacer nada bueno, nada que merezca la pena -se oía decir por las mesas.

Algún hombre ya metido en años cuenta a gritos la broma que le gastó, va ya para el medio siglo, a madame Pimentón.

-La muy imbécil se creía que me la iba a dar. Sí, sí... ¡Estaba lista! La

invité a unos blancos y al salir se rompió la cara contra la puerta. ¡Ja, ja! Echaba sangre como un becerro. Decía: oh, la, la, y se marchó escupiendo las tripas. ¡Pobre desgraciada, anda siempre bebida! ¡Bien mirado, hasta daba risa!

Algunas caras, desde las próximas mesas, lo miran casi con envidia. Son las caras de las gentes que sonríen en paz, con beatitud, en esos instantes en que, casi sin darse cuenta, llegan a no pensar en nada. La gente es cobista por estupidez y, a veces, sonríen aunque en el fondo de su alma sientan una repugnancia inmensa, una repugnancia que casi no pueden contener. Por coba se puede llegar hasta al asesinato; seguramente que ha habido más de un crimen que se haya hecho por quedar bien, por dar coba a alguien.

-A todos esos mangantes hay que tratarlos así; las personas decentes no podemos dejar que se nos suban a las barbas. ¡Ya lo decía mi padre! ¿Quieres uvas? Pues entra por uvas. ¡Ja, ja! ¡La muy zorrupia no volvió a arrimar por allí!

Corre por entre las mesas un gato gordo, reluciente, un gato lleno de salud y de bienestar; un gato orondo y presuntuoso. Se mete entre las piernas de una señora, y la señora se sobresalta.

-¡Gato del diablo! ¡Largo de aquí!

El hombre de la historia le sonrío con dulzura.

-Pero, señora, ¡pobre gato! ¿Qué mal le hacía a usted?

Un jovencito melenudo hace versos entre la baraúnda. Está evadido, no se da cuenta de nada; es la única manera de poder hacer versos hermosos. Si mirase para los lados se le escaparía la inspiración. Eso de la inspiración debe ser como una mariposita ciega y sorda, pero muy luminosa; si no, no se explicarían muchas cosas.

El joven poeta está componiendo un poema largo, que se llama Destino. Tuvo sus dudas sobre si debía poner El destino, pero al final, y después de consultar con algunos poetas ya más hechos, pensó que no, que sería mejor titularlo Destino, simplemente. Era más sencillo, más evocador, más misterioso. Además, así, llamándole Destino, quedaba más sugeridor, más... ¿cómo diríamos?, más impreciso, más poético. Así no se sabía si se quería aludir al destino, o a un destino, a destino incierto, a destino fatal o destino feliz o destino azul o destino violado. El destino ataba más, dejaba menos campo para que la imaginación volase en libertad, desligada de toda traba.

El joven poeta llevaba ya varios meses trabajando en su poema. Tenía ya trescientos y pico de versos, una maqueta cuidadosamente dibujada de la futura edición y una lista de posibles suscriptores, a quienes, en su hora, se les enviaría un boletín, por si querían cubrirlo. Había ya elegido también el tipo de imprenta (un tipo sencillo, claro, clásico; un tipo que se leyese con sosiego; vamos, queremos decir un bodoni) y tenía ya redactada la justificación de la tirada. Dos dudas, sin embargo, atormentaban

aún al joven poeta: el poner o no poner el *Laus Deo* rematando el colofón, y el redactar por sí mismo, o no redactar por sí mismo, la nota biográfica para la solapa de la sobrecubierta.

Doña Rosa no era, ciertamente, lo que se suele decir una sensitiva.

-Y lo que le digo, ya lo sabe. Para golfos ya tengo bastante con mi cuñado. ¡Menudo pendón! Usted está todavía muy verdecito, ¿me entiende?, muy verdecito. ¡Pues estaría bueno! ¿Dónde ha visto sted que un hombre sin cultura y sin principios ande por ahí, tosiendo y pisando fuerte como un señorito? ¡No seré yo quien lo vea, se lo juro!

Doña Rosa sudaba por el bigote y por la frente.

-Y tú, pasmado, ya estás yendo por el periódico. ¡Aquí no hay respeto ni hay decencia, eso es lo que pasa! ¡Ya os daría yo para el pelo, ya, si algún día me cabreara! ¡Habrás visto!

Doña Rosa clava sus ojitos de ratón sobre Pepe, el viejo camarero llegado, cuarenta o cuarenta y cinco años atrás, de Mondoñedo. Detrás de los gruesos cristales, los ojitos de doña Rosa parecen los atónitos ojos de un pájaro disecado.

-¡Qué miras! ¡Qué miras! ¡Bobo! ¡Estás igual que el día que llegaste! ¡A vosotros no hay Dios que os quite el pelo de la dehesa! ¡Anda, espabila y tengamos la fiesta en paz, que si fueras más hombre ya te había puesto de patas en la calle! ¿Me entiendes? ¡Pues nos ha merengao!

Doña Rosa se palpa el vientre y vuelve de nuevo a tratarlo de usted.

-Ande, ande... Cada cual a lo suyo. Ya sabe, no perdamos ninguno la perspectiva, ¡qué leñe!, ni el respeto, ¿me entiende?, ni el respeto.

Doña Rosa levantó la cabeza y respiró con profundidad. Los pelitos de su bigote se estremecieron con un gesto retador, con un gesto airoso, solemne, como el de los negros cuernecitos de un grillo enamorado y orgulloso.

Flota en el aire como un pesar que se va clavando en los corazones. Los corazones no duelen y pueden sufrir, hora tras hora, hasta toda una vida, sin que nadie sepamos nunca, demasiado a ciencia cierta, qué es lo que pasa.

Un señor de barbita blanca le da trocitos de bollo suizo, mojado en café con leche, a un niño morenucho que tiene sentado sobre las rodillas. El señor se llama don Trinidad García Sobrino y es prestamista. Don Trinidad tuvo una primera juventud turbulenta, llena de complicaciones y de veleidades, pero en cuanto murió su padre, se dijo: de ahora en adelante hay que tener cautela; si no, la pringas, Trinidad. Se dedicó a los negocios y al buen orden y acabó rico. La ilusión de toda su vida hubiera sido llegar a diputado; él pensaba que ser uno de quinientos entre veinticinco millones no estaba nada mal. Don Trinidad anduvo coqueteando varios años con algunos personajes de tercera fila del partido de Gil Robles, a ver si conseguía que lo sacasen diputado; a él el sitio le era igual; no tenía nin-

guna demarcación preferida. Se gastó algunos cuartos en convites, dio su dinero para propaganda, oyó buenas palabras, pero al final no presentaron su candidatura por lado alguno y ni siquiera lo llevaron a la tertulia del jefe, Don Trinidad pasó por momentos duros, de graves crisis de ánimo, y al final acabó haciéndose lerrouxista. En el partido radical parece que le iba bastante bien, pero en esto vino la guerra y con ella el fin de su poco brillante, y no muy dilatada, carrera política. Ahora don Trinidad vivía apartado de la cosa pública, como aquel día memorable dijera don Alejandro, y se conformaba con que lo dejaran vivir tranquilo, sin recordarle tiempos pasados, mientras seguía dedicándose al lucrativo menester del préstamo a interés.

Por las tardes se iba con el nieto al café de doña Rosa, le daba de meterse y se estaba callado, oyendo la música o leyendo el periódico, sin meterse con nadie.

Doña Rosa se apoya en una mesa y sonrío.

-¿Qué me dice, Elvirita?

-Pues ya ve usted, señora, poca cosa.

La señorita Elvira chupa el cigarro y ladea un poco la cabeza. Tiene las mejillas ajadas y los párpados rojos, como de tenerlos delicados.

-¿Se le arregló aquello?

-¿Cuál?

-Lo de...

-No, salió mal. Anduvo conmigo tres días y después me regaló un frasco de fijador.

La señorita Elvira sonrío. Doña Rosa entorna la mirada, llena de pesar.

-¡Es que hay gente sin conciencia, hija!

-¡Psché! ¿Qué más da?

Doña Rosa se le acerca, le habla casi al oído.

-¿Por qué no se arregla con don Pablo?

-Porque no quiero. Una también tiene su orgullo, doña Rosa.

-¡Nos ha remengao! ¡Todas tenemos nuestras cosas! Pero lo que yo le digo a usted, Elvirita, ya ya sabe que yo siempre quiero para usted lo mejor, es que con don Pablo bien le iba.

-No tanto. Es un tío muy exigente. Y además un baboso. Al final ya lo aborrecía, ¡qué quiere usted!, ya me daba hasta repugnancia.

Doña Rosa pone la dulce voz, la persuasiva voz de los consejos.

-¡Hay que tener más paciencia, Elvirita! ¡Usted es aún muy niña!

-¿Usted cree?

La señorita Elvirita escupe debajo de la mesa y se seca la boca con la vuelta de un guante.

Un impresor enriquecido que se llama Vega, don Mario de la Vega, se fuma un puro descomunal, un puro que parece de anuncio. El de la mesa de al lado le trata de resultar simpático.

-¡Buen puro se está usted fumando, amigo!
Vega le contesta sin mirarle, con solemnidad:
-Sí, no es malo, mi duro me costó.

Al de la mesa de al lado, que es un hombre raquítrico y sonriente, le hubiera gustado decir algo así como: ¡quién como usted!, pero no se atrevió; por fortuna le dio la vergüenza a tiempo. Miró para el impresor, volvió a sonreír con humildad, y le dijo:

-¿Un duro nada más? Parece lo menos de siete pesetas.

-Pues no: un duro y treinta de propina. Yo con esto ya me conformo.

-¡Ya puede!

-¡Hombre! No creo yo que haga falta ser un Romanones para fumar estos puros.

-Un Romanones, no, pero ya ve usted, yo no me lo podría fumar, y como yo muchos de los que estamos aquí.

-¿Quiere usted fumarse uno?

-¡Hombre...!

Vega sonrió, casi arrepintiéndose de lo que iba a decir.

-Pues trabaje usted como trabajo yo.

El impresor soltó una carcajada violenta, descomunal. El hombre raquítrico y sonriente de la mesa de al lado dejó de sonreír. Se puso colorado, notó un calor quemándole las orejas y los ojos empezaron a escocerle. Agachó la vista para no enterarse de que todo el café le estaba mirando; él, por lo menos, se imaginaba que todo el café le estaba mirando.

Mientras don Pablo, que es un miserable que ve las cosas al revés, sonríe contando lo de madame Pimentón, la señorita Elvira deja caer la colilla y la pisa. La señorita Elvira, de cuando en cuando, tiene gestos de verdadera princesa.

-¿Qué daño le hacía a usted el gatito? ¡Michino, michino, toma, toma...!

Don Pablo mira a la señora.

-¡Hay que ver qué inteligentes son los gatos! Discurren mejor que algunas personas. Son unos animalitos que lo entienden todo. ¡Michino, michino, toma, toma...!

El gato se aleja sin volver la cabeza y se mete en la cocina.

-Yo tengo un amigo, hombre adinerado y de gran influencia, no se va usted a creer que es ningún pelado, que tiene un gato persa que atiende por Sultán, que es un prodigio.

-¿Si?

-¡Ya lo creo! Le dice: Sultán, ven, y el gato viene moviendo su rabo hermoso, que parece un plumero. Le dice: Sultán, vete, y allá se va Sultán como un caballero muy digno. Tiene unos andares muy vistosos y un pelo que parece seda. No creo yo que haya muchos gatos como ése; ése, entre los gatos, es algo así como el duque de Alba entre las personas. Mi amigo lo quiere como a un hijo. Claro que también es verdad que es un gato que se hace querer.

Don Pablo pasea su mirada por el café. Hay un momento que tropieza con la de la señorita Elvira. Don Pablo pestañea y vuelve la cabeza.

-Y lo cariñosos que son los gatos. ¿Usted se ha fijado en lo cariñosos que son? Cuando cogen cariño a una persona ya no se lo pierden en toda la vida.

Don Pablo carraspea un poco y pone la voz grave, importante:

-¡Ejemplo deberían tomar muchos seres humanos!

-Verdaderamente.

Don Pablo respira con profundidad. Está satisfecho. La verdad es que eso de ejemplo deberían tomar, etc., es algo que le ha salido bordado.

Pepe, el camarero, se vuelve a su rincón sin decir ni palabra. Al llegar a sus dominios, apoya una mano sobre el respaldo de una silla y se mira, como si mirase algo muy raro, muy extraño, en los espejos. Se ve de frente, en el de más cerca; de espalda, en el del fondo; de perfil, en los de las esquinas.

-A esta tía bruja lo que le vendría de primera es que la abrieran en canal un buen día. ¡Cerde! ¡Tía zorra!

Pepe es un hombre a quien las cosas se le pasan pronto; le basta con decir por lo bajo una frasecita que no se hubiera atrevido jamás a decir en voz alta.

-¡Usurera! ¡Guarra! ¡Que te comes el pan de los pobres!

A Pepe le gusta mucho decir frases lapidarias en los momentos de mal humor. Después se va distrayendo poco a poco y acaba por olvidarse de todo.

Dos niños de cuatro a cinco años juegan aburridamente, sin ningún entusiasmo, al tren por entre las mesas. Cuando van hacia el fondo, va uno haciendo de máquina y otro de vagón. Cuando vuelven hacia la puerta, cambian. Nadie les hace caso, pero ellos siguen impasibles, desganados, andando para arriba y para abajo con una seriedad tremenda. Son dos niños ordenancistas, consecuentes, dos niños que juegan al tren, aunque se aburren como ostras, porque se han propuesto divertirse y, para divertirse, se han propuesto, pase lo que pase, jugar al tren durante toda la tarde. Si ellos no lo consiguen, ¿qué culpa tienen? Ellos hacen lo posible.

Pepe los mira y les dice:

-Que os vais a ir a caer...

Pepe habla el castellano, aunque lleva ya casi medio siglo en Castilla, traduciendo directamente del gallego.

Los niños le constestan, no, señor, y siguen jugando al tren sin fe, sin esperanza, incluso sin caridad, como cumpliendo un penoso deber.

Doña Rosa se mete en la cocina.

-¿Cuántas onzas echaste, Gabriel?

-Dos, señorita.

-¿Lo ves? ¡Lo ves! ¡Así no hay quien pueda! ¡Y después, que si bases de

trabajo, y que si la Virgen! ¿No te dije bien claro que no echases más que onza y media? Con vosotros no vale hablar en español, no os da la gana de entender.

Doña Rosa respira y vuelve a la carga. Respira como una máquina, jadeante, precipitada: todo el cuerpo en sobresalto y un silbido roncándole por el pecho.

-Y si a don Pablo le parece que está muy claro, que se vaya con su señora a donde se lo den mejor. ¡Pues estaría bueno! ¡Habrás visto! Lo que no sabe ese piernas desgraciado es que lo que aquí sobran, gracias a Dios, son clientes. ¿Te enteras? Si no le gusta, que se vaya; eso saldremos ganando. ¡Pues ni que fueran reyes! Su señora es una víbora, que me tiene muy harta. ¡Muy harta es lo que estoy yo de la doña Pura!

Gabriel le previene, como todos los días.

-¡Que le van a oír, señorita!

-¡Que me oigan si quieren, para eso lo digo! ¡Yo no tengo pelos en la lengua! ¡Lo que yo no sé es cómo ese mastuerzo se atrevió a despedir a la Elvirita, que es igual que un ángel y que no vivía pensando más que en darle gusto, y aguanta como un cordero a la liosa de la doña Pura, que es un culebrón siempre riéndose por lo bajo! En fin, como decía mi madre, que en paz descanse: ¡vivir para ver!

Gabriel trata de arreglar el desaguisado.

-¿Quiere que quite un poco?

-Tú sabrás lo que tiene que hacer un hombre honrado, un hombre que esté en sus cabales y no sea un ladrón. ¡Tú, cuando quieres, muy bien sabes lo que te conviene!

Padilla, el cerillero, habla con un cliente nuevo que le compró un paquete entero de tabaco.

-¿Y está siempre así?

-Siempre, pero no es mala. Tiene el genio algo fuerte, pero después no es mala.

-¡Pero a aquel camarero le llamó bobo!

-¡Anda, eso no importa! A veces también nos llama maricas y rojos.

El cliente nuevo no puede creer lo que está viendo.

-Y ustedes, ¡tan tranquilos?

-Sí, señor; nosotros tan tranquilos.

El cliente nuevo se encoge de hombros.

-Bueno, bueno...

El cerillero se va a dar otro recorrido al salón.

El cliente se queda pensativo.

-Yo no sé quién será más miserable, si esa foca sucia y enlutada o esta partida de gahnápiros. Si la agarrasen un día y le dieran una somanta entre todos, a lo mejor entraba en razón. Pero, ¡ca!, no se atreven. Por den-

tro estarán todo el día mentándole al padre, pero por fuera, ¡ya lo vemos! ¡Bobo, lárgate! ¡Ladrón, desgraciado! Ellos, encantados. Sí, señor; nosotros tan tranquilos. ¡Ya lo creo! Caray con esta gente, ¡así da gusto!

El cliente sigue fumando. Se llama Mauricio Segovia y está empleado en la telefónica. Digo todo esto porque, a lo mejor, después vuelve a salir. Tiene unos treinta y ocho o cuarenta años y el pelo rojo y la cara llena de pecas. Vive lejos, por Atocha; vino a este barrio por casualidad, vino detrás de una chica que, de repente, antes de que Mauricio se decidiese a decirle nada, dobló una esquina y se metió por el primer portal.

Segundo, el limpia, va voceando:

-¡Señor Suárez! ¡Señor Suárez!

El señor Suárez, que tampoco es un habitual, se levanta de donde está y va al teléfono. Anda cojeando, cojeando de arriba, no del pie. Lleva un traje a la moda, de un color clarito, y usa lentes de pinza. Representa tener unos cincuenta años y parece dentista o peluquero. También parece, fijándose bien, un viajante de productos químicos. El señor Suárez tiene todo el aire de ser un hombre muy atareado, de esos que dicen al mismo tiempo: un exprés solo; el limpia; chico, búscame un taxi. Estos señores tan ocupados, cuando va a la peluquería, se afeitan, se cortan el pelo, se hacen las manos, se limpian los zapatos y leen el periódico. A veces, cuando se despiden de algún amigo, le advierten: de tal a tal hora, estaré en el café; después me daré una vuelta por el despacho, y a la caída de la tarde me pasaré por casa de mi cuñado; los teléfonos vienen en la guía; ahora me voy porque tengo todavía multitud de pequeños asuntos que resolver. De estos hombres se ve en seguida que son los triunfadores, los señalados, los acostumbrados a mandar.

Por teléfono, el señor Suárez habla en voz baja, atiplada, una voz de lila, un poco redicho. La chaqueta le está algo corta y el pantalón le queda ceñido, como el de un torero.

-¿Eres tú?

....

-¡Descarado, más que descarado! ¡Eres un carota!

....

-Sí... Sí... Bueno, como tú quieras.

....

-Entendido. Bien; descuida, que no faltaré.

....

-Adiós, chato.

....

-¡Je, je! ¡Tú siempre con tus cosas! Adiós, pichón; ahora te recojo.

El señor Suárez vuelve a su mesa. Va sonriendo y ahora lleva la cojera algo temblona, como estremecida; ahora lleva una cojera casi cachon-

da, una cojera coqueta, casquivana. Paga su café, pide un taxi y, cuando se lo traen, se levanta y se va. Mira con la frente alta, como un gladiador romano; va rebosante de satisfacción, radiante de gozo.

Alguien lo sigue con la mirada hasta que se lo traga la puerta giratoria. Sin duda alguna, hay personas que llaman más la atención que otras. Se les conoce porque tienen como una estrellita en la frente.

La dueña da media vuelta y va hacia el mostrador. La cafetera ni-quelada borbotea pariendo sin cesar tazas de café exprés, mientras la registradora de cobriza antigüedad suena constantemente.

Algunos camareros de caras flácidas, tristonas, amarillas, esperan, embutidos en sus trasnochados smokings, con el borde de la bandeja apoyado sobre el mármol, a que el encargado le dé las consumiciones y las doradas y plateadas chapitas de las vueltas.

El encargado cuelga el teléfono y reparte lo que le piden.

-¿Conque otra vez hablando por ahí, como si no hubiera nada que hacer?

-Es que estaba pidiendo más leche, señorita.

-¡Sí, más leche! ¿Cuánta han traído esta mañana?

-Como siempre, señorita: sesenta.

-¿Y no ha habido bastante?

-No, parece que no va a llegar.

-Pues, hijo, ¡ni que estuviésemos en la maternidad! ¡Cuánta has pedido?

-Veinte más.

-¿Y no sobraré?

-No creo.

-¿Cómo no creo? ¡Nos ha merengao! ¿Y si sobra, di?

-No, no sobraré. ¡Vamos, digo yo!

-Sí, digo yo, como siempre, digo yo, eso es muy cómodo. ¿Y si sobra?

-No, ya verá como no ha de sobrar. Mire usted cómo está el salón.

-Sí, claro, cómo está el salón, cómo está el salón. Eso se dice muy pronto. ¡Porque soy honrada y doy bien, que si no ya verías a dónde se iban todos! ¡Pues menudos son!

Los camareros, mirando para el suelo, procuran pasar inadvertidos.

-Y vosotros, a ver si os alegráis. ¡Hay muchos cafés solos en esas bandejas! ¿Es que no sabe la gente que hay suizos, y mojicones, y torteles? No, ¡si ya lo sé! ¡Si sois capaces de no decir nada! Lo que quisierais es que me viera en la miseria, vendiendo los cuarenta iguales. ¡Pero os reventáis! Ya sé yo con quiénes me juego la tela. ¡Estáis buenos! Anda, vamos, mover las piernas y pedir a cualquier santo que no se me suba la sangre a la cabeza.

Los camareros, como quien oye llover, se van marchando del mostrador con los servicios. Ni uno solo mira para doña Rosa. Ninguno piensa, tampoco, en doña Rosa.

Uno de los hombres que, de codos sobre el velador, ya sabéis, se sujeta la pálida frente con una mano -triste y amarga la mirada, preocupada y como sobrecogida la expresión-, habla con el camarero. Trata de sonreír con dulzura, parece un niño abandonado que pide agua en una casa del camino.

El camarero hace gestos con la cabeza y llama al echador.

Luis, el echador, se acerca hasta la dueña.

-Señorita, dice Pepe que aquel señor no quiere pagar.

-Pues que se las arregle como pueda para sacarle los cuartos; eso es cosa suya; si no se los saca, dile que se le pegan al bolsillo y en paz. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

La dueña se ajusta los lentes y mira.

-¿Cuál es?

-Aquel de allí, aquel que lleva gafitas de hierro.

-¡Anda, qué tío, pues esto sí que tiene gracia! ¡Con esa cara! Oye, ¿y por qué regla de tres no quiere pagar?

-Ya ve...Dice que se ha venido sin dinero.

-¡Pues sí, lo que faltaba para el duro! Lo que sobran en este país son pícaros.

El echador, sin mirar para los ojos de doña Rosario habla con un hilo de voz:

-Dice que cuando tenga ya vendrá a pagar.

Las palabras, al salir de la garganta de doña Rosa suenan como el latón.

-Eso dicen todos y después, para uno que vuelve, cien se largan, y si te he visto no me acuerdo. ¡Ni hablar! ¡Cria cuervos y te sacarán los ojos!. Dile a Pepe que ya sabe: a la calle con suavidad, y en la acera, dos patadas bien dadas donde se tercic. ¡Pues nos ha merengao!

El echador se marchaba cuando doña Rosa volvió a hablarle:

-¡Oye! ¡Dile a Pepe que se fije en la cara!

-Sí, señorita.

Doña Rosa se quedó mirando para la escena. Luis llega, siempre con sus lecheras, hasta Pepe y le habla al oído.

-Eso es todo lo que dice. Por mí, ¡bien lo sabe Dios!

Pepe se acerca al cliente y éste se levanta con lentitud. Es un hombre-cillo desmedrado, paliducho, enclenque, con lentes de pobre alambre sobre la mirada. Lleva la americana raída y el pantalón deflecado. Se cubre con un flexible gris oscuro, con la cinta llena de grasa, y lleva un libro forrado de papel de periódico debajo del brazo.

-Si quiere, le dejo el libro.

-No. Ande, a la calle, no me alborote.

El hombre va hacia la puerta con Pepe detrás. Los dos salen afuera. Hace frío y las gentes pasan presurosas. Los vendedores vocean los diarios de la tarde. Un tranvía tristemente, trágicamente, casi lúgubremente bullanguero, baja por la calle de Fuencarral.

El hombre no es un cualquiera, no es uno de tantos, no es un hombre vulgar, un hombre del montón, un ser corriente y moliente; tiene un tatuaje en el brazo izquierdo y una cicatriz en la ingle. Ha hecho sus estudios y traduce algo el francés. Ha seguido con atención el ir y venir del movimiento intelectual y literario, y hay algunos folletos de El Sol que todavía podría repetirlos casi de memoria. De mozo tuvo a una novia suiza y compuso poesías ultraístas.

El limpia habla con don Leonardo. Don Leonardo le está diciendo: -Nosotros los Meléndez, añoso tronco emparentado con las más rancias familias castellanas, hemos sido otrora dueños de vidas y haciendas. Hoy, ya lo ve usted, ¡casi en medio de la rue!

Segundo Segura siente admiración por don Leonardo. El que don Leonardo le haya robado sus ahorros es, por lo visto, algo que le llena de pasmo y de lealtad. Hoy don Leonardo está locuaz con él, y él se aprovecha y retoza a su alrededor como un perrillo faldero. Hay días, sin embargo, en que tiene peor suerte y don Leonardo lo trata a patadas. En esos días desdichados, el limpia se le acerca sumiso y le habla humildemente, quedamente.

-¿Qué dice usted?

Don Leonardo ni le contesta. El limpia no se preocupa y vuelve a insistir.

-¡Buen día de frío!

-Sí.

El limpia entonces sonríe. Es feliz y, por ser correspondido, hubiera dado gustoso otros seis mil duros.

-¿Le saco un poco de brillo?

El limpia se arrodilla, y don Leonardo, que casi nunca suele ni mirarle, pone el pie con displicencia en la plantilla de hierro de la caja.

Pero hoy, no. Hoy don Leonardo está contento. Seguramente está redondeando el anteproyecto para la creación de una importante sociedad anónima.

-En tiempos, ¡oh, mon Dieu!, cualquiera de nosotros se asomaba a la bolsa y allí nadie compraba ni vendía hasta ver lo que hacíamos.

-¡Hay que ver! ¿Eh?

Don Leonardo hace un gesto ambiguo con la boca, mientras con la mano dibuja jeribeques en el aire.

-¿Tiene usted un papel de fumar? -dice al de la mesa de al lado-;

quisiera fumar un poco de picadura y me encuentro sin papel en este momento.

El limpia calla y disimula; sabe que es su deber.

Doña Rosa se acerca a la mesa de Elvirita, que había estado mirando para la escena del camarero y el hombre que no pagó el café.

-¿Ha visto usted, Elvirita?

La señorita Elvira tarda unos instantes en responder.

-¡Pobre chico! A lo mejor no ha comido en todo el día, doña Rosa.

-¿Usted también me sale romántica? ¡Pues vamos servidos! Le juro a usted que a corazón tierno no hay quien me gane, pero, ¡con estos abusos!

Elvirita no sabe qué contestar. La pobre es una sentimental que se echó a la vida para no morir de hambre, por lo menos, demasiado de prisa. Nunca supo hacer nada y, además, tampoco es guapa ni de modales finos. En su casa, de niña, no vio más que desprecio y calamidades. Elvirita era de Burgos, hija de un punto de mucho cuidado, que se llamó, en vida, Fidel Hernández. A Fidel Hernández, que mató a la Eudisia, su mujer, con una lezna de zapatero, lo condenaron a muerte y lo agarrotó Gregorio Mayoral en el año 1909. Lo que él decía: si la mato a sopas con sulfato, no se entera ni Dios. Elvirita cuando se quedó huérfana, tenía once o doce años y se fue a Villalón, a vivir con su abuela, que era la que pasaba el cepillo del pan de San Antonio en la parroquia. La pobre vieja vivía mal, y cuando le agarrotaron al hijo empezó a desinflarse y al poco tiempo se murió. A Elvirita le embromaban las otras mozas del pueblo enseñándole la picota y diciéndole: ¡en otra igual colgaron a tu padre, tía asquerosa! Elvirita, un día que ya no pudo aguantar más, se largó del pueblo con un asturiano que vino a vender peladillas por la función. Anduvo con él dos años largos, pero como le daba unas tundas tremendas que la deslomaba, un día, en Orense, lo mandó al cuerno y se metió de pupila en casa de la Pelona, en la calle del Villar, donde conoció a una hija de la Marraca, la leñadora de la pradera de Francelos, en Ribadavia, que tuvo doce hijas, todas busconas. Desde entonces, para Elvirita todo fue rodar y coser y cantar, digámoslo así.

La pobre estaba algo amargada, pero no mucho. Además, era de buenas intenciones y, aunque tímida, todavía un poco orgullosa.

Don Jaime Arce, aburrido de estar sin hacer nada, mirando para el techo y pensando en vaciedades, levanta la cabeza del respaldo y explica la señora silenciosa del hijo muerto, a la señora que ve pasar la vida desde debajo de la escalera de caracol que sube a los billares:

-Infundios...Mala organización...También errores, no lo niego. Créame que no hay más. Los bancos funcionan defectuosamente, y los notarios, con sus oficiosidades, con sus precipitaciones, echan los pies por alto antes de tiempo y organizan semejante desbarajuste que después no hay quien se entienda.

Don Jaime pone un mundano gesto de resignación.

-Luego viene lo que viene: los protestos, los líos y la monda.

Don Jaime Arce habla despacio, con parismo, incluso con cierta solemnidad. Cuida el ademán y se preocupa por dejar caer las palabras lentamente, como para ir viendo, y midiendo y pensando, el efecto que hacen. En el fondo, no carece también de sinceridad. La señora del hijo muerto, en cambio, es como una tonta que no dice nada; escucha y abre los ojos de una manera rara, de una manera que parece más para no dormirse que para atender.

-Eso es todo, señora, y lo demás, ¿sabe lo que le digo?, lo demás son macanas.

Don Jaime Arce es hombre que habla muy bien, aunque dice, en medio de una frase bien cortada, palabras poco finas, como la monda, o el despiporrio, y otras por el estilo.

La señora lo mira y no dice nada. Se limita a mover la cabeza, para adelante y para atrás, con un gesto que tampoco significa nada.

-Y ahora, ¡ya ve usted!, en labios de la gente. ¡Si mi pobre madre levantara la cabeza!

La señora, la viuda de Sanz, doña Isabel de Montes, cuando don Jaime andaba por lo de ¿sabe lo que le digo?, empezó a pensar en su difunto, en cuando lo conoció, de veintitrés años, apuesto, elegante, muy derecho, con el bigote engomado. Un vaho de dicha recorrió, un poco confusamente, su cabeza, y doña Isabel sonrió, de una manera muy discreta, durante medio segundo. Después se acordó del pobre Paquito, de la cara de bobo que se le puso con la meningitis, y se entristeció de repente, incluso con violencia.

Don Jaime Arce, cuando abrió los ojos que había entornado para dar mayor fuerza a lo de ¡si mi madre levantara la cabeza!, se fijó en doña Isabel y le dijo, obsequioso:

-¿Se siente usted mal, señora? Está usted un poco pálida.

-No, nada, muchas gracias. ¡Ideas que se le ocurren a una!

Don Pablo, como sin querer, mira siempre un poco de reojo para la señorita Elvira. Aunque ya todo terminó, él no puede olvidar el tiempo que pasaron juntos. Ella, bien mirado, era buena, dócil, complaciente. Por fuera, don Pablo fingía como despreciarla y la llamaba tía guarra y meretriz, pero por dentro la cosa variaba: no son cosas del sexo, no; son cosas del corazón. Después se le olvidaba y la hubiera dejado morir de hambre y de lepra con toda tranquilidad; don Pablo era así.

-Oye, Luis ¿qué pasa con ese joven?

-Nada, don Pablo, que no le daba la gana de pagar el café que se había tomado.

-Habérmelo dicho, hombre; parecía buen muchacho.

-No se fíe; hay mucho mangante, mucho desaprensivo.

Doña Pura, la mujer de don Pablo, dice:

-Claro que hay mucho mangante y mucho desaprensivo, ésa es la verdad. ¡Si se pudiera distinguir! Lo que tendría que hacer todo el mundo es trabajar como Dios manda, ¿verdad, Luis?

-Puede; sí, señora.

-Pue eso. Así no habría dudas. El que trabaje que se tome su café y hasta un bollo suizo si le da la gana; pero el que no trabaje... ¡pues mira! El que no trabaja no es digno de compasión; los demás no vivimos del aire.

Doña Pura está muy satisfecha de su discurso; realmente le ha salido muy bien.

Don Pablo vuelve otra vez la cabeza hacia la señora que se asustó del gato.

-Con estos tipos que no pagan el café hay que andarse con ojo, con mucho ojo. No sabe uno nunca con quién tropieza. Ése que acaban de echar a la calle, lo mismo es un ser genial, lo que se dice un verdadero genio como Cervantes o como Isaac Peral, que un fresco redomado. Yo le hubiera pagado el café. ¿A mí qué más me da un café de más que de menos?

-Claro.

Don Pablo sonrió como quien, de repente, encuentra que tiene toda la razón.

-Pero eso no lo encuentra usted entre los seres irracionales. Los seres irracionales son más gallardos y no engañan nunca. Un gatito noble como ése, ¡je, je!, que tanto miedo le daba, es una criatura de Dios, que lo que quiere es jugar, nada más que jugar.

A don Pablo le sube a la cara una sonrisa de beatitud. Si se le pudiese abrir el pecho, se le encontraría un corazón negro y pegajoso como la pez.

Pepe vuelve a entrar a los pocos momentos. La dueña, que tiene las manos en los bolsillos del mandil, los hombros echados para atrás y las piernas separadas, lo llama con una voz seca, cascada; con una voz que parece el chasquido de un timbre con la campanilla partida.

-Ven acá.

Pepe casi no se atreve a mirarla.

-¡Qué quiere?

-¿Le has arreado?

-Sí, señorita.

-¿Cuántas?

-Dos.

La dueña entorna los ojitos tras los cristales, saca las manos de los bolsillos y se las pasa por la cara, donde apuntan los cañotes de la barba, mal tapados por los polvos de arroz.

-¿Dónde se las has dado?

-Donde pude; en las piernas.

-Bien hecho. ¡Para que aprenda! ¡Así otra vez no querrá robarle el dinero a las gentes honradas!

Doña Rosa, con sus manos gordazuelas apoyadas sobre el vientre, hinchado como un pellejo de aceite, es la imagen misma de la venganza del bien nutrido contra el hambre. ¡Sinvergüenzas! ¡Perros! De sus dedos como morcillas se reflejan hermosos, casi lujuriosos, los destellos de las lámparas.

Pepe, con la mirada humilde, se aparta de la dueña. En el fondo, aunque no lo sepa demasiado, tiene la conciencia tranquila.

Don José Rodríguez de Madrid está hablando con dos amigos que juegan a las damas.

-Ya ven ustedes, ocho duros, ocho cochinos duros. Después la gente, habla que te habla.

Uno de los jugadores le sonrío.

-¡Menos da una piedra, don José!

-¡Psché! Poco menos. ¿A dónde va uno con ocho duros?

-Hombre, verdaderamente, con ocho duros poco se puede hacer, ésa es la verdad; pero, ¡en fin!, lo que yo digo, para casa todo, menos una bofetada.





Índice de Ilustraciones

<i>Transporte de un cañón hacia el Cuartel de la Montaña.</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	49
<i>Visita del Presidente Azaña a los frentes. Frente de Madrid.</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	74
<i>Escenas de retaguardia en el Metro de Madrid.</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	111
<i>Una farmacia en la Gran Vía madrileña en plena guerra</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	147
<i>Escenas de refugiados en el metro madrileño</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	190
<i>Junta de Defensa de Madrid</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	265
<i>Escenas de retaguardia en el Metro de Madrid</i>	
Biblioteca Nacional de Madrid	278





Índice

Presentación	VII
Introducción	17
Arturo Barea	35
<i>La forja de un rebelde</i>	39
Paulino Masip	67
<i>El diario de Hamlet García</i>	71
Ramón J. Sender	103
<i>El rey y la reina</i>	107
Agustín de Foxá	137
<i>Madrid, de Corte a checa</i>	141
Max Aub	183
<i>Campo abierto</i>	187
<i>Campo del moro</i>	220
Luis Martín Santos	243
<i>Tiempo de silencio</i>	247
Camilo José Cela	273
<i>La colmena</i>	277
<i>Índice de ilustraciones</i>	299





Este libro, *Madrid en la novela*, Tomo V
se acabó de imprimir el mes de julio,
de 1995.









